MONICA HESSE
La nueva novela de la autora del bestseller *La chica del abrigo azul*
SE FUERON A LA IZQUIERDA

MONICA HESSE
La nueva novela de la autora del bestseller *La chica del abrigo azul*
SE FUERON A LA IZQUIERDA

MONICA HESSE

Se fueron a la izquierda

Traducción de **Darío Zárate Figueroa**

NUBE **DE TINTA**

Para Andrew, mi hermanito

La última vez que vi a Abek:

Alambre de púas, nudos de metal herrumbroso. Nos transferían a todas las afortunadas que todavía podíamos coser de pie, y mientras los guardias nos conducían junto a la zona masculina del campo, los hombres se formaban para el pase de lista. Los mirábamos, ávidas, en busca de los esqueletos vivientes de nuestros padres y primos. Para entonces ya éramos buenas para susurrar sin hacer ruido, y para leer labios. ¿Rosen? ¿Rosen o Weiss?*, murmurábamos, pasando apellidos por la reja como si fueran plegarias.* ¿Hay algún Rosen de Cracovia? ¿De Lódz?

Él todavía tenía las mejillas redondas y los ojos claros; lo noté. Los hombres de mayor edad debían estar dándole su pan. Eso hacíamos nosotras con las más jóvenes, al menos al principio. Vi a Abek saludable y agradecí todas las veces que le había dado mi pan a la hermana de alguien en mi barraca: un trueque con el universo para que alguien más hiciera lo mismo por mi hermano.

—Abek Lederman —murmuré a la chica que estaba junto a mí. Tercera hilera.

Ella susurró el nombre en la reja y, al otro lado, vi que los hombres se separaban, tomaban a Abek por los hombros y lo acercaban.

Sabía que no teníamos más que unos pocos segundos. Apenas el tiempo suficiente para tomar su mano o darle algo. ¿Qué podía darle? ¿Por qué no había guardado media papa o un pedazo de hilo?

Más adelante, una mujer se detuvo para sacarse una piedra del zapato. Tonta. El guardia golpeaba por semejante infracción; cualquier guardia hacía eso. En cuanto la mujer se agachó, el guardia dejó caer su macana sobre la espalda de la mujer, y ella aulló de dolor. Sin embargo, al gritar, ella me miró y entendí que ese retraso era un regalo: me daría tiempo suficiente para hablar con mi hermano.

—¡Zofia! —exclamó Abek—. ¿A dónde te llevan?

—No sé —le dije en silencio. Ya sentía que las lágrimas se acumulaban en los ojos, pero las contuve para no perder tiempo. Busqué su mano a través de la reja: su pequeño puño infantil, que todavía cabía en la palma de mi mano.

—De Abek a Zofia —le dije.

—De la A a la Z —respondió.

—Cuando vuelva a verte encontraremos nuestro abecedario. Estaremos completos y todo estará bien. Te prometo que te encontraré.

Ésa es la versión de él con la que sueño a veces. Claro como el día, agudo como una aguja, de modo que puedo ver hasta el último de sus cabellos. Y

cuando sueño con esa escena, Abek asiente al oír mi promesa. Como si confiara en mí, como si me creyera. Por un momento me siento en paz.

Pero entonces algo cambia. La cara de Abek se retuerce y sus palabras salen con dificultad. "Algo sucedió", dice ese Abek. "Pero todavía no necesitamos hablar de eso."

Primera parte

A

Baja Silesia, agosto de 1945

Filas. Soy buena para las filas. Soy buena para las filas porque ahí no es necesario pensar, sólo permanecer de pie, y esta fila es fácil porque sólo quedan algunas personas al frente, y porque entiendo la razón que me obliga a estar formada, es una buena razón. Soy buena para las filas.

Frente a la fila, una mujer de aspecto oficial —de la Cruz Roja, creo— está sentada detrás de una mesa. Es una mesa linda para interiores, parece como si hubiera salido directo de un comedor. Sólo que, en vez de estar sobre una alfombra, está colocada sobre adoquines, y en vez de candeleros, sobre ella hay montones de papeles ordenados, además huele a cera para muebles, o eso imagino. Parece ese tipo de mesa. También tiene encima una taza solitaria junto a los papeles acomodados a la derecha de un lugar imaginario, como si ése fuera un vestigio del pasado de la mesa. Una taza de té para la funcionaria.

—Siguiente —dice ella, y avanzamos porque así funcionan las filas: avanzan.

Miro hacia atrás, hacia la puerta, pero las otras chicas-nulas no salen a despedirse. Soy la primera que abandona el hospital. Durante las primeras semanas después de la guerra las pacientes más sanas siempre se despedían, siempre hacían planes. Se podía mirar por la ventana de la sala a casi cualquier hora y ver pasar un camión repleto de soldados alemanes camino a casa, o bien soldados polacos rumbo a *su* casa. Rusos y algunos canadienses, cada quien viajando en una dirección distinta hacia su casa, como si el mundo fuera un juego de mesa y todas las piezas estuvieran dispersas en los lugares equivocados del tablero.

Pero en ese momento ninguna de las chicas-nulas se sentía bien, por lo que todavía no tenemos un protocolo para cuando una de nosotras abandone la sala. No tenemos domicilios que intercambiar. No tenemos nada. No pesamos nada, no sentimos nada; durante años existimos sin nada.

Nuestras mentes son nada. Ésa es la mayor nada, la razón por la que aún estamos en el hospital. Nuestras mentes son blandas. Estamos confundidas.

—¿Zofia? No sabía si querías quedarte con esto.

Me giro hacia la voz, veo a la enfermera rubia que sale caminado por la puerta; su boca es como un moño rojo. Me entrega una carta. El sobre está escrito con mi letra. *Devolver al remitente.* El remitente soy yo, el destinatario… ni siquiera sé quién era el destinatario. Durante varios meses, desde el día en que me sentí lo bastante bien para tomar una pluma, escribí cartas a todas las personas cuyo domicilio conocía. *¿Lo has visto? Dile que me espere*. Pero ya no vivían en esos domicilios, y el correo ya no era el correo. Y yo ya no era yo, pero era evidente que no podía hacer lo que necesitaba desde una cama de hospital. Si quería encontrarlo, tenía que salir de ahí.

Es por eso que, a pesar de que mi mente todavía está blanda, estoy de pie aquí afuera y las otras chicas todavía están en la ventana.

Dile que los médicos no me dejarán sola hasta que esté mejor, escribí. *Dile que no estaré mejor hasta que salga y lo encuentre*.

—Toma, también hice esto para ti —dice la enfermera rubia, y me entrega un envoltorio de tela, tibio aún. Es comida. El calor se siente bien contra mi abdomen. Comienzo a retirar la tela para devolvérsela, pero dice que me la quede.

Así que ahora tengo esta tela a cuadros. Es mía, y con eso el número de objetos que poseo en el mundo se eleva a seis. Después podré doblarla y usarla como pañoleta para sujetarme el cabello, o cortarla a la mitad, en triángulos, y tener dos pañuelos; eso elevaría mi número de posesiones a siete. También tengo un vestido, ropa interior, un par de zapatos, un billete de gran denominación que me donaron y un documento en donde se explica que fui prisionera en Gross-Rosen. Se supone que me conectará con organizaciones de ayuda y me ayudará con las raciones de comida. Los trabajadores que me lo dieron dijeron que sería mi posesión más valiosa.

—Siguiente —dice la funcionaria. Tiene la edad de mi madre y algunas arrugas en la frente que apenas empiezan a suavizar su rostro. Detrás de mí la fila crece con la llegada de más pacientes que están a punto de salir. Otro funcionario llega para ayudar.

La enfermera rubia sigue mirándome.

—¿Olvidaste algo más? —me pregunta. *Urbaniak*, recuerdo. *Se apellida Urbaniak*.

—Mis zapatos. ¿Dónde están mis zapatos?

¿Por qué no me di cuenta antes? Acabo de mirar mis pies y las botas de cuero que tengo puestas no son mías.

—Ésos *son* tus zapatos. Tus zapatos nuevos. ¿Recuerdas?

Es amable. Entonces recuerdo: las botas cafés son mías porque cuando llegué al hospital, hace meses, calzaba los zapatos que me habían dado los nazis; no me quedaban bien y tenían muchos agujeros. Mis pies estaban helados y tan hinchados que una enfermera

no pudo quitarme los zapatos, tuvo que cortarlos por la lengüeta. Las enfermeras dicen que lloré, aunque no lo recuerdo.

Resulta que, si tienes que perder dedos de los pies por congelación, es posible prescindir del tercero y cuarto sin afectar demasiado la capacidad de caminar y el equilibrio.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte más tiempo, Zofia?

—Recuerdo mis zapatos, por un momento se me olvidaron.

—Ya me lo habías preguntado una vez hoy.

Me obligo a sonreír.

—Dima va de salida rumbo a su nuevo puesto y tiene auto para llevarme.

Dima-el-soldado es quien me trajo al hospital, que no era hospital en ese entonces, sólo un edificio lleno de catres y botellas de yodo. El jeep militar color rojo de Dima también estaba lleno de personas. Los rusos habían liberado Gross-Rosen tres días antes, pero pronto quedó claro que nadie, incluidos los soldados rusos, sabía cómo se suponía que debía verse la liberación. Cientos de nosotros seguían dentro del lugar, demasiado débiles para salir. Dima me encontró apenas consciente en la barraca de mujeres, lo supe más tarde cuando contó el suceso en el polaco chapurreado que aprendió de su madre. Tuve suerte de desmayarme porque, en el momento en que me hizo recobrar el sentido acariciándome la cara, ya habían entregado todas las buenas raciones: el chocolate brilloso y la carne enlatada.

Nuestros estómagos estaban demasiado débiles para comer alimentos sustanciosos. Vi cómo personas que habían sobrevivido meses con una papa al día comían carne y no volvían a levantarse. Nos habían liberado y aun así seguíamos muriendo por docenas.

“Todo terminó”, nos dijeron los soldados en febrero. No había terminado de manera oficial, y no terminaría hasta dentro de algunos meses, pero lo que querían decir era que los oficiales de la SS ya no regresarían al campo.

“Terminó de verdad”, nos dijeron las enfermeras en mayo mientras nos daban cucharadas de agua azucarada y avena. Oíamos vítores y gritos en el corredor: Alemania se había rendido.

¿Qué querían decir con eso? ¿Qué terminaba? Yo estaba a kilómetros de mi hogar y no tenía ni un par de zapatos propios. ¿Cómo que ya había terminado?

—Siguiente —dice la funcionaria, y doy otro paso al frente.

Una nube de humo, el sonido de un motor. Dima llega en su jeep y frena. Al verme baja de un salto y me impresiona ver cuánto se parece a un actor de cartel de cine. Es como un soldado de película: barbilla cuadrada. Lindos pómulos. Ojos bondadosos. Dima, quien sellaba las cartas que yo redactaba. La persona que, cuando se lo supliqué, preguntó a sus amigos soldados sobre Birkenau y averiguó

que habían liberado ese campo unas semanas antes que Gross-Rosen. El hombre que repitió las mismas palabras cuando las olvidé, y una vez más cuando volví a olvidarlas. *¿Recuerdas, Zofia? Ya lo hablamos*. Mi mente es una coladera; Dima es la razón por la que se me permite abandonar este lugar, él irá conmigo.

—Habría entrado, Zofia —dice, y coloca sus manos en mis hombros. Tiene el cabello más corto sobre una oreja. Debe habérselo cortado él mismo frente al espejo.

—Te cansas mucho. Sabes que me preocupo por ti.

—Debo formarme en esta fila.

—Tenemos que procesarla —explica la enfermera Urbaniak—. Las organizaciones de ayuda llevan registros.

Se escucha un golpeteo sobre cristal, como un pájaro. Miro hacia arriba. En la ventana del segundo piso del hospital, a mis espaldas, las chicas-nulas ya despertaron; tocan el cristal y saludan a Dima y a mí, lo aman. Él les devuelve el saludo.

—Siguiente —dice la mujer de la Cruz Roja. Espero un minuto antes de darme cuenta de que por fin es mi turno. Su uniforme es un traje sencillo de color azul. Mi vestido también es azul pálido. La enfermera que me lo dio dijo que combinaba con mi cabello y mis ojos. *Mentiras piadosas*. En ese entonces mi cabello, corto como el de un muchacho, estaba ralo y cubierto de costras. Aunque ya me creció casi hasta la barbilla, todavía luce un color marrón débil y tímido en lugar de rizos lustrosos. Mis ojos siguen vacíos de color—. ¿Señorita? ¿Señorita? —dice aquella mujer con aire de matrona.

—Zofia Lederman.

Espero a que me busque en sus papeles.

—¿Se va a casa?

—Sí. A Sosnowiec.

—¿Y a quién desea que añada a su lista? —pregunta. La miro y nota mi confusión—. Le preguntamos si tiene algunos nombres.

—¿Nombres? —sé que tiene sentido, pero mi cerebro está nublado otra vez; no puedo descifrar sus palabras. Empiezo a dar la vuelta hacia la enfermera Urbaniak y Dima en busca de ayuda.

La trabajadora pone su mano sobre la mía hasta que vuelvo a mirarla. El tono áspero y oficial de su voz se ha suavizado.

—¿Entiende? Registramos hacia dónde se dirige, pero también a la familia que busca. ¿Hay alguien que la busque?

Nombres. Hace meses hice el mismo procedimiento con trabajadores de beneficencia que me interrogaron en cuanto estuve consciente. No sirvió de nada, y ahora el nombre duele en la garganta.

—Abek. Mi hermano, Abek Lederman.

—¿Edad?

—Debe tener doce años.

—¿Sabe dónde puede estar?

—A los dos nos enviaron a Birkenau, pero a mí me transfirieron dos veces, primero a una fábrica textil llamada Neustadt y después a Gross-Rosen. La última vez que lo vi fue hace más de tres años.

Veo cómo toma notas detalladas.

—¿Quién más? —pregunta.

—Sólo Abek.

Sólo Abek. Por eso necesito ir a casa. Birkenau fue liberado antes que Gross-Rosen. Tal vez Abek ya esté esperándome.

—¿Está segura de que no hay más? —pregunta, y su pluma vacila sobre la siguiente línea en blanco. Está pensando cómo ser delicada conmigo—. Hemos visto que es preferible ampliar lo más posible la red de conocidos. No sólo la familia inmediata, sino también primos, parientes lejanos. Todo eso aumentará sus probabilidades de encontrar a alguien.

—No necesito añadir a nadie más.

Parientes lejanos. Aunque no es su intención, me recuerda cuando mi antiguo maestro llevaba dulces a las clases. *No sean melindrosos*, nos advertía mientras recorría el salón con un tazón.

No seas melindrosa. Tendrás suerte si encuentras algún pariente con vida, sólo menciona algún nombre.

—Mire todas estas columnas vacías —dice la funcionaria, y señala su hoja de papel con paciencia, como si hablara con un bebé—. Hay mucho espacio para añadir a tantas personas como desee. Si busca a una sola persona, una en todo el continente, tal vez sea imposible encontrarla.

Una persona. Imposible.

Miro las líneas en blanco. No hay suficientes, ni de cerca. No alcanza el espacio para contar la historia de las personas que me faltan. Aprieto los párpados para impedir que mis pensamientos se cuelen porque sé que las enfermeras se equivocan: a veces no es que me cueste trabajo recordar cosas, sino que me cuesta trabajo olvidarlas.

A mis espaldas, Dima cambia de postura, preocupado. Sé que está preguntándose si debería ayudar.

Si hubiera suficientes líneas en blanco en esa hoja de papel, así es como empezaría:

Empezaría diciéndole a la funcionaria que el 12 de agosto de 1942, los judíos que aún permanecíamos en Sosnowiec recibimos la orden de acudir al estadio de futbol. Las instrucciones especificaban que obtendríamos identificaciones nuevas. Incluso en ese entonces parecía sospechoso, pero es necesario entender —*tienes que entender*, le diría— que los alemanes ocupaban nuestra ciudad desde hacía tres años. Estábamos acostumbrados a recibir órdenes arbitrarias que a

veces resultaban aterradoras y otras veces benignas. Le contaría cómo mi familia se había visto obligada a mudarse a otro departamento en el lado opuesto de la ciudad, sin más razón que los límites imaginarios trazados en un mapa, y que los judíos podían vivir sólo dentro de esos límites. Le contaría cómo Baba Rose y yo solíamos hacer estrellas, tomadas de un patrón que aparecía en el periódico, para sujetarlas a nuestra ropa.

Papá ya había acudido una vez al estadio porque los alemanes obligaban a todos los hombres a presentarse. Se los llevaban, pero regresaban pálidos como ceniza y sin ganas de hablar de lo que habían visto. *Regresaban.*

Le diría a esta trabajadora de la Cruz Roja que nuestras tarjetas de identificación eran nuestro medio de supervivencia: sin tarjeta no podíamos comprar comida ni caminar por la calle. Así que tuvimos que ir vestidos con nuestras mejores ropas. Eso decían las instrucciones, algo que nos reconfortó porque entonces tal vez sí iban a tomarnos fotos para la identificación.

Pero entonces llegamos a la cita y no había cámaras, sólo soldados cuya única labor era separarnos. Por estado de salud. Por edad. Los que se veían fuertes en un grupo; los débiles, viejos o las familias con niños pequeños, en otro. Una fila para trabajar en las fábricas. Otra fila para los campos.

Pasaron horas, días. Había miles de nosotros en el estadio. Nos clasificaron a todos, nos interrogaron para saber si teníamos habilidades o contactos especiales. La SS rodeaba todo el perímetro. Un anciano que reconocí de la farmacia rezaba justo detrás de mi familia. Dos soldados se acercaron para burlarse; uno le tiró el sombrero, el otro le dio un rodillazo y lo derribó al suelo. Mi padre corrió a ayudar al anciano —estaba segura de que lo haría, siempre era amable con los ancianos—, aun cuando mi madre y yo le rogamos que no fuera. *¿De qué sirve?*, pensé.

Mi madre y yo nos turnamos para abrazar a Abek y contarle cuentos de hadas: “La princesa y el sapo”, “El oso en la cabaña del bosque”. “El remolino”, su favorito.

Abek era alto para su edad y eso lo hacía lucir mayor. Cuando nos dimos cuenta de cómo nos clasificaban los soldados, nos convencimos de que eso sería importante. *Abek*, dijo mamá. *Tienes doce años, no nueve, ¿está bien? Tienes doce años y has trabajado durante un año en la fábrica de tu padre.*

Repetimos ese consuelo con todos. Miramos a Baba Rose, mi dulce y paciente abuela, y concluimos que lucía mucho menor de sesenta y siete años. Estábamos seguros de que nadie en Sosnowiec sabía coser como ella. Los clientes que compraban trajes y faldas en el negocio de mi familia lo hacían por los bordados hechos a mano de

Baba Rose, seguro eso contaría como una habilidad especial.

Nos convencimos de que la tos de mi madre, la responsable de su decaimiento y jadeos en los últimos meses, la misma que Abek empezaba a desarrollar, apenas se notaba. Creíamos que nadie notaría siquiera la cojera de la tía Maja.

Pellízcate las mejillas, me dijo la tía Maja. *Cuando vengan por ti, pellízcate las mejillas para que luzcan llenas de vida.*

La hermosa tía Maja tenía un rostro tan bonito, y una risa tan alegre, que ninguno de sus pretendientes se fijaba en su cadera deforme de nacimiento que la obligaba a caminar tambaleándose. Era mucho más joven que mamá y sólo nueve años mayor que yo. Siempre me decía que me pellizcara las mejillas para lucir tan bonita como ella. Ahora su consejo era para que ambas estuviéramos a salvo.

Oscureció, comenzó a llover. Abrimos la boca para recibir las gotas de agua; no habíamos comido ni bebido nada en días. Por un minuto fue agradable sentir el agua en la piel quemada por el sol, pero luego sentimos frío. A mi lado, Abek tomó mi mano.

—*Y el príncipe Dobrotek se metió en la oreja del caballo* —dije, de nuevo con la narración "El remolino". Siempre fui buena para contar cuentos—. *Y cuando salió por el otro lado, ¿recuerdas lo que llevaba puesto?*

—*Una armadura de oro* —dijo Abek—. *Y luego se fue a la montaña movediza cabalgando en el caballo.*

—*¡Pellízcate las mejillas!* —susurró la tía Maja—. *Zofia, pellízcate las mejillas y sonríe*.

Seguí sujetando la mano de Abek y lo llevé conmigo hacia los soldados.

—*Quince* —les dije—. *Sé coser y usar el telar. Mi hermano tiene doce.*

¿Ven por qué en el formulario de ingreso de la funcionaria no hay suficiente espacio para explicar todo esto? Le tomaría horas anotarlo. Se le acabaría la tinta. Hay muchos otros judíos, millones de personas desaparecidas cuya información necesita recopilar.

Dima da un paso al frente.

—Zofia no tiene más nombres, no se siente bien.

—Puedo hacerlo —protesto, pero ni siquiera estoy segura de saber qué es lo que puedo *hacer*. ¿Puedo seguir formada en la fila? ¿Puedo sentirme bien de nuevo?

La funcionaria añade mis registros a su pila de papeles. Dima me tiende la mano y la acepto. Me acomodo en el asiento del copiloto de su jeep y le permito acomodar su abrigo sobre mi regazo mientras la enfermera Urbaniak se asegura de que el envoltorio de comida esté bien colocado en el piso del vehículo.

Lo que debí haberle dicho a la funcionaria es lo siguiente: sé que

no necesito incluir a nadie más en mi lista porque, cuando los soldados clasificaron a mi familia, nos enviaron a Birkenau. Y cuando llegamos a Birkenau había otra fila que se dividía en dos. Los afortunados iban a trabajos forzados. En cuanto a los desafortunados… podíamos ver el humo. El humo salía de los cuerpos en incineración de los desafortunados.

En esa fila, a Abek y a mí nos enviaron a la derecha.

En este continente necesito encontrar a una sola persona. Necesito ir a casa, necesito sobrevivir, necesito que mi cerebro siga funcionando sólo por una persona.

Porque todos los demás: mamá, papá, Baba Rose, la hermosa tía Maja, todos ellos, todos ellos, cuando diezmaron la población de Sosnowiec, se fueron a la izquierda.

Ą

Dima conduce despacio. En la que parece ser la calle principal de su pueblo, una mujer con delantal barre la entrada de su casa. Al menos supongo que es suya, y supongo que fue una entrada. Lo que hace es barrer guijarros hacia un recogedor y vaciar el recogedor en un bote de basura; detrás de ella no hay nada. Escombros. Los restos de una estructura de ladrillo que le llegan a la cintura, un vago indicio de un umbral. Podrían ser escombros nuevos de los Aliados o escombros viejos de los alemanes. Polonia fue invadida dos veces. ¿Esto es Polonia? Las fronteras no dejan de cambiar. Esto es lo más lejos que he estado del hospital. Desde la ventana sólo podía distinguir una sombrerería medio tapiada sin vestidos en el escaparate. *¿Qué crees que compraremos cuando estemos bien?*, preguntó, como si estuviera en un sueño, la mujer que llamábamos Bissel. *Creo que no compraremos nada porque no hay nada a la venta*, respondí.

Dima habla un polaco como de bebé: palabras de una o dos sílabas enfatizadas con gestos y señalamientos.

—¿Hambre? —pregunta cuando termina el empedrado y empieza un camino de tierra—. Hay dulces bajo tu asiento.

—No, gracias.

—Mira de todos modos —dice con orgullo—. Sorpresa.

Le doy gusto y busco bajo mi asiento. Hay un paquete de papel lleno de caramelos duros y a un lado un objeto rectangular, liso. Es una revista de modas, al parecer estadounidense. Una mujer con un elegante sombrero rojo. La primera vez que Dima me visitó yo estaba despierta, me preguntó qué podía llevarme al hospital y le dije: *lápiz labial.* Noté que lo sorprendía la idea de que una chica demacrada y cubierta de costras quisiera lucir bella. No le dije que sólo quería algo para aliviar el dolor de mis labios partidos. Supuse que no sabría las palabras *cera de abeja* o *vaselina* en polaco, pero tal vez sí supiera *lápiz labial.*

—¿Cómoda? —pregunta.

—Sí.

—Manta —me ofrece, señalando hacia el asiento trasero.

—No tengo frío.

—Pero todos los días tienes frío —dice, con el ceño fruncido. Estaba muy orgulloso de haber pensado en la manta y ahora está decaído porque no la necesito. Tomo la manta del asiento trasero y la

pongo sobre mis hombros. Dima sonríe en señal de aprobación.

—Gracias —le digo—. Eres muy amable.

—Día emocionante —dice—. Pronto estaremos ahí. El auto es rápido. Mientras tanto descansa.

Me reclino sobre un lado del auto, pero no cierro los ojos. Hay escombros a lo largo del camino. Ruedas de carreta rotas, yugos volcados, latas de leche con el fondo oxidado. Cada objeto, pienso, es una familia que no pudo avanzar más antes de que la detuvieran o se la llevaran, o que no pudo cargar más cosas por el cansancio. Así dejaban atrás sus pertenencias: primero las cosas innecesarias, como cajas de música y chales de seda, y luego todo excepto lo indispensable para la supervivencia del cuerpo. Y como un cuerpo puede sobrevivir con muy poco, dejaban todo atrás. Ruedas de carreta rotas, yugos volcados, latas de leche con el fondo oxidado. Cada objeto es una familia que no pudo avanzar más antes de que la detuvieran o se la llevaran, o…

Basta, me digo a mí misma para intentar romper el ciclo. *Basta*. Esto es lo que le pasa ahora a mi cerebro. Divaga, da vueltas. No me deja pensar en ciertas cosas y no evita que piense en otras. A veces mi cerebro está bien. Va mejorando. Pero todavía lo alteran cosas que no siempre puedo predecir, está disperso como hielo negro.

Para despejarme observo el otro lado del camino, hacia las tierras de cultivo. En esa dirección no hay escombros. Pero sí hay un gran montón de tierra volteada, parda y harinosa, y tampoco soporto ver eso.

No es que las familias se cansaran siempre. Algunas fueron asesinadas ahí mismo. Ocurrió así con pueblos enteros, fosas masivas. Cierro los ojos con fuerza.

Ya terminó, ya terminó, ya terminó.

Antes me gustaba el olor de la tierra. Durante nuestras vacaciones en el campo, Abek y yo usábamos palos para dibujar en la tierra. Le enseñaba el abecedario.

A de Abek.

¿Será posible que ahora mismo pueda oler algo bajo la tierra, algo fétido y aterrado?

B de Baba Rose.

—¿Paramos a comer? —sugiere Dima, y me alivia el sonido de su voz que interrumpe mis pensamientos.

—¿Te molesta si seguimos adelante? Quiero llegar con Abek. A menos que quieras parar —añado de inmediato. Éste es el periodo más largo que hemos pasado juntos y la primera vez que me ve fuera del hospital, pero si eso le parece extraño, no lo ha expresado.

—No, podemos seguir. Quiero llevarte allá a salvo. ¿Necesitas algo más? ¿Agua? ¿Caminar las piernas?

—Estirar las piernas —lo corrijo.

—¿Estirar?

—Así se dice. Es una expresión. Un dicho, quiero decir.

—¿Necesitas estirar las piernas? —está encantado con la nueva frase. Extiende la mano y me da una palmada en la rodilla. *Tienes suerte*, me dijeron las otras chicas-nulas. *Sé amable con él.*

No sé si fue casualidad que a Dima le asignaran el puesto de Sosnowiec. Tal vez él lo pidió. No quise preguntar, me pareció mejor no aclarar nuestros términos.

—No, yo… ¿Podemos seguir y ya? —pregunto—. Eso es lo que más me gustaría. A lo mejor podrías contarme una historia. O podría tratar de descansar otra vez.

De inmediato sus ojos se llenan de preocupación.

—Sí. Deberías descansar. Tú descansa y yo te llevo a casa.

Ni siquiera era mi intención cerrar los ojos; buscaba calma, no sueño. Pero debo haberlos cerrado porque de pronto siento que el auto frena de golpe.

—Zofia —Dima pone la mano en mi hombro y me despierta con suavidad.

Abro los ojos, recupero la orientación. El terreno está más plano. El sol está a la mitad del cielo; han pasado horas. Dima esboza una amplia sonrisa y señala hacia el parabrisas.

Al principio no entiendo qué quiere que vea y luego no puedo creer lo que veo: un letrero de madera escrito con caligrafía meticulosa.

—¿Ya? —exclamo.

—Te dije que el auto es bueno, es rápido.

SOSNOWITZ, dice el letrero. Los alemanes llegaron a Sosnowiec y le pusieron un nombre alemán.

Pero no me refería a que el auto es rápido. Lo que quise decir es: *¿Cómo es posible que ya estemos aquí? ¿Cómo es posible que ya esté en casa?* Era más fácil imaginar que todo lo malo ocurría muy lejos. En un continente distinto. Pero Birkenau, el primer campo, estaba a menos de veinticinco kilómetros de mi ciudad.

—Éste es el lugar, ¿verdad? —pregunta Dima. Ha detenido el jeep y me observa con curiosidad. No estoy reaccionando como él esperaba.

—Aquí es.

—Dime a dónde voy ahora.

Trago saliva, me compongo.

—A casa. Abek.

—¿Por dónde?

Ahora estamos en la orilla de Sosnowiec. Pequeñas granjas,

terrenos pequeños. Conforme nos acerquemos a la ciudad, las casas irán agrupándose y se convertirán en edificios de departamentos, de tres o cuatro pisos. A lo lejos distingo el distrito industrial; si estuviéramos más cerca, podría ver el hollín de las fábricas flotando en el aire sobre los cables de energía de los tranvías. Plazas amplias, pavimentadas. Faroles eléctricos en las calles, cafés llenos de trabajadores apresurados.

—¿Zofia?

Ordeno mis pensamientos. Hay dos domicilios a los que podría dirigir a Dima. El primero está en el vecindario de Środula ubicado en las afueras de la ciudad; el gueto judío donde obligaron a vivir a toda mi familia cuando yo tenía trece años. Basura en las calles. Muros derruidos, lotes baldíos. Nosotros seis apretujados en una sola habitación.

El segundo domicilio es mi casa, mi casa de verdad, propiedad de Baba Rose. El lugar donde mi madre se crio y mi padre vivió después de que se casaron. Situada más cerca del centro de la ciudad.

—Gira a la derecha —decido. Nuestra casa de verdad. Ése era el plan, Abek y yo nos reuniríamos ahí. Eso fue lo que le dije. *Repite la dirección, Abek. ¿Recuerdas los abedules plantados afuera?* ¿Qué tal si ha estado esperándome ahí solo? *Intenté recuperarme rápido, Abek. Lo intenté.*

Dima da vuelta y el camino de grava se convierte en una calle pavimentada. Pasamos junto a unos hombres que visten ropa sencilla de trabajo y luego pasamos junto a más hombres, pero ellos visten trajes y sombreros. Dima levanta una mano para saludar, uno le responde el saludo con cautela, los otros no dan muestras de reconocer nuestra presencia.

—¿Qué es esto? —pregunta Dima, y señala una amplia extensión verde entre los edificios.

—El parque Sielecki. A veces íbamos ahí en las excursiones de la escuela.

—¡Ah! —unos minutos después vuelve a extender la mano y señala otra cosa—. ¿Y esto?

Está tan emocionado de ver esta ciudad, como si él mismo estuviera en una excursión escolar, como si estuviéramos de vacaciones juntos. En el hospital nos advirtieron que sería extraño volver a casa, pero no esperaba lo que siento ahora: entrañas retorcidas, un saborcillo metálico en la boca.

—¿Esto es un castillo? —Dima señala hacia el edificio más ornamentado que hemos visto hasta ahora.

—Estación de trenes. Aquí había un mercado los fines de semana. Lo llamamos… —me interrumpo porque incluso el recuerdo banal me provoca una punzada de familiaridad—. Lo llamamos La Sartén.

Mi fea y hermosa ciudad. Sosnowiec no es un lugar impresionante como Cracovia, a donde mamá me llevaba a comer en mi cumpleaños. Sosnowiec es donde los magnates industriales establecieron sus fábricas: hierro, acero, cuerdas y tintes. Tiene caminos anchos, edificios prácticos y aire contaminado. Eficiencia, no encanto. ¿Quién podría amar una ciudad cuyo apodo más cariñoso para un lugar es “La Sartén”?

Mi familia la amaba. No teníamos idea de cuán poco nos amaba la ciudad.

Sé que muchas personas combatieron al ejército alemán: el Ejército Doméstico, las Fuerzas Armadas Nacionales y la Unión Militar Judía lucharon contra la ocupación. Sé —o lo escuché más tarde— que hubo una revuelta en Varsovia, que la ciudad se sublevó durante más de sesenta días para protestar contra los nazis, y sé que debido a eso en esencia ya no hay Varsovia: los alemanes castigaron a la ciudad arrasándola.

Pero también sé que, cuando los alemanes nos invadieron, mucha gente de mi ciudad conocía el saludo nazi.

El paisaje se vuelve más personal. Pasamos por la biblioteca, o lo que fue la biblioteca. El mercado donde compramos comida la semana de la invasión. Era verano y nuestras alacenas estaban vacías porque acabábamos de regresar de las vacaciones. En la tienda, artículos esenciales como el pan ya estaban agotados. Lo que quedaba eran los manjares: nalesnikis delgados como papel, listos para llenarlos con carne molida. Frascos brillantes de ruibarbo en conserva alineados junto al aturdido tendero.

—Cómpralo todo —dijo mi madre en voz baja.

Las primeras dos semanas de la ocupación alemana comimos como si estuviéramos de fiesta.

El jeep rodea un edificio de ladrillos rojos con arcos de piedra caliza, no espero a que Dima me pregunte qué es.

—El palacio Dietel —digo—. Heinrich Dietel estableció las primeras fábricas textiles en Sosnowiec.

Pero mientras digo esas palabras, mi corazón se acelera y la boca se seca. El palacio Dietel significa que ya estamos cerca de casa. Mi padre tomaba esta ruta para llegar a nuestra fábrica.

Observo con más atención. La tela que cubre la puerta principal del palacio no es el habitual brocado que representa la fortuna de la familia Dietel, sino una bandera roja con una estrella y una hoz amarilla.

—Ése ha de ser el lugar al que debes ir, Dima —digo, señalando la bandera soviética.

Su rostro se ilumina.

—Eso creo. ¿Paro aquí y luego te llevo a tu casa?

Entro en pánico, mi corazón late más fuerte.

—¡No! Necesito llegar a mi casa primero.

Su expresión se vuelve triste.

—Sólo tomará un minuto.

Reprimo mi fastidio, ya estoy alcanzando la puerta.

—Mi *casa* está a sólo un minuto.

—¡Pero Zofia!

Está aturdido por mi repentina fortaleza, creo. Yo también lo estoy.

—Ve. Estoy segura de que quieres reportarte ante tus superiores.

Tal vez mi hermano ya esté en casa, no quiero esperar. No puedo tener una reunión si otra gente observa.

—¿Estarás a salvo sin mí? —pregunta vacilante.

—Anotaré la dirección, puedes venir cuando termines.

Por fin lo convenzo de irse. No mentí, estoy a pocas cuadras de mi casa. El trayecto es aún más corto si camino por los callejones, algo que mis pies hacen por instinto. Corro y corro y me duele el pie lastimado al pasar sobre las piedras. No puedo correr, hace años que estoy demasiado débil para correr; sin embargo aquí estoy, en plena carrera mientras el corazón me explota en el pecho.

Ya estoy aquí, de pie bajo un letrero blanco con el nombre de la calle: MARIACKA.

Es una calle corta formada sobre todo por edificios de departamentos. El nuestro está a la mitad de la cuadra. Es de cuatro pisos y está hecho de arenisca rosada.

He ensayado el momento mil veces: lo que haría si me recibiera nuestro viejo portero, lo que haría si hubiera un nuevo portero y no me reconociera.

Pero no hay nadie en la entrada. Nadie que me impida entrar, así que empujo la puerta de roble. En el recibidor siguen las mismas losas de mármol. La misma bombilla parpadeante. *Casa.*

Me detengo ante la hilera de buzones. Al pasar la mano por el buzón siento un bulto metálico: la llave de repuesto, pegada con cinta en el fondo donde nadie la sentiría si no estuviera buscándola. La llave, pesada y labrada, cae en mi mano; la cinta adhesiva se deshace en copos cafés.

Tal vez Abek ya esté en casa esperándome. Mi corazón revolotea ante esa posibilidad mientras subo las escaleras. El fogón encendido. Sábanas limpias en las camas.

Apenas toco el pomo cuando la puerta se abre.

B

—¡Abek! —exclamo mientras entro al vestíbulo—. Abek, ¿estás aquí?

Hay muebles en la sala que está frente a mí, pero no los suficientes y además no son nuestros. Hay una gran alfombra demasiado moderna para el gusto de Baba Rose. Encima, una *chaise longue* que no conozco, y unas cuantas sillas espigadas.

Debo estar en el departamento equivocado, un piso más abajo. Debo haberme confundido otra vez.

Pero no. Desde aquí puedo ver que en el centro del piso hay tres manchas redondas de humedad. ¿Acaso las manchas podrían haberse movido también? *Cinco años*. No he estado en este edificio en cinco años. No estoy en el lugar equivocado. Es sólo que el departamento ha vivido su propia vida desde que me fui.

Estoy en casa. *Estoy en casa.* Un sonido sale de mis labios, algo entre un ladrido y un llanto.

El aire es el mismo, impregnado del pesado calor que según mamá era la desventaja de vivir en el piso más alto. ¿Será posible que todavía pueda oler el fantasma del cigarrillo nocturno de la tía Maja? Miro hacia abajo y veo que me he quitado los zapatos sin darme cuenta. No había hecho eso en meses. Aun de noche he dormido abrazada a mis zapatos para asegurarme de que no me los roben y así estar lista para huir. *Es porque es jueves. Mamá limpiaba el piso los jueves.*

Mis pies recuerdan quitarse los zapatos y mis manos recuerdan depositar mi paquete donde antes había un aparador.

—Soy yo —mi voz recuerda decir. ¿Será posible que en este departamento mi voz recuerde que antes era más aguda? ¿Que tenía nitidez y algo de vivacidad?

Ahora, la única respuesta a mi voz es un eco.

Primero el cuarto de Abek. Intento concentrarme durante el trayecto hacia la habitación más pequeña al final del pasillo mientras mis pies se pegan al piso de nogal pulido —*antes había un corredor alfombrado*—; abro la puerta labrada. Los alemanes dejaron intactas las paredes de color azul cielo. Molduras blancas, cortinas.

Pero ésas son las únicas cosas familiares. No hay muebles. Ni siquiera la cama. En un rincón hay un montón de sábanas arrugadas, pero no sé si alguien las usó recientemente o si quien robó la cama las tiró ahí. Cuando acerco una a mi nariz, la suave franela tiene un leve olor a moho. El armario está vacío. No hay libros. No hay autos de

juguete, ni tampoco calcetines atorados bajo la puerta.

Retrocedo hacia la habitación de mis padres y luego a la de Baba Rose, y con cada habitación vacía siento que mi cerebro quiere romperse en pedazos.

En mi cuarto, el que compartía con la tía Maja, todavía pueden verse los paneles de madera oscura. Ése fue el estudio de mi abuelo antes de su muerte. Aquí tampoco hay camas. Reviso el resto de la habitación. Había pegado imágenes en las paredes, anuncios de viajes de compañías de trenes. Alguien trató de arrancarlos, pero todavía distingo la mitad de la Torre Eiffel.

Si Abek hubiera vuelto a esta casa habría dejado algo en mi habitación: una carta o un recuerdo. Estoy segura. Algo para decir *estuve aquí*. Así que recojo una toalla mohosa arrugada junto al rodapié de la pared, la sacudo, y paso los dedos en el alféizar de la ventana por si hay algún papel metido bajo el cristal.

Dentro de mi armario, los ganchos de madera descubiertos repiquetean. En el estante de arriba hay una valija tapizada que no reconozco. La bajo y le doy vuelta, pero no cae nada. Está vacía y tiene el broche roto, es una pieza de equipaje arruinada que los últimos habitantes no se molestaron en llevar consigo.

Me dejaron basura. Me dejaron nada. Nos dejaron nada. El departamento me resulta familiar y extraño a la vez. *¿Cómo es posible sentir que algo es demasiado y que no es suficiente?*

Hay una caja de madera en el piso del armario. Está alineada con la esquina, como si alguien la hubiera puesto ahí a propósito en vez de dejarla al azar. Me arrodillo y mi corazón se acelera.

Al sacarla noto que es pesada, raya el piso. Entonces, cerca de la puerta principal, se oye un chasquido familiar. Alguien llegó.

—¡Abek!

Corro por el pasillo y en el vestíbulo freno derrapándome. La figura que está de pie en la puerta es una mujer delgadísima que sostiene una escoba en actitud de defensa. Al verme se sobresalta y mira por encima de mi hombro para saber si estoy sola.

—¿Pani Wójcik? —pregunto, segura de utilizar el término honorífico correcto para mi vecina. Su cara tiene arrugas que no tenía la última vez que la vi, además su cabello es gris—. Pani Wójcik, soy Zofia. Zofia Lederman.

Parpadea. No deja la escoba, pero sí la baja un poco.

—¿Zofia?

Avanzo un paso más. De las otras tres vecinas que vivían en este piso, la señora Wójcik es la persona que conozco menos, pero ahora casi lloro al verla. Ella es de antes. Hasta el momento es la única evidencia de que algunas partes de mi vida de aquel entonces pueden seguir vivas.

—Sí. Soy yo. ¿Quién creyó que podía ser?

—Ocupantes ilegales —murmura.

—¿Ocupantes ilegales? ¿Ellos son quienes han estado aquí?

—Una pareja alemana muy amistosa vivió aquí un tiempo, pero…

—Ya se fueron —deduzco.

—Justo antes de que todo terminara. Desde entonces sólo vienen vagabundos. He tenido que ahuyentarlos. Hacen que el edificio sea peligroso —me mira como si pensara que voy a explicarle la presencia de los vagabundos y luego suspira un poco al ver que no puedo—. Como sea, volviste.

—Volví —contesto, aunque no es necesario.

Deja caer la escoba a un lado y recorre con la vista el resto del departamento, los muebles dispersos y las sillas rotas.

—No queda mucho aquí, ¿verdad?

—Supongo que los ocupantes ilegales se llevaron cosas.

Se encoge de hombros.

—O las quemaron. Fue una temporada fría.

—Oh —digo mientras nos miramos una a la otra. Ya no sé cómo hablar con mis vecinos. *¿Sus amapolas siguen creciendo? ¿Sus perros siguen vivos?* El último recuerdo claro que tengo de la señora Wójcik es de ella paseando a sus mascotas en la calle mientras un soldado pedía ver mis papeles. Había hecho lo mismo con el hombre que estaba junto a mí, pero a él lo sujetaron por debajo de los brazos y se lo llevaron a rastras. *¿Vio cómo se llevaban a muchas otras personas, Pani Wójcik? ¿Cómo estuvo el resto de su guerra?*

La señora Wójcik tampoco sabe qué más decir. Al cabo de unos minutos pone la mano en el pomo de la puerta y levanta las cejas en señal de tímida despedida.

—Espere —digo. Al girarse hacia mí se mueve con cansancio—. Pani Wójcik, ¿soy la primera persona que viene aquí? Están los vagabundos, ya sé, pero ¿soy la primera de mi familia?

No puedo decir el nombre de Abek y no quiero explicar por qué el resto de mi familia no vendrá.

Niega con la cabeza, una sacudida ligera y definitiva.

—Sólo tú. Y apenas te reconocí.

—¿Está segura? ¿Mi hermano no ha venido?

—No he visto a nadie más de tu familia. No pensé que ustedes regresarían.

Hace otra pausa y gira el pomo con la mano, pero aún no atraviesa la puerta, como si estuviera pensando qué más decir.

—Ya no tenemos recolector de basura —es lo que dice por fin—. Si quieres tirar algo tienes que cargarlo tú misma y quemarlo en la calle. Si no lo quemas, los animales lo atacarán.

—Gracias.

Logro exhibir buenos modales para acompañar a la señora Wójcik por la puerta y, después de que sale, cierro con llave para que nadie más pueda entrar.

Necesito restablecerme, lograr que mi cerebro deje de dar vueltas. Las paredes vibran con los recuerdos de esos vagabundos que entraron y quemaron las pertenencias de mi familia como leña porque hacía frío, porque no tenían dónde vivir, porque eran vagabundos. Que quemaron las cosas de mi familia, así que las paredes vibran.

No. Detente.

Regreso a mi habitación y me quedo de pie en el umbral. Algo hacía antes de que la señora Wójcik entrara. ¿Qué estaba haciendo? La señora Wójcik llegó y yo estaba… *La caja en la esquina del armario.*

Es un baúl de maple pulido con una flor tallada en la tapa. ¿Pertenece a la tía Maja? Tengo un vago recuerdo de un objeto similar guardado bajo su cama, lleno de sábanas y pañuelos con sus iniciales bordadas en la tela junto a un espacio en blanco para las de su futuro marido. El cerrojo está oxidado y tengo que forzarlo con cuidado. Al final la tapa se abre y reprimo un grito.

Dentro está lo que queda de mi vida.

Cuando mi familia se vio obligada a salir del departamento y mudarse al gueto, nos permitieron llevar sólo lo que pudiéramos cargar. Ropa práctica, los platos necesarios para comer. Y fotografías. Las fotografías eran tan preciadas que las sacamos de sus marcos y las llevamos entre papeles, así que ya sé que no habrá ninguna en el baúl.

Pero sí hay otras cosas. Capa tras capa, dobladas entre tela, están las cosas que no pudimos llevar y que no queríamos regalar. El vestido de novia de mamá. El vestido que usé en mi décimo tercer cumpleaños. Todo guardado por la “amigable pareja alemana” que sin duda alguna era nazi. ¿Es éste el tipo de gesto que pasa por amabilidad cuando eres nazi?

En la fábrica de ropa Chomicki & Lederman, Baba Rose era la más famosa por sus hermosos bordados, pero yo también sabía usar el hilo y la aguja. Hubiera sido cuestión de tiempo para que mi habilidad superara la suya. La mayor parte de la ropa se armaba a máquina, pero hacíamos los bordados y cosíamos las etiquetas a mano. Así las prendas parecían hechas a la medida, decía Baba Rose. Los clientes se sentían bien atendidos: *Chomicki & Lederman* inscrito en una fina cursiva.

Cuando yo hacía la ropa de mi familia, a veces le ponía algo especial. Algo secreto oculto bajo la etiqueta o bordado en una costura. El nombre de Maja en hilo azul rey junto con alguna frase de una novela romántica que se suponía no debía prestarme. La fecha de la boda de Baba y Zayde cosida en el mantel que les regalamos por su aniversario.

Al sacar del baúl mi viejo uniforme escolar puedo pasar los dedos por el dobladillo de la falda, donde sé que están los nombres de todos mis amigos, bordados en un pedazo de tela secreto. Sé que en el forro del viejo abrigo invernal de mi madre hay versos ocultos de un poema sobre la primavera. Nadie podía verlos, ése era el punto.

Abek se perdió cuando nos mudamos al gueto. Se separó de nosotros y estuvo perdido durante horas, no sabía el nuevo domicilio. Mi madre lo amaba, por supuesto; nos amaba a ambos. Pero cuando Abek nació, permaneció enferma en cama durante mucho tiempo; *frágil*, decían mi padre y mis abuelos. *Fue duro para su cuerpo*. Yo cuidé a Abek en su niñez. El día que se perdió, cuando un transeúnte bondadoso lo ayudó a volver con nosotros horas después de recorrer las calles con él hasta que reconoció nuestro edificio, Abek corrió llorando hacia mí. Fui yo quien le prometió que nadie más volvería a tener dificultades para ayudarlo a regresar a casa.

Cosí su nombre en la etiqueta de todas sus camisas. Su nombre y domicilio, la verdadera y la del gueto, con los nombres de nuestros padres y el mío.

Después empecé a coser más. Historias completas escritas con la caligrafía más diminuta en los retazos de muselina más finos. Doblé la tela media docena de veces y la cosí dentro de la etiqueta.

El día que todos fuimos al estadio de futbol, había una historia cosida en su chamarra. Era el regalo de cumpleaños que le obsequié, mi mejor obra hasta el momento. La historia de nuestra familia contada con el abecedario:

A de Abek.

B de Baba Rose.

C de Chomicki & Lederman, nuestra fábrica, y D de Dekerta, la calle en la que vamos a la sinagoga aunque sólo sea en las altas fiestas religiosas.

H de Helena, nuestra madre; M de tía Maja; Z de Zofia.

Algo así. No recuerdo todo. Desde la *A* hasta la *Z*, algunas letras tenían párrafos enteros y otras sólo unas palabras. En el último minuto, mientras nos alistábamos para ir al estadio y tomarnos las fotografías de las nuevas identificaciones, tomé esa historia, que estaba colgada en la pared, la cosí en la chamarra de Abek y le pedí que se la pusiera.

Debí haberlo sabido.

Debí haber sabido lo que sucedería.

Eso fue lo que pensé después. Lo pensé cuando moría de hambre en Birkenau, cuando operaba el telar en Neustadt —*esta chica sabe coser, dijo el guardia y me salvó de la muerte al enviarme a trabajar*—, cuando el frío me roía los dedos de los pies en la marcha invernal de 140 kilómetros hacia Gross-Rosen porque la SS había abandonado la

fábrica, y también cuando me desmayé en la barraca de mujeres porque el Ejército Rojo por fin había llegado a liberar el campo y los nazis ya habían huido. Debí haber sabido que no nos llamaban al estadio de futbol sólo para entregarnos nuevas identificaciones. De lo contrario, ¿por qué le habría dicho a Abek que usara esa chamarra? No era adecuada para el clima. Apenas le quedaba. ¿Qué clase de persona cose una historia familiar dentro de una prenda?

O intuía que algo malo sucedería o ya estaba loca.

Tengo que encontrar a mi hermano.

Tengo que encontrar a mi hermano porque la guerra ya terminó, pero aún no me siento a salvo. Y creo que él tampoco.

No pensé que alguno de ustedes fuera a volver. Eso dijo la señora Wójcik. Pero no lo dijo con agrado en la voz. No quiso decir *qué alivio volver a verte*. Su voz no sonaba feliz. Sonaba decepcionada. Lo que quiso decir fue *pensé que los habían matado a todos*.

C

Dima toca a la puerta unos minutos después, triunfal. Me muestra un envoltorio de papel a través de la rendija que está sujetada por la cadena del pestillo.

—El almuerzo —dice—. Salchichas.

Abro la puerta, pero una vez que Dima entra no sé qué hacer.

—No tengo combustible para la estufa.

—¡Ya están cocinadas!

Ahora veo que el papel del envoltorio escurre aceite y se me hace agua la boca.

—Tampoco tengo en qué ponerlas —digo en tono de disculpa. Me refiero a que no tengo mesa, pero en cuanto lo digo me doy cuenta de que ni siquiera tengo platos.

Dima busca en su abrigo y saca un bulto envuelto en tela.

—Platos. Día de campo —otro envoltorio—. Papas.

Una vez vacíos sus bolsillos, contempla la gran sala con curiosidad y respeto.

—¿Es tu casa?

—Se veía diferente cuando vivía aquí. Ya no hay muebles.

—Hoy nos sentamos en el piso. Mañana te consigo muebles.

Levanta las cejas en dirección al comedor, visible a través de las puertas francesas, y asiento para indicar que ahí es donde deberíamos comer. Una vez ahí, se pone de rodillas con confianza, abre el paquete y comienza a cortar las salchichas con su navaja de bolsillo.

—Mi comandante dice que viene a cenar —anuncia Dima en cuanto me pongo de rodillas y recibo mi plato—. Le gustaría conocerte, saber más de la ciudad.

—Está bien.

—Le dije que puede venir esta noche.

—¿Esta noche? —protesto—. No hay comida en la casa. Y es mi primer día de regreso.

—Sé que es apresurado —Dima me mira con unos ojos tan grandes como platos y me muerdo la lengua. Es mi casa, pero aún no estaría aquí si no fuera por la ayuda de Dima.

Las chicas-nulas tenían razón a medias. Ellas pensaban que tenía suerte de que Dima me rescatara y después le hubiera agradado. En realidad, Dima se preocupó por mí *porque* me rescató. Porque yo estaba desamparada y él podía ayudarme. Porque él estaba solo y yo lo necesitaba. En todo este tiempo no me ha dado más que amistad y

no ha pedido nada a cambio de su amabilidad. No le he ofrecido nada.

Pero eso no puede quedarse así. Tarde o temprano, mi fragilidad dejará de ser atractiva y mi gratitud ya no bastará para hacerlo feliz. Querrá una compañera de verdad.

—Tu hermano… —Dima calla un momento y mira su plato; sus ojos siguen fijos ahí cuando termina su pregunta—. ¿Él no está aquí hoy?

Tres papas en un periódico húmedo. Dima trajo tres papas por si acaso.

Me trago mi decepción.

—No.

—¿Estuvo aquí antes?

—No lo creo.

Estira la mano para acariciarme la mejilla.

—Lo encontraremos, estoy seguro.

—Sí —contesto, y pongo mi plato de metal sobre el piso de madera. Sonrío. *Estoy intentándolo. Me esfuerzo mucho.*

Aquí estoy, de vuelta en casa de mi familia, pero en vez de platos de porcelana como en platos de hojalata, y en lugar de estar con mi familia estoy con un soldado ruso. Quiere hablar de fiestas. Hace ocho meses abofeteé a una chica porque trató de quitarme mis zapatos agujerados.

—¿Zofia? —Dima dice mi nombre con gentileza pero no muy bien; pronuncia la Z con demasiada firmeza—. Zofia, no hablas. Te molesté.

—Creo que deberíamos comer con pan —digo. Me pongo rápido de pie.

Él está afligido.

—No es necesario —insiste, y asiente para señalar la papa de Abek que colocó entre su plato y el mío.

—Pero es una celebración —invento—. Es mi primer día de regreso en esta casa.

—Yo también iré —dice. Deja la navaja y empieza a levantarse con torpeza.

—¡No! No. Iré a la panadería de la esquina y volveré en pocos minutos.

De todos modos se preocupa, piensa que no debería vagar por ahí.

—Puedo ver si hay pasteles para servirle a tu comandante en la noche —continúo, hago que se siente de nuevo en el piso e improviso —: Además es saludable hacer cosas por mi cuenta en un lugar conocido. Es lo que dijo la enfermera.

La enfermera no lo dijo, pero eso es lo que lo convence: la mención del pastel y el argumento de mi recuperación. Me da un poco de dinero y un beso ligero en la frente.

En la calle el calor del mediodía cae sobre mi rostro. Pero al salir del edificio no sé a dónde ir. No sé si todavía hay una panadería en la esquina; aquellas que visitábamos en el vecindario cuando era niña aparecieron, de la noche a la mañana, con letreros de JUDEN VERBOTEN durante los primeros meses de la ocupación.

Los Skolmoski. Su nombre surge en mi mente. Los Skolmoski eran católicos. Aunque los obligaron igual que al resto a colgar el letrero de PROHIBIDOS LOS JUDÍOS en su escaparate, sé que el señor Skolmoski se sentía mal al respecto. Antes de que nos obligaran a mudarnos al gueto, visitó el departamento un par de veces para dejarnos sobras de comida. *Sobras*, decía. Sin embargo, ¿cuándo fue la última vez que cualquiera de nosotros comió sobras de lo que fuera? Iré a la vieja panadería de los Skolmoski.

Hay más gente en la calle que hace unas horas. Es mediodía, hora del almuerzo, y la gente se apresura para llegar o salir de sus lugares de trabajo. Dos cuadras más adelante, cuando llego a la panadería, una de las ventanas de los Skolmoski está tapiada, pero alguien ha escrito sobre las tablas: SEGUIMOS ABIERTOS. El letrero está en polaco, no en alemán, y lo asimilo como una buena señal.

La campana suena cuando abro la puerta. El hombre que atiende el mostrador no es el señor Skolmoski, es más joven y no me resulta conocido. Me quedo en la entrada, vacilante.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta el dependiente.

—Sólo pan —murmuro mientras me acerco a los estantes de la pared y escojo la hogaza más cercana, llena de semillas negras de comino, para no tener que hablar más. Pero el surtido es escaso y cuando mi mano toma la hogaza, un hombre mayor hace lo mismo, uno de los otros dos clientes que están en la tienda.

—Lo siento —digo—. Usted llegó primero.

Retira la mano y hace una seña para que tome el pan al mismo tiempo que le digo que *él* lo tome. Ahora no sé si está tratando de ser amable, igual que yo, o no quiere el pan porque yo lo toqué. ¿Cuál será mi aspecto con el vestido raído, los pasos desiguales y la figura demacrada?

Siento la cara caliente. Tal vez debería irme y buscar otra panadería, o decirle a Dima que todas estaban cerradas.

—¿Zofia?

La mano que se posa en mi hombro hace que grite del susto.

—Está bien.

A medida que volteo percibo que la voz es reconfortante. La mujer que está de pie ante mí es unos años mayor que yo. Está más pálida que antes y tiene un ojo enrojecido, pero conserva la misma voz gutural que siempre admiré. Se notan rastros de los hoyuelos en sus mejillas, aunque ya no tiene suficiente grasa como para que se

formen bien.

—*¿Gosia?*

Antes de que pueda decir otra cosa, la mejor amiga de la tía Maja deja caer la bolsa que tiene en las manos y me abraza.

Yo también la rodeo con los brazos, y la risa que sale de mi cuerpo es de alivio y de gusto a la vez.

—No puedo creer que seas tú —dice Gosia mientras le acaricio el cabello y me pregunto si puedo confiar en lo que ven mis ojos.

—¡Yo tampoco puedo creer que de verdad seas tú!

El encargado del mostrador se interesa de pronto en nuestros movimientos.

—¿Pueden bajar la voz? Están perturbando la tienda —dice.

—Somos las únicas clientas que quedan —protesta Gosia. Tiene razón, el lugar está vacío. El viejo debe haber salido cuando no lo veía.

—Esto es un negocio, no una fiesta.

Gosia suspira.

—Nos vamos.

—Todavía no compro mi pan —digo, pero Gosia niega con la cabeza y toma mi brazo. Afuera, frente a la tienda, saca su hogaza de la bolsa de compras tejida, la parte en dos y me da la mitad.

—Empieza por el principio —me dice—. ¿Por qué no te había visto hasta ahora? ¿Acabas de regresar?

—Esta mañana.

—¿Dónde estabas?

—Primero en Birkenau y al final en Gross-Rosen —contesto. Ella hace una mueca al oír esos nombres, ya sabe lo que significan—. ¿Dónde estabas *tú*?

La cara de Gosia se ensombrece. Mira sus zapatos.

—Estuve exenta. Mi trabajo en un hospital era esencial. Cuando las exenciones dejaron de funcionar, uno de los médicos dejó que me escondiera en su desván. Ahí estuve a salvo, excepto en los últimos meses. Después estuve en Flossenbürg durante una corta temporada.

Tuerce la boca, incómoda; se siente avergonzada de su buena fortuna.

—Unos meses bastan. Me alegro por ti —le digo—. Me alegra que hayas estado a salvo todo el tiempo que pudiste.

—Ahora vivo con mi hermana y su esposo. Nunca inspeccionaron su escondite —vacila buscando las palabras—. ¿Maja está…?

—No.

Mi respuesta ya está completa. *Maja no está*. Sin embargo, me obligo a continuar porque Gosia es una amiga que merece saber:

—Fue justo después del estadio de futbol. Mataron a todos excepto a Abek.

—No.

Cierra los ojos y dejo que tenga su momento de duelo. Los abre de nuevo y baja la voz.

—Muy pocos de nosotros siguen con vida —dice—. Unos cientos a lo sumo. No entiendo cómo pueden haber desaparecido tantos.

—Ahora estoy buscando a Abek. Nos separaron en Birkenau. Supongo que eso significa que no lo has visto por aquí.

—Ojalá lo hubiera visto. ¿Has ido a tu departamento?

—Vengo de casa, de Mariacka. Lo saquearon, pero no hay nadie que viva ahí. Voy a buscar en Środula. Tal vez olvidó dónde habíamos planeado vernos. Tal vez piensa que nuestro hogar es el gueto.

Gosia niega con la cabeza.

—Ya no está —dice—. Lo bombardearon. Abek no pudo haber ido al gueto porque ya no existe.

—¿Estás segura?

—Yo misma fui ahí cuando regresé en junio. Deberías ver esa parte de la ciudad, Zofia; casi no queda nada en pie.

Siento náuseas y un nudo en el estómago. Abek no está en la casa de mi familia. No pudo haber regresado a nuestra vieja habitación en el gueto. Gosia está en Sosnowiec desde junio y conoce a mi familia desde que era niña, tenemos los mismos amigos. No veo cómo Abek podría haber vuelto sin que Gosia se enterara, sobre todo pensando que quedamos tan pocos de nosotros, como ella dice.

—¿Quién más estaba contigo en el tren a Birkenau? —me pregunta—. ¿Alguien que conozcamos?

—¿Te refieres a ese día? —pregunto despacio.

—Sí, en el vagón. ¿Quién estaba en el tren a Birkenau?

Ya sabía que se refería a eso. Por supuesto. Sólo hacía tiempo. Para responder esa pregunta necesito pensar en ese día, pero es algo en lo que procuro no pensar jamás.

—En mi vagón sólo estaba… —pero antes de poder continuar recuerdo los horrores de ese día: los gritos en mis oídos, el olor a podredumbre en mi nariz, la sed, la sensación de debilidad y falta de oxígeno—. Estaba…

—¿Zofia? ¿Estás bien?

Bajo la mirada, el pan tiembla en mi mano. Mis manos tiemblan. *No estamos en un vagón de ganado. Estamos en una calle. No estamos en un campo. Estamos en Sosnowiec. No es ese día. No es ese día.*

La estación de trenes en Birkenau es mi hielo negro, un monstruo negro dormido que custodia la puerta de mi memoria. Si lo muevo muy fuerte despertará. Si despierta, me consumirá. Recorro las orillas de ese recuerdo. Incluso las orillas son un infierno.

—Estaba Pani Ruth —concluyo—. La del cabello largo y canoso. Estaba con nosotros. Ella…

—¿Había algún hombre? —me interrumpe, y entonces entiendo lo que pregunta: ¿Tenemos algún amigo que haya estado en la zona masculina del campo y que pudiera haber visto a Abek después de la última vez que estuve con él?

El boticario. El boticario rezaba en el lodo, y… *No.* El boticario murió en el estadio de futbol. El boticario murió antes de que abordáramos el tren. Necesito pensar en lo que pasó después del tren, en el andén, en ese último día, ese día cuando… *No, no, no.*

—Pan Zweig —contesto con voz entrecortada—. Pan Zweig, el bibliotecario. Estaba con nosotros. Y el chico delgado de la carnicería. Creo que se llamaba Salomon.

Gosia agarra mi brazo.

—Salomon Prager.

—Sí. Salomon Prager —una vez que obtengo el nombre me aparto de ese recuerdo.

—Él volvió. Está vivo. Mi cuñado lo vio la semana pasada.

—¿En la carnicería?

—La carnicería está cerrada. Ahora trabaja como peón de granja. Después de mi turno de esta tarde puedo buscarlo y preguntarle si sabe qué sucedió con Abek.

—¿Podemos ir ya? Vamos ahora mismo —ya me olvidé del pan, del almuerzo y de Dima, pero Gosia niega con la cabeza a manera de disculpa.

—Sólo tengo una hora para comer, y mi cuñado es quien sabe para quién trabaja Salomon. Te prometo que lo encontraré después del trabajo.

—Ven a cenar entonces —le digo con reticencia—. Estaré yo y… y tal vez un soldado ruso. Dima me ayudó. Lo enviaron aquí.

Siento cómo me sonrojo al explicarlo, pero Gosia apenas parpadea. Debe haber oído hablar de todo tipo de arreglos.

—Zofia, es bueno volver a verte —pone sus manos en mis mejillas y yo pongo las manos en las de ella; nuestras frentes se tocan—. Iré esta noche. Lo prometo.

Me dice los nombres de algunas tiendas cercanas que permanecen abiertas y son amigables, lugares donde tal vez pueda conseguir comida para preparar la cena. Cuando llego a casa subo las escaleras de nuevo lista para disculparme con Dima por haber demorado tanto.

En la cima de las escaleras la veo. En el florero de la señora Wójcik, donde estoy segura de que antes no había nada, hay una pequeña bandera, como las que agitan los niños en los desfiles, y en esa bandera hay una esvástica.

Ć

Gosia llega por la noche con regalos: una manta. Dos pares de ropa interior. Un paquete de detergente en polvo para mi ropa y una barra de jabón para mí. El jabón es blanco y medicinal, no como las blandas barras color marrón que comprábamos en la tienda.

—Las porciones no son tan malas como antes —explica—. Pero esta semana el jabón ha estado agotado en todas partes. Tomé éste de la clínica.

—Gracias.

Me siento agradecida por los regalos, pero por la manera ansiosa en que me entrega el paquete comprendo de inmediato que es una ofrenda para compensar malas noticias.

—Salomon no pudo ayudar —baja la mirada—. No lo vio. No recuerda haberlo visto allá.

—Comprendo.

Intenta tomar mi mano, pero como sigo deteniendo el paquete, termina agarrando mi muñeca.

—Salomon me pidió que te comunicara sus disculpas. Dijo que habría buscado a Abek y quería que lo supieras. Si hubiera sabido que Abek estaba allá, habría tratado de buscarlo.

Puedo oír el sentimiento de culpa de Salomon en boca de Gosia. Pero no lo culpo. El campo era del tamaño de una ciudad pequeña. Que Salomon no recuerde haber visto a Abek significa poco o nada.

Sólo quiere decir que necesito buscar más. Sólo significa que necesito escribir más cartas. Mañana puedo ir por mi cuenta a hablar con Salomon.

Dima llega desde el comedor, amplia sonrisa en el rostro, y besa a Gosia en las mejillas de un modo que ahora sé que los rusos consideran amistoso, no demasiado familiar. Ella se sobresalta, pero recompone su expresión cuando él se aparta.

—¿Eres amiga de Zofia? Es un placer conocerte.

—Gosia, él es Dima Sokolov, de quien te he hablado. También invitó a su comandante a cenar con nosotros. Así que será una pequeña fiesta, si no te molesta.

—Voy por él ahora —le dice Dima a Gosia—. Zofia, ¿tienes todo lo que necesitas? ¿Para cocinar?

Asiento. Cuando Dima sale, Gosia alza las cejas.

—Es guapo —dice.

—Ha sido amable conmigo —le indico que me siga a la cocina, pero ella se queda de pie con cara de incertidumbre—. ¿Gosia? ¿Hay algo más? —le pregunto.

Ella mira hacia la puerta que Dima acaba de abrir para salir.

—Salomon mencionó algo. No sé si sea útil, pero dijo que el Ejército Rojo liberó Birkenau en enero.

—Eso lo sé —le digo—. Dima ya lo averiguó.

—Pero escucha. Salomon dijo que los nazis se llevaron gente del campo antes de la liberación. La SS sabía que los Aliados venían en camino, así que intentaron evacuar el campo antes de su llegada enviando prisioneros a Alemania. Salomon se quedó, lo dejaron en la enfermería y el campo fue liberado unas semanas después.

Evacuación. Es lo mismo que sucedió en Neustadt. Nos despertaron para que abandonáramos los telares y se nos ordenó que camináramos varios días en temperaturas bajo cero hasta llegar a Gross-Rosen, ubicado en la difusa frontera del Reich. Nuestra partida no eludió a los Aliados por mucho tiempo: el Ejército Rojo liberó Gross-Rosen pocos meses después. Sin embargo, si el campo hubiera estado asentado en lo más profundo del Reich… Los Aliados llegaron a Alemania central hasta los últimos días de primavera.

Ahora entiendo por qué Gosia no reveló esa información al principio. Hay dos formas de interpretarla, una buena y una mala: o Abek estaba en Birkenau en el momento de la liberación, por lo que ya debería estar en casa, o…

—Abek fue a Alemania —digo.

—No. Quiero decir, no lo sé.

—¿Acaso Salomon no lo encontró en la enfermería? ¿No se dio cuenta de que Abek quedaba rezagado?

—No, pero…

—Gosia, en el momento de la liberación, ¿había algún otro lugar donde él pudiera estar? —pregunto—. En la enfermería, donde estaba Salomon, o en un transporte rumbo al oeste hacia otro campo en Alemania. ¿Ésas eran las opciones?

Gosia parece incómoda.

—A menos…

—¿A menos que qué? —pregunto con brusquedad.

—Zofia. Yo quería a Abek. Sabes que sí. Pero él era muy joven. Era joven y el trabajo era duro, y mucha gente…

—Y por eso es una fortuna que él sea fuerte —la interrumpo—. Además, yo organicé algo para él. Una posición especial. Abek era *valioso*. Me aseguré de que fuera *útil*.

Gosia contempla mi cara. Observa mi cara y pronuncia sus siguientes palabras con cautela:

—Si Salomon tiene razón, es probable que Abek haya estado en la

enfermería o en el transporte cuando el campo cerró.

—Sabemos que no estaba en la enfermería —digo—. Así que estaba en ese transporte.

—Así que estaba en ese transporte —repite Gosia, despacio—. Por supuesto que ahí estaba.

El comandante Kuznetsov es un hombre alto y esbelto, de mejillas enjutas y ojos amistosos e inteligentes. Aunque no sabe polaco, habla bien alemán, idioma que Gosia y yo hablamos con fluidez pero Dima no. Gosia también sabe algo de ruso, así que entre los cuatro logramos comunicarnos con torpeza cambiando de idioma después de algunas frases. Es la imitación de una cena.

El comandante nunca ha estado en Polonia, según explica mientras nos sentamos en el piso con los platos en el regazo. Dima extendió un mantel entre nosotros y trajo flores que puso en el alféizar de la ventana. También se aseguró de traer una botella de vodka. El resto del departamento está igual que cuando entré; es decir, abandonado y deteriorado. Ése es el punto, dice el comandante. Pidió que lo invitaran porque quería saber algo de la región a la que fue asignado; saber cómo vivimos y qué hacemos para salir adelante.

Preparé holishkes con tomates enlatados y la única carne que conseguí en la carnicería: cordero entrado en años y correoso. Intenté disfrutar mientras cocinaba en las ollas del ejército que Dima trajo. Intenté disfrutar la cocina de mi familia otra vez.

—¿Zofia? —dice Dima con gentileza—. El comandante Kuznetsov te hizo una pregunta.

—Sí, es un platillo tradicional —contesto y retomo la conversación.

Si enviaron a Abek a Alemania, ¿sabrá cómo regresar? ¿Y en qué parte de Alemania? El país es enorme. ¿Le habrán dado la misma carta que a mí para abordar un tren?

—A veces lo comemos durante nuestra fiesta de la cosecha —añade Gosia porque yo me he quedado callada—. También comemos pastel de manzana y kugel de papa.

Lo hacemos porque es la comida favorita de Abek, añado para mis adentros. Esto comemos en su cumpleaños. Compré los ingredientes con la esperanza de cocinar para él. De que Salomon supiera su paradero y Gosia lo trajera a casa esta noche.

—¿Conoce a la familia de Zofia desde hace mucho? —pregunta el comandante a Gosia, la más comunicativa del grupo—. ¿Y en qué trabaja ahora?

—Soy enfermera en una clínica. Y sí. La tía de Zofia y yo fuimos juntas a la primaria. Conozco a Zofia desde que nació, es decir… —me da un empujón en el hombro para que participe en la conversación.

Así no es como quería que fuera mi primera noche en casa. No quería que las cosas fueran así.

—O sea dieciocho años, ¿no, Zofia?

Dima me observa preocupado. Él tampoco quería que la velada fuera así.

—Mis disculpas, comandante —digo en voz baja—. Estoy muy cansada. Como tal vez le dijo Dima, sigo buscando a mi hermano menor. Tenía la esperanza de que estuviera esperándome aquí, pero no fue así.

El comandante asiente, pero a continuación le habla a Dima en ruso con gran rapidez. Noto que a Gosia le cuesta trabajo seguirles el hilo. Creo entender lo más básico por la expresión de sus rostros. Le pregunta a Dima si mi hermano estaba en un campo, como yo, y Dima contesta que sí. La conversación continúa hasta que ya no puedo seguirla. Gosia interviene al fin:

—Dice que hay quien puede ayudar. Organizaciones, creo que dijo.

—Lo sé. He hablado con ellos, he escrito cartas.

Los hombres siguen hablando, pero cuando Gosia interviene por segunda vez noto algo de agudeza en su voz.

—Dice que tal vez Abek está en Múnich.

Dima y el comandante Kuznetsov se detienen a media frase y la miran. El comandante parece avergonzado y empieza a hablar en alemán:

—Me disculpo por dejarla fuera de la conversación —me dice.

—¿Por qué habría ido a Múnich? —pregunto.

—Según entendemos, al final de la guerra los prisioneros de Auschwitz-Birkenau, partieron en su mayoría a dos campos: Bergen-Belsen y Dachau —explica el comandante—. La ciudad más cercana a Dachau es Múnich.

—¿Por qué a Bergen-Belsen no? ¿Eso también está cerca de Múnich?

El comandante Kuznetsov parece confundido, pero en vez de contestar se dirige a Dima y le pregunta algo en ruso. Dima le responde en voz baja, casi en un susurro, lanzando miradas fugaces y periódicas hacia mí. En su lenguaje corporal hay algo que no me agrada, algo protector pero también secreto.

—¿Qué le dices? —pregunto alzando la voz. Luego le pregunto a Gosia—: ¿Qué dices, Gosia?

Gosia frunce los labios, renuente a traducir.

—El comandante dijo… dijo que… tenía la idea de que Abek no estaba en Bergen-Belsen.

Muevo la cabeza de lado a lado, confundida.

—¿Por qué pensaría eso?

De nuevo, los tres intercambian miradas que no entiendo. Recojo mi taza y la aviento al piso para llamar su atención.

—¿Quién le dijo eso?

Al cabo de una eternidad, Dima me mira a la cara.

—Yo le dije eso. Yo le dije que Abek no está en Bergen-Belsen porque cuando escribí al campo, tu hermano no aparecía en sus registros.

—¿Cuando escribiste a...? —repito con lentitud, tratando de entender el sentido de lo que dice—. ¿Cuándo *escribiste al campo*?

—A la gente que ayuda —intenta explicar—. Los soldados que están ahí.

—¿Pero les escribiste consciente de que existía una posibilidad de que él estuviera en ese lugar? ¿Sin decirme?

Dima se ruboriza con mucha intensidad.

—Él no estaba ahí —continúa—. Así que no quise... así que no quise *preocuparte*, Zofia. Intento ayudar. Necesitas *descansar*. Pensé que si lo encontraba por ti...

Gosia y el comandante miran sus platos tratando de desaparecer de esta conversación. Dima me mira, suplicante.

—¿También tuviste noticias de Dachau? —le pregunto—. ¿O de Birkenau? Maldición, Dima, ¿hay algo más que me estés ocultando?

—No maldigas, Zofia. No eres una chica que maldice.

—Maldigo si me da la gana —contesto, con los ojos llenos de lágrimas.

Él niega rápido con la cabeza. *No*, quiere decir; no, esos lugares no me respondieron.

¿Esto es traición? ¿Es traición si trataba de ayudarme? ¿Si lo hizo en secreto pero con la intención de encontrar a mi hermano? *Su intención era buena*. Eso me digo. Quería ayudar. Y en realidad *sí* ayudó. Encontró un lugar donde Abek *no* estaba.

A mi lado, Gosia extiende la mano en el suelo hasta poner sus dedos sobre los míos.

—El comandante habló de Múnich porque después de la guerra muchos prisioneros de Dachau fueron a otro campo cerca de Múnich —intercambia unas palabras con el comandante Kuznetsov y luego aclara—: otro tipo de campo.

Ya no habla en ruso ni en alemán, ni siquiera en polaco, sino en yídish. La lengua de nuestras cocinas, de nuestros ratos privados en familia; la lengua que reconoce que el comandante y Dima no forman parte de lo que nos sucedió:

—Un gran campo de refugiados que dirige las Naciones Unidas. Hay varios. Están destinados a los judíos que no pueden volver a sus hogares o que no han podido encontrar a sus familias.

—Y es probable que Abek esté ahí si abandonó Birkenau.

Gosia retira la mano.

—Eso es lo que dijo. Se llama… —vuelve a hablar en alemán—. ¿Cómo se llama?

—Foehrenwald —responde el comandante. Parece aliviado de ofrecer información que no me provocará molestia—. Pero es imposible saber desde aquí si su hermano está en ese campo. El personal es escaso y está abrumado de trabajo. Por lo que he oído, apenas está organizado; hay miles de refugiados que entran y salen.

—Imposible saberlo *desde aquí* —repito. Ahora estoy hablando en polaco, pero Dima, a mi derecha, niega con la cabeza antes de que pueda decir más.

—Abek vendrá aquí —dice—. Ése era tu plan.

El plan era Sosnowiec. El plan era quedarnos juntos. El plan era encontrarlo.

Pero ¿qué tal si olvidó el plan? Sólo tenía nueve años. ¿Qué tal si olvidó nuestro domicilio? ¿Qué tal si ya no reconoce el lugar? ¿O si está atrapado, herido, o en un hospital como estaba yo?

—¿Sabías de ese lugar? —le pregunto a Dima con brusquedad—. ¿Es otro lugar que me ocultabas?

—No, lo juro —responde—. No sabía de ese campo. Podemos escribirles mañana.

—Podemos escribirles —repito—. ¿Y si se va mientras tanto?

—Si se va, vendrá aquí —dice Dima.

—¿Y si no puede *llegar aquí*? ¿O si no le llega la carta?

—Zofia, debes ser paciente, pero…

—¿Qué tal si me necesita? ¿Qué tal si está solo y me necesita *ahora mismo*? La tía Maja dijo…

—¿Quién? —me interrumpe Dima con amabilidad.

—La tía Maja. Acaba de decirlo.

—Zofia.

—*La tía Maja* —mi voz se alza a cada sílaba hasta volverse casi un grito—. La tía Maja *acaba de decir* que los prisioneros de Birkenau fueron a Alemania. ¿No la oíste?

El silencio que llena la habitación y el doloroso rechinido de la duela en el piso de abajo hacen que reconozca mi error. Me ruborizo.

—Quise decir Gosia, obvio. Sé que es Gosia, no la tía Maja.

Agacho rápido la cabeza sobre mi plato y corto un pedazo de col, pero no puedo llevármelo a la boca. En ese momento *sí* quise decir eso. Estaba sentada en este comedor y, a mi lado, se encontraba mi hermosa tía Maja, y volví a perderme.

A mi lado, Gosia luce compasiva y preocupada; sus ojos parpadean muy rápido en dirección a Dima. Hace un rato noté que hablaban mientras terminaba de cocinar la cena. Me pregunto qué le dijo él y cómo me diagnosticaron.

Seguro creen que estoy loca, así que no tiene caso explicar que sólo me confundí por un momento al estar en el departamento.

Tampoco tiene caso explicar la repentina certeza de mi corazón que comenzó a formarse al escuchar ese lugar llamado Foehrenwald. Sé que protegí a Abek tan bien como pude. Podía sentirlo conmigo durante toda la guerra. No habría sido capaz de sobrevivir sin sentir su presencia. Lo logré, así que debe estar en Foehrenwald.

—Ya sé que ella es Gosia —repito, esta vez en voz más baja—. Olvídenlo.

Gosia se va unas horas más tarde cuando su cuñado llega a recogerla. Me abraza y dice que debería ir a la fábrica mañana, siempre necesitan voluntarios. Dima asiente por encima de su hombro. Debe ser el plan de ambos, una excusa para mantenerme ocupada.

—Como sea, vendré mañana por la tarde —dice Gosia—. Trataré de traerte más ropa y una linterna extra.

Ahora sólo hay una linterna en la casa y algunas velas muy cortas. El departamento está en la penumbra. Dima y el comandante Kuznetsov son siluetas que conversan en la puerta.

Dima se aparta del comandante, se acerca a mí y toma mis manos.

—El comandante dice que hay espacio para ti si vienes con nosotros. Puedes quedarte allá en lugar de estar sola.

—Aquí estaré bien. Gosia me trajo algunas cosas.

—El piso es muy duro —insiste—. Al menos necesitas un… —busca una palabra que no conoce en polaco, y hace como si desenrollara algo en el piso.

—¿Una colchoneta? No la necesito —el alcohol empieza a nublarme la cabeza; la siento ligera y que me da vueltas. Sigo molesta con Dima. He dormido en lugares mucho peores que en una manta limpia sobre un piso de madera.

—No, puedo traer una —dice, y mira hacia donde está el comandante ajustándose la gorra tratando de darnos privacidad—. Lo llevo a casa y regreso.

—No puedes continuar yendo y viniendo. Ya estuviste aquí dos veces hoy.

Pero insiste y al final parece más fácil decir que sí. Dejar que traiga una colchoneta para envolverme como si fuera una figurilla.

D

Recojo los platos de la cena, pero no hay agua corriente para lavarlos. Gosia y yo dejamos nuestros platos limpios. Dima y el comandante Kuznetsov dejaron sobras en los suyos: una corteza de pan, unas hojas de col. En el plato del comandante hay un pedazo de carne, casi puro cartílago, que debe haber escupido con discreción.

La masa masticada que nada en salsa de tomate cuajada está ahí en el plato. La miro con atención durante un minuto, asqueada.

Sin embargo, ya tengo esas sobras en la boca. Limpio el recipiente con el dedo sin molestarme en usar un tenedor. El cartílago se pega en la garganta; me obligo a tragarlo. Siento asco de mí misma, pero también estoy muriendo de hambre, o recordando lo que se sentía morir de hambre.

¿Qué me pasa? ¿En qué me he convertido?

Se escucha un golpe en la puerta de la habitación contigua. Coloco los platos en el fregadero seco y trato de recomponerme.

—Ya voy —le digo a Dima cuando los golpes suenan más fuertes —. Lo siento, estaba en la co…

No termino la frase porque quien toca no es Dima. En el umbral poco iluminado están de pie tres hombres que no conozco. Dos de ellos parecen hermanos, tienen narices chatas y barbillas partidas; el tercero es alto, delgado y tiene ojeras.

—Oímos que había judíos aquí —dice el más alto de los hombres de nariz chata—. Este vecindario es Judenreid.

Judenreid. Ése era el término alemán. Por eso tuvimos que abandonar el departamento. *El vecindario es Judenreid.*

Pero las palabras alemanas ya no pueden dictar qué vecindarios están libres de judíos, ¿o sí?

Tengo la boca seca como estambre.

—¿Dónde oyeron eso?

No sé por qué creo que puedo ganar tiempo. No tardarán en descubrir la verdad. Todo mi aspecto indica que estuve en un campo.

Noto un ligero olor a alcohol y sudor que se desprende de sus ropas; mi corazón empieza a latir con fuerza. El hombre que habló me hace a un lado para entrar a mi casa, los otros lo siguen y me obligan a retroceder. Sus ojos recorren el departamento, o lo que pueden distinguir a oscuras.

—No hay nada que llevarse —logro decir—. Pueden ver que los únicos muebles son chatarra. Y sólo estoy yo.

Estúpida, me digo en cuanto esa frase sale de mis labios. Quise decir *tal vez podrían dejarme en paz porque es obvio que no puedo hacerles daño*. Pero ahora la cara del primer hombre me mira con malicia a la luz de la linterna al saber que estoy sola.

—Si tienen hambre, puedo… tal vez puedo conseguirles algo de comida —improviso mientras intento acercarme a la puerta—. Mi amigo viene de regreso.

—Dijiste que estabas sola, judía.

—Ahora estoy sola, pero mi amigo llegará pronto. Es teniente del Ejército Rojo.

—Qué conveniente, ahora hay novio —murmura el ojeroso.

No hay lugar a dónde ir para apartarme de los tres. El segundo hombre está de pie frente a la puerta. Los otros dos recorren mi departamento.

—Hay novio —insisto, y suena tan falso que ni yo lo creería.

No veo armas, aunque tal vez las tengan ocultas en sus chamarras. Por favor, que sólo roben mis cosas y no me golpeen. Por favor, que sólo me golpeen y no me violen. Por favor, que sólo me violen y no me maten.

Por favor, mátenme. Por favor, mátenme y ya. ¿Por qué no? ¿De qué otra forma terminará todo esto?

—Puedo pagarles —ofrezco, desesperada—. Por… por la molestia de ocupar el departamento.

Al escuchar esto, dos de los hombres parecen interesarse, así que sigo hablando de dinero. Les daré todo el restante de la cantidad que Dima me entregó para la comida, y trataré de conservar íntegro el billete del hospital.

—Sólo déjenme ir por el dinero. Mientras hago eso, pueden beber el vodka que está en la cocina. Casi una botella entera, pueden tomarla.

No quiero que beban más, pero el vodka es una distracción; tampoco quiero que me sigan a la recámara. Así, mientras dos de ellos van por el alcohol, camino rápido junto al que custodia la puerta, entro a la recámara y busco de nuevo en la tela a cuadros donde guardé todo el dinero.

Escucho más ruidos que vienen desde el pasillo, murmullos. Entonces, uno de los hombres llama al primero que habló, al que he empezado a considerar el líder.

—Piotr.

Echo un vistazo discreto por la esquina. Los hombres están agrupados alrededor del gorro de Dima colgado sobre una silla. El martillo y la hoz destacan.

—Les dije —logro decir mientras vuelvo al comedor—. Se llama teniente Sokolov. Trabaja en… trabaja para Ivan Kuznetsov —no sé si

conocen ese nombre, pero lo digo como si esperara que lo conocieran.

—*Cállate*, judía.

Su voz suena desdeñosa, pero creo que lo que dije sí importó. Ahora los rusos tienen el control aquí. Eso tiene que significar algo.

—Volverá pronto —avanzo hacia la puerta como si tuviera más valor del que tengo en realidad y les doy el dinero que quedó de la comida—. Así que creo que deberían tomar esto e irse.

El que se llama Piotr me arranca los billetes de la mano con actitud amenazante.

—La próxima semana. Te haremos una pequeña visita la próxima semana.

Una vez que se han ido, cierro la puerta con llave y me dejo caer al piso. Me duele el corazón, que golpea mi pecho con fuerza. Me duele el corazón incluso cuando no late. Pero eso no está bien porque mi corazón no ha dejado de latir; late con mucha fuerza aun cuando los corazones de todas las personas que conocía dejaron de latir. Es por eso que todavía me duele.

A de Abek.

Z de Zofia.

Sigo en el piso veinte minutos después cuando Dima trata de abrir la puerta. Empuja una vez, dos veces.

—¿Zofia? —levanta la voz, presa del pánico.

—Un minuto, por favor —logro decir mientras me froto los ojos con los puños y me pongo en pie. Abro la puerta—. Vinieron unos hombres. Cuando se fueron cerré con llave por seguridad.

—¿Qué hombres? —pregunta y mira hacia el corredor. Su voz se tensa y se hace más grave—. ¿Volverán?

—No lo sé.

Dima pasa a mi lado. Deja la colchoneta en el piso, recorre el departamento y revisa que las ventanas estén bien cerradas.

—Si vuelven, no será esta noche —digo—. Vieron tu gorra y se asustaron.

Dima termina su inspección de las ventanas. Aunque sigue preocupado, cierto placer se refleja en sus ojos cuando digo que su gorra me protegió.

—Tengo esto —dice, y señala la colchoneta militar de color verde oliva.

—Gracias.

—¿Segura que no vienes conmigo? —da unos pasos hacia mí y cierra el espacio entre nosotros.

—Tengo que quedarme. No quiero que nadie piense que el departamento está vacío.

—¿Y si me quedo esta noche? —atraviesa la habitación y pasa su dedo índice por mi mejilla—. No en tu cuarto —añade de inmediato

—. Para protegerte.

—No sé.

—Mis padres tampoco hablaban el mismo idioma, ¿sabes? —dice Dima con timidez—. Él también era soldado. Incluso hablo más polaco que mi padre. Creo que ahora son muy felices.

—Estoy segura de que sí —contesto en voz baja.

Es la primera vez que habla así de sus sentimientos, tan claro que no puedo fingir que algo se perdió en la traducción, o que su amabilidad es nada más amistosa.

No tengo trabajo. El dinero que me dieron en el hospital se terminará. No estoy a salvo aquí sola. Dima se preocupa por mí, quiere protegerme. Sólo tengo que ser amable con él y aceptar esta vida.

Tal vez Dima se preocupa por mí, sobre todo porque me rescató; sin embargo, yo también lo uso. Esas veces que aplaudí con exageración cuando me regalaba lápiz labial. Todas las veces que lo vi hincharse de orgullo ante la admiración de las chicas-nulas. El hecho de que pude salir del hospital porque Dima me acompañaba.

Pero ¿eso significa que está mal? Se han construido relaciones con menos.

—¿Quieres que me quede? —pregunta.

—Está bien —digo; me humedezco los labios y me obligo a empezar de nuevo—. Eso sería muy amable, pero no tienes que dormir aquí afuera. Tengo una sola manta. Pasarías frío.

En mi recámara de la niñez, donde no he dormido desde antes de que asesinaran a mi familia y rompieran mi país, desenrollo la colchoneta que me trajo un soldado ruso. La tiendo con la manta desteñida que me trajo la amiga de mi tía muerta, y luego me acuesto con el vestido que tengo puesto porque aún no tengo ropa para dormir.

Dima se acuesta a mi lado, respetuoso. Su respiración no es lo bastante regular como para que esté dormido. Está despierto, mirándome, mirando mi silueta en la oscuridad. Siento su mano en mi cabello, cómo me acaricia desde la coronilla hasta las puntas. Lo hace tres veces, y mientras espero a ver si continúa, me doy cuenta de que él también espera a ver si me doy la vuelta, o si me acerco a él para que mi trasero descanse en el hueco de sus caderas.

Baba Rose solía acariciar mi cabello en esta habitación, con esmero y cariño, como si no tuviera nada que hacer y ningún otro lugar a donde ir.

La tía Maja me acariciaba el cabello en esta habitación mientras hablaba de sus problemas.

Mamá me acariciaba el cabello en esta habitación y, aunque siempre parecía cansada y a veces se quedaba dormida con la mano

recostada en mi cabeza, también me contaba cuentos de hadas y me cantaba las canciones que hubiera escuchado en la radio ese día.

Escucho un crujido que viene de la habitación contigua. Sé que es el sonido del viejo edificio que se asienta, pero tengo que contenerme para no gritar: *¿Abek?*

Detrás de mí, la mano de Dima está quieta y descansa sobre la colchoneta a mis espaldas sujetando por accidente unas cuantas hebras de cabello. Permanezco acostada, inmóvil, porque no quiero que se malinterpreten mis movimientos. Después de algunos minutos, siento que Dima se mueve detrás de mí, da la vuelta hacia la pared y apenas ronca.

La escena de la mesa no abandona mi mente. Dima no se disculpó por ocultarme la carta de Bergen-Belsen. Fue evidente que se sentía mal por lastimarme, pero dijo que lo había hecho sólo para protegerme. *¿Quiero ese tipo de protección?*

¿Ésta es la mejor vida que puedo construir ahora? ¿Seguridad, gentileza y un hombre que sale en la oscuridad para traerme algo suave en lo que pueda dormir, pero que me oculta cosas si cree que pueden lastimarme? Me contó que sus padres fueron felices. Quería que supiera que nosotros también podríamos ser felices. *¿Quiero ser feliz de ese modo?*

¿Quiero eso?

Salgo de la cama improvisada gateando por el piso para no hacer ruido. En el armario busco a tientas la valija con el seguro roto y la lleno con las pertenencias que tengo: la ropa interior y el jabón que me dio Gosia, el pañuelo que me dio la enfermera Urbaniak. Mis ojos se detienen en el baúl y me pregunto si debería tomar algunas cosas de ahí. Pero no sé cuánto tendré que caminar, no quiero llevar mucho peso. *Y esta vez voy a volver*, me recuerdo a mí misma. Es mejor dejar esas cosas donde están seguras.

Dima ronca a mis espaldas. Cerca de la puerta encuentro su ropa: la chamarra colgada del respaldo de una silla y sus pantalones doblados en el asiento. Meto la mano al bolsillo de la chamarra y siento un fajo de billetes. En la oscuridad no puedo distinguir si son zlotys, marcos alemanes, o lo que sea que usen en Rusia, pero intento ignorar mi punzada de culpa; hago la promesa de que le pagaré después y tomo todo el dinero.

Le escribo una nota insuficiente a Dima garabateada a la luz de la luna y la dejo sobre sus pantalones:

Tengo que ir a buscarlo. Quédate en el departamento todo el tiempo que quieras. Si no lo quieres, dáselo a Gosia. Lo siento. Lo siento mucho. Tengo que encontrarlo.

La valija se siente ligera en mi mano. La estrujo contra mi pecho al salir por la puerta.

La última vez que vi a Abek en otra versión que sueño a veces:

Ya había oído hablar de Auschwitz. Para entonces, todos habíamos oído de ese lugar. Rumores de tortura y muerte.

Por favor, no nos envíen a Auschwitz, le supliqué al soldado encargado de vigilarnos cuando mi familia ya había salido del estadio, cuando ya nos habían enviado a edificios de departamentos ubicados en las afueras de la ciudad como preámbulo de la siguiente etapa. Por favor, a Auschwitz no; podemos trabajar duro. Sobre todo mi hermano. ¿No dijo que su comandante necesitaba un buen mensajero? Mi hermano sería un buen mensajero. Está sano, mírelo. Ya habla tres idiomas. ¿No sería útil?

El joven soldado dijo que podía conseguir algo, pero sería un gran favor que requería pago. Metí la mano en sus pantalones; en ese entonces era muy bonita. Aceptó tres minutos después. No nos enviaría a Auschwitz. Nos enviaría a Birkenau.

El tren avanzaba despacio, como a rastras. Cuando llegamos a Birkenau, llevábamos mucho tiempo a bordo. Aunque la distancia era corta, nos detuvimos durante horas a cada momento, sin motivo ni advertencia y sin que nadie pusiera atención a nuestras súplicas. El vagón estaba atiborrado, tanto que ni siquiera nos tambaleábamos cuando el tren se sacudía. En la primera noche empezó a morir gente. Los cuerpos se hundían hasta el piso mientras los demás tratábamos de no pisarlos y suplicábamos por agua. Mi padre nos dio la suya. En todo ese viaje mi padre no bebió agua.

No sabía, por supuesto, que podía haber más de una ciudad de pesadillas tan próximas unas a otras. El soldado a quien toqué había cumplido su promesa de la manera más cruel con la intención de burlarse de nosotros. Me di cuenta casi de inmediato.

Al igual que Auschwitz, el campo de Birkenau estaba situado en las afueras de un pueblo llamado Oświęcim. La construcción quedaba apenas a un kilómetro de distancia del campo original porque éste no bastaba para la cantidad de gente a la que debían torturar y matar. El soldado envió a mi familia a Birkenau. No me dijo que también se le conocía como Auschwitz II.

Abek y yo llegamos a la puerta. Nos enviaron al lado derecho. Él entró al campo con la chamarra que tenía el abecedario oculto en el forro. Entonces volteó a verme porque de pronto ya era el Abek del sueño de nuevo, no el Abek real. Era el Abek del sueño que se alejaba de mí despidiéndose. Yo me esforzaba por quedarme ahí con él, pero en vez de eso desperté.

Segunda parte

E

Alemania ocupada por los Aliados, septiembre

Puedo darme cuenta de cuando el tren cruza la frontera hacia Alemania.

Cuando el tren sigue en Silesia, esa tierra anexada que alguna vez fue parte de Polonia y tal vez lo sea de nuevo, las vías están descuidadas y la ruta es sinuosa. El boletero de la estación de Sosnowiec me lo advirtió: el Ejército Rojo desmantelaba vías, desenterraba los enlaces metálicos para crear rutas que llevaran a Rusia, no a Alemania. La línea Katowice-Múnich alguna vez fue directa, pero ahora da muchas vueltas; retrocedemos, nos desviamos, llegamos a partes de la vía donde varias locomotoras tienen que compartir un mismo carril, y pasamos días enteros esperando a que pase otro tren. Mientras estamos en Polonia, las vías y la tierra lucen confusas y olvidadas; el tren parece un ratón que intenta escapar de un laberinto.

Pero sé cuando el tren cruza hacia Alemania porque las colinas se ven chamuscadas y maltrechas. Cortes profundos y abiertos en la tierra interrumpen la vista de los campos de labranza. Los Aliados bombardearon hace poco todo el lugar para cortar las líneas de suministros del ejército alemán.

Avanzamos aún más despacio. Nos detenemos con mayor frecuencia. Los empleados nos dicen que se están retirando escombros de las vías.

Un anciano se sentó junto a mí justo antes de la partida. Tenía una gran barba gris y un abrigo de color oscuro, me recordó a mi abuelo Zayde Lazer. Al principio permaneció en silencio. Ni siquiera estaba segura de que habláramos el mismo idioma, pero cuando las ruedas empezaron a moverse y a transmitir sus vibraciones hacia nuestras piernas, sacó de su abrigo una botellita de un líquido ambarino y me la ofreció para probarla.

Era nalewka, vodka especiado, dulce y fuerte. El pequeño sorbo que le di me ardió en la garganta. Le devolví la botella, él le dio un trago y me la dio de nuevo.

—Ya no me gustan los trenes —me dijo.

—A mí tampoco.

Ahora este hombre es mi amigo sin nombre. Los pasajeros llenan

los asientos y después los pasillos. El anciano y yo nos levantamos para ir al baño sólo cuando ya no podemos esperar más y nos cuidamos el asiento uno al otro. También el techo del tren se llena. Sin lugares disponibles, la gente sube por las escaleras en los costados del tren o se apiña en las plataformas que conectan los vagones.

El viaje es muy largo y bastante caluroso, a veces no logro distinguir si estoy despierta o soñando. Por instantes me parece ver a Abek sentado a mi lado. Permito que mi pasado y mi presente se fundan. Las horas pasan y mi pie lastimado duele como si todavía estuviera íntegro, como si pudiera mover los dedos. Pasan los días, me duele todo el cuerpo, que ya está entumecido, ni siquiera sé si existe de verdad.

—Para las pesadillas —dice el anciano en algún momento, y me ofrece otra botella cuyo contenido me nubla la cabeza y me tranquiliza la mente. Dice esto cuando acabo de despertar, tomando aire a bocanadas. El movimiento rítmico es lo que altera mi cerebro. En cuanto duermo mi cuerpo recuerda el tren a Birkenau. Puedo ordenarle a mi cerebro que no piense en eso, pero cuando duermo y siento el ritmo del tren mi cuerpo recuerda el trayecto.

—Para una mente ruidosa —dice el viejo. Otra botella.

Eso hace que el viaje sea tolerable. No es una cura para lo que está mal en mí, pero se siente como una solución temporal. Las botellas y el hecho de que cada vez que miro por la ventana cuando nos detenemos y algunas mujeres se acercan vendiendo pan o huevos hervidos me hacen pensar que estoy más cerca del lugar donde tal vez esté Abek.

Una mañana, justo antes del amanecer, el tren por fin frena de golpe. Ya no hay vías en cincuenta metros, sólo restos de metal retorcido que se alzan desde el suelo chamuscado como garras. No hay otra vía a la que podamos pasar, explica el portero. No hay manera de retroceder y pasar a otra línea. Todas las vías están demolidas en este tramo, así que no hay nada que hacer más que desocupar el tren y caminar diez kilómetros hasta la siguiente estación en condiciones de uso.

Bajamos dando tumbos hacia un campo de cebada enlodado. Me sorprende ver grupos de gente que nos esperan. La mayoría son chicas, de mi edad o unos años menos, con vestidos de granja. Algunas tienen canastas de comida para vender —ciruelas arrugadas, manzanas verdes—, pero otras no tienen comida, están de pie junto a caballos flacos enganchados a carretas.

—¿Comité de bienvenida? —bromea mi viejo amigo, de pie entre nubes de vapor y polvo.

Pronto queda claro lo que esas muchachas hacen. A cambio de una cuota, llevan a la gente al punto donde las vías se reanudan.

Primero se acercan a los soldados, los hombres uniformados, porque saben que ellos tienen dinero. Negocian sus precios con sonrisas coquetas que desaparecen en cuanto la transacción termina y las monedas quedan bien guardadas en los bolsillos de sus delantales.

Una de ellas, una chica delgada de dieciséis o diecisiete años, evita la competencia por los soldados y se me acerca.

—¿Viaje? —me pregunta en alemán.

—Puedo caminar.

Sin embargo, caminar me preocupa. Diez kilómetros son una gran distancia con mi pie lastimado y el dolor que todavía siento en la pantorrilla. Pero me preocupan más los gastos innecesarios; en todo el viaje he comprado sólo la comida más barata.

La chica señala al anciano con una sacudida de cabeza.

—Tal vez él no puede caminar, pero mi carreta tiene una almohada que puede usar. Si no viajan conmigo quizá no lleguen al siguiente tren a tiempo para conseguir asiento. Tendrá que ir de pie todo el camino.

—Yo pago —ofrece el viejo con caballerosidad—. Si no te molesta ser mi compañera de asiento un rato más.

La almohada tiene bultos, la carreta es muy alta y la chica no se molesta en ayudarnos a subir. Mantiene la vista fija al frente mientras subo a la carreta y ayudo al anciano.

Apenas nos acomodamos cuando la chica hace avanzar al caballo.

Sólo una vez he estado en Alemania por voluntad propia. Mi padre me llevó a Berlín por negocios. Dijo que era la capital de la civilización moderna: la ropa de las mujeres berlinesas era lo que las polacas usarían cinco años después. Sin embargo, las chicas que conducen carretas o venden fruta no van a la moda. Sólo se ven cansadas.

Pasamos junto a un hombre que pinta un letrero: todavía estamos lejos de Múnich. Pero el letrero no sólo está en alemán, sino también en ruso, francés e inglés.

—Dividieron el país —dice la chica cuando ve que leo el letrero —. Cuatro Aliados, cuatro esquinas. Todos se llevan un pedazo de Alemania. ¿A dónde vas?

—A Múnich.

—Los estadounidenses tienen Múnich —dice.

—¿Quién controla aquí?

—Nadie —dice de manera críptica—. Aquí nadie se controla a sí mismo. Todo es un desastre. Siguen encontrando cuerpos.

—¿Cuerpos? —pregunto.

—De los bombardeos Aliados. Enterrados bajo los escombros. Mientras sigan encontrando cuerpos, nadie pondrá atención a las otras cosas que suceden.

Dirige la mirada a su caballo y guarda silencio hasta que casi llegamos al punto donde la vía se reanuda. La nueva "estación" no es un edificio oficial, es un vagón de carga oxidado acomodado entre la hierba. Alguien pintó una palabra en el costado, supongo que es el nombre del poblado más cercano.

Ya hay grupos de soldados esperando. Son aún más groseros que cuando bajaron del tren hace una hora, se sienten envalentonados por el aire fresco o por las muchachas.

Nuestra conductora aprieta la boca en una línea recta, mueve la mandíbula como si estuviera decidiendo si decir algo o no. Sólo cuando ya detuvo la carreta y empiezo a bajar, me toma por la muñeca con sus dedos huesudos.

—Británicos o estadounidenses, pero rusos no, ¿está bien?

—¿Qué? —pregunto.

Mantiene la mirada fija al frente.

—Los soldados pueden ayudarte a conseguir cosas y eso es útil. Busca a los soldados británicos o estadounidenses, no a los rusos. Los rusos tienen ideas sobre lo que les debes. Y si no lo das de buena gana, lo toman por la fuerza.

—¿Qué quieres decir?

—No me importa si me crees o no, pero no soy la única chica alemana que te lo dirá.

—Un soldado ruso salvó mi vida —le digo.

—Bien por ti —su voz está llena de amargura. Sigue mirando al frente, se lleva la mano a la garganta y la frota—. Muy bien por ti.

Me duelen las extremidades; mi piel está cubierta de sudor y mugre, aunque me recuerdo a mí misma que no tengo piojos. Tampoco chinches. No tengo el estómago vacío, ni de qué quejarme. He pasado por cosas peores.

El anciano cuyo nombre nunca supe siguió en el tren hasta Múnich. Dijo que su hija lo vería ahí. Cuando llegamos a la estación lo recibió una mujer esbelta y pelirroja con la misma nariz y los mismos hombros anchos que él. Como se abrazaron y no se soltaron, no me quedé a despedirme. No había lugar para mí en esa reunión familiar.

En el caótico mercado de la estación de trenes encontré un lugar en el que se alquilaban conductores, sobre todo de camiones; había hombres que anunciaban lugares de destino y agrupaban a los pasajeros según la dirección en que viajábamos.

Ahora, varias horas después, mi conductor ya dejó a todos excepto a mí. Se detiene junto a un camino de grava y dice que hemos llegado a Foehrenwald, pero no veo un letrero ni nada que me oriente.

Lo que veo son campos planos y pardos. Decenas de hombres y mujeres con ropa de granja están arando la tierra. Varios cientos de

metros más allá veo los techos de dos aguas de un pueblo.

Volteo la mirada para ver si el hombre que me trajo hasta aquí puede darme alguna otra indicación, pero ya se fue y está demasiado lejos como para alcanzarlo. Así que avanzo por un surco de tierra y me detengo ante una de las trabajadoras que, pala en mano, deposita semillas en la tierra.

—Disculpe, estoy buscando el campo —digo en alemán—. El campo para personas desplazadas. ¿Está cerca?

Su cara no tiene expresión, no entiende mi pregunta. Vuelvo a preguntar en yídish y después en polaco, pero sigo sin obtener respuesta, aunque al oír esa última lengua se le ilumina la cara; llama a otra mujer y me dice a señas que le pregunte a ella. La otra mujer me responde en polaco, con voz amistosa pero con un marcado acento que me parece es italiano.

—Foehrenwald es aquí —dice—. Estás en sus límites —mueve la cabeza hacia atrás para señalar las estructuras que se ven en el horizonte.

—¿Cuáles edificios?

Ella ríe.

—Todos.

—Ya llegué —susurro—. *Lo logré.*

La muchacha me mira con curiosidad al escuchar eso último, pero por un minuto no puedo decir nada más. Estoy plantada en el suelo con los miembros temblorosos porque de verdad logré esta locura. Para bien o para mal, he gastado más de la mitad del dinero que tenía en boletos de tren y comida. Ya no hay marcha atrás, no hay manera de volver a casa. Se me hace un nudo en el estómago en un instante de miedo, pero lo logré, es un hecho.

—El edificio administrativo debe ser lo que buscas —dice la muchacha con cierta cautela al notar mi silencio—. Está en medio del campo. Sigue hacia aquel camino de allá, es la calle Míchigan. Cuando estés cerca alguien más podrá ayudarte.

Me obligo a sonreír para lucir más valiente de lo que me siento e intento repetir el nombre de la calle que acaba de mencionar. No suena polaco ni alemán, ni siquiera italiano.

—Mí-chi-gan —vuelve a pronunciar—. Es una provincia estadounidense. Todas las calles del campo tienen nombres de provincias estadounidenses.

—Gracias.

El camino de terracería que me señaló me adentra en Foehrenwald, un lugar que se parece muy poco a lo que esperaba. Había imaginado hileras de largas barracas dispuestas en cuadrícula, arquitectura bélica. Estaba preparada para que esa arquitectura me enloqueciera.

Sin embargo, ahora puedo ver que Foehrenwald se parece más a un pequeño pueblo organizado como una rueda con sus rayos. Suelto un suspiro de alivio.

Míchigan es una calle del perímetro; otras, con nombres como Illinois e Indiana, conducen al centro del campo. Chozas encaladas con techos de dos aguas bordean todas las calles, y los edificios centrales más grandes —los edificios administrativos, supongo— son más cuadrados e industriales y están dispuestos alrededor de un patio central.

Hay un grupo de personas que fuman y platican frente a las puertas de la administración. No me sorprende escuchar diferentes idiomas después de mi conversación con la italiana del campo de labranza, pero sí me sorprende la variedad: húngaro, checo, esloveno y neerlandés. La mayoría de esas personas son de mi edad o un poco mayores; algunas son de la generación de mis padres y otras pocas son muy viejas, rondan la edad del hombre que conocí en el tren. No hay nadie menor que yo. Nadie que pueda ser Abek.

Carraspeo mientras me aferro a la agarradera de mi valija.

—Disculpen. ¿Hay alguien a cargo? —pregunto en alemán, el idioma que más escucho.

Un chico de cabello rubio interrumpe su conversación.

—¿De qué división?

División. No esperaba algo tan formal.

—De… busco a alguien en el campo. Otro prisionero. Digo, refugiado.

Él asiente en dirección a un edificio contiguo más pequeño.

—Entonces quieres ir ahí. Pregunta por Frau Yost.

Sin embargo, no tengo que preguntar por ella. En el interior del moderno edificio con pisos de linóleo, una mujer menuda con lentes de marco metálico se acerca en cuanto atravieso la puerta. Luce un vestido abotonado a cuadros de aspecto extranjero, aunque no logro precisar por qué. Estrecha mi mano de manera profesional.

—*¿Englisch?* —pregunta—. *¿Deutsch?*

—*Ja* —le digo, y le explico que soy polaca pero sé hablar alemán —. Me llamo Zofia Lederman. ¿Frau Yost?

Asiente.

—Soy yo. Qué alivio que hables alemán —ella lo habla con acento estadounidense o canadiense—. El otro día, para lograr comunicarme con una mujer húngara, tuve que usar como intermediario a alguien que hablaba francés.

Espero a que me pregunte qué hago aquí o que me invite a tomar asiento, pero en vez de eso, la señora Yost descuelga un sombrero de un gancho en la pared, se lo pone en la cabeza y me acompaña afuera por la misma puerta que usé para entrar.

—Les dije que nadie tenía tiempo para habilitar tanto espacio habitacional —dice mientras sostiene la puerta—. Aun así hicimos lo mejor que pudimos: una cama aquí, una cama allá, pero ya tenemos el doble de ocupantes y una escasez desesperante de mantas. Ya sabías eso, ¿verdad? En términos de comida, con toda la gente adicional, tal vez podemos arreglárnoslas durante una semana sin raciones adicionales. Los jardines ayudan.

—Señora Yost…

—Y *tus* tarjetas oficiales de racionamiento se te transferirán en algún momento, me parece, pero como todavía nada funciona en el país…

—Señora Yost, lo siento mucho, pero…

Por fin guarda silencio y nota que no la he seguido por la puerta. Vuelve a entrar.

—¿Feldafing?

—¿Disculpe?

—¿Eres de Feldafing?

Niego con la cabeza.

—No, afuera me dijeron que preguntara por usted aquí.

Cierra los ojos y se pellizca el puente de la nariz.

—Lo siento mucho. Recibimos un telegrama que decía que el campo de Feldafing estaba sobrepoblado y que algunos de sus residentes llegarían al final de esta semana. Se suponía que un representante ya debería estar aquí para arreglar el alojamiento. Por lo general ése no es mi trabajo, pero soy la única que podía encargarse de la reunión.

Vuelve a extender la mano hacia el pomo de la puerta. Me parece que, si tuviera reloj, estaría revisando la hora.

—Pero en fin. No eres de Feldafing, por supuesto que no. ¿A quién representas?

—Vine por mi cuenta. Busco a mi hermano.

—¿Sabes en qué choza está?

—Mi familia es de Polonia. A Abek y a mí nos separaron en nuestro primer campo, pero supe que algunos prisioneros de allá fueron enviados a Dachau, y que después los prisioneros de Dachau vinieron aquí.

—Entonces no sabes en qué choza está. ¿Tienes la certeza de que está aquí? —tiene una manera de hablar incisiva, directa, que de inmediato me hace sentir tonta.

—No. Pero creo que está. Supe que los prisioneros de Dachau vinieron aquí.

—*Algunos* de ellos.

—Es por eso que vine aquí. Me llamo Zofia Lederman. Mi hermano es Abek Lederman. Debe tener doce años, pero le dije que

dijera que era mayor. Podría decir que tiene quince, y…

—Éste es un campo para adultos —me interrumpe—. Lo siento, pero no admitimos a nadie menor de diecisiete años, a menos que lo acompañen sus padres o tutores.

—¿Podría sólo…?

—¿Revisar los registros? Sí —dice, anticipándose al final de mi frase—. Puedo llevarte con una secretaria. ¿Vienes sola?

—Sí.

—¿Y de dónde vienes?

—Polonia.

—Eso dijiste. Tu familia es de Polonia. Pero quise decir ¿dónde te hospedas? ¿De dónde has venido hasta acá?

Empiezo a comprender la decisión impulsiva que tomé. Soy huésped de nadie. No tengo dónde quedarme.

De pronto me siento muy cansada. Muy sucia. Tengo hambre y sed, quiero acostarme. Me pregunto por qué estoy aquí.

—Polonia —repito—. Vine en tren desde Polonia.

—¿Hoy? ¿Tú sola?

—Llegué hoy. Salí… hace varias semanas, creo. Tardé mucho tiempo. Y sí, sola.

El semblante de la señora Yost cambia. Su mirada se suaviza. Pasa un minuto mientras asimila la noticia.

—Es un largo camino para recorrer sola.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo te tomó?

—Él es lo único que me queda.

Piensa un minuto, mira por encima de mi hombro hacia donde veo que hay un reloj en la pared, y suspira.

—Sígueme.

Pasamos por el área de recepción y entramos a una oficina privada con un letrero escrito a mano en la puerta: ENLACE DE PERSONAS DESAPARECIDAS. Adentro hay unos cuantos escritorios grandes cubiertos de papeles desordenados. En medio hay un teléfono negro medio enterrado entre los papeles.

—Siéntate, por favor —la señora Yost me invita a tomar la silla que se ve más cómoda de las dos que hay en la oficina. Ella toma la otra, de madera y respaldo recto, y entre el desorden saca un libro y una pluma fuente. El libro está forrado de cuero y tiene las palabras I. G. FARBEN grabadas en dorado al frente. Esas palabras me resultan familiares, aunque no sé de dónde.

—Señorita Lederman —dice—, ¿qué tal si empiezas diciéndome qué has hecho hasta ahora para buscar a tu hermano?

—Puse su nombre en la lista.

—Muy bien. ¿Cuál lista?

—La lista de la Cruz Roja.

Hace una anotación en el libro.

—¿Qué otras?

—No estoy segura.

—¿La Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación? ¿La AJJDC? ¿La Oficina de Personas Desaparecidas en Múnich, o en alguna otra jurisdicción?

—En el hospital siempre anotaba su nombre en una lista cuando me lo pedían.

—Señorita Lederman —su pluma seguía levantada sobre el libro; ahora le pone la tapa y la baja—. Son tiempos muy confusos, pero hay muchas organizaciones que intentan ayudar.

Enumera más siglas, pero todas se confunden. Entiendo lo que dice. Hay muchas listas. Se suponía que debía añadir su nombre en muchas listas, más de las que habría podido imaginar, y se suponía que debía llevar registro de todas.

Es como una colcha de retazos, dice. Es el continente que intenta unirse con una mezcla de todos los tipos de hilo y tela disponibles.

Me aferro a los reposabrazos de la silla y trato de evitar que la señora Yost se difumine ante mis ojos. Tengo la boca seca y mi voz suena como si viniera de muy lejos.

—Pero podría tomar meses esperar una respuesta de todos esos lugares —digo. Empiezo a darme cuenta, con horror, de que aun si contacté sin saberlo a algunas de esas organizaciones cuando estaba en el hospital, ahora no tienen forma de comunicarse conmigo.

—Podría tomar meses —confirma la señora Yost—. Mi trabajo es tratar de ayudar a los refugiados que están aquí, pero podría tomar meses. ¿Te sientes bien? Posa la cabeza entre tus rodillas si estás mareada.

—No estoy… no estoy mareada.

—Estás mareada —se levanta y por la puerta entreabierta llama a la secretaria que está afuera—. ¿Podrías traer un vaso de agua?

No sé si tengo meses, eso es lo que quiero decirle. Estoy viva, en parte, porque me obligué a mí misma a vivir para encontrar a Abek. Me ha costado mucho trabajo seguir en pie. No sé cuánto tiempo más puedo hacerlo. No basta con enviar cartas que quedan sin respuesta.

Escucho un roce de tela frente a mí y enfoco la mirada. La señora Yost ha vuelto con un vaso de agua. Levanta las cejas, pregunta si puedo sostener el vaso y lo pone en mis manos.

—Espero que sepas que no digo esto para disuadirte —dice, y espera mientras me obligo a tragar el agua—. Pero una chica con la que he estado trabajando aquí ha escrito diez cartas al día por sesenta días seguidos. Sabe *con certeza* que su hermana fue liberada de Auschwitz y aun así no ha podido encontrarla. Pero tus posibilidades

siguen latentes si escribes cartas en lugar de viajar sola por toda Europa. No puedes visitar cada lugar en persona, e incluso si pudieras hacerlo, la gente no permanece en el mismo lugar. Aunque encuentres el lugar correcto, no hay garantía de que puedas estar ahí en el momento adecuado. Así que, si todavía tienes hogar, tal vez tu mejor opción sea regresar allá.

—No me queda suficiente dinero.

—Podrías considerar solicitar un fondo para viajes, para…

—No.

—O podría asignarte un enlace más cerca de donde tu familia…

—*No* —ladro—. *No sin mi hermano*.

Visualizo las sillas delgadas y rotas de nuestro comedor abandonado, la alfombra que no era nuestra, la panadería con rostros desconocidos. Ese lugar no volverá a ser mi hogar hasta que Abek y yo lo convirtamos en un hogar.

La señora Yost vuelve a abrir la boca, pero la interrumpo antes de que pueda hablar:

—¿Puedo ver los registros de ingreso ahora mismo?

Parece que quiere decir algo más, pero en vez de eso asiente una sola vez con eficiencia.

—Una secretaria los traerá; puedes consultarlos después de la cena.

Cena. La mención de esa comida hace darme cuenta de que no tengo otros planes para la noche. No tengo dónde quedarme ni a dónde ir. La señora Yost ya mencionó que el campo está abarrotado.

—¿Y después… después de la cena podría quedarme aquí? —pregunto—. Mientras tanto pienso a dónde ir después. Si no hay cama para mí, dormiré en el piso.

La señora Yost suspira.

—No voy a ponerte en el piso. Sígueme. Le diré a la persona encargada de asignar el alojamiento y luego buscaré quién puede ayudar a instalarte.

Recojo mi valija y ella recoge su libro con las palabras I. G. FARBEN grabadas en oro. Ese nombre sigue inquietándome.

—¿Qué es eso? —pregunto—. El nombre en su libro.

Ella lo mira.

—Antes de ser un campo de refugiados, este lugar era una fábrica farmacéutica. Todavía uso algunos de los artículos de oficina que dejaron mientras llegan nuestros suministros.

—He oído hablar de I. G. Farben, estoy tratando de recordar por qué.

—Zyklon B —dice al fin—. I. G. Farben fabricaba Zyklon B.

Así que ahí escuché el nombre. A veces, en Birkenau, antes de que mi habilidad para coser se supiera, me obligaban a descargar

camiones de suministros. Los contenedores amarillos de Zyklon B tenían un pequeño logotipo en la parte inferior que identificaba al fabricante: I. G. Farben.

El Zyklon B era un pesticida cuya presentación se disolvía en gas. Escuché que al inicio estaba diseñado para matar roedores. En Birkenau descargaba esas latas y los guardias las llevaban a los edificios que llamaban “duchas”. Ahí metían a cientos de personas y usaban Zyklon B, que también funcionaba en humanos.

He perdido toda noción del tiempo cuando la señora Yost me conduce fuera de su oficina. Es difícil que Foehrenwald me parezca real, que algo de esto me parezca real. Casi espero que al parpadear despierte en el departamento de mi familia acostada junto a Dima, o en el hospital en la sección de las muchachas rotas. Pero no estoy ahí; me encuentro a cientos de kilómetros de casa. Los médicos dijeron que aún no estaba del todo recuperada como para salir del hospital por mi cuenta, pero he logrado llegar yo sola hasta aquí. Mi desolación por no encontrar a Abek aquí está matizada por un poco de orgullo.

El sol está cerca del horizonte cuando salimos por la puerta trasera que se abre hacia una especie de patio polvoriento entre los edificios administrativos. Hay unas cuantas bancas de madera a lo largo del perímetro; detrás está el verdor de un jardín de hierbas con olor a eneldo y perejil. Más allá, tras una puerta doble abierta, veo mesas redondas en un edificio que debe ser la cafetería. La calle Míchigan que transité hace poco se llena de gente, supongo que provienen de los campos que dejé atrás. No sólo están las personas que vi arando la tierra sino muchas más que llevan azadones y palas. Se reúnen en el patio mientras conversan y ríen. Desde otras calles se acercan otros grupos que no llevan ropa de granja.

—¿Señora Yost? —en cuanto salimos del edificio, aparece un hombre con camisa a cuadros que se abre paso entre el patio polvoriento y extiende la mano—. Soy de Feldafing.

—Por supuesto que sí —la señora Yost voltea a verme—. Zofia. Mis disculpas. Buscaré a alguien más que te lleve a tu alojamiento.

Escudriña a la multitud.

—Señor Mueller —dice, haciéndole señas a una figura solitaria que está sentada en una de las bancas.

El hombre que levanta la mirada es delgado y anguloso. Sus tirantes sostienen unos pantalones que le cuelgan en la cadera; un cigarrillo pende de la comisura de su boca. Trabaja con algo en sus manos, utiliza una herramienta metálica para hacer agujeros en una tira de cuero. Una brida para caballo, creo. La deja cuando la señora Yost lo llama.

—¿Podrías llevar la valija de la señorita Lederman a la choza de Breine y Esther? —pregunta ella.

Desde lejos me pareció que el señor Mueller era mucho mayor,

pero cuando se acerca veo que en realidad sólo tiene un par de años más que yo. Su cabello es negro y rizado, tiene ojos grises y un cuerpo esbelto y correoso. Le da una última fumada a su cigarrillo antes de tirarlo a un lado.

La manera en que sus labios carnosos se curvan alrededor del cigarrillo, la manera en que sus caderas se mecen cuando pisotea la colilla en el polvo, la manera en que se frota el cuello acalambrado con una mano de largos dedos… siento que me sonrojo, y de inmediato sigue la sorpresa de darme cuenta de que todavía puedo sonrojarme. Un tirón rápido y urgente retumba en mi estómago, y ésa también es una sensación que creí desaparecida. Pensé que no tenía cuerpo suficiente como para fabricar ese sentimiento.

El señor Mueller levanta las cejas en un breve saludo cuando se acerca a mí.

—Hola —logro decir. Tengo la certeza inmediata de que la vergüenza se nota también en mi voz y todos alrededor pueden oírla.

Acaba de inclinarse para tomar mi valija cuando veo que su cuello se pone rígido.

—¿Qué dijiste? —pregunta en voz baja, en alemán.

—Yo… yo no… —tartamudeo.

Pero no se dirige a mí; le pregunta a otro hombre junto al que pasó en el patio, un hombre de pecho amplio con lindos dientes blancos.

—¿Qué dijiste? —repite el señor Mueller, dando la vuelta hacia el hombre.

El señor Mueller suelta mi valija y camina hacia el hombre más corpulento. Tiene los rizos despeinados pegados a la nuca y el cuello de la camisa húmedo de sudor. No alcanzo a oír lo que dicen los dos hombres a mitad del patio; sólo sé que el hombre de los dientes blancos parece enojado y desdeñoso, mientras que el señor Mueller me resulta indescifrable. Otras personas a mi alrededor notan la conversación. A unos metros de distancia la señora Yost, que ya había empezado a alejarse con el representante del otro campo, se detiene tratando de decidir si debe intervenir.

El hombre corpulento hace una seña obscena. El señor Mueller hace lo mismo, pero luego decide alejarse. Parece que la discusión ha terminado y aflojo los puños que había apretado sin darme cuenta. Pero entonces, sin previo aviso —y con una expresión apenas perceptible atravesando su rostro—, el señor Mueller da un giro. Ocurre demasiado rápido como para registrar el movimiento completo: sólo veo algo borroso y después la sangre que mana de la nariz del otro hombre.

El hombre corpulento se lanza hacia el frente con ambos brazos extendidos y golpea al señor Mueller con todo el peso de su cuerpo. El

señor Mueller permanece de pie, aunque con esfuerzo. Esquiva el primer golpe, pero el segundo le da justo bajo la ceja. Recibe un tercer golpe en las costillas. No es un peleador intuitivo, eso hasta yo puedo verlo. El otro hombre es al menos diez centímetros más alto.

En todo el perímetro del patio se abren puertas y ventanas, la gente se asoma para ver el origen de la conmoción. Ahora pelean en el suelo; el hombre corpulento está sentado en el pecho del señor Mueller e intenta inmovilizar sus brazos aferrándolos al suelo. La mano del hombre corpulento restriega un lado de la cara del señor Mueller en la tierra; las piernas del señor Mueller se sacuden en vano sobre el polvo.

Levántate, pienso.

No sé por qué dio el primer golpe, no sé por qué empezó esa pelea y no sé por qué no se rinde y pide piedad.

—¡Caballeros! —grita la señora Yost, y luego le dice a alguien que no puedo ver—: Ve por un policía.

Pero será demasiado tarde. Cuando llegue un oficial, el señor Mueller se habrá quedado sin oxígeno y estará muerto.

Debería ayudarlo, pero no puedo moverme. *Cierra los ojos*, me digo, pero mis párpados no responden. *Cierra los ojos*, pienso. *Levanta las manos y cúbrete los ojos. Hazlo ahora.*

Debería ayudarlo, pero no puedo moverme porque si hubiera podido moverme, habría podido ayudarlo y no lo ayudé, así que eso debe significar que no podía moverme; lo único que puedo hacer es mirar y mirar, como si la pelea fuera algo lejano, como si ocurriera en una película.

Me desvanezco, me derrumbo dentro de mí misma; no puedo detener mi cerebro, y entonces, justo cuando creo que estoy por presenciar algo horrible, el señor Mueller libera uno de sus brazos. Lo echa hacia atrás y, formando una L con el pulgar y el índice, golpea la tráquea del otro hombre.

El hombre corpulento se lleva las manos al cuello; su cara se pone morada y respira con chillidos como de cerdo mientras intenta tomar aire. El señor Mueller se escabulle debajo de él. En medio de jadeos, regresa con dificultad a la banca y busca la herramienta para perforar cuero que estaba usando antes de la pelea. No la recoge, sólo deja las manos en la agarradera como advertencia de que la usará si es necesario.

Al verlo, algo surge en mi cerebro: un pensamiento, un recuerdo que intenta abrirse paso entre mi descontrol y devolverme la compostura. *El señor Mueller. Sosnowiec en verano. Calor, los días más calurosos, pararse en una fila. Mi padre.*

¿Conozco a este hombre? Estoy segura de que no —no podría—, pero acabo de ver algo que me recuerda… ¿qué? *Sosnowiec en verano,*

estoy formada en una fila. Las imágenes son demasiado difusas como para retenerlas, ni siquiera sé si son reales.

Repaso todo lo que acaba de suceder, cada momento desde que vi al señor Mueller levantarse para recoger mi valija hasta este instante en el que se limpia la ceja ensangrentada con el puño de la camisa mientras mira al patio con suspicacia. Pero ya lo perdí. Lo que sea que me pareció familiar en él ha vuelto a desaparecer, si es que existió en verdad.

Reprimo mi frustración. Justo cuando me enorgullecía de haber llegado hasta este campo, justo cuando me atrevía a creer en mi recuperación. ¿Por qué mi cerebro está tan maltrecho? ¿Por qué me traiciona?

El hombre corpulento está a gatas en medio del patio. Los dos amigos que estaban con él corren, lo sujetan bajo los brazos y lo ayudan a ponerse de pie.

Levanto la mirada. El señor Mueller está de nuevo frente a mí con la mano extendida. Tiene un raspón en los nudillos. Su camisa está manchada de polvo, le faltan dos botones y el bolsillo del pecho cuelga medio desgarrado. Hace un gesto con la mano.

—Tu equipaje.

Es un par de centímetros más alto que yo. Al inicio creí que sus ojos eran grises, pero ahora puedo ver que tienen mezclado un poco de marrón, un color oscuro y pétreo difícil de leer. Debería sentirme asqueada por él después de haberlo visto iniciar la pelea. El tirón en mi estómago debería haber desaparecido; sin embargo, no ha sido así. Siento cautela en su presencia, pero no puedo dejar de mirarlo.

—¿Y mi equipaje? —pregunto de manera tonta.

—La señora Yost me pidió. Que cargara. Tu equipaje —lo dice muy despacio con una ceja levantada.

—Oh. Pero no tienes que hacerlo —contesto—. No después de…

—Dije que lo haría —responde. Recoge la valija antes de que pueda volver a protestar. No espera a que lo siga, y como no veo que la señora Yost esté cerca para dar instrucciones, corro tras él.

Zigzaguea entre hileras de chozas y voltea la mirada una sola vez para cerciorarse de que puedo seguirle el paso, pero no más. Acelero para poder caminar a su lado y jadeo un poco por el esfuerzo.

—¿Ese hombre te hizo algo? —le pregunto, sin aliento.

No aminora el paso.

—¿No viste la pelea? Yo diría que sí me hizo algo.

—Sí, lo que quise decir fue…

—Me lastimó el pecho. Además huele a orines y estaba encima de mí, así que ahora yo debo a oler a orines —pone énfasis en la palabra *orines*. Dice esto para escandalizarme, creo, o para que me dé asco y deje de hacer preguntas.

Mientras avanzamos, procuro poner atención al camino y a todo lo que veo: una estructura de madera donde las mujeres cargan canastas de ropa para lavar. Un edificio más grande con un letrero que dice ENTRENAMIENTO VOCACIONAL. Foehrenwald es más parecido a un pueblo de lo que pensaba.

—Lo que *quise decir*, y creo que lo sabes, es si ese hombre te hizo algo *antes* de la pelea —aclaro—. ¿Tuviste una razón para golpearlo? ¿O golpeas a todo lo que *huele a orines*?

Tuerce la boca.

—¿Todo lo que huele a orines? ¿Qué cosa puedo golpear que huela a orines?

—Una… una cabra. Podrías golpear a una cabra.

—Una cabra —repite, inexpresivo.

—O una letrina —digo con terquedad—. Una letrina huele mucho a orines.

—¿Y cómo podría golpear una letrina?

—Sería algo muy húmedo —contesto. No puedo explicar por qué su indiferencia me envalentona tanto, pero siento la necesidad de mostrarle que no me intimidan sus groserías ni su pelea—. Si golpearas una letrina tal vez te salpicaría.

Mueller ríe de forma nítida y entrecortada, como si el sonido y el acto de reír lo sorprendieran. Es una risa agradable, seca pero rica, aunque se detiene casi de inmediato. Antes de que yo pueda sonreír siquiera, su boca ya volvió a adoptar una expresión seria, como si esperara que no fuera a notar su risa.

—Disculpa, pero ¿te conozco? —pregunto.

Una mirada de reojo.

—No lo creo.

—Me pareciste conocido, pero fue una idea muy fugaz. Por un segundo pensé que tal vez te conocía de casa, soy de Sosnowiec, pero tu alemán no tiene acento polaco.

—No soy de Sosnowiec.

—Eso pensé. ¿Eres alemán? ¿Te conozco de otro lugar? ¿Estuviste en…?

—¿Que si estuve dónde? —se detiene y me encara; hay algo de reto en su pregunta.

No puedo terminar mi frase. ¿Qué iba a preguntarle? *¿Estuviste en Birkenau? ¿Eras uno de los hombres obligados a cavar tumbas para sus compañeros que morían a su alrededor todas las noches? ¿Te vi trabajando en la zona masculina de Gross-Rosen, con mierda escurriendo por las piernas porque el tifus te hizo perder el control de tus esfínteres?*

No todos quieren hablar de lo que les sucedió. En el hospital, la mujer a la que llamábamos Bissel sólo hablaba de que "estuvo lejos" de su casa, como si hubiera estado en la universidad o en un largo

viaje. Decía que quería encontrar un regalo para su hijita escondida. Decía que su hija la esperaba en una pequeña granja alemana, en algún lugar, bajo los cuidados de una pareja de amables ancianos. Nunca supe si la granja o la hija existían en realidad. Bissel decía esas cosas a pesar de que tenía agujeros en las piernas ocasionados por los experimentos médicos que los doctores realizaron en Ravensbrück; su mente era como algodón de azúcar por la tortura. Nunca supe qué podía creerle.

Mueller vuelve a avanzar y lo sigo. Da vuelta a otra esquina. Estoy tratando de recordar todas las vueltas que hemos dado desde que abandonamos el edificio principal. Recupero el habla, aunque con cautela:

—Es sólo que allá atrás algo de ti me pareció muy familiar. Tal vez fue tu manera de moverte, o algo que hiciste…

—No soy de Sosnowiec y no creo que nos hayamos visto antes. No soy polaco y no estuve en ningún lugar del que quiera hablar —ha perdido la paciencia. Lo incomodo. Debo sonar como una loca.

—Me disculpo, entonces —digo—. Mi mente debió engañarme; a veces me confundo, me confundí allá atrás.

—¿Algo más?

—Algo… —al principio pienso que se refiere a si voy a preguntarle otra cosa, pero entonces me doy cuenta de que nos hemos detenido ante una choza blanca y cuadrada, tiene una sencilla puerta de madera del lado izquierdo y una ventana del lado derecho.

—Aquí es donde la señora Yost quería que te trajera —dice; empuja la puerta hacia adentro y me entrega la valija. Veo que no tiene intención de entrar conmigo porque asiente en señal de despedida—. Señorita Lederman.

—Espera —contesto, todavía no quiero que se vaya, pero no tengo una buena razón para pedirle que se quede—. Me llamo Zofia.

Extiendo la mano por si quiere estrecharla en un saludo formal.

—Soy Josef —dice con tono cortante, y cuando se da la vuelta para alejarse, mi mano sigue en el aire.

F

Entonces me quedo sola de nuevo. Sola y lejos de casa con el peso y la realidad de mi decisión. Me duele el pie lastimado por correr detrás de Josef. Es un dolor elusivo que parece alojarse en los dedos que ya no tengo. No hay cataplasma caliente ni polvo de aspirina que pueda aliviar el dolor que viene de fantasmas.

Contemplo la pequeña choza. Un sencillo piso de madera. Una ventana con cortinas de arpillera que da hacia el camino de tierra por el que llegamos. En la habitación hay un fregadero, pero no hay estufa ni refrigerador. En vez de eso hay dos camas individuales, cada una cubierta con colchas descoloridas bien acomodadas y cada una tiene una mesita de noche sencilla sobre la cual hay algunos artículos personales: una fotografía, un cepillo para el cabello, un montón de papeles en blanco y una pluma fuente. Hay un escritorio alineado con la pared lateral. En la parte trasera, una puerta conduce a una segunda habitación; otras tres camas con mesita de noche, un escritorio, una mesa con una palangana para agua. Sobre una de las mesitas de noche hay una pila de revistas viejas con bordes amarillentos y doblados; sobre otra, una pila de libros.

La tercera está vacía. Supongo que ésa es la que debo usar, así que pongo mis pertenencias en el cajón de la mesita y me siento en la cama. La pared es de un blanco sucio; en el espacio de arriba de la cama distingo el contorno difuso de algún objeto colgado ahí.

—Era una cruz de hierro.

Una mujer alta de cabello castaño rojizo entra por la puerta, se sienta en la cama de las revistas y comienza a desatarse los zapatos. En realidad son unas pesadas botas de trabajo que lucen extrañas sobre sus delicadas pantorrillas. Su vestido es de un color rosa deslavado.

—Oh —digo—. ¿Tú…?

—Estaban en todas las chozas. La ONU trató de quitarlas antes de que llegáramos, pero les faltaron algunas en las habitaciones traseras. Yo misma quité la de esa pared y unos chicos echaron varias al fuego.

—¿Eres Breine o Esther?

Ella levanta la mirada de sus pies.

—Breine. Sí, lo siento; no quise ser grosera. Y perdona también que no te estreche la mano —levanta las manos y me muestra sus palmas encallecidas y cubiertas de tierra. Es una de las chicas que vi afuera, de las del grupo que trabajaba en el jardín. Tiene la cara roja

por el sol, y la piel de la nariz se le está pelando.

Señalo mi pecho.

—Zofia. Me asignaron esta choza. Tal vez la señora Yost te dijo que vendría.

—En realidad no la he visto desde que regresé. Pero de camino me encontré con Josef, dijo que teníamos una nueva compañera y que debía mostrarte el lugar. Así que soy Breine; Esther duerme en esta otra cama y el cuarto delantero es de dos chicas holandesas, Miriam y Judith. Las dos son amables; Judith habla alemán mejor que Miriam.

La manera en que pronuncia el nombre de Josef me hace pensar que son amigos o al menos que sabe algo de él. Quiero preguntarle, pero no quiero ser entrometida ni evidente. En vez de eso, pregunto:

—¿Están plantando un jardín?

Ella asiente, se quita las botas y hace una mueca de dolor mientras toma un pie entre sus manos, se soba el arco y menea los dedos.

—Algunas de nosotras. Es nuestro pequeño experimento. Coles, zanahorias, papas, cebollas. Si es que todo crece. Nunca he hecho algo así antes, pero algunas de las demás sí.

—Eso será lindo.

—Es mejor no tener que depender de las raciones. Aquí no tenemos fruta, huevos ni mantequilla, ni nada fresco en realidad. Así que plantamos. Tal vez haya betabeles para mi boda.

—¿Estás comprometida? Te deseo lo mejor.

Su cara se pone rosa de satisfacción, esperaba que se lo preguntara.

—Te mostraré mi anillo, se lo muestro a todos. Ya están hartos.

Se olvida un momento de sus pies adoloridos y se abre el botón más alto del vestido para revelar una pequeña bolsa que lleva colgada al cuello con una tira de cuero. Vierte el contenido en la palma de su mano: un anillo de oro envuelto varias veces en hilo tal como se hace para que un anillo grande le quede a un dedo pequeño.

—Era de la madre de Chaim —explica—. Él logró salvarlo.

Me lo da y comprendo que debo admirarlo.

—Es hermoso —digo mientras le doy vuelta en mi mano—. Espero que tengas una hermosa boda.

—Tú estarás presente, todo el campo asistirá a la ceremonia.

—¿Será aquí?

—El próximo mes, creo. Queríamos celebrarla de inmediato, pero el jueves pasado me enteré de que un tío sobrevivió. Es el único pariente que nos queda. Estamos esperando a que llegue y entonces nos casaremos.

Le devuelvo el anillo y ella lo guarda en la bolsa.

—¿Cenamos? —pregunta. Se dirige hacia la mesa del rincón y

empieza a limpiarse la cara y el cuello con agua de la jarra—. Por lo general, Esther y yo vamos a las cinco y media, debe volver de sus clases pronto, y nos reunimos con Chaim y sus compañeros de cuarto, excepto Josef, que… ah, ya conociste a Josef.

Finjo acomodar mis pertenencias en el cajón, aunque ya lo hice antes de que Breine entrara, y procuro que mi voz suene indiferente.

—¿Por qué Josef no come con ustedes?

Se encoge de hombros mientras se pasa un cepillo por el cabello.

—Prefiere comer solo. Chaim dice que es un excelente compañero de cuarto. Sólo le gusta estar solo.

—Estuvo en una pelea. Justo antes de acompañarme aquí.

Busco señales de sorpresa en la cara de Breine pero sólo suspira.

—Josef hace eso.

—¿Josef pelea? ¿Por qué?

—No sé. Creo que no está… No conozco su historia completa y, como dije, Chaim dice que es un excelente compañero de cuarto. Pero algunos de nosotros no están del todo bien. La guerra terminó y algunos estamos aquí, pero no todos estamos *bien*, ¿entiendes?

Lo sé —por supuesto que lo sé—, y por un momento me asombra que Breine no se percate de inmediato de que yo también entro en esa categoría, alguien que está aquí pero no está bien. Pero no espera mi respuesta, da la vuelta y se pone de nuevo las botas.

—Vamos a comer —dice al terminar—. Muero de hambre, ¿y tú?

Yo no. La fatiga que sentí hace un rato ha vuelto; quiero acostarme en esta suave cama y tapar mi cuerpo con esta colcha limpia. La amabilidad de Breine es agradable, pero también abrumadora.

Sin embargo, he comido muy poco el día de hoy, así que dejo que Breine me conduzca al comedor donde me presenta a Esther, una mujer menuda de anteojos que lee un libro mientras espera en la fila. Es menos parlanchina que Breine, aunque no menos amable; me sonríe con timidez y pregunta de dónde soy.

—¿Sosnowiec? —exclama Breine cuando digo el nombre de mi pueblo—. Yo tenía primos en Sosnowiec. Primos lejanos. ¿Conociste a algún Abramski? O tal vez… olvídalo. Creo que los Abramski vivían en Sochaczew.

—Breine —suspira Esther—. La acompañaste todo el camino hasta aquí. ¿No le preguntaste de dónde es?

—Sí lo hice —responde Breine—. Pensé que lo hice. ¿No lo hice?

Niego con la cabeza.

—¿Le hiciste *alguna* pregunta o sólo hablaste? —pregunta Esther.

—Hablé —dice Breine—. Lo admito, sólo hablé.

—*Breine* —Esther mueve la cabeza de lado a lado, pero es un gesto amoroso: es como una niñera prudente y Breine una niña

voluble.

La cafetería es el edificio que vi antes, largo y bajo. Nos formamos para comer carne pastosa y verduras enlatadas: raciones C, explica Breine, que el ejército estadounidense suministra.

Una vez que nuestros platos están llenos, Breine y Esther me conducen a una mesa redonda en un rincón donde el prometido de Breine reserva los asientos. Chaim es un joven delgado de cabello claro que habla alemán con acento húngaro y tartamudea en las consonantes. Me presenta a sus compañeros cuyos nombres olvido casi de inmediato.

Debe haber cientos de personas aquí. Breine dijo que ella y Esther prefieren llegar temprano para evitar las multitudes, pero aun así una larga fila serpentea casi hasta la puerta. Me pregunto si todos vienen temprano; me pregunto si todos tememos que la comida se agote.

Recorro la fila con la mirada; la última persona formada es Josef. Su cabello sigue despeinado. Sus pantalones todavía parecen flotar sobre los huesos de su cadera. Se pasa la mano por la mandíbula; debe estar lastimado por la pelea.

Es peculiar: doy por hecho que Josef está al final de la fila porque acaba de llegar, pero al observarlo durante más tiempo me doy cuenta de que no avanza. Cada vez que alguien entra por la puerta, Josef le indica que avance, de modo que siempre es el último en la fila.

Al final, cuando ya nadie entra por la puerta, Josef toma su plato y se lo lleva a una mesa desocupada tal como predijo Breine. Come con rapidez, con los hombros encorvados sobre el plato y la mirada baja.

Lo que sea que me haya parecido familiar en él ha desaparecido. Ahora sólo veo a un chico. Aun así intento conciliar al joven tan cortés que se mantenía al final de la fila con aquel que golpeaba sin reservas la garganta de otro hombre. Pensaría que lo imaginé, pero lleva la misma camisa con la mancha de sangre en el puño.

Breine se da cuenta de que lo observo y le da un codazo a Chaim.

—Zofia dice que Josef estuvo en una pelea.

—Así f-fue. P-pero fue con Rudolf.

Todos en la mesa sueltan un gemido; esa información les dice algo que se me escapa.

—¿Quién es Rudolf? —pregunto.

Breine le aprieta el brazo a Chaim.

—Dile —le dice.

—P-puedes hacerlo tú.

—Me gusta más tu voz.

Chaim niega con la cabeza, pero sonríe. Lo veo tomar la mano de Breine bajo la mesa. Ella espera un momento más para asegurarse de que Chaim no va a hablar y luego dice:

—Está bien. A nadie le importa que Josef haya peleado con Rudolf porque él es un colaborador. Le ofreció su casa a la Gestapo. Lo mantuvieron gordo durante toda la guerra. Sólo está aquí porque su calle fue bombardeada cuando llegaron los Aliados. Las peleas de Josef son así. Sabes que son terribles, pero cuando te enteras de qué tipo de persona enfrentó deseas haberlo hecho tú primero.

Estoy confundida.

—¿Los alemanes dejaron que Rudolf *se quedara* en su casa? ¿No se la quitaron y ya? ¿Los sobornó?

En mi pueblo, incluso al principio de la guerra, la Gestapo no pedía permiso si deseaba alguna posesión de una familia judía. Sólo decidían que era suya.

Breine mastica un bocado de col, así que le hace señas a Esther para que ella continúe.

—Rudolf no es judío —dice Esther mientras corta su comida en pedazos pequeños.

—¿Qué quieres decir?

Breine tose.

—Varias personas aquí no son judías. En teoría, las instalaciones no son sólo para judíos sino para desplazados. En teoría, Rudolf fue desplazado de su hogar, lo mismo que otros alemanes cuyas casas fueron bombardeadas en la invasión de los Aliados.

—¿Todos ellos… todos ellos…?

—No —contesta anticipándose a mi pregunta—. No todos trabajaban para los nazis.

Mi mente da vueltas. Tal vez no todos hospedaron a la Gestapo, pero es posible que algunos de ellos nos hayan delatado al revelar nuestros escondites a cambio de dinero o favores. O quizá pusieron esvásticas en sus macetas. Algunos tal vez se sorprendieron con nuestro regreso porque pensaron que jamás volverían a vernos.

Pero tienen que hacerlo. Y ahora se supone que debemos vivir con gente que deseó nuestra muerte o decidió ignorar todo lo que sucedía.

Dirijo una mirada furtiva a Josef, que sigue con la cabeza agachada mientras come de forma automática lo que queda en su plato.

—Hablemos de otra cosa —dice Esther.

—Zofia está buscando a su hermano —dice Breine—. Abek. Todos pregunten a sus amigos si conocen a algún chico llamado Abek.

—¿Y ustedes? ¿Alguno de ustedes sigue buscando gente? —pregunto pensando en las carpetas y los papeles esparcidos sobre el escritorio de la señora Yost.

El silencio se cierne sobre la mesa. Chaim y Breine miran sus platos; ella ya me dijo que su tío es el único pariente que les queda.

—No he visto a mi esposa desde que separaron a las mujeres en

Dachau —dice un hombre que se ve demasiado joven para tener esposa—. Su hermano y yo vamos a quedarnos aquí hasta saber qué pasó con ella.

—Mi padre tenía planeado arreglar la salida del país de mi madre y mía en cuanto él llegara a Inglaterra —dice una mujer bonita que se presentó como Judith, residente del cuarto delantero de nuestra choza —. Estoy tratando de avisarle que mi madre está… que todavía puede ayudarme a salir.

—¿Pero está segura de que logró llegar? —pregunto.

—Obtuvo visa en la última oportunidad para tramitarla —responde—. Todavía no he podido hablar con él, pero yo misma lo vi subir al barco.

Así recorremos la mesa. Los padres de Esther están muertos. Un chico llamado Nev sigue buscando a los suyos. Un hombre llamado Ravid ya dejó de buscar, lo mismo que su prometida Rebekah, a quien abraza con gesto protector.

—Pero a veces sucede, Zofia —me dice Breine—. La chica que estuvo antes en tu cama, Chaya, encontró a su madre y a su hermano. Sucede para algunas personas.

Una silla rechina. Es Miriam, la compañera de cuarto de Judith que habita nuestra choza: una chica de baja estatura y cara pecosa, más o menos de mi edad, que de pronto se levanta de su silla.

—Necesito escribir mis cartas —murmura, y recoge su bandeja deprisa—. Por favor, disculpen.

—Miriam —dice Judith; extiende una mano y le habla rápido en neerlandés.

—No, debo irme —insiste Miriam, y aunque termina lo que está diciendo en otro idioma, entiendo el pánico y la culpa que se ven en su rostro; la sensación de que no ha escrito suficientes cartas.

Se marcha de inmediato, sus tacones repiquetean sobre el suelo. He arruinado el humor de la mesa con mi pregunta. Todos vemos alejarse a Miriam.

—No debí preguntar eso —digo—. Ella no quería hablar.

Judith carraspea.

—Tiene una hermana gemela —explica—. Los médicos experimentaron en ambas. Miriam era el sujeto de control, su hermana fue a quien lastimaron.

Mi garganta empieza a cerrarse. *A quien lastimaron*.

—Tras la liberación, llevaron a su hermana al hospital para que se recuperara —continúa Judith—. Pero a Miriam le dieron información errónea y no ha podido encontrarla. Y ahora escribe…

—Diez cartas al día —termino la frase.

Diez cartas al día. Miriam debe ser la mujer que la señora Yost mencionó antes. Vio a su hermana hace apenas unos meses, pero

ahora es como si hubiera desaparecido.

—Hablemos de otra cosa —vuelve a decir Judith.

—Lo siento —digo de nuevo—. No debí…

—No sabías —me contesta mientras coloca su mano en mi brazo.

—No te disculpes —reitera Breine—. Todos queremos hablar de eso y no hablar de eso a la vez, pasa todo el tiempo. Odiamos hablar de eso, pero no sabemos cómo hablar de otra cosa.

Chaim la abraza y le sonríe con ojos llorosos.

—Pero por ahora hablaremos de otra cosa, ¿de acuerdo? —Breine recorre la mesa con la mirada en busca de aprobación y todos asienten —. Por ejemplo, podría hablar de mi *boda* —todos ríen; la broma de Breine tiene el efecto deseado de aligerar el ambiente—. O podríamos jugar el juego feliz: ¿Qué harán cuando salgan de aquí? Zofia, eres la más nueva. Tú empieza.

—Cuando salga de aquí —digo con lentitud—. Cuando salga de aquí me acompañará Abek e iremos a casa en Sosnowiec.

—Donde tal vez tenga primos lejanos, o tal vez no —dice Breine.

—¿A dónde irán todos ustedes? —pregunto—. Chaim y Breine, después de su boda, ¿a qué tierra regresarán?

Breine luce radiante al mirar a Chaim.

—En cuanto Gran Bretaña relaje sus leyes de inmigración, iremos a Eretz Israel. Ahí vamos casi todos, en realidad; casi todos en esta mesa.

—¿A Palestina? —pregunto.

Breine agita las uñas llenas de tierra ante mí.

—Por eso aprendemos a arar. Queremos estar listos para trabajar nuestra tierra cuando lleguemos allá.

Chaim usa sus nudillos para frotar con cariño la barbilla de Breine.

—Es m-mala para eso.

—Disculpa, nunca había *estado* en una granja hasta que llegué aquí.

—Y-yo soy p-peor que ella.

—Por eso practicamos —dice uno de los compañeros de cuarto de Chaim, el hombre de mirada seria que se presentó como Ravid. Carraspea para callar a todos y voltea a verme levantando su vaso—. Espero que pronto encuentres a tu hermano. Que *todos* encontremos pronto lo que buscamos. *L'Chaim.*

L'Chaim.

Esa frase me provoca una punzada tan aguda e inesperada que casi me deja sin aliento.

Solíamos brindar con esa frase en bodas y cumpleaños, en acontecimientos felices. Una noche en Gross-Rosen, cuando no podía dormir por el vacío de mi estómago y los piojos en mi piel, una de mis

compañeras de celda, una mujer que apenas conocía, me estrechó entre sus brazos mientras me retorcía de sufrimiento sobre la tarima de madera. *L'Chaim,* susurró. *Hoy es mi vigésimo quinto aniversario de bodas,* y luego rio con amargura.

—*L'Chaim* —repite la mesa entera. Breine con la boca llena de nuevo, Chaim tímido y sonrojado, y Esther con seriedad.

Levantamos nuestros vasos.

Por la vida.

G

Después de la cena, en lugar de volver a la choza con Breine y Esther, camino hacia el edificio administrativo para revisar los registros de admisión a pesar de que la señora Yost me explicó que no tienen indicio alguno de Abek.

Intento no esperar nada. Intento esperar menos que nada, si eso es posible. Me recuerdo a mí misma que la hermana gemela de Miriam estaba viva, que sobrevivió y aun así desapareció sin dejar rastro mientras Miriam quedó sola escribiendo incontables cartas.

La oficina del Enlace de Personas Desaparecidas, que antes me pareció desordenada, ahora es un caos total. Montañas de papeles se tambalean no sólo en el escritorio de la señora Yost, sino también en el piso; algunos están escritos a mano y otros a máquina con notas garabateadas en los márgenes. La señora Yost no está sola. Hay un hombre sentado en la silla donde me senté antes. Es esbelto, con cejas como orugas y tiene en las manos un pesado libro.

Doy un par de golpes suaves en el marco de la puerta, pero me quedo afuera.

—Puedo volver después.

—No, entra ahora —dice la señora Yost. Se levanta de su asiento e indica que me siente—. Te presento al señor Ohrmann. Señor Ohrmann, ella es la señorita Zofia Lederman.

—¿Cómo estás?

—El señor Ohrmann trabaja con una de las organizaciones que mencioné antes, la Oficina de Personas Desaparecidas en Múnich —continúa la señora Yost—. Viene aquí una vez por semana para repasar casos abiertos y también le presento casos nuevos. Le hablé del tuyo.

—¿Sí?

—Como es de esperarse, hay muchos casos abiertos —dice ella—. Muchas pistas que parecen prometedoras pero no conducen a ninguna parte.

La señora Yost, que fue tan directa y franca cuando hablé con ella por la mañana, ahora parece evitar algo. Una sensación de nerviosismo empieza a crecer en mi estómago.

—¿Quiere decir que hay una pista? —pregunto.

—Bueno —dice, y luce un poco apenada. El señor Ohrmann carraspea para indicar que él se encargará.

—Tal vez Frau Yost te dijo que no hay un sistema central para

localizar personas desaparecidas; no es un proceso científico. Además, encontramos en tu caso algo que complica aún más la situación. Un poco de… información ambigua.

Mi corazón late con fuerza.

—No entiendo. ¿Cómo puede ser ambigua la información? ¿Encontraron a mi hermano o no?

Él suspira.

—Supongo que lo más fácil es mostrártelo.

Me indica que me acerque más al escritorio y, mientras la señora Yost retira montones de papeles, el señor Ohrmann pone su libro encima.

Puedo ver que son copias de las páginas de un libro de contabilidad, tienen hileras y columnas. En la página que me enseña hay una caligrafía curvilínea que cubre dos tercios de la página, y después otra más fuerte y marcada la reemplaza. Es la letra de una persona diferente.

—Éstos son los registros de llegadas a Dachau durante el periodo en el que los trenes de Birkenau arribaron —dice el señor Ohrmann.

Siento la boca como algodón, seca y espesa.

—¿Dónde está? —me inclino sobre el libro tan rápido que empujo al señor Ohrmann mientras intento leer los nombres de la página.

—Los nazis solían llevar registros muy meticulosos —explica y aparta un poco el libro, lo que me obliga a mirarlo para escuchar lo que va a decir—. Pero lo que descubrimos es que no siempre era así; hay diferencias entre un campo y otro, o entre un comandante y otro. A veces también depende del guardia y de cuánta educación recibió; qué tan familiarizado estaba con los idiomas de los prisioneros que llegaban ese día. Si no conocía sus idiomas, era más probable que escribiera mal sus nombres.

Vacila y mira a la señora Yost en busca de su confirmación antes de continuar:

—Sólo quiero explicar todo esto. No sé si eso amerita darte esperanzas. No tenemos registro de un Abek Lederman que haya llegado a Dachau —dice.

Sólo entonces vuelve a empujar el libro hacia mí. Su dedo índice, muy bien cuidado, desciende por la página hasta llegar a la línea que precede el final de la caligrafía curvilínea. En esos últimos renglones, al término del turno del guardia, la letra se vuelve más desordenada; los puntos de las íes son borrosos e irregulares.

—Aquí —dice—. Alek Federman. Catorce años.

La revelación me llega poco a poco.

—¿Cree que el guardia escribió mal el nombre?

El señor Ohrmann guarda silencio.

—Una l cursiva puede parecerse a una b cursiva —digo.

—Y Alek es un nombre mucho más común, al menos en Alemania —dice él, aunque con voz vacilante como si no quisiera dar falsas esperanzas—. Y Federman es un apellido igual de común. *Podría* ser posible que alguien lo escribiera así.

¿Es mi hermano? Mi cerebro no se precipita a aceptar esa posibilidad como pensé que lo haría. Una parte de mí piensa que esto suena demasiado desesperado: la posibilidad de encontrar a un hermano no debería depender de saber si Alek es o no es un nombre común en Alemania.

Sin embargo, quiero creerlo. Al menos sé que es posible. Si las llegadas a Dachau fueron como las llegadas a los campos a los que me enviaron, por supuesto que hay lugar para un error en ese infierno. Todo fue un error.

Paso los dedos sobre la escritura seca e intrincada.

—¿Qué le pasó después? ¿A dónde fue Alek Federman?

El señor Ohrmann agacha la cabeza en un gesto de disculpa.

—No lo sé. Hasta ahora sólo he encontrado la referencia de su ingreso al campo. No está en la lista de prisioneros presentes en la liberación.

—¿Así que entró pero no salió?

—No está incluido en la lista de muertos —añade con rapidez—, pero tampoco aparece en otra lista.

—De modo que pudo haber ido a cualquier lugar. ¿Pudo haber llegado a cualquier otro campo en Europa?

—No a cualquier lugar —me corrige el señor Ohrmann—. Cuando ocurrieron esos ingresos, Rusia ya había recorrido el este de Polonia y Estados Unidos había atravesado Francia. El Reich perdía mucha fuerza. Si transfirieron a Alek Federman a otro campo antes de la liberación de Dachau, es difícil que pudiera llegar a otro.

—Entiendo —en mi mente visualizo un mapa de Europa con un círculo trazado encima. Luego intento imaginar que ese círculo se vuelve más pequeño. Sólo tengo que mirar dentro del círculo y calcular cuánta tierra hay dentro—. Entonces, ¿a dónde voy ahora?

La señora Yost se inclina hacia el frente para reintegrarse a la conversación.

—Ahora debes escribir cartas. Te daré una lista de todas las organizaciones que conocemos. El día de mañana puedes entregar al señor Ohrmann la carta dirigida a su organización, pero entonces podremos empezar con…

—Haré eso esta noche, pero ¿a dónde *voy* después?

—Las cartas son la mejor solución.

—¿Como Miriam? —digo, con más agudeza de la que quería—. ¿Como Miriam que escribe todas esas cartas relacionadas con su hermana? Escribiré las cartas, las escribiré hasta que me duelan los

dedos. De todos modos no duermo mucho. Pero después, ¿a dónde *voy*? Éste es un lugar para adultos. ¿Hay algún campo para niños? ¿Otro campo para personas desplazadas al que pueda ir?

De alguna manera me doy cuenta de que mi actitud es grosera; exijo demasiado de una mujer que apenas conozco. Pero no puedo volver a escribir cartas y ya. Tendré demasiado tiempo para pensar y mi cerebro se atascará. No puedo quedarme a solas con mis pensamientos.

La señora Yost mira al señor Ohrmann con una cara que dice: *Te advertí sobre ella*.

—Existen algunos campos para niños —dice—, pero son como éste: los niños van de paso. Llegan y después alguien los reclama o los adopta, o se van.

—Aun así —insisto—. ¿Dónde está el campo al que habrían enviado a los niños de Dachau?

Su boca se aprieta hasta formar una fina línea. El señor Ohrmann responde:

—Hay algunos en la zona estadounidense. El más cercano está a cuarenta o cincuenta kilómetros de aquí.

—Bien —encuentro una hoja de papel en blanco entre el desastre del escritorio y también una pluma fuente pegajosa por la tinta derramada alrededor de la punta—. Dígame el nombre del más cercano, por favor. Buscaré a alguien que me lleve esta noche.

—También puedes escribir una carta a ese lugar.

—Tengo que ir en persona.

—Zofia, te aseguro que la mayoría de las personas envían cartas.

—Si la mayoría de las personas envían cartas, ¿no significa que debo ir en persona? —insisto—. El señor Ohrmann se enteró de Alek Federman; ¿se habría tomado esa molestia por mí si yo fuera una de las cien cartas que recibió esta tarde?

La señora Yost sabe que tengo razón. Ella misma lo demostró al invitarme a ver al señor Ohrmann en vez de añadirme a la larga lista en la que deben estar todos los demás.

—No encontrarás quien te lleve esta noche. Por el momento sólo nos queda un vehículo y, aunque tuviéramos más, estamos dosificando el combustible sólo para emergencias —dice, y levanta un dedo para silenciar la protesta que sabe que estoy a punto de expresar—. Pero si quieres, puedes partir pasado mañana; entonces enviaremos uno de nuestros vehículos por provisiones. A veces intercambiamos provisiones con otros campos. Puedes esperar dos días.

—Yo…

—Puedes esperar dos días, Zofia —dice con firmeza—. Y te aseguro que ésa es la opción más rápida.

Mi corazón no ha dejado de latir con fuerza desde que el señor

Ohrmann me mostró el libro. Sé que debería tratar de moderar mis expectativas, pero ¿cómo no tener esperanza?

Cuando llegamos a Birkenau quedaban aún menos de nosotros. Olíamos a sudor y orina, pero también a muerte. A través de los espacios entre las rendijas que funcionaban como ventanas en los vagones de ganado, pude observar a multitudes de soldados armados cuando se detuvo el tren. Desalojaron los vagones uno por uno; irrumpieron gritando, con perros que jalaban de sus correas y mordían a cualquiera que no se moviera lo bastante rápido. Los guardias arrastraban a las mujeres por el cabello. Les daban latigazos en la espalda y en las piernas; separaban familias para enviarlas a filas distintas. Filas. Nos clasificarían de nuevo tal como hicieron en el estadio de futbol.

—Estaremos bien —le digo a Abek—. El otro guardia lo prometió. Le hice prometer que enviaría un telegrama para recomendarte como mensajero. Diles eso cuando lleguemos al frente. Diles que tienes doce años, no nueve, y que el guardia de Sosnowiec dijo que serás el mensajero del comandante.

Corrían rumores mientras esperábamos en la fila: tendríamos que desnudarnos por completo y entregar nuestra ropa. Tendríamos que ducharnos y al salir ponernos ropa distinta que no nos quedaría bien. Una chica se preguntaba por qué teníamos que hacer eso. Supuse que sólo era para degradarnos, porque nunca se desperdiciaba una oportunidad de degradarnos. Pero luego otra mujer susurró que no, que no era sólo eso. La razón por la que no podíamos quedarnos con nuestras prendas era que los nazis iban a cortarlas en caso de que lleváramos objetos valiosos ocultos entre las costuras.

Aunque yo no tenía nada de plata ni joyería oculta en mi ropa, la idea de que despedazaran mis prendas se sentía como otra muerte. Todas esas puntadas hechas con tanto cuidado por Baba Rose y las otras costureras. Toda la atención, el trabajo, las largas horas y los dedos adoloridos… y ahora alguien lo desharía todo con la esperanza de encontrar un poco de plata. El nombre de Lederman se desmantelaba cada vez que una persona entraba a un campo con nuestras prendas.

Más tarde entendería que ese proceso de cortar la ropa era un buen trabajo. Los prisioneros elegidos para separar las pilas de ropa pasaban la mayor parte del día en el interior en lugar de hacer trabajo manual. Si un guardia no ponía atención, quizá podían quedarse con un suéter o cambiar los zapatos que les habían asignado por un par que les quedara mejor.

Tenemos que quitarnos la ropa, le dije a Abek. Hablé lo más rápido

que pude porque sabía que las duchas estaban separadas y no sabía a qué fila enviarían a los chicos.

No es importante, le dije. Sólo van a darte ropa nueva.

Sabía que era importante. Sabía que era importante porque cuando le quitaran la ropa a Abek también se llevarían su chamarra. Se llevarían la historia alfabética que había escondido en el forro, la manera en que me recordaría y me encontraría después de la guerra. Pero no podía decirle eso, tenía que ser fuerte.

Recuerdo la escena, y soy fuerte hasta convencerme de que esto también es una versión del sueño de la última vez que vi a Abek. Una versión del sueño, no la versión real. En cuanto me doy cuenta de eso, abro los ojos.

H

Despierto al oír un *shhh*. Esther y Breine caminan de puntitas por la choza, se hacen advertencias entre sí para no despertarme. Me duele la cara porque está oprimida contra algo duro. Me quedé dormida en el escritorio con mi brazo como almohada y las fosas nasales llenas del olor penetrante de la tinta.

Anoche, cuando volví a la choza, Breine había movido el pequeño tapete junto a su cama para acercarlo más a mí y que ninguna de las dos tuviera que pisar el suelo frío por la mañana. Esther me dio una taza de café para mantenerme despierta mientras escribía mis cartas. Fueron actos de bondad muy específicos e inmediatos de esas chicas a las que apenas conocía. Horas antes había pasado junto a Miriam en el cuarto delantero, estaba encorvada sobre sus cartas y también bebía una taza de café.

—Buena suerte —le dije, y ella también me deseó buena suerte con su hermoso acento holandés.

Me preguntaba si debía disculparme por el incidente de la comida, por preguntarles a todos por sus familias, pero no sabía si eso haría las cosas aún más incómodas. En vez de eso pregunté:

—¿Tienes suficiente papel? —e indiqué con la cabeza el paquete de hojas que llevaba en la mano, el mismo que la señora Yost me dio.

Miriam señaló su propio paquete e intercambiamos una sonrisa casi imperceptible.

Ahora mis cartas terminadas están junto a mí; parpadeo para enfocarlas con la mirada.

—Estás despierta —dice Breine cuando mi silla de madera rechina sobre la duela—. Está despierta —le dice de manera innecesaria a Esther, y ambas alzan la voz a un volumen normal.

Anoche me dejaron tener la lámpara encendida hasta que llegó la suave luz anaranjada de la mañana. Sigue encendida y Esther extiende el brazo sobre mi cabeza para apagarla. Estoy segura de que el queroseno está dosificado; fue muy egoísta de mi parte usar tanto. Estiro los brazos y las piernas, acalambrados por dormir sentada, mientras Breine y Esther siguen su rutina matutina. Breine barre el piso mientras Esther tiende las camas de ambas. Se lavan las caras y después Esther cepilla el cabello de Breine mientras ésta habla sobre sus planes para el día.

La escuela de oficios. Breine pregunta algo y trato de asimilar sus frases con mi cerebro atolondrado. *¿Quiero aprender un nuevo oficio?*, repite. Aquí hay adiestramiento.

—No tiene que ser en agricultura. Hay más cursos por si no quieres ser granjera —explica Breine—. Contaduría, costura. Esther se inscribió a uno de taquigrafía.

—¿Costura? —repito. Mi voz suena grave y ronca. En cuanto dormí tuve pesadillas sobre Abek.

—¿Quieres aprender a coser? Los materiales son pésimos.

Niego con la cabeza. No he hecho nada con ropa desde Neustadt: uniformes nazis, pardos y ásperos. Ese trabajo envenenó algo que amaba.

—No, gracias.

—Puede ser buena idea mantenerte ocupada —dice Esther con gentileza. Veo que Breine le da ánimos; me pregunto si grité dormida otra vez y qué escucharon—. Breine y yo ya hemos sido las recién llegadas en este lugar, las personas que duermen en una cama nueva e intentan decidir qué hacer después. Todas lo hemos hecho. Y todas hemos recibido ayuda de las personas que llegaron antes. Puede ser extraño estar aquí y es bueno tener algo que…

—Ay, sólo acompáñanos —interrumpe Breine—. Si no quieres enlodarte conmigo, ve a la clase de taquigrafía de Esther. ¡Ciento sesenta palabras por minuto!

Esther la mira; la brusquedad de la invitación de Breine no es la manera en que Esther quería comunicarse. Pero luego voltea a verme.

—Podría ayudarte a ponerte al corriente con lo que te has perdido.

—Ya tengo en qué ocuparme —digo—. Gracias por su preocupación, pero ya tengo algo que hacer.

Parece que Breine quiere decir algo más, pero guarda silencio.

Breine y Esther tienen mucha energía, siempre están en movimiento en nuestro pequeño dormitorio. Todavía es temprano y aún no hay luz completa, pero ya escucho los sonidos de otra rutina matutina al otro lado de la puerta, el espacio habitado por Judith y Miriam, quien debe haber pasado la noche despierta escribiendo sus cartas igual que yo.

Me siento cien años más vieja que todas ellas. Las cuatro son muy distintas de nosotras, las chicas-nulas, y de nuestra manera fatigosa de movernos, sentarnos y hablar.

Pero claro, nosotras seguíamos en el hospital tres meses después del fin de la guerra. Nosotras, que teníamos dificultades para llevar la cuenta de los días; que a veces necesitábamos amables recordatorios de no vagar por los pasillos con la blusa abierta; que reíamos y llorábamos en momentos inapropiados.

Bissel, la mujer de los agujeros brutales en las piernas, oriunda de Ravensbrück, juraba que un día iría con su hija que vivía en una granja. Una mañana se sentó en el alféizar de la ventana y rio a

carcajadas, pero de pronto se lanzó por la ventana y escuchamos los gritos de los transeúntes cuando su cuerpo cayó sobre el pavimento.

Anoche, durante la cena, me enteré de que Breine también estuvo en Ravensbrück. Esther tuvo que desarmar baterías con las manos desnudas en un campo de Austria. ¿Cómo es que algunas de nosotras han sanado más rápido que otras? ¿Por qué algunas están mejor?

Esther termina de cepillarle el cabello a Breine y lo separa en tres. Me preocupa haberla ofendido al rechazar la invitación de acudir a alguno de sus programas de adiestramiento.

—¿Has tomado la clase de taquigrafía? —le pregunto a Breine tratando de mostrar buenos modales—. ¿A la que asiste Esther?

Breine ríe.

—Yo seré una encantadora y dócil mujer de campo. Cultivaré cebollas, haré pasteles y le pediré a Chaim que me embarace de inmediato. La taquigrafía no me servirá de nada.

Esther sonríe con indulgencia mientras trenza el cabello de Breine.

—¿Chaim está al tanto de esos planes?

—Eso es lo bueno de casarte con alguien que sólo te conoce desde hace cinco semanas. Haré que Chaim también esté contento y dócil antes de enterarse de mis planes.

—¿Cinco semanas? —exclamo.

Breine gira la cabeza para mirarme mientras Esther se mueve a su alrededor para terminar la trenza.

—Mañana se cumplen cinco semanas.

Intento que no se note mi sorpresa. Suponía que Breine y Chaim se habían conocido en la adolescencia y se habían reencontrado después de la guerra. O incluso que se habían conocido en un campo. Hubo amor en los campos. Parece imposible, pero yo lo vi; vi poemas de amor escritos en barracas infestadas de piojos.

Cinco semanas son nada. Hace cinco semanas seguía internada en el hospital.

—Nos conocimos aquí —continúa Breine—. Arando un campo. ¿No es romántico?

—Pero… no quiero juzgar, pero apenas se conocen.

Temo que Breine se enoje conmigo por estropear su felicidad, pero en vez de eso se inclina hacia el frente en su silla y extiende una mano para que la tome.

—Chaim y yo nos conocemos desde hace cinco semanas. A mi anterior prometido, Wolf, lo conocía desde hacía dos años. No nos casamos porque queríamos esperar a que terminara la guerra; todos los días pienso que cambiaría eso si pudiera. Así que ahora tendré una boda y será con Chaim en lugar de Wolf. Estoy segura de que una parte de Chaim desea que su boda pudiera ser con la chica que amó en

Hungría antes de conocerme; la chica que murió y cuya foto Chaim guarda pensando que no lo sé.

Comienzo a disculparme, pero ella me interrumpe negando con la cabeza.

—Hoy elijo amar a la persona que tengo frente a mí. ¿Entiendes? Porque él está aquí yo estoy aquí y estamos listos para no estar solos. Chaim es un buen hombre. No voy a perderme otra boda.

Una vez que se han ido, tiendo mi cama, me lavo la cara y reúno mis cartas para ver si la señora Yost puede decirme cómo enviarlas. Está en su oficina con el teléfono apretado contra la oreja. Presiona el botón una y otra vez tratando de encontrar un operador.

—Maldición. Acababa de… ¿Hola? ¿Hola? *Maldición*.

En el escritorio que está frente a ella, el registro de llegadas a Foehrenwald está abierto en una página nueva y tiene el encabezado *Feldafing*. Seguro se prepara para la nueva oleada de residentes. Entonces me ve y nota el fajo de papeles en mi mano.

—Ponlos ahí —me dice, y señala con la cabeza un contenedor metálico sobre su escritorio rebosante de problemas de otras personas —. ¿Hola? —ese saludo no es para mí sino para el teléfono—. ¿Hola? —intenta una vez más antes de tapar la bocina con la mano y reconocer mi presencia de nuevo—. Y no olvides recordarle a Josef lo de mañana.

—¿Josef?

—Él es quien irá por las provisiones. Todavía no tenemos el otro auto; él es el mejor con los caballos.

—Pero… —empiezo a decir.

—¿Pero?

Pero nada. ¿Qué se supone que diga? ¿Que ya hablé una vez con ese hombre e insistí en que me resultaba conocido? ¿Que me dejé llevar por su risa cuando se supone que no debería hacer nada más que buscar a mi hermano? ¿Que no dejaba de mirarlo en secreto durante la cena y preguntarme por qué estaba solo y si debía acompañarlo?

¿Debería decirle que puse a Josef tan incómodo que se fue sin siquiera darme la mano?

La señora Yost presiona con desesperación el botón del teléfono; puedo escuchar el débil y lejano sonido de una persona al otro lado de la línea. Se le iluminan los ojos.

—Me voy —digo antes de cerrar la puerta al salir.

Lo encuentro en la caballeriza, un edificio encalado al borde del campo. Huele a polvo y al heno limpio apisonado en el suelo.

Está sentado en un taburete bajo de tres patas atendiendo a uno de los caballos, una yegua de color café claro y melena casi blanca. Un segundo caballo, de color castaño con melena muy negra, sacude la cola en su cuadra. La yegua que está con Josef —una palomina, creo que se llama— tiene las pezuñas metidas en bandejas con agua. Mientras atravieso el umbral, Josef levanta la pata derecha de la yegua, sujeta la pezuña entre sus rodillas y comienza a raspar la parte inferior con un objeto parecido a una larga lima para uñas. La yegua sacude la cola, pero permanece en el mismo sitio.

—¿Le limpias las patas? —pregunto. Josef debe haber oído que había alguien en la puerta, pero no voltea a verme; se concentra en su labor precisa.

—Le limo los cascos. Crecen igual que las uñas humanas.

—¿Le duele?

—Si lo haces bien, no —responde. Aunque no puede decirse que es amigable, su voz ya no suena tan brusca como ayer. Pero luego levanta la vista por primera vez y, al ver que soy yo, su rostro se ensombrece. Vuelve a bajar la mirada y continúa su trabajo.

—¿El agua es para preparar sus cascos? —pregunto con torpeza y pretendo ignorar su cambio de humor.

—Para suavizarlos. Así es más fácil. ¿Por qué estás aquí, Zofia?

Trato de ignorar la emoción al escuchar cómo dice mi nombre, pero no puedo pasar por alto lo mucho que me gusta verlo. Sus movimientos tienen gracia. Me gusta cómo, al terminar con la pata delantera y seguir con la trasera, pasa la mano por el lomo de la yegua y chasquea la lengua para que el animal nunca pierda la noción de dónde está. Me gusta la manera en que arrastra el taburete a su nueva posición con un solo pie. Me gustan sus hombros un poco desiguales, uno más alto que el otro.

—¿Puedo ayudar? —pregunto, en vez de contestar. En cuanto responda, mi razón para estar aquí desaparecerá.

Josef aprieta los labios y señala hacia la puerta con la cabeza.

—De hecho, sí. Puedes traer una manzana para dársela a Pluma como premio cuando termine. Hay una bolsa de manzanas maltratadas afuera.

A pocos metros de distancia encuentro una bolsa de tela sobre una banca y la llevo a la caballeriza. Josef me indica que la cuelgue de un clavo, pero antes saco una manzana para tener algo que hacer con las manos. Está suave y tibia, la acerco a mi nariz e inhalo el aroma a sidra.

—La señora Yost dijo que me llevarás mañana cuando vayas por provisiones —digo—. Por eso estoy aquí. Para decirte.

Espero que me pregunte por qué necesito ir, pero después de dudar un momento se encoge de hombros.

—Si eso te dijo está bien, pero saldré temprano.

Retoma el trabajo en la pezuña de Pluma, así que sólo se escucha el raspar de la lima y las sacudidas ocasionales de la cola para ahuyentar moscas.

Mi padre, alejando a las moscas de Abek mientras mi familia esperaba su separación en el estadio.

Mis compañeras de dormitorio alejando a las moscas de mí en la fábrica textil cuando estaba herida, demasiado débil para trabajar y sabía que me matarían si no mejoraba.

—Josef. La pelea de ayer. ¿Por qué sucedió?

—¿Por qué te importa saberlo?

Porque no dejo de pensar en ti y no sé por qué.

—Porque mañana estaré en una carreta a solas contigo y me gustaría saber si voy a viajar con alguien peligroso.

Abre y cierra la boca.

—Eso es… supongo que eso es razonable.

—Eso creo.

—No soy peligroso —dice.

—Entonces, ¿por qué peleaste con ese hombre?

Pluma da un pisotón en una de las bandejas de agua. Es un pisotón ligero y salpica sólo un poco. Josef detiene su labor para cerciorarse de que la yegua esté bien.

—Fue por ti.

El rubor que se extiende por mi clavícula surge de la confusión, pero también de placer.

—¿Yo? ¿La pelea fue por mí?

—Sí. Por algo que dijo Rudolf.

—¿Qué dijo?

—Quiero asegurarme de que entiendas… Es la tercera vez que lo escucho decir algo así —dice—. La vez anterior le dijo algo similar a una chica de sólo catorce años.

Me parece que esto es una forma de decir: *No lo hice por ti.* Una forma de decir: *No te sientas halagada ni te alarmes, fuiste una excusa más que una razón.*

—¿Qué dijo, exactamente?

Josef tuerce la boca. Por un momento creo que se negará a decirme.

—Rudolf dijo: “Con el vestido indicado todavía es cogible”. Dijo: “En la guerra, todas las judías cogían por un pedazo de pan”.

—En la guerra, todos los hombres cerdos se alegraban de que pasáramos hambre —respondí por instinto, sobrecogida con rabia por la asquerosa opinión de Rudolf—. Porque podían usar eso para tratar de cogernos.

Sólo cuando mi rabia inicial se disipa siento que me ruborizo,

sorprendida de haber dicho esas palabras en voz alta a menos de un día después de haber dicho *orines*.

Josef ríe con el mismo tono de sorpresa que escuché ayer. Tal vez esta vez dije una mala palabra porque quería volver a oír esa risa. De pronto también escucho mi risa. Me río de algo tétrico y terrible que no amerita risa en absoluto, pero aun así río.

—Es verdad, ¿no? —continúo—. Un hombre horrible como Rudolf no podría hacerlo de ningún otro modo.

—Algo me dice que un hombre horrible como Rudolf jamás lo ha hecho, en ninguna circunstancia —dice Josef—. Él sí que es un golpea-letrinas.

—Una cabra meona —digo.

—Te aseguro que muy pocas personas lamentaron que algo le pasara a Rudolf.

—Entonces, ¿eres el vengador del campo?

—No —Josef sonríe, pero ahora hay menos humor en sus ojos—. No lo soy. Sólo soy la persona a la que no le importa que Rudolf devuelva el golpe.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

—Nada. Era una broma —vuelve de forma abrupta a su trabajo y saca del agua la última pezuña de Pluma. Emite un ruido que casi suena como otra risa.

—Josef —digo en voz baja—. ¿Por qué no me dijiste eso ayer, cuando te pregunté por la pelea?

Responde dándome la espalda:

—Porque no quería que pensaras que me siento un héroe. Y no quería que nos debiéramos nada.

—Oh.

Pensé que su explicación tendría algo que ver con la vulgaridad del asunto y con querer protegerme de palabras obscenas. Eso es lo que Dima habría hecho. Protegerme. Con gallardía como un caballero. La explicación de Josef —transaccional, seca— es algo para lo que no estaba preparada. Me hace perder el equilibrio.

Josef termina con la última pezuña de Pluma, se sigue con el otro caballo y me dice que ahora puedo darle la manzana a Pluma.

Por primera vez noto que tiene puesta la misma camisa de la pelea. Está lavada, las manchas de sangre apenas se ven y los dos botones están cosidos de nuevo, aunque con algo de torpeza —lo noto desde aquí—. El bolsillo arrancado sigue colgando contra su pecho.

—Podría arreglarte ese bolsillo —le ofrezco—. El que se desgarró en tu pelea.

—No, gracias. Como dije, no quiero que nos debamos nada.

—Eso no es deberme nada, es estar a mano por el asunto de Rudolf. Además, sólo es un bolsillo y lo haría de manera profesional.

Coso desde los seis años.

Veo la vacilación en sus hombros y luego los encorva en un gesto defensivo.

—No.

El aire a nuestro alrededor ha cambiado un poco, ahora es incómodo. Sin embargo, procuro no tomarlo muy en serio. En los campos yo tampoco le habría entregado mi ropa a un extraño. Lo mismo podía repararla que robársela.

—¿Entonces te veo por la mañana? —pregunto—. ¿Con las primeras luces del amanecer? ¿O antes?

Esta vez no se molesta en responder, sólo asiente de manera cortante como si apenas estuviera presente.

Pluma termina de comer la manzana que le estaba dando, limpio mis manos en el vestido y me dirijo a la puerta.

I

Cuando regreso, la choza está vacía, calurosa y silenciosa a mitad del día. La pluma está donde la dejé, junto a las pocas hojas de papel que no usé para redactar mis cartas dirigidas a las organizaciones de ayuda.

Hay otras cartas que no he escrito y que debería redactar. La que más me pesa en la conciencia es la carta a Dima. Debería decirle que llegué a salvo a Foehrenwald. Debería pedirle perdón por tomar el dinero de sus bolsillos y agradecerle la ayuda que me brindó; pero cuando pongo la pluma en el papel las palabras no salen. Sé que escribirle sería un gesto amable, pero me pregunto si no sería también algo injusto, si no parecería que estoy pidiéndole algo más o diciéndole que me espere.

Querido Dima.

¿De verdad le pido que me espere? Quiero asegurarme de que mi departamento sea un lugar seguro cuando vuelva con Abek, pero ¿quiero que Dima esté esperando ahí? Ahora él me parece lejano; al intentar visualizar su cara, recuerdo cuando me dijo que ocultó cosas porque pensó que yo necesitaba protección.

Tacho su nombre con gruesas líneas negras y vuelvo a empezar.

Querida Gosia.

Antes de que pueda pensar qué escribir, la puerta se abre y me salva de mí misma. Breine entra, con la tez rosada por su trabajo al aire libre y sin aliento; escudriña la pequeña habitación.

—¿Esther no está aquí?

—Acabo de regresar y no la he visto. ¿Está todo bien?

—La buscaremos en el camino —corre hacia el escritorio y mira mis pies para asegurarse de que tenga zapatos—. ¡Rápido! —dice, extendiendo la mano.

Podría preocuparme la prisa de Breine, pero su risa muestra que la razón por la que quiere que nos apresuremos no es mala. Con lentitud, demasiada lentitud para su gusto, coloca la tapa a mi pluma y yo meto mi silla bajo el escritorio.

—Breine, ¿a dónde…?

—¡Cajas de donaciones! Un camión grande. Apúrate, antes de que se lleven todo lo bueno.

Permito que me saque a rastras de la choza, a través del campo, rumbo al comedor.

Dentro hay una multitud apiñada y a cada minuto llegan más

personas, sonrojadas y emocionadas igual que Breine. Están todos reunidos alrededor de las mesas del centro, que tienen cajas de madera apiladas sin tapa, rebosantes de ropa y libros.

—Toma algunas cosas rápido aunque no te gusten —me aconseja Breine mientras nos abrimos paso hacia una de las mesas—. Así, aunque no encuentres otra cosa, tendrás algo para intercambiar después.

Las dos mujeres entre las cuales nos abrimos paso se ciernen sobre la mesa con actitud posesiva, colocan sus cuerpos de modo que las cajas que tienen delante quedan fuera de nuestro alcance, pero una de ellas reconoce a Breine, hace espacio de inmediato y les dice a las demás que hagan lo mismo.

—Breine va a casarse —anuncia en voz alta—. Ella puede elegir primero cualquier cosa que funcione como vestido de bodas.

Las otras mujeres le abren paso a Breine y ella me arrastra al frente consigo.

—¿Qué buscas? —le pregunto—. Si pudieras tener cualquier tipo de vestido, ¿cuál sería?

—Uno blanco —dice—. Mangas largas. Y un cuello así —describe un patrón curvo sobre sus clavículas.

—Un escote corazón —digo.

—Sí, así. Dime si encuentras algo así.

Me pongo junto a Breine y meto las manos a la caja. Una sensación de familiaridad recorre mis dedos como una descarga eléctrica.

Algodón. Lana. Gabardina. El tosco lino que se usa para elaborar los delantales de ama de casa y la nudosa lana Shetland de los trajes invernales. Mis manos se pierden entre la tela. En el fondo de las cajas identifico los tejidos por medio del tacto. Si no pudiera tocarlos, quizá podría identificarlos por el olfato. El discreto aroma de un traje de franela; el fuerte olor del tafetán transformado en el primer vestido de fiesta de una mujer. Las docenas de vestidos de muñeca que hice cuando era niña con los retazos de tela que mi padre traía a casa. Los pañuelos, los monederos.

Lo familiar de esta ropa es reconfortante, aún más que entrar al departamento abandonado de mi familia en Sosnowiec. Se siente como mi hogar.

A mi alrededor, las mujeres sacan suéteres y faldas de las cajas, sostienen la ropa frente a sus cuerpos para ver la talla o se la ponen ahí mismo sobre lo que traen puesto. Las prendas no deseadas quedan esparcidas sobre las mesas en un caótico caleidoscopio de color.

—¿Puedo probarme eso si no te queda? —dice una mujer, y señala la falda que otra se pone sobre las caderas—. Ese tono de azul es mi color favorito.

—Es tuya —le promete la otra mujer y se quita la falda—. Pero ayúdame a encontrar algo con estampado de flores. Siempre usaba flores.

Hay algo muy tierno en la manera crítica en que estas mujeres eligen la ropa. No sólo toman prendas porque sean abrigadoras o porque les queden bien; buscan ropa que les ayude a recuperar las partes de sí mismas que tuvieron que entregar.

Eso hacía el negocio de mi familia en sus mejores momentos. Zayde Lazer era un hombre de negocios y también lo era papá cuando Zayde lo contrató, pero Baba Rose era quien entendía que la ropa no siempre es un asunto práctico. Los clientes compran prendas que los hagan sentir más como ellos mismos.

Una joven me empuja para abrirse paso hacia una chaqueta de lana.

—Me encanta, pero no puedo levantar las manos sobre mi cabeza —se queja con su amiga, y le muestra lo ajustado de la prenda y cómo se tensa el tejido.

—Sólo necesitas añadirle un poco más de tela bajo los brazos —digo en automático.

Voltea a verme.

—¿Eso es difícil?

—No debería serlo. Ni siquiera necesitas quitar toda la manga. Sólo haz un corte por debajo y cósele óvalos del tamaño de huevos.

Parece escéptica.

—¿Estás segura?

—Te queda bien de todo lo demás. ¿Ves? No te tensa los hombros. Te tensa aquí, en la axila —le doy un pellizco a la tela para mostrarle.

Ese consejo salió de una parte de mi mente que no he usado en mucho tiempo, como un oso que despierta de su hibernación. La chica se queda boquiabierta, agradecida, y de inmediato empieza a hacer planes para la chaqueta. Se la pondrá para una entrevista laboral, le dice a su amiga. Escuchó a alguien decir que uno de los administradores del campo necesita una mecanógrafa. Esa chaqueta es justo lo que quería encontrar.

Mientras disfruto sentirme útil después de tanto tiempo, Breine me toca el hombro.

—¡Lo encontré! —grita, y saca una prenda arrugada del fondo de una caja.

Seda amarilla —mantequilla, no caléndula— con un corsé salpicado de perlas diminutas. Sujeta el vestido contra su cuerpo y se mece de modo que la tela ondea contra sus pantorrillas.

—¿No es perfecto?

Ese vestido no es nada similar a lo que Breine dijo que quería y

no se le verá bien en absoluto. Está confeccionado para alguien con mucho más busto que ella y con hombros más anchos. Alguien mayor, además. Aunque el color de la tela es juvenil, el corte es de matrona. Es el tipo de vestido que una mujer mayor ordenaría si no quisiera aceptar su edad.

—Siente la seda, es muy delicada —dice—. Creo que a Chaim le encantará.

Inspecciono rápido el arcoíris de telas de la mesa en busca de algo mejor para sugerirle. Sin embargo, la mayoría de los vestidos son abotonados al frente o vestidos prácticos para estar en casa; nada que una mujer quiera usar en su boda. La única opción formal que veo es un vestido oscuro de terciopelo sin tirantes apropiado para una fiesta formal estadounidense, pero no para una boda.

Además, a Breine le brillan los ojos. Lo sacó de la caja y lo declaró perfecto, pero sé que si el vestido hubiera sido verde o café, o si hubiera tenido encaje en vez de perlas, también habría dicho que es perfecto porque lo que quiere es casarse.

Las demás mujeres ven lo mismo que yo —la luz en los ojos de Breine— y le dicen que es perfecto. El ambiente es de alegría y risas, como el día de cada año en el que las mujeres de mi familia iban a la fábrica para revisar la línea de primavera. O como en los viajes de compras especiales, cuando mi madre, la tía Maja y yo íbamos a Cracovia y aceptábamos copas de champaña en la tienda departamental.

—¿No es perfecto? —vuelve a preguntar Breine.

—Si ése es el vestido que quieres, serás la novia más hermosa —le digo con una sonrisa.

Breine continúa admirando su vestido y yo vuelvo a los montones de tela de la mesa. Breine tenía razón. Las personas siguen llegando a recoger prendas y la mesa se vacía poco a poco. Si no tomo algo para mí ahora mismo no quedará nada.

Tomo un vestido a cuadros, otro de color ciruela, un suéter resistente, medias y un par de guantes. Los guantes son poco prácticos, están hechos de suave cuero de chivo, tan flexible que ondea como seda. Una vez, mi padre le compró un par de guantes así a mi madre. Ella los usaba para ir de compras, pero sólo cuando no tenía que comprar queso, carne ni nada que pudiera dejar olor. Sólo cuando compraba cosas lindas.

—¿Zofia? —dice Breine, mirándome con curiosidad. Tengo un guante apretado contra la mejilla. Lo sujeto como un recuerdo al que necesito aferrarme.

Mi madre tenía puestos esos guantes cuando fuimos al estadio. Ahora lo veo con claridad. También los tenía puestos cuando salimos del estadio. Se alisó el cabello con esos guantes, los usó para limpiar la

frente de Abek. Sé que eso sucedió, sé que es un recuerdo verdadero.

¿Qué pasó después?

Busco un poco más en mi mente. Mis manos empiezan a temblar. Me palpita la cabeza. El monstruo de la puerta se revuelve, no quiero buscar más.

J

Dejo a Breine y a Esther a la mañana siguiente cuando aún está oscuro. Las sábanas de Breine están enredadas y medio fuera de la cama mientras su nariz silba en ronquidos. A pocos metros, Esther duerme con la almohada sobre la cabeza.

Cuando llego a los establos, Josef conduce a los caballos hacia una carreta que parece tener al menos veinte años. Las puntas de sus rizos siguen húmedas por su limpieza matutina. Una gota de agua se detiene en su nuca y luego resbala despacio hacia el frente, recorre las curvas de su piel mientras él trabaja en la carreta hasta desaparecer bajo el cuello abierto de su camisa. La imagino bajando por su clavícula. Bajando por su pecho, por su abdomen.

—Hola —dice, pero hay un elemento de sorpresa en el saludo. Tal vez no pensaba que aparecería de verdad. Aunque llegué temprano, él está casi listo para partir. No puedo evitar pensar que no habría esperado mucho tiempo para comprobar si yo llegaría o no.

—Buenos días —digo—. De nuevo, gracias por llevarme.

—En teoría, no te llevo —dice mientras sube una caja, al parecer de comida enlatada, a la parte trasera de la carreta; es una de las cajas que ayer contenían vestidos donados—. Sólo me acompañas en una ruta que ya está planeada.

—Supongo que eso significa que si la carreta se llena demasiado, me dejarás en el camino en lugar de dejar las raciones.

—Bueno —gruñe mientras empuja la caja hasta el fondo—. No puedo comerte en una emergencia.

Una vez que ha enganchado a Pluma y al otro caballo, Josef señala con la cabeza el asiento al frente de la carreta y subo. En el último instante decidí empacar todas mis pertenencias por si no regreso. Llevo unas cuantas cosas más que cuando llegué en el tren, pero todavía cargo todo en la valija que llevo bajo el brazo.

Josef señala una cubeta de comida en el piso de la carreta y luego se queda callado. El sol apenas se asoma, pero sé que nuestro viaje durará varias horas. Los caballos no parecen tener prisa; Josef los guía con las riendas en una mano, su espalda se curva un poco y su cuerpo esbelto sigue el ritmo del movimiento de la carreta. *Varias horas sentada aquí junto a Josef.*

—La señora Yost dice que haces viajes por provisiones —digo tras unos cuantos kilómetros de silencio—. ¿Foehrenwald hace trueque con otros campos?

—A veces. Ahora la administración está preocupada por hospedar a toda la gente de Feldafing que va a llegar.

—¿Qué tan a menudo vas?

—Cada dos semanas.

—La escuché decir que necesitan mantas. ¿Y les llevamos comida?

Asiente pero sin explicar nada más, y de todos modos ese tema de conversación parece agotado. En busca de otro tema, miro las riendas de los caballos en la mano de Josef.

—¿Cómo se llama el otro caballo? —imagino un nombre que combine con Pluma, como Humo o Carbón.

En vez de eso, Josef tensa un lado de su boca.

—Franklin Delano Roosevelt.

Río.

—¿Como el presidente de Estados Unidos?

—Los estadounidenses donaron el caballo.

—Franklin Delano Roosevelt —repito.

De pronto, como una patada en el estómago, ese nombre hace surgir un recuerdo: un cine a oscuras, un corto de noticias, una filmación granulosa, la voz del locutor anunciando que los estadounidenses reeligieron a su presidente.

K de KinoTeatr, el lugar al que vamos cuando mamá necesita descansar; donde nos sentamos en el balcón y contamos los sombreros de los hombres sentados más abajo; donde vimos la toma de protesta de Franklin Delano Roosevelt porque mamá necesitaba descansar, así que fuimos al KinoTeatr porque tenía un balcón donde vimos la toma de protesta de Franklin Delano Roosevelt porque mamá necesitaba descansar.

—¿Kino Teatr? —repite Josef.

Me sobresalto.

Maldición. Maldición. Mierda y orines. Mi cara se sonroja tanto que se pone color magenta al darme cuenta, con completo horror, de que dije al menos una parte en voz alta. Me pregunto qué tanto dije.

—¿KinoTeatr? —vuelve a preguntar Josef.

—Perdón —murmuro.

—¿Qué recitabas?

—Nada —pero es obvio que sí era algo—. Sólo es un juego del abecedario que mi hermano y yo jugábamos. Un nombre para cada letra. No sé por qué lo dije en voz alta. A veces mi cerebro se atasca.

—Dijiste eso cuando te conocí —dice—. Fue una de las primeras cosas que dijiste, que tu mente debía haberte engañado.

Vuelvo a sonrojarme, aún más si es posible.

—Es… es difícil de explicar —digo tartamudeando—. A veces los tiempos se mezclan en mi cabeza. O creo recordar algo que no sucedió, o se me olvida algo que sí. Pero estoy mejor; de lo contrario

no me habrían liberado del hospital y sigo mejorando todos los días.

Aunque intento tranquilizar a Josef, me doy cuenta, con frágil orgullo, de que es verdad. *Sí* he mejorado. Llegué a Foehrenwald hace dos días y mi cerebro sólo se quedó atascado una vez antes de hoy: cuando vi pelear a Josef. No sé si es porque estoy en un lugar nuevo que no está plagado de recuerdos o porque estoy sola, pero hasta ahora he logrado no actuar como una loca ante Josef, ni ante nadie más. Lo hice reír. Fue testigo de mi ingenio. Se dio cuenta de que soy una persona.

—Sigo mejorando todos los días —repito.

—No me debes una explicación —dice con indiferencia.

Hago una mueca ante su despreocupación.

—Lo siento. Me disculpo por aburrirte con mi salud.

—Sólo dije que no me debes una explicación.

—Bueno, al parecer no te debo nada —mi intención era que esto sonara como una broma, pero suena mordaz. Josef me mira, confundido—. Lo que dijiste ayer —explico—. No querías que nos debiéramos nada.

—Es verdad.

Su respuesta no suena como un intento de broma. Su tono de voz es serio, lo cual me es reconfortante y frustrante a la vez por razones que no puedo explicar muy bien. Después de todo, no *debería* desear sentirme en deuda con él. Debería *alegrarme* de que haya especificado que no le debo nada; pero, al mismo tiempo, acabo de hacer algo extraño frente a él —dije algo raro sobre un viejo cine—, le conté que estuve en un hospital. ¿Acaso él no debería *buscar* una explicación? Aunque no quisiera explicarle, ¿no debería preocuparse o al menos sentir curiosidad?

—Los caballos. ¿Cómo aprendiste a trabajar con ellos? —pregunto tratando de retomar un tema del que hablamos antes.

—Crecí trabajando con caballos —responde.

—¿Creciste en una granja?

—No. Crecí en una ciudad.

—¿Una ciudad en Alemania?

Vacila un poco.

—Haces muchas preguntas.

—Allá, del lugar de donde vengo, las personas que conducían carretas eran, sobre todo, los granjeros que entraban a la ciudad en los días de mercado.

—No era una granja.

Está claro que ahí termina su respuesta; sus ojos están fijos en el camino y yo sigo buscando qué es lo que me desconcierta tanto de Josef y de esta conversación.

—Lo siento si… De verdad no estoy loca —le digo.

—Eso dijiste. Sólo prefiero no hablar.

—Porque sé que estuve rara el día que nos conocimos y si me tienes miedo…

—Mi familia tenía establos, ¿conforme? —me interrumpe—. Por eso conozco los caballos. En nuestra casa de verano, donde vacacionábamos, tomaba clases de equitación y el cuidador me dejaba conducir la carreta cuando hacía mandados —voltea a verme y arquea una ceja—. ¿Contenta? No te tengo miedo ni me preocupo por ti. No creo que vayas a arrancarte la ropa y correr por la carretera gritando ni a hacer ninguna otra locura. Mi familia tenía establos y yo ayudaba al cuidador.

Es la primera interacción en meses en la que no preguntan si estoy bien. Por eso es confuso. Eso es lo que me ha hecho sentir extraña y desorientada. Josef responde a mis preguntas como si fueran preguntas legítimas y no síntomas de que mi cerebro no funciona.

Josef no actúa como si yo fuera un motivo de preocupación.

En mi mente completo los huecos de lo que acaba de contarme. La “casa” donde pasaba sus vacaciones debe ser una gran propiedad. Sólo las familias más ricas podrían tener establos y contratar cuidadores. Y su familia también tenía una casa en la ciudad.

—La casa de verano suena bien —digo.

—Sí que estaba bien. El verano era mi época favorita del año.

—¿Por qué no…?

—¿Por qué no qué?

¿Por qué no vuelves a casa?, es lo que estaba a punto de decir. Los nazis no quemaban haciendas. Las ocupaban y las cuidaban; amaban las obras de arte. Josef pudo haber intentado volver a su casa. Sin embargo, su respuesta es tan defensiva que desisto de terminar la pregunta.

—¿Por qué no te gusta comer con los demás en el comedor?

Se encoge de hombros.

—Ya te lo dije. Prefiero no hablar. No todos en Foehrenwald queremos hacer nuevos amigos. Algunos queremos irnos en cuanto podamos. Como tú. Vas a recoger a tu hermano y tal vez después querrás volver a tu casa y tratar de dirigir la fábrica de tu familia.

Me muerdo el labio para ocultar mi sonrisa. No le hablé de la fábrica de mi familia; debe haber preguntado a Chaim o a la señora Yost.

—Voy a *buscarlo* —corrijo.

—¿Qué?

—Dijiste que voy a *recoger* a mi hermano. Pero estoy aquí contigo para *buscarlo*.

—¿No sabes si está en el Kloster Indersdorf?

—Tengo motivos para creer que es lógico empezar a buscarlo ahí.

—Entonces espero que esté ahí —dice Josef—. Y que él quiera que lo encuentres.

La segunda mitad de esa frase me toma por sorpresa.

—¿Por qué no querría que lo encuentre?

Josef mantiene la mirada fija en el camino.

—Por muchas razones. Podría tener recuerdos dolorosos previos a la guerra. Podría querer empezar desde cero. Podría decidir que eso es más fácil si no está cerca de ti.

Se me erizan los cabellos de la nuca. Me muevo un poco en el asiento de madera.

—Por supuesto que quiere que lo encuentre. Es un niño.

Josef aprieta los labios.

—Josef, por supuesto que quiere que lo encuentre —repito—. ¿Por qué dirías algo así?

—¿Al menos lo has pensado?

—¿Pensar que tal vez mi hermano no quiere verme? No, Josef. Creo que la mayoría de las personas no pensarían eso.

—Como quieras.

—Y creo que no quiero continuar esta conversación.

—Está bien. Yo sólo…

—Dije que no quiero continuar esta conversación —digo—. Era un *niño pequeño*. Todavía lo es.

—No todas las personas quieren que las encuentren.

No sé qué me enfurece más ahora, si lo que dice Josef o el tono de indiferencia en que lo dice. El hecho de que ni siquiera me mira. El hecho de que acaba de decirme cosas horribles pero luego hace una pausa para chasquear la lengua para los caballos.

—Eres un idiota, Josef —digo. Él hace una mueca, pero me mira sólo por un breve segundo antes de volver a mirar el camino—. *Mírame,* Josef. Eres un *idiota*. ¿Eres experto en lo que la gente quiere? El día que te conocí atacaste a un hombre.

Sigue sin responder y mantiene la boca apretada.

¿Cómo pude ser tan estúpida antes? ¿Disfrutar la brusquedad de Josef porque me recordaba cómo se sentía ser normal? ¿Insistir en conversar con él porque me gusta el color de sus ojos y el brillo del sudor en su cuello? ¿Convencerme de que era misterioso cuando debí darme cuenta de que sólo es grosero?

—Detén la carreta —le ordeno—. Necesito descansar.

Vacila y alza la barbilla.

—Hay un pueblito a un kilómetro de aquí. Ahí paro para que los caballos beban.

—Me gustaría detenerme ahora.

—Es sólo un kilómetro.

—Está bien. No te detengas. Bajaré yo sola y caminaré —ya estoy

de pie, me apoyo sobre el pie lastimado y golpeo mi rodilla contra el asiento mientras mido la distancia hasta el suelo—. No quiero viajar contigo un segundo más de lo…

Pero entonces se detiene con un rápido jalón a las riendas; doy una sacudida hacia el frente y me agarro de un costado de la carreta para estabilizarme. Medio furiosa y medio avergonzada, y adolorida donde me golpeé con el asiento, me aliso el vestido y bajo al camino de terracería. Con la rodilla tiesa y adolorida, empiezo a caminar desesperada por alejarme de Josef.

Por el rabillo del ojo lo veo dudar un momento, trata de decidir si debe seguirme. No me sigue. Desengancha los caballos y, con una brida en cada mano, los lleva a beber al arroyo que seguíamos.

Josef no conoce a mi hermano, me digo mientras renqueo por la carretera. *Josef no me conoce. Josef no sabe más que yo sobre cómo funciona todo esto. Josef es un idiota.*

Josef es un idiota. Pero si tiene razón entonces no tengo esperanza.

Me detengo en seco y me doblo por las náuseas ante la aterradora idea de no tener esperanza. El deseo de encontrar a Abek, de encontrar a una persona entre millones, pende del hilo más fino; para que se rompa, sólo hace falta que Abek no añada su nombre a una lista, decidir que no quiere que lo encuentre.

Ese pensamiento no es bueno para mí, puede enterrarse en mi mente como un gusano. Ya lo ha hecho. Me tiemblan las manos, me parece escuchar cómo mis huesos se sacuden bajo la piel. Si Abek no quiere que lo encuentre, entonces no podré encontrarlo porque no desea que sea así, y si no lo encuentro, entonces no lo encontraré porque no quiso que lo encontrara y no volveré a verlo nunca, entonces habré fracasado. Fracaso, fracaso, fracaso.

Junto las manos para que dejen de temblar y trato de pensar en algo concreto que pueda hacer, algo que mantenga ocupado a mi cerebro. Josef dijo que había comida. *Camina de regreso a la carreta y toma la comida*, me ordeno a mí misma. *Un pie y luego el otro.*

La cubeta de hojalata sigue en el piso donde Josef señaló hace un rato. La comida está bien envuelta, hay dos de cada alimento. Lo divido, dejo la porción de Josef en el asiento del conductor, donde la verá cuando regrese, y llevo mi porción a un tronco junto a la carretera, me obligo a tomar asiento y comer pedazos de pan.

Puedo verlo a lo lejos con los caballos en el arroyo. Los lleva a la orilla para que beban agua; humedece un cepillo y les limpia el sudor del lomo. Josef es demasiado flaco. Es más fácil pensar en sus defectos cuando estoy enojada con él, como ahora. Es demasiado flaco, sus ojos están muy juntos y se ven cansados como los de un viejo, tiene ojeras y arrugas.

Josef está roto, como yo.

No tengo evidencia de eso. No es excusa para nada. Pero eso es lo que pienso mientras veo cómo Josef se esmera en esas simples acciones con los caballos.

Josef está roto, como yo.

Cuando termina, ata los caballos a un poste y vuelve a la carreta, donde recoge en silencio la comida que dejé y come dándome la espalda. Al cabo de unos minutos camina hacia mí con el brazo extendido; en la palma de su mano tiene una fruta madura, morada.

—Había una ciruela —dice—. Rodó al piso, pero sólo había una. La mitad es tuya.

—No la necesito.

Saca una navaja de su bolsillo y corta la ciruela a la mitad.

—Bueno, pues la mitad es tuya. Puedes comerla si quieres, no voy a tomar lo que te pertenece.

Deja la mitad de la ciruela sobre el tronco, que se mece sobre su áspera corteza, y después camina hacia el arroyo para desatar a los caballos. Sin embargo, se detiene a medio camino y voltea hacia mí. Tiene las manos en los bolsillos y se ve incómodo.

—No debí decir eso sobre tu hermano.

—No, no debiste —digo, rígida.

Levanta las cejas y observa el tronco junto a mí, como preguntando si puede sentarse. Me encojo de hombros para decir que no puedo impedírselo.

—Tal vez tienes razón —dice una vez que se sienta—. Las cosas que dije tenían más que ver conmigo que contigo. Es sólo que parecías…

—Loca —digo—. Parecía loca.

—Esperanzada —me mira a los ojos y sostiene su mirada por primera vez—. Parecías esperanzada. Si llegamos al Kloster Indersdorf y tu hermano no está ahí… Parecías esperanzada, no quería que se te rompiera el corazón.

Su manga roza la mía. Huele a hierba y a sudor limpio. Recojo la mitad de ciruela del tronco. La sostengo. Aunque ya no tengo hambre, no soporto la idea de desperdiciar comida.

—Le dije que lo encontraría —explico—. El día que me separaron de mi hermano, le dije que nos veríamos en Sosnowiec. El último día que lo vi, le dije: *Si no estás ahí te encontraré donde estés.*

—Entiendo.

—Creo que no entiendes. No dije *si es conveniente para mí*, y no dije *hasta que me canse*, y no dije *a menos que no quieras que te encuentre*. Dije *te encontraré*.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —pregunta Josef—. La última.

Una risa amarga y ronca me sacude el pecho.

—¿Qué es lo gracioso?

—Me pareció verlo cien veces. Por una reja o a lo lejos, como si alguno de los dos se viera obligado a ir hacia algún lugar. Una vez me pareció verlo cuando me obligaron a deshierbar el jardín del comandante afuera de la reja. Había hecho arreglos para que Abek fuera trabajador del comandante; me pareció verlo en la ventana. Le guardé un nabo, lo enterré en el suelo. Pero cuando trabajé ahí unos días después, la tierra seguía intacta, así que no debe haber podido salir a desenterrarlo.

—¿Pero *cuándo* le dijiste que volverías a encontrarlo? —pregunta Josef—. ¿Qué recuerdo tienes de esa última vez?

—*No sé* —esta vez la risa que sale de mi boca es gutural, salvaje. Temo mirarlo a los ojos. Es la primera vez que digo todo esto en voz alta. No se lo dije a las enfermeras ni a las chicas-nulas. No le he dicho a nadie que pasé toda la guerra jurando encontrar a mi hermano y que no recuerdo nuestra última despedida.

—No sé cómo responder tu pregunta porque en realidad no recuerdo la última vez que vi a Abek. Lo he intentado; durante meses lo he intentado, pero mi cerebro no lo permite. Recuerdo despedidas, pero no me parece que sean correctas. En mis sueños siempre veo despedidas nuevas. No dejo de inventarlas. Hay un bloqueo. Hay un gran muro donde debería estar ese recuerdo.

—¿Por qué crees que hay un bloqueo? —pregunta Josef—. En tu memoria, ¿por qué crees que hay un bloqueo?

Trago saliva. Mis manos empiezan a temblar.

—Cuando llegamos al campo… las chimeneas estaban ahí. La muerte estaba ahí. ¿Entiendes? Vi cómo un soldado arrancaba a un bebé de brazos de su madre y lo azotaba contra un camión porque no dejaba de llorar. El bebé quedó flácido y arrugado como un trozo de encaje. No puedo… no puedo recordar mi despedida de Abek porque no soporto recordar ese día. No soporto recordar un minuto más de ese día.

Levanto la mano y toco mi cara. Está húmeda porque estoy llorando. El recuerdo del que hablé en voz alta ha liberado algo y ahora, en vez de sentirme confundida, siento que goteo; tengo moco en la nariz y lágrimas en las mejillas.

—Pero ¿qué tal si la clave para encontrar a mi hermano es algo que he olvidado de ese día? ¿Qué tal si hicimos un nuevo plan o acordamos un nuevo lugar para encontrarnos, y ya lo olvidé? ¿Qué tal si no puedo encontrar a mi hermano porque no recuerdo esas cosas? ¿Qué tal si soy una pésima pésima hermana?

En silencio, Josef saca un pañuelo de su bolsillo y me lo entrega. Se da la vuelta mientras limpio mi cara y sigue de espaldas a mí

cuando dice lo siguiente:

—Creo que nada de lo que hayas hecho durante la guerra te convierte en una mala persona porque sólo querías sobrevivir.

Su voz suena gutural y llena de emoción, más que durante todo el viaje, tanto que se quiebra en la última palabra. Veo que se lleva la mano a un ojo y se lo limpia rápido. Sorprendida, me doy cuenta de que está llorando, o a punto de llorar. Por una vez salgo de mi propio dolor para enfocarme en el de alguien más.

—Josef. ¿Tienes… experiencia con eso? —no sé de qué otra forma decirlo. No sé muy bien qué estoy preguntando.

Inhala despacio, temblando.

—Tengo experiencia en sentirme culpable por las cosas que hice para sobrevivir.

Un segundo, dos. Estamos sentados lado a lado sobre este tronco, en esta carretera de terracería a mitad de Alemania.

—Deberíamos irnos ya —dice al fin—. Estoy seguro de que quieres llegar al Kloster Indersdorf.

Josef pone sus manos en mis rodillas, se alista; la tierra cruje bajo sus pies cuando se levanta. En este momento luce más pequeño que hace unas horas, y cuando me ofrece su mano para ayudarme a ponerme de pie siento que yo también soy más pequeña.

K

El sol está a la mitad del cielo. El sudor se acumula en la clavícula cuando de pronto Josef dice que ya estamos cerca. Las casas están más juntas y ya no somos el único vehículo en la carretera. Josef me dijo que el Kloster Indersdorf está dentro de los límites de un pueblo, pero cuando nos detenemos cerca de un edificio en la plaza central me sorprende que esté *tan* dentro del pueblo: este campo para niños desplazados es un edificio viejo, tres pisos de piedra blanca que ocupan toda una manzana. En el otro extremo del lado que tenemos frente a nosotros, dos chapiteles cuadrados se alzan hacia el cielo.

Las ventanas no son de cristal transparente, son vitrales emplomados: en la cima del chapitel puedo ver una cruz.

—¿Éste es el lugar? —pregunto, dudosa—. Parece una iglesia.

—Es un convento. Las monjas no dirigen el campo, pero viven aquí. ¿Por qué no tocas a la puerta? Ataré los caballos y luego te alcanzo.

Bajo de la carreta, alisándome el vestido y el cabello.

—¿Zofia? —dice Josef a mis espaldas. Doy la vuelta y me dirige une leve sonrisa—. Espero que esté ahí. De verdad espero que esté.

Por alguna razón, me avergüenza entrar por la ornamentada puerta principal, así que doy la vuelta por el costado del edificio hasta encontrar una puerta más pequeña y sencilla con una placa de latón que dice OFICINA. Toco dos veces, sin respuesta; pero cuando levanto la mano para tocar por tercera vez, la puerta se abre. Me recibe una mujer de hábito negro con el cabello cubierto por un velo blanco.

—Disculpe —le digo a la monja—. Busco a la directora.

—Desafortunadamente no está. Soy la hermana Therese. ¿Tienes cita?

—No, pero puedo esperar. ¿Ella volverá pronto?

La monja niega con la cabeza en señal de disculpa.

—Una emergencia familiar. Tardará unos días por lo menos.

Cuando era niña, había un convento no muy lejos de mi escuela en donde todas las monjas de ahí parecían tener cien años; estaban arrugadas como pasas. Sin embargo, veo un rizo castaño que se asoma por la esquina del hábito de la hermana Therese. Tiene las mejillas redondas y los zapatos que asoman por debajo de su hábito están desatados.

—Tal vez pueda ayudarme —digo—. Busco a…

Antes de que pueda terminar la frase me interrumpe un sonido en

la puerta. Miro alrededor confundida porque alguien toca a la puerta cuando aún estoy en el umbral. Pero entonces me doy cuenta de que hay otra puerta detrás de la hermana Therese. Está al fondo de la oficina y debe conducir al interior del convento.

La hermana me invita a entrar y señala una silla.

—Un momento —dice hacia la otra puerta. El pomo ya está dando vuelta y escucho unas risitas ahogadas al otro lado. La hermana Therese suspira y abre el cerrojo—. Todos se enteran cuando estoy al mando y saben que no soy rigurosa. Está bien, ruidosos. ¿Qué quieren?

La puerta se abre de golpe. Dos niños larguiruchos, de doce o trece años, entran con estruendo y enmudezco de pronto.

No son Abek. Está muy claro que no son Abek. Ninguno se parece a él, no tienen el mismo color. *No es Abek*, me digo de inmediato. Pero alguno podría haber sido él con facilidad.

—Hermana —dice el niño que está al frente; su espesa melena cuelga sobre su frente—. Disculpe, hermana, no sabíamos que tenía compañía. Frau Fischer tiene un destapador de botellas en su escritorio y estamos aquí para tomarlo prestado.

—¿En qué cajón?

—En el de arriba.

La hermana Therese abre el cajón y busca entre plumas y clips hasta encontrar un pequeño destapador metálico. Vacila al entregárselo al niño.

—¿Para qué es esto, Lemuel?

Los niños intercambian una mirada de complicidad y entonces el niño que permanece callado saca una botella de su bolsillo. Es de vidrio y está llena de un líquido oscuro que parece burbujear.

—Se llama Coca-Cola —explica—. Nos la dio uno de los soldados estadounidenses. Con un sorbo se te quita la sed todo el día.

—¿Te la dio como aquel soldado que te dio las historietas o como el soldado que te dio su reloj?

—Como las historietas —dice Lemuel—. Le aseguro que no apostamos.

—¿Cuánto alcohol contiene?

—No tiene nada de alcohol.

La hermana Therese quita la tapa de metal a la botella y olisquea el contenido. Una vez convencida de que los niños no mienten, les entrega la botella.

—Compártanla con sus compañeros. Si queda algo cuando todos se hayan quitado la sed, tráiganme un poco.

—¡Gracias, hermana! —exclama Lemuel por encima de su hombro—. Usted es nuestra favorita.

—Y si todavía están jugando a la pelota en los claustros, cada

equipo tiene *un turno más* para batear —dice ella—. Después, a cenar.

Los chicos se van, llenos de energía, y la hermana Therese vuelve a centrar su atención en mí.

—Lo siento. ¿Qué decías? ¿Buscas algo?

Pero no encuentro palabras. Sigo mirando a los dos chicos que se alejan. ¿Alguno de sus compañeros podría ser Abek? ¿Está detrás de la puerta o al otro lado del pasillo esperando a beber un sorbo de Coca-Cola? Una estúpida, estúpida esperanza crece en mi pecho.

La puerta vuelve a abrirse, esta vez *es* la puerta por la que entré; es Josef, tiene la gorra en la mano y me mira sin intercambiar ningún saludo.

—¿Él está aquí?

—¿Quién? —pregunta la hermana Therese, mirándonos a ambos.

—Su herm…

—No, no está —lo interrumpo con rapidez, esperando que la hermana Therese no note que mi voz suena demasiado fuerte, pero que Josef sí lo note—. Y es "ella". La directora es mujer, pero no la encontramos; hoy no está aquí —volteo hacia la hermana Therese y continúo parloteando—. Josef y yo vinimos de Foehrenwald. Él quería hablar con Frau Fischer sobre un intercambio de provisiones.

Josef me mira con atención, confundido. Aparto la mirada porque no puedo explicarme. Sé que mi comportamiento no tiene sentido.

Sólo sé que éste es el lugar en el que *quiero* ver a mi hermano, con sus juegos de pelota en los claustros y sus niños de mejillas rojas que piden ayuda para abrir botellas de Coca-Cola. Pero si no está, deseo tener veinte minutos más de esperanza.

—Lamento que no hayan encontrado a Frau Fischer —dice la hermana Therese, preocupada—. No me dijo que alguien venía. Puedo ponerlos en contacto con el hombre que administra nuestra bodega; él debe saber qué podemos darles.

—Eso está bien —dice Josef, que sigue tratando de entender lo que hago.

—Y si así lo desean pueden quedarse a cenar. Estaba a punto de ir a ayudar con los preparativos.

—Por supuesto —digo—. Nos gustaría quedarnos y… y ver todo el campo. A todos los niños.

La hermana Therese nos lleva por la puerta de atrás y, mientras ella cierra la oficina, Josef me aparta hacia un lado y alza las cejas.

—Es que todavía no era buen momento para decirle —susurro—. No quería…

—Acompáñenme, cortemos camino por los claustros —dice la hermana Therese, mientras termina de cerrar y se guarda las llaves en un bolsillo secreto.

El pasillo en el que nos encontramos está lleno de puertas bajas,

en forma de arco. Elige una pesada puerta de roble y, antes de que la abra, oigo ovaciones al otro lado: el final del juego de pelota. Y no sólo eso. Los claustros están repletos de niños. Tres niñas con trenzas han trazado un juego de rayuela en el piso; dos chicos mayores se lanzan una pelota. Me quedo sin aliento al verlos a todos.

Abek tampoco está en este grupo. En cuanto entro por la puerta, los observo a todos; es lo primero que hago sin pensarlo. Ninguno de los niños se parece a él.

Pero ¿cuándo fue la última vez que vi tantos niños felices? ¿Fue hace cinco años, antes de que comenzaran los rumores sobre Auschwitz? ¿Fue antes de que los nazis cerraran las escuelas a los niños judíos, de modo que tuvimos que tomar clases en nuestros departamentos en pequeños grupos alrededor de la mesa de la cocina, tratando de aprender en secreto? ¿Fue antes de que empezara la guerra?

—¿Cuántos hay? —susurro—. ¿De dónde vienen todos?

—Ahora, unos trescientos —dice la hermana Therese, y contempla al grupo con aprobación—. Pero el número cambia. Llegan padres o recibimos telegramas. O llegan nuevos niños. Apenas ayer llegó uno de nueve años. No vemos muchos de esa edad. Viajaba con el ejército británico. Supongo que podría decirse que lo adoptaron como una especie de mascota, pero al final se dieron cuenta de que ésa no era vida para un niño.

—Nueve años —repito—. Así que la mayoría de los chicos…

—La mayoría de los chicos que llegan aquí desde los campos tienen entre doce y diecisiete años —dice ella—. Los más pequeños… —su voz se apaga, pero no necesito que termine la frase. Cualquier niño de menor edad habría tenido muy pocas posibilidades de sobrevivir a un campo.

—¿Tiene muchos de doce años? —pregunto. Es la edad que tiene Abek.

—Al menos veinte. Las historias de cómo sobrevivieron son milagrosas —la hermana Therese cierra los ojos y se lleva el rosario a los labios. Me sobresalta ese acto de devoción en público; es un recordatorio de que algunas personas atravesaron la guerra con el firme convencimiento de que Dios seguía vigilando el mundo.

La hermana Therese abre los ojos y da una fuerte palmada. Los juegos no se detienen, pero la mayoría de los niños al menos levantan la mirada.

—Éste es *de verdad* el último turno para batear. ¿Me oyen todos? La comida es en quince minutos.

El comedor es mucho más pequeño que el de Foehrenwald. No tiene las mesas circulares que nosotros tenemos sino largas mesas rectangulares con bancas colocadas en ambos lados, además las

ventanas son de cristal emplomado. Cuando entramos, algunos niños están poniendo platos en las mesas con ayuda de mujeres adultas, la mayoría de las cuales no visten hábitos sino ropa ordinaria. Desde la cocina llegan más voluntarias cargando ollas de algo que huele a estofado.

—Lugar de honor —la hermana Therese nos indica a Josef y a mí nuestros asientos en una mesa cercana a la parte frontal del comedor —. Pero me temo que sus platos estarán igual de rotos que el resto.

Tomo el lugar frente a la puerta para poder observar quién llega. Una niña pecosa. *No es él.* Un niño que cojea. *No es él.* Un niño en muletas sin una pierna. *No es él,* pienso con alivio porque no soporto pensar que Abek haya sufrido tanto como para perder una extremidad. Pero entonces reflexiono: por supuesto que agradecería ver a mi hermano entrando por la puerta aunque no tuviera una pierna, un pie o un brazo; por supuesto que podríamos superar ese sufrimiento. Los chicos llegan primero en tropel, luego en grupos dispersos y al final uno a la vez, a toda prisa, tarde y forzando su lugar entre sus amigos.

No es él. No es él. No es él.

—¿Cuánto duró el viaje? —pregunta la hermana Therese, sentada a la cabecera de la mesa, y me pasa una canasta de bollos.

—La mayor parte del día, pero paramos a comer —respondo, distraída.

No es él.

Él no está aquí. Lo sé con certeza cuando el umbral lleva un minuto vacío y las mesas están llenas, cuando me zumban los oídos por el ruido de las cucharas.

—¿Son todos?

—Hay dos chicas en la enfermería. Comerán ahí.

—Además de esas dos chicas, ¿nadie más está enfermo o viajando con Frau Fischer?

—Sólo las dos chicas. Por lo demás, sí, aquí están todos.

Contengo las lágrimas que se acumulan en mis ojos. ¿Por qué me permití tener esperanza? ¿Cómo pude imaginar que despertaría esta mañana para sacar a mi hermano de un mar de huérfanos?

—Deberías comer el estofado antes de que se enfríe —la voz de la hermana Therese me trae de regreso al comedor—. Es tolerable cuando está caliente, después no mucho.

Tomo mi cuchara y la sumerjo en el líquido pardo y grasoso.

Frente a mí está sentado uno de los niños de menor edad. No puede tener más de diez u once años; sus orejas son puntiagudas y tiene rasgos marcados.

No se molesta en usar cuchara. Usa los dedos para sacar pedazos de carne y ponerlos sobre su pan. Tiene los codos encorvados en torno al plato a manera de barrera para proteger su comida. Aunque ya

apiló dos bollos junto a su plato, extiende la mano hacia la canasta comunal del centro cuando cree que nadie lo ve y toma otro bollo que guarda en la manga. Cuando nota que lo vi, me mira con atención.

Su cuerpo es muy pequeño. Debería ser más alto o más gordo. Sus ojos no deberían lucir tan demacrados. No debería estar aquí. No debería tener que comer como animal.

Yo he comido de esa manera. Me he sentado en un círculo de personas medio muertas de hambre dispuesta a pelear con quien tratara de quitarme mi comida.

La hermana Therese también nota al chico sentado frente a mí. Me pregunto si lo castigará o le dirá que debe terminar su plato antes de tomar más. En vez de eso le acerca más la canasta con gentileza.

—Toma otro —le dice—. Pero come tu sopa con cuchara, ¡tenemos invitados importantes!

Ese pequeño gesto de amabilidad me mata. Como si pudiera ser suficiente. Como si hubiera en el mundo suficientes gestos de ternura para compensar las brutalidades que estos niños han sufrido.

Un sonido escapa de mi garganta, un sonido húmedo, feral y angustioso. No debería llorar aquí en la mesa, pero no sé si puedo contener el llanto. Me obligo a llevarme el pan a la boca, pero no puedo tragarlo. Sólo se me pega a la garganta.

A pocos metros de distancia escucho un repiqueteo: otro chico tira su sopa por accidente. La cuchara cae al piso y el chico se deshace en disculpas y tristeza.

—No importa —dice la hermana Therese con alegría—. Sucede al menos una vez por comida. Zofia, ya que eres nuestra invitada, ¿puedo darte el honor de encargarte de Simon?

—¿Encargarme? —murmuro.

—Ayudarlo a limpiarse —explica y hace el gesto de lavarse—. Estar a cargo de su cuidado. El lavabo está al final del pasillo.

Simon baja de la banca y se acerca expectante. Me tiende la mano. Me paralizo.

Mi mano no se mueve y mis piernas tampoco. Tiemblan. Mis axilas escurren de sudor.

—No puedo —susurro.

—¿Disculpa? —dice la hermana Therese, distraída.

Toma su mano, me ordeno a mí misma. *Llévalo al lavabo, no es difícil.*

—No puedo encargarme de él —digo en voz más alta, con más desesperación.

No puedo explicar el violento terror que crece en mi estómago ante esa petición; sólo sé que no puedo hacerlo. No puedo llevar a este niño al baño. No puedo encargarme del niño, no puedo llevarlo al baño, no puedo ayudarle a limpiarse porque no puedo llevarlo al baño

porque no puedo encargarme del niño.

—Permíteme —Josef, con su mano firme sobre mi rodilla bajo la mesa, entiende que algo está mal—. Simon *ya* es un niño muy grande para que una *chica* lo ayude, ¿verdad?

—Sí —contesta con incertidumbre el niño llamado Simon; no está seguro de por qué lo pasan de mano en mano.

—Vamos. Limpiaremos ese suéter y puedes mostrarme dónde hay algo seco.

Después de la cena permanezco sentada en silencio mientras se llevan los platos. Aparece un hombre mayor que dice ser el encargado de administrar las provisiones.

—Buenas noticias —dice Josef, incluyéndome en la conversación —. Nos darán cincuenta mantas.

—Eso es maravilloso —logro decir.

—Ernst puede ayudarles a llevarlas a su carreta —dice la hermana Therese.

—Preguntaron si necesitamos algo más antes de irnos —me dice Josef—. ¿Necesitamos algo más? —su pregunta es incisiva y me parece que expresa perplejidad. *Es tu última oportunidad,* parece decirme. *¿Por qué no has preguntado por tu hermano?*

—Un poco de comida —decide la hermana Therese—. Mientras Ernst y Josef empacan las mantas vamos a ver si la cocina tiene algo de sobra que puedan llevarse.

—No quiero quitarles nada. La comida debe ser para los niños.

—Al menos voy a darte unas manzanas y un termo de agua. Salvo que encuentre la botella de Coca-Cola de Lemuel —dice, con un guiño —. Quería probar un poco, ¿tú no?

Josef parte con Ernst al sitio donde guardan las mantas. Sé que tiene razón. Ésta es la última oportunidad que tendré de preguntar por mi hermano. La hermana Therese gira hacia la cocina. Corro tras ella y sujeto la áspera manga de su hábito.

—Por favor.

—¿Sí? —pregunta perpleja.

—Estoy buscando a mi hermano. No lo he visto en más de tres años.

—Ay, querida —toma mi mano y me sorprende la fuerza de sus dedos—. Espero que pronto te reúnas con él. Lo incluiré en mis plegarias si te parece bien.

—No. Quiero decir, sí, si usted así lo desea. Pero lo que intentaba decir es… Él tiene doce años, igual que algunos chicos de aquí. Creo que estuvo en Dachau. Igual que algunos chicos de aquí.

La comprensión aparece en su rostro.

—Oh. *Oh.* Viniste hasta aquí para buscarlo, ¿verdad? ¿Por eso

preguntaste si faltaba alguien esta noche?

—No estaba en la cena. Pero he pensado que tal vez pueda llegar más tarde —digo—. Me parece que aquí todavía tienen ingresos.

—Así es. Todos los días. Para algunos de los chicos que llegan ésta es su segunda o tercera parada.

—O tal vez alguno de los chicos que vienen de otro lado ya lo ha visto —sugiero—. Y lo recuerda.

—¿Quieres que les diga su nombre y una descripción física? —pregunta la hermana Therese—. Puedo poner un reporte de “desaparecido” en nuestro tablero de anuncios. Tal vez lo vea alguien que pueda reconocerlo.

Ahora cambiamos de dirección; no vamos a la cocina sino de regreso a la oficina, donde la hermana Therese abre el mismo cajón donde estaba el destapador. Alisa una hoja de papel color crema sobre el escritorio y le pone fecha en la parte superior.

—Empecemos con su aspecto. Cierra los ojos si eso ayuda. A veces así es.

Cuando cierro los ojos veo la cara de Abek mejor que la mía, pero es difícil describirlo con palabras. *¿Mejillas llenas?* Aunque antes las tenía así, es difícil que ahora las conserve de esa manera. *¿Un diente flojo?* Se le habrá caído hace mucho. Tal vez le cortaron el cabello; tal vez sus heridas sanaron o se multiplicaron. Podría decirle a la hermana Therese que Abek era tan alto como el armario que mis padres usaban para medir nuestra estatura, pero seguro ya habrá crecido.

—Tiene… —empiezo con incertidumbre—. Tiene ojos cafés. Castaños con algo de verde, para ser exacta. Su cabello es ondulado. Tal vez tenga una ceja partida por la mitad. Justo antes de que nos llevaran peleó con otro chico usando espadas de madera, y nos preguntábamos si le quedaría cicatriz. Yo, Zofia, soy la única que puede estar buscándolo. Nuestros padres están muertos y él lo sabe; los enviaron a las cámaras de gas en cuanto llegamos a Birkenau desde Sosnowiec.

Sigo y sigo, pero en algún momento la hermana Therese deja de mover su lápiz. Ni siquiera parece escuchar; su rostro tiene una expresión rara, a medio camino entre la turbación y el fastidio.

—¿Qué pasa?

—¿Es una broma? —pregunta—. Porque si lo es, no tiene gracia.

L

—¿Qué quiere decir? —le pregunto a la hermana Therese—. ¿Una broma?

—¿Lemuel o alguno de los otros chicos te dijo que hicieras esto?

—¿Lemuel o…? Claro que no.

—Sería cruel esperar a que Frau Fischer partiera para hacer una broma.

—Hermana Therese —digo frenética—. Le juro que no tengo idea de a qué se refiere, esto no es ninguna broma.

Ahora la expresión de su rostro cambia de la irritación a algo distinto: preocupación.

—¿Dijiste Sosnowiec? ¿En Polonia?

—Sí.

—Teníamos a alguien aquí.

—*¿Alguien?* ¿Se llamaba Abek?

Ella aprieta los labios.

—No recuerdo su nombre. Recuerdo el pueblo y recuerdo a un chico que había estado en Birkenau. En ese entonces, la mayoría de los chicos aquí venían de Flossenbürg. La Cruz Roja trajo un grupo. Siempre me daba cuenta cuando llegaba alguien que no fuera de ahí.

—¿No lo hizo firmar en algún lado?

—Eso fue en los inicios. Hace meses. Nadie firmaba entonces, apenas éramos un campo oficial. Ni siquiera estoy segura de que Frau Fischer ya estuviera aquí por instrucciones de la UNRRA.

—No guardó registros —intento mantener firme la voz, pero vacilo.

La hermana Therese levanta las manos para tranquilizarme.

—Tienes que entender. Los chicos llegaban sin zapatos, les dábamos zapatos. Venían hambrientos y les dábamos de comer. Algunos se quedaban y otros se iban. Pero recuerdo a un chico; recuerdo que buscaba a su hermana. No parecía tener más familia, pero decía que tal vez su hermana había sobrevivido a Birkenau. Eso quedó fijo en mi memoria porque, como dije, no habíamos visto mucha gente de allá. Dijo que su familia tenía una fábrica en la Baja Silesia. Se quedó sólo unos días.

—¿Era una fábrica de ropa? ¿Se llamaba Chomicki & Lederman?

—Creo que no dijo. De verdad no recuerdo. Sólo sé que quería encontrar a su hermana y se fue cuando supo que sólo recibíamos a niños menores de diecisiete años, lo cual me hizo pensar que su

hermana debía ser mayor.

—¿Estaba sano? —pregunto, desesperada—. ¿Se veía sano?

—Así parecía, sí —dice, y un profundo alivio recorre mi ser—. Estaba sano. Estaba bien.

—Pero usted no… no pudo…

—No podía obligarlo a quedarse —la hermana Therese luce afligida—. Ni a darme más información. Por favor, créeme, Zofia, hacíamos lo mejor que podíamos. Demasiada gente llegaba.

—Entonces, ¿por qué lo recuerda? —pregunto con insistencia—. Si llegaba tanta gente… Cuando hace un instante le pregunté por él, quiso saber si era una broma de Lemuel. ¿Cómo puede ser tan importante para que los chicos bromeen sobre él, pero a la vez tan *insignificante* para olvidar su nombre?

Ella hace una mueca al oír mis palabras.

—Ninguno de los niños es insignificante.

—Pero *este niño tenía nombre*.

—Lo recuerdo porque… porque tuvimos un incidente.

Retrocedo sobresaltada.

—¿Qué tipo de incidente?

—No importa.

—*¿Qué incidente?*

Ella suspira. Sus siguientes palabras salen como arrastradas.

—Me robó algo, ¿satisfecha? —por debajo del hábito baja la mirada—. Teníamos tan pocas camas que le permití usar mi cuarto. En mi mesita de noche guardaba el dinero para comprar la comida de todos los niños. A la mañana siguiente, el niño y el dinero habían desaparecido. Recordé a ese chico porque el resto de los niños no pudieron desayunar al día siguiente y todos sabían por qué.

¿Robó? Siento una oleada de confusión y vergüenza. ¿Abek robó el dinero que la hermana Therese usaría para comprar comida?

—Ya veo.

La hermana Therese no quería contarme esa parte de la historia. Se acomoda un rizo suelto bajo el hábito y luce más vieja de lo que lució en toda la tarde.

—No lo culpo, por supuesto. Sé por lo que debe haber pasado y sólo era un niño.

Mi corazón se acelera y encoge a la vez. No sé cómo interpretar esa historia. ¿Ese chico hambriento era Abek? ¿Ese chico que llegó y se fue sin nombre y sin dejar atrás más que bocas hambrientas? ¿Perdí mi oportunidad de encontrarlo porque, en vez de buscarlo en el lugar indicado, permanecía acostada en un hospital?

—De todos modos deberíamos poner un anuncio —insiste la hermana Therese—. Por si vuelve. O por si llega alguien que lo haya visto.

—De todos modos deberíamos poner un anuncio —repito, pero mi voz suena hueca como una caverna.

Recapitulo mi descripción y la hermana Therese la anota con diligencia. Cuando termino, toda la página está llena. La hermana Therese tapa la pluma.

—De verdad lamento no haber…

—Está bien. Ya no hay nada que hacer.

Ella toma el papel y recorremos el pasillo hasta donde está el tablero de anuncios. Tal como prometió la hermana Therese, está en un lugar prominente situado junto a la entrada principal donde casi todos los visitantes tienen que pasar. Pero cuando lo veo mi corazón se encoge aún más. Ni un centímetro cuadrado del tablero es visible. Todo está cubierto de papeles y folletos, capas y capas de papeles con descripciones de familiares vivos y muertos. Algunos de los anuncios tienen fotografías —qué suerte para ellos—; hay abuelos viejos y arrugados, prometidos sonrientes, hijas chimuelas.

La hermana Therese fija la descripción de Abek en una esquina. En una semana quedará cubierta.

—Puedo hacer más copias —dice—. Y enviarlas con los trabajadores que visitan diferentes campos para que las pongan en sus tableros de anuncios —se muerde el labio—. Sé que te sientes frustrada, pero son buenas noticias, ¿no? Si era él, eso significa que seguía sano después de la guerra. Lo vi con mis propios ojos.

Intento obligarme a sonreír.

—¿Puedo ver dónde durmió?

—Te aseguro que no dejó nada. No habrá ninguna pista.

—No espero ninguna. Es sólo que… —*esto suena tonto, pero no me importa*—, es sólo que en Birkenau dormíamos en literas amontonadas sin colchón. Me gustaría pensar que durmió en un lugar caliente.

—Por supuesto.

Me guía por una escalera de madera estrecha y rechinante hasta el ala donde ya duermen los niños. En el segundo cuarto baja la voz hasta un susurro.

—Éste era mi cuarto en ese tiempo, pero ahora lo cedimos a los niños.

Abre la puerta apenas lo suficiente para que entremos y parpadeo rápido para habituarme a la oscuridad. Hay cuatro camas individuales alineadas con las paredes. Son sencillas, pero las sábanas se ven limpias; cada cama tiene una manta extra doblada al pie. Parece un buen lugar para dormir. Cálido y ordenado. *¿Por qué no se quedaría a esperarme?* O, si se fue, ¿por qué no iría a casa como le dije?

En la penumbra reconozco al niño de la cama más cercana a la puerta. Es el pequeño de la cena, el que se guardaba comida extra. Duerme con las rodillas recogidas bajo la barbilla y envueltas entre

sus brazos.

En silencio para no molestar al niño dormido, la hermana Therese levanta una esquina de la colcha y me muestra el colchón. Está abierto, y dentro hay cosas que parecen piedras pero en realidad son pedazos de pan.

—Teme que no haya más —susurra—. Siempre temen que no haya más.

Ł

Josef y yo salimos del pueblo y recorremos un camino oscuro en las afueras. La banca de madera se clava en mi huesudo trasero de una manera que no pasaba antes; cada roca por la que pasamos provoca que el dolor recorra mi espalda hasta los dedos fantasmas de mi pie.

—Entonces, ¿piensas que era él? —dice Josef en voz baja después de que le digo lo que sucedió—. ¿El chico que llegó al convento?

—No lo sé.

—Parece una buena noticia.

Como no respondo, Josef voltea a verme.

—Buena noticia, ¿no? Si era él, sólo les faltaron unos meses para coincidir. ¿O *no* crees que sea él? —gira la cabeza para mirarme—. ¿Zofia?

—No quiero hablar de eso —digo, incapaz de encontrar palabras para explicar mis complicados sentimientos.

¿Creo que era él? Era un chico de la región de Sosnowiec que había pasado por Birkenau y buscaba a su hermana. ¿Podría haber muchos chicos así?

Pero… no puedo imaginar a Abek robando dinero a gente que lo necesita, gente amable con él.

Yo robé el dinero de Dima. Le robé el dinero a alguien que había sido amable conmigo porque no se me ocurrió otra manera de encontrar a mi hermano. Es la única circunstancia en la que puedo imaginarme como ladrona. ¿Fue lo mismo para Abek? ¿Acaso el robo es en realidad la mejor indicación de que *sí* era Abek?

No encuentro la manera de articular todo en mi mente. Cómo mi esperanza está carcomida por la culpa de no haber podido llegar antes. Cómo escuchar hablar de alguien que podría haber sido Abek no es lo mismo que encontrar a Abek. Cómo llegar unos meses tarde se siente igual que no llegar nunca.

La situación con mi hermano no es el tipo de situación en la que hay concesiones o medidas a medias. O es Abek, o no es. O lo llevo a casa o no.

—Pero si la hermana vio hace unos meses a alguien que podría haber sido él… Exageras —insiste Josef de tal manera que logra interrumpir mis pensamientos—. ¿Tienes idea de lo afortunadas que se sentirían otras personas con esa noticia?

—Me sentiré *afortunada* —digo con brusquedad— cuando la

persona que viaje a mi lado en la carreta sea mi hermano y no tú.

Fue grosero decir eso, pero estoy muy exhausta y confundida. Siento, sobre todo, que tengo derecho a decir algo grosero después de las cosas que dijo Josef en otro momento. Casi me disculpo al verlo hacer una mueca, pero no quiero volver a abrir la conversación y prefiero que se sienta lastimado si así se queda callado.

Ninguno de los dos dice una palabra más. Él conduce y yo me quedo sentada como estatua; el camino es largo y vacío. El único sonido que se escucha es el de los cascos de los dos caballos en la tierra. Al cabo de una hora está demasiado oscuro para ver el camino, así que Josef se detiene en una casa donde se ve una luz en la ventana.

—Creo que deberíamos pasar la noche aquí —dice, y no protesto —. Preguntaré si conocen algún lugar para dormir que no esté muy lejos.

Josef me deja con la carreta. Pluma relincha con suavidad en la oscuridad hasta que Josef regresa pocos minutos después.

—Podemos quedarnos aquí a cambio de ayudar con las tareas domésticas mañana —dice—. Tú dormirás con la hija. Yo en el establo.

Josef toma mi valija aún llena de las pertenencias que empaqué por la mañana, cuando pensé, feliz, que tal vez no regresaría a Foehrenwald. Antes de llevarla a la puerta se da la vuelta y abre la boca como si quisiera decir algo. Pero no dice nada y yo tampoco.

La pareja que espera a la luz de una lámpara es algo mayor: el hombre tiene barba blanca y la mujer tiene la espalda un poco encorvada. Los sorprendimos cuando se preparaban para dormir; la mujer —se presenta como Frau Wölflin— ya tiene puesto un camisón y su cabello canoso le cuelga sobre la espalda en una trenza holgada. No parece molestarles que hayamos aparecido casi a mitad de la noche. Frau Wölflin dice que dejan la lámpara encendida por esa razón. Necesitan ayuda en la granja, así que alimentan y hospedan viajeros a cambio de asistencia. Le entrega un montón de mantas a Josef y, mientras su esposo lo lleva al establo, ella me sirve un vaso de leche. Lo recibo y trato de responder a sus amables preguntas sobre la distancia que hemos viajado y las condiciones del camino.

—¿Ha sido un largo día para ti?

—Ha sido un largo día, Baba R… —callo, humillada. Estuve a punto de llamar a esta mujer con el nombre de mi abuela. Ni siquiera es como lo que sucedió con Gosia. No tengo excusa; no conozco a esta mujer. Estoy muy cansada.

Frau Wölflin no nota mi error, o si lo nota, al menos no dice nada.

—Quiero decir que ha sido un largo día —me corrijo—. Gracias por preguntar.

—No necesitas beber eso —con la cabeza señala el vaso de leche

que sigue intacto en mi regazo—. Si estás cansada puedes ir directo a dormir.

—No quiero ser grosera, pero creo que eso haré. Estuvimos viajando un largo rato.

No sé qué esperaba cuando Josef me dijo que podía dormir en el cuarto de la hija. Por la edad de los Wölflin, creo que pensé que sería una chica de mi edad o tal vez un poco mayor. Sin embargo, cuando sigo a Frau Wölflin por la estrecha escalera y espero mientras susurra algo al oído a su hija *—Hannelore, tenemos una invitada; Zofia se quedará contigo esta noche—*, la cabeza con coletas rubias que se mueve bajo el edredón es de una niña de no más de ocho o nueve años.

—No te preocupes —dice Frau Wölflin, sonriente—. Lore está acostumbrada a que esto sea una especie de casa de huéspedes. No se asustará de verte por la mañana.

Cuando Frau Wölflin se va, me quito los zapatos pero me doy cuenta, demasiado tarde, de que dejé mi valija en el piso de abajo. En lugar de ir a tientas en la oscuridad, aflojo el nudo de la espalda de mi vestido y subo a la cama vestida, hago a un lado una parte del edredón de plumas de ganso y entro lo más silenciosa que puedo.

Estoy cansada por tantas razones que es difícil desenredarlas. Estoy exhausta por la esperanza. Estoy exhausta por haber despertado tan temprano. Estoy exhausta del país. Estoy exhausta de mi propio cuerpo porque a veces siento que nunca volverá a ser tan fuerte y resistente como alguna vez lo fue.

Estoy exhausta de mi propia mente. Eso debe ser lo más agotador. Mi propia mente que confunde a una granjera con mi abuela y no me deja saber qué debo creer. Ojalá pudiera hacer las paces con mi cabeza. Domar al monstruo, detener mis sueños.

M

Por la mañana noto que Hannelore despertó antes que yo. Todos deben haberlo hecho. Escucho ruidos abajo, en la cocina, y me llega el olor a avena. Al asomarme por la ventana de vidrio curvado, veo dos figuras: Josef y el señor Wölflin reparan una cerca; el sol está muy por encima del horizonte.

Meto los pies en mis zapatos que dejé abajo de la cama anoche y bajo las escaleras de prisa. Frau Wölflin lleva los platos del desayuno de los demás; su larga trenza de anoche está recogida como una corona alrededor de su cabeza.

—No sé por qué dormí tanto —me disculpo mientras alcanzo los platos apilados en la rústica mesa de madera—. Sé que Josef prometió que ayudaríamos con las tareas domésticas.

Frau Wölflin aparta mi mano y, con la cabeza, señala un tazón colocado sobre un mantel a mitad de la mesa.

—Te guardé unos huevos hervidos. Cuando termines de comer, toma un delantal y sal para ayudar con la limpieza. Hannelore está emocionada por verte.

Como si la hubiera llamado, la puerta se abre y Hannelore entra. Tiene el cabello trenzado como el de su madre y un cúmulo de pecas en la nariz.

—¿Por fin despertaste? —pregunta en tono acusador—. Tuve que vestirme en la *cocina* para no despertarte.

—Lo siento mucho —intento mantener una expresión seria al disculparme por tal crimen, pero su vocecita suena tan indignada que me cuesta trabajo no reír.

—Está bien. Ya te levantaste —acepta—. Me permiten mostrarte cómo funciona la espita que está afuera, y si queda tiempo antes de que te vayas también me permiten mostrarte mis muñecas.

—Tienes todo un plan para las visitas.

—Recibimos muchas —dice con un suspiro—. Durante mucho tiempo no recibimos ninguna, pero ahora siempre hay.

—¿Por qué no recibían visitas antes?

Frau Wölflin responde acercándose a acariciar el cabello de su hija.

—Por la guerra —explica—. Procuramos no recibir visitas durante la guerra.

Siento que esa frase tiene un significado profundo, pero no sé cuál es. ¿A qué temían durante la guerra? ¿A los saqueadores o a los judíos

en busca de protección? Tiene que ser uno de los dos.

—¿Vienes? —dice Hannelore con las pequeñas manos en las caderas.

Ya veo que planea vigilar todo mi desayuno, así que decido abandonarlo; encuentro un delantal en la alacena que me mostró Frau Wölflin y guardo los huevos hervidos en el bolsillo.

Afuera, bajo la luz, la tierra de los Wölflin se ve descuidada y silvestre. Un huerto al frente necesita deshierbarse y un postigo necesita reparación. No me sorprende que se hayan alegrado de tener huéspedes; esta propiedad es demasiado grande para una pareja de edad avanzada.

Hannelore me muestra cómo llenar una palangana de agua con la espita. Me enseña que una palangana es para lavar platos y la otra para ropa, además me pide que guardemos el agua restante para regar el jardín.

—Tu amigo Josef dijo que vienes de una ciudad —me explica—. No sabía si sabías usar una bomba de agua.

—Nací en una ciudad —le digo—. Pero por mucho tiempo viví… en otro lugar. Ahí sólo teníamos una bomba; a veces ni siquiera teníamos eso.

—¿El agua de la bomba se congelaba? Eso sucede aquí en invierno.

—Algo así. ¿Irás a la escuela hoy? —pregunto cambiando de tema.

—Aprendo en casa. A Stiefmutter no le gustaba que saliera sola cuando había soldados. Tal vez ahora sí vaya.

Stiefmutter: madrastra. Eso explica por qué Frau Wölflin, tan vieja, puede tener una hija tan pequeña como Hannelore.

—Eso será bueno. A tu edad me gustaba la escuela.

La puerta de la cocina se abre. Frau Wölflin sale y se dirige a la orilla de la propiedad, donde Josef está ayudando a Herr Wölflin a reparar la cerca. Mientras los miro, Josef apoya el hombro contra un poste de madera podrido y lo empuja, lo que hace que sus pies se hundan en la tierra. El frente de su camisa —su camisa descolorida, con manchas tenues de sangre y con el bolsillo todavía roto— ahora está empapado de sudor; los rizos negros se le pegan a la frente.

Debería disculparme por haber sido grosera con él anoche. También debería dejar de verlo ahora. Pero no puedo hacer ninguna de esas cosas.

Frau Wölflin termina de supervisar el progreso de la cerca, se aproxima a Hannelore y a mí, y da un beso distraído en la coronilla de Hannelore.

—Llévale agua pronto —le dice, y señala a su marido con la cabeza—. No es tan joven como cree.

Esto es una familia. No es como la mía, pero es una familia; con razón quería llamar Baba Rose a Frau Wölflin. Al ver cómo se preocupa por su familia, me doy cuenta de que nunca volveré a tener a nadie que se preocupe por mí. Aunque encuentre a Abek, siempre seré yo quien cuide de él.

Bajo la mirada y trato de concentrarme en lavar los platos. Una vez que hemos terminado de lavar, y después de secar los platos y colgar los vestidos en el tendedero, Hannelore toma mi mano.

—Todavía están reparando la cerca; ¡hay tiempo suficiente! —exclama—. Puedo mostrarte mis muñecas y podemos dibujar.

Al otro lado del patio, Josef nos ve regresar a la casa. Levanta las cejas para preguntar si estoy bien y le indico que sí con la mano. Pero entonces señala su muñeca como si tuviera un reloj de pulso —aunque no es así— para indicar que no debemos quedarnos mucho tiempo más. En Foehrenwald esperan las provisiones.

Arriba, en el cuarto con aserrín en el piso y vigas de madera en el techo, me siento donde Hannelore me indica y, obediente, tomo la muñeca que me entrega. Quiere representar una escena escolar y ser la maestra de las muñecas. Algunos de los detalles que inventa son graciosos, pero la mayor parte le sale bien. Frau Wölflin debe haber estado preparándola para la escuela.

Después de poner a todas sus alumnas a cantar una canción y hacerles un examen, y luego de que yo he dirigido un concurso de deletreo, Hannelore dice que es hora de guardar las muñecas. Me pregunta si quiero dibujar.

—Creo que no tengo tiempo —le digo con tristeza—. Mi amigo dijo que tenemos que irnos pronto. Pero gracias por pasar tiempo conmigo.

Ella frunce los labios.

—Puedo darte un dibujo. Te dibujé cuando dormías.

Sonrío.

—¡Pequeña espía!

—No dibujé *mirándote*. Hice el dibujo mientras desayunábamos. Tu cara no me quedó muy bien porque estaba oculta por la almohada, pero Josef dijo que estaba bien.

—Pues me encantaría verlo.

Toma la hoja de papel de su mesita de noche y me la entrega. Recoge una muñeca para cambiarle la ropa mientras admiro el dibujo: es un grupo de personas de pie frente a la casa en la que estamos.

—Es un dibujo hermoso. Cuéntame, ¿ésta eres tú? —digo, y señalo la figura más pequeña—. Éstos somos Josef y yo, y estos dos del otro lado deben ser tus padres.

—Stiefmutter y Stiefvater —dice.

—No pueden ser ambos tus padrastros —le digo.

—Lo son.

Niego con la cabeza segura de que no entiende el término.

—¿Tu madre está casada con tu padrastro o tu padre está casado con tu madrastra?

Mira su muñeca y le pone un delantal sobre el vestido.

—Mi mami no está aquí. Dijo que volvería por mí después.

—¿Dónde está tu mami?

Hannelore ajusta el delantal de la muñeca durante más tiempo del necesario y de pronto luce mucho mayor de ocho años.

—No sé dónde está. No ha vuelto. Antes no podía hablar de ella, pero Stiefmutter dice que ya puedo porque los nazis perdieron.

Trago saliva.

—¿Tu madre te dejó aquí porque era más seguro? ¿Eso es lo que dijo?

—Sí. No quería que nadie me llevara. Y tengo cabello claro, así que sería fácil de esconder.

¿Esto es lo que debí haber hecho con Abek? ¿Suplicarle a una pareja sin hijos que lo mantuviera a salvo? Si hubiéramos hecho eso, ¿podría tocar a la puerta ahora y encontrarlo en un cómodo desván decorado con sus dibujos?

—Tengo una fotografía —dice Hannelore. Vuelve a la mesita de noche, abre el cajón y saca una caja. De la caja saca un libro y busca fotografías ocultas entre las páginas—. No la recuerdo muy bien, pero era tan bonita que creo que podría haber sido estrella de cine. ¿No lo crees?

Me da la fotografía.

—Es muy hermosa —digo al ver a la mujer de grandes ojos.

—Se llama Inge. ¿No es un nombre bonito?

Se me quiebra la voz.

—Muy bonito.

Ya no quiero sostener la fotografía; se la devuelvo rápido a Hannelore, apenas consciente de que tal vez esté asustando a una niña pequeña.

—Hannelore, fue muy lindo jugar contigo, pero creo que debo irme.

—Nadie dijo que tenemos que parar.

—Lo sé, pero… mi amigo quería salir temprano, ¡y nos espera un largo viaje!

Camino a toda prisa hacia la puerta, bajo la escalera y tomo mi valija, que sigue en el mismo lugar donde la dejé anoche. Afuera, Frau y Herr Wölflin admiran la cerca terminada y recta; Josef termina de lavarse la cara en la espita.

La madre de Hannelore, Inge, era tan hermosa como para ser estrella de cine; pero cuando vi la fotografía sólo pude pensar en otra

mujer llamada Inge, una chica-nula del hospital que no era hermosa. Estaba cubierta de costras y se le habían caído casi todos los dientes y el cabello.

No es la misma persona, me digo a mí misma. *Sabes que no es la misma; las historias no coinciden.*

Pero hay mucho que sí coincide, muchas de nuestras historias son iguales. La Inge que yo conocí hablaba de cómo su hija vivía con una amable pareja alemana. Se sentaba en el alféizar de la ventana del hospital para cantar canciones que dedicaba al cielo nocturno. Una noche, de una manera que casi pareció grácil, de un modo que casi pareció accidental, se inclinó más de la cuenta hasta caer por la ventana.

Su verdadero nombre era Inge, pero todas la llamábamos Bissel. *Bissel*. "Un poquito", ése es su significado en yídish. Es un apodo que surgió por aquella vez que una de las enfermeras trataba de decirnos que ninguna de nosotras estaba loca, pero luego miró a Bissel y dijo: *Bueno, tal vez ella. Un poquito. Tal vez ella está un poquito loca.*

N

—Estoy lista para irme —le digo a Josef. Él se pone de pie mientras se seca el cabello con una tela descolorida. Cuando me mira nota que algo anda mal.

—Voy por nuestras maletas —dice.

—Ya las tengo —respondo, y señalo el lugar donde las puse junto a la carreta.

—No podemos partir sin despedirnos de los Wölflin.

—Ve tú. Yo te espero aquí.

Ayer pasé todo el viaje tratando de convencer a Josef de que no estoy loca, y ahora deshago eso con cada frase que digo, con mi brusquedad, y la torpeza con que subo a la carreta sin esperar ayuda.

Josef es lo suficientemente cortés por ambos. Regresa para agradecer a la familia Wölflin y decirles… No sé qué les dice. Que estoy enferma, o que se nos hace tarde, o que soy muy grosera. Ellos hacen señas y puedo notar que se trata de ofertas: *¿Por qué se van tan pronto? ¿Podemos darles algo para el camino?* Y Josef se niega: *No, gracias. Estaremos bien, son muy amables*.

En la carreta, ya con los caballos enganchados y en pleno camino, observo cómo la granja se encoge hasta parecer una postal. Josef espera a que la granja desaparezca del horizonte antes de mirarme.

—¿Pasó algo?

—Todo —digo con voz ahogada.

—¿Todo?

—Todo pasó —digo de nuevo porque ahora ésa parece la mejor manera de describirlo. La hermana Therese y un chico misterioso que robó dinero de un convento; Inge cayendo por una ventana, y otra Inge que dejó a su hija; Hannelore y sus fotografías, y lo parecido de sus historias, de las historias de todos. Todo se acumula.

—Zofia, ya dije ayer que no creo que estés loca. Así que ¿quieres explicar más?

Retuerzo la agarradera de mi valija. El broche parece aún más roto que cuando la recogí.

—Esa niña. Hannelore. En realidad no es hija de los Wölflin. Está escondiéndose.

Josef parece sorprendido de que eso sea lo que ocupa mi mente.

—Lo sé. Herr Wölflin me lo dijo. Su madre era la hija de unos buenos amigos de los Wölflin, la pareja que era dueña del almacén. Se los llevaron.

—Inge —digo—. Inge está muerta —en ese preciso momento la carreta pasa sobre una piedra, de modo que la palabra sale como una puñalada. *Muerta*.

—Zofia —detiene los caballos en seco—. ¿Qué dices? ¿Conociste a la madre de esa niña?

—No. No sé. No lo creo. Conocí a una Inge, pero la llamábamos Bissel.

Le cuento a Josef la historia con voz entrecortada. Le cuento que casi no conocía a Bissel y que ninguna de nosotras la conocía de verdad; sólo sé que durmió en una cama junto a la mía durante dos meses. Siempre hablaba de su hija a quien encontraría cuando terminara la guerra. Pero no la encontró. Se sentó en el alféizar de la ventana y se inclinó hacia atrás.

—Y su hija está *esperando* —digo—. La hija de Bissel está en algún lugar, igual que Hannelore, con la esperanza de que su madre llegará por ella. Pero nunca va a llegar. Ella seguirá esperando, pero Bissel no llegará, yo lo sé y ella no lo sabe.

—La madre de Hannelore tampoco regresará —dice Josef—. Tal vez Hannelore todavía cree que su madre llegará por ella, pero los Wölflin saben que no. Herr Wölflin me lo dijo; escriben cartas, pero dan por hecho que está muerta.

—Lo dan por hecho, pero no lo saben —respondo—. Y eso es lo peor. Lo peor de todo.

—¿No saber?

Mi cabeza da vueltas.

—Imagina que pudieras saber la respuesta a un misterio que quieres resolver, pero la respuesta es peor que todas las respuestas posibles que has imaginado. ¿Aun así querrías saber?

—Zofia, no entiendo —dice Josef, confundido pero no impaciente —. ¿La madre de Hannelore, Inge, te recuerda a otra mujer llamada Inge y ambas dejaron a sus hijas con familias que no saben lo que les pasó? ¿Qué preguntas?

¿Qué pregunto?

Estoy preguntando: si mis opciones fueran jamás encontrar a mi hermano o saber con certeza que le ocurrió algo terrible, ¿qué elegiría? ¿Cuál es el límite entre la cantidad de información que da esperanza y la cantidad de información que da desesperanza?

¿Eliges el consuelo de la fantasía? ¿O eliges el dolor real?

No. Eso no es lo que estoy preguntando. Ésa nunca ha sido mi pregunta.

Desde el instante en que desperté en el hospital, desde el momento en que la guerra terminó y empecé a reunir los pedazos de mi cerebro, sólo me he hecho una pregunta.

—Josef —mi voz es poco más que un susurro—. ¿Qué tal si mi

hermano está muerto?

Ya lo dije. Eso que nunca me había permitido decir ni había permitido que nadie más dijera. Ésa es la pregunta que quiero responder.

He visto morir a cientos de personas. Fusiladas. Ahorcadas. Hambrientas. Golpeadas. Rotas.

Hoy vine aquí en busca de esperanzas y coincidencias. *El niño que aparece en los registros de Dachau, cuyo nombre parecía ser Alek Federman. El niño que llegó con la hermana Therese*. ¿Y si esas coincidencias conducen hacia ninguna parte porque mi hermano está muerto?

Las riendas se retuercen en la mano de Abek. Espero a que me asegure que Josef no está muerto. Espero a que me repita que la hermana Therese me dio una pista prometedora y que debo aferrarme a eso.

El optimismo indulgente es el regalo que me han dado todas las personas que he encontrado. Gosia. Dima. Las enfermeras. Todos me dijeron que quizá la búsqueda tomará mucho tiempo, pero que no debía abandonar la esperanza. O me daban palmaditas en el brazo y desviaban la mirada. O escribían a Bergen-Belsen y no me decían nada cuando recibían respuesta. Todos encontraban maneras de lidiar conmigo, con mi fragilidad, con mi dolor, con mi terca esperanza.

Josef me mira. Sus ojos nunca me han parecido tan profundos, ni tan claros.

—¿Qué tal si *está* muerto? —suelta las riendas y se inclina hacia adelante, apoya los codos en las rodillas—. ¿Y si está muerto, Zofia? ¿Crees que podrías encontrar la manera de vivir el resto de tu vida?

Quiero enojarme con él por decir eso. Quiero que la rabia surja de mi pecho y forme una barrera protectora en torno a mi corazón.

¿Podría vivir el resto de mi vida si Abek estuviera muerto?

Pero en vez de rabia siento una calma escalofriante.

¿Qué tal si…? ¿Qué tal si es verdad? ¿Qué tal si la realidad contra la que he tratado de protegerme de verdad sucedió? ¿Y qué tal si, en lugar de desgastar mi alma con esa preocupación, tengo que dedicar mi alma a vivir con ello?

¿Podría hacer eso? ¿Habría manera de lograrlo?

Perdida en mis pensamientos apenas estoy consciente de que Josef ya no me mira. Observa el horizonte, absorto en sus ideas.

—Yo tenía una hermana que murió —dice Josef en voz baja—. Antes de la guerra. Hace mucho tiempo. Tenía diez años y estaba enferma.

Al decir esto parece desinflarse un poco. Se desinfla como un globo; sus palabras suenan crudas, como si no tuviera práctica pronunciándolas.

—Sé que no es lo mismo, no es lo mismo —continúa—. Pero significa que sé cómo es el duelo cuando tiene oportunidad de envejecer. Mi familia tuvo mucho tiempo para averiguar cómo sería la vida sin ella, cómo hacerlo.

—¿Cómo lo hicieron?

—Mal —dice con una mueca—. Destrozó a mis padres. Los convirtió en personas distintas. Klara mantenía unida a la familia de un modo que no habíamos notado.

—¿Cómo era tu hermana Klara?

Respira profundo.

—Era graciosa. Terca. Un día, cuando tenía unos ocho años, se enojó conmigo por no dejarla jugar con mis amigos, así que le limó el tacón a mi zapato. Sólo al izquierdo. Un poco cada día durante un mes. Pensé que enloquecía, o que tenía alguna enfermedad porque una de mis piernas era más corta que la otra. No creo que muchas niñas de ocho años tengan esa clase de paciencia, o esa clase de, no sé, *astucia*.

—¿Eran muy cercanos?

Niega con la cabeza.

—En realidad no. Yo creía que era inmadura, pero supongo que también creímos que seríamos mejores amigos más adelante. En vez de eso enfermó.

—Ay, Josef. Lo siento.

Sin pensarlo, pongo mi mano en su antebrazo. Él baja la mirada y no aparta el brazo. Se apoya. Es casi imperceptible, pero lo hace. Siento cómo los tendones y músculos de su antebrazo se tensan bajo su manga cuando vuelve a echar a andar los caballos. Pasa ambas riendas a su mano izquierda con un movimiento lento y deja la derecha sobre su regazo con la palma abierta hacia arriba. Despacio, bajo la mano por su brazo y entrelazo mis dedos con los suyos. Este intercambio toma una eternidad, minutos enteros. Sólo cuando suelta una pequeña exhalación tengo la certeza de que esto es lo que él quería que hiciera, y sólo cuando dobla sus dedos sobre los míos, agradecido, como si estuviera hambriento, como si yo representara el concepto de seguridad, me doy cuenta de que temía que no lo hiciera. Sus dedos están más fríos que los míos y se sienten sólidos y reales.

—Josef —digo en voz baja—. ¿Qué tal si mi hermano está muerto? Pero *¿qué tal si no*? No estoy lista para darme por vencida. ¿Crees que eso es estúpido?

Suspira.

—No lo sé. No soy la persona adecuada para contestar preguntas sobre cosas estúpidas. Empiezo peleas con tipos más grandes que yo, ¿recuerdas?

—Yo subo a trenes y atravieso países —digo.

—Eso no es estúpido, es valiente.

Esa palabra me sorprende, no es una palabra que yo elegiría para describirme a mí misma. Las cosas que he hecho no se caracterizan por su valentía sino por necesidad.

—Creo que sólo hago lo que cualquiera haría para encontrar a su familia —digo—. ¿Tú no harías lo mismo si tu hermana siguiera con vida? O tus padres.

Su mano se tensa en la mía. Josef se retuerce, incómodo.

—Creo que *siguen* con vida.

Me quedo boquiabierta.

—¿De verdad?

—Hasta donde sé. Eso creo. Pero podemos hablar de otra cosa.

Su cara se convierte en una máscara, es la misma expresión evasiva que vi cuando ofrecí reparar su camisa. Se cierra.

Esta revelación sobre sus padres me resulta incomprensible. ¿Cómo puede tener familiares vivos y no hacer lo que hago yo o lo que hace Miriam; es decir, dedicar todas las horas posibles a encontrarlos?

—Pero los buscas, ¿no? —pregunto—. ¿Sigues buscándolos, Josef?

En vez de responder, Josef tose y suelta mi mano de forma abrupta para cubrirse la boca. Su voz suena forzada, como superficial. Cuando termina, toma las riendas con ambas manos y se aparta de mí. Ahora hay un espacio de aire frío junto a mi muslo.

—No quise ser entrometida —digo—. Sólo me preguntaba por tus padres.

—No es eso —responde—. Es que es tarde. Estuvimos en casa de los Wölflin más tiempo del que debíamos. Creo que debo concentrarme en los caballos.

—Oh. Está bien.

Nada de lo que dice es grosero, ni siquiera descortés, pero suena distante; una voz que podría medirse en kilómetros. No sé qué dije o hice, pero he vuelto a convertirme en una extraña para él.

Es tarde cuando llegamos a Foehrenwald; la mayoría de las chozas ya están a oscuras. Pasamos junto a unos cuantos vehículos de color caqui de aspecto oficial que están estacionados junto a la entrada del campo. No estaban ahí cuando salimos; deben ser los vehículos descompuestos que la señora Yost mencionó antes, ya reparados.

Dejo a Josef en los establos y regreso a mi choza. Cuando me acerco, veo que es una de las pocas que todavía están iluminadas; la luz de la linterna se filtra por las cortinas de mi cuarto. Vacilo, pensando si debo esperar afuera hasta que las luces se apaguen. Preferiría no hablar con nadie ahora, sólo quiero dejarme caer en mi

cama, hacerme un ovillo y dormir.

Atravieso el cuarto delantero de puntitas, donde Judith y Miriam duermen, y espero que la luz de nuestro cuarto esté encendida por accidente. O tal vez Breine y Esther la dejaron encendida para que no tuviera que andar a tientas al regresar. Pero al poner la mano en el pomo de la puerta escucho un roce de madera y una risa estridente; mis compañeras están despiertas ahí adentro.

Abro la puerta y parpadeo un poco ante lo que veo: Breine tiene puesto su vestido de bodas, está de pie sobre una silla para poder verse de cuerpo entero en el espejo de la pared. Esther, de pie sobre la cama detrás de Breine, sostiene un pañuelo para imitar el velo. Ambas ríen a carcajadas.

—Es… es espantoso —dice Breine con voz ahogada y se limpia una lágrima del ojo.

—Shhhhhhh.

—Es espantoso —susurra Breine y lanza el pañuelo-velo en broma a la cabeza de Esther.

El vestido le queda a Breine como pensé que le quedaría; es decir, nada bien. El entallado del corsé, que debería dar definición al busto, no se detiene en sus pezones, sino a mitad de su torso, lo que provoca que su cintura se destaque con prominencia. El escote es demasiado elevado, la cintura demasiado baja, y la bastilla termina en la parte menos halagadora de sus pantorrillas.

—No está tan mal —dice Esther con lealtad; toma un puñado de tela y lo mueve a un lado y luego a otro en una búsqueda inútil de un corte más atractivo—. Luces hermosa.

—Es… ¿Por qué pensé en casarme vestida con esto?

—Todavía puedes —dice Esther con optimismo, pero titubea cuando Breine le dirige la mirada—. Ay, Breine, ¿por qué no te probaste el vestido cuando lo encontraste?

—No pensé que fuera importante. Me dije a mí misma que cualquier cosa que no oliera a estiércol estaría bien.

Cuando cierro la puerta detrás de mí, Breine y Esther notan mi presencia.

—Zofia, ven a ver este horror —dice Breine. Pero en cuanto me hace señas con la mano, una sarta de cuentas se desprende de la manga, sale volando y se enreda en la lámpara. Esther y Breine se miran entre sí en el espejo. Esther mantiene una expresión seria durante dos segundos, pero el sonido de las cuentas repiqueteando contra la lámpara de cristal hace que rían sin control.

—Anda, baja de ahí —dice Esther, y le tiende la mano a Breine—. Vamos a quitarte el vestido antes de que mate a alguien.

—Vamos a quitarme el vestido y *matarlo* —dice Breine.

—¡Esperen! —exclamo. Ambas me miran, congeladas en un

cuadro extraño con Breine a media silla—. ¿Les importa si echo un vistazo? —pregunto en voz baja.

—¿Al vestido? No me importa si lo quemas.

—¿Puedes volver a subir a la silla, por favor?

Breine intercambia una mirada con Esther. Mi petición les resulta extraña, pero Breine, obediente, sube a la silla.

Primero camino a su alrededor, observando dónde el vestido está demasiado holgado y dónde demasiado ajustado; dónde están disparejas las puntadas, y qué tanto podría deshacer sin tener que rehacer toda la prenda. Ellas ven un vestido que no tiene remedio; yo veo un vestido que necesita ayuda. El tipo de ayuda que yo sé dar… o, al menos, que alguna vez supe dar.

Al terminar la vuelta completa, me acerco más y siento la tela entre el pulgar y el índice; examino el grosor de la seda y me pregunto qué tamaño de aguja necesitaría para una tela así de delicada. Pliego la seda entre mis dedos para saber cómo se vería con un arreglo distinto; es lo mismo que hizo Esther, pero con mejores resultados porque yo tengo práctica con esto y ella no.

Los vestidos son distintos de los uniformes militares. Hace mucho que no trabajaba en una prenda tan hermosa.

Breine y Esther ya no ríen. Se miran y luego me miran a mí con una expresión a medio camino entre la sorpresa y la admiración. Me doy cuenta de que, durante el corto tiempo que llevan de conocerme, no han visto cómo trabajo en algo para lo que tengo talento. Ni en realidad nada de lo que me hace ser yo.

Añadir una faja podría ayudar a arreglar la cintura. La anterior propietaria del vestido tenía una cintura mucho más gruesa que la de Breine. Ajustar el vestido al talle de Breine requeriría arrancar casi todas las puntadas, pero no creo que la tela soporte eso. Si hago una faja puedo ajustarlo sin coser demasiado.

A continuación, paso a la parte inferior del vestido y volteo la bastilla para ver si hay tela de sobra que pueda usar para elaborar la faja. Sí hay. Y habría aún más tela extra si levantara la bastilla unos centímetros, lo cual también le daría al vestido un aspecto más juvenil, más apropiado para una mujer de veintidós años como Breine. Quisiera tener una máquina de coser. Pero tal vez el trabajo quede mejor a mano. Quisiera al menos tener el juego de agujas de Baba Rose y un carrete de hilo de seda amarillo.

Aun así, mis dedos se sienten vivos de nuevo, como cuando rebuscaban en la caja de donaciones. Siento que tengo un propósito. Hay un problema que necesita solución y, por una vez, sé cómo resolverlo.

—Podría arreglar esto —digo.

—¿De verdad? —pregunta Breine.

—La tela es demasiado frágil como para rehacer el vestido por completo, pero podría alzar la bastilla y hacer algo para arreglar la cintura. Y tal vez arreglar el escote y reacomodar algunas de las cuentas para que se vea un poco más moderno.

—¿Sabes hacer todo eso?

—Sí. Teníamos una fábrica de ropa.

—Nunca dijiste que era de ropa —dice Breine—. Mi madre me enseñó a pegar botones y eso es todo lo que sé hacer. Decía que las sirvientas harían el resto.

—Yo ni siquiera sé hacer eso —dice Esther—. Mi padre quería que trabajara con él en su periódico. Decía que los editores no necesitan habilidades domésticas.

—Hacíamos trabajos más elegantes para clientes privados, a veces a mano —digo—. Hace mucho que no hago algo como esto.

—¿Pero lo has hecho antes? —pregunta Breine.

Asiento.

—Si confías en mí, puedo tratar de arreglarlo. Al menos puedo mejorarlo.

—Ay, Zofia. De verdad, si puedes lograr que mi aspecto sea el de una mujer con dos senos y no cuatro, te amaré por siempre.

Esther me da un lápiz para que pueda hacer marcas, y luego entre las dos ayudamos a que Breine se quite el vestido. Ella trata de mantenerse inmóvil con los brazos en alto, algo complicado porque la tela es vieja y difícil de manejar. Breine ríe cada vez que una cuenta cae al piso y luego se disculpa, pero entonces Esther empieza a reír y yo también.

—¿Saben qué? No importa —digo—. De todos modos vamos a quitarle casi todas las cuentas.

—¿De verdad? ¿Quitarle las cuentas?

—De verdad. No le hacen ningún favor al vestido, ni a ti.

—¡Sean libres, cuentas! —exclama Breine, y menea los hombros hasta que una docena de cuentas se desprende a la vez y reímos de nuevo.

Deben ser las dos o tres de la madrugada cuando por fin apagamos la lámpara. Me hundo en la cama y esta almohada nunca se ha sentido tan suave.

Después pienso en todo. En Hannelore y en Inge. En Josef y su hermana. En la conversación que tuvimos de camino a casa sobre esperanza, finales felices y finales tristes. Y en Abek, siempre en Abek, y en todas las veces que he soñado con él.

Me gustaría que esos sueños fueran mejores historias. Historias más felices sobre últimos momentos. El problema es que mis últimos momentos son tristes en esencia: la última vez que vi a mi hermano. La última vez que mi familia estuvo junta. La última vez que mi

ciudad fue Sosnowiec y no Sosnowitz.

Supongo que existen historias sobre últimos momentos de cosas *malas*. El último uniforme alemán que tuve que ayudar a confeccionar. La última noche que tuve que dormir en la barraca helada, antes de que el Ejército Rojo nos liberara. La última vez que comí una papa cruda con las manos y que estaba tan hambrienta que casi la tragué completa. ¿Esas historias cuentan como últimos momentos felices? La ausencia de dolor no es lo mismo que la presencia de felicidad.

¿Y si lo que creo que significa últimos momentos no lo son en realidad? Algunos permanecen inconclusos. Cuando encuentre a Abek, nuestra separación ya no será “la última vez que lo vi”, sino “la última vez que lo vi antes de la guerra”.

Pienso en todo eso mientras Breine y Esther dejan de reír en la oscuridad y, por fin, me quedo dormida.

Pero también pienso en un vestido. Un vestido, una cinta métrica y alfileres que me dejan marcas en el dedo índice, así como la metódica labor de reparar una prenda. Dormir pensando en un vestido se siente como un fresco bálsamo para mi cerebro.

Su cara vuelve a aparecer ante mí, borrosa. Su voz suena muy triste. Esta vez no estamos en un recuerdo que pueda identificar. Estamos sentados juntos en un espacio oscuro que podría ser mi habitación, la oficina de mi padre, o sólo un espacio oscuro. Y esta vez, de alguna manera, desde el principio estoy consciente de que es un sueño. Mientras todo sucede, sé que es un sueño.

—¿Ya es hora? —pregunta él—. ¿Es hora de pensar en la última vez que me viste?

—Lo intento —digo—. Lo intento.

—Te acercas —dice él—. Estás acercándote, así que por favor prométeme algo, Zofia. Dame una garantía: ésta será la última vez que mientas sobre la última vez que me viste.

—¿Cómo puede ser mentira si no sé cuál es la verdad? —pregunto—. La ausencia de verdad no es la presencia de una mentira. Estoy intentando. Estoy intentando. Estoy intentando.

Ń

La gente de Feldafing llega dos semanas después. Por eso había autos cerca del campo cuando Josef y yo volvimos: era el primer grupo de personas transferidas. En los siguientes días, los autos y algunos camiones llegaban y partían del campo para traer a cientos de nuevos desplazados.

En nuestra choza, el cuarto delantero quedó acondicionado para poner una tercera cama junto al fregadero. La ocupa una joven austriaca que siempre se quita los zapatos al entrar. Camina en silencio, más que cualquier otra persona que haya visto. Alguien me contó que ella pasó la guerra escondida en el espacio bajo el piso de un vecino. Durante tres años no vio la luz del sol ni pudo estar erguida. Ahora tiene la espalda encorvada, como una anciana, y su voz es un murmullo. Le dejé un par de medias bajo la almohada porque recordé cómo Breine se había asegurado de compartir el tapete conmigo en mi primera noche aquí, dijo que todas pasábamos por esto juntas. Ya no soy la nueva.

Josef volvió a irse. Lo vi salir del campo dos días después de regresar del Kloster Indersdorf, esta vez en auto con un empleado varón. Esa noche durante la cena, Chaim mencionó que Josef se había ofrecido como voluntario para ayudar en algo cerca de la frontera de la Alemania que los británicos ocupaban. Pero no dio detalles, y estaba muy dolida como para pedir más información porque Josef partió sin decírmelo.

El campo es cada vez más ordenado. Una noche durante la cena, la señora Yost anunció que usarían una habitación desocupada para hacer una biblioteca, un lugar para guardar todos los libros que recibimos como donaciones. Después dijo que las líneas telefónicas funcionaban de nuevo. De manera intermitente, explicó, pero en teoría ya funcionaban.

Podemos formarnos a diario por un par de horas en una fila que sale de su oficina y serpentea por el pasillo. Ahí esperamos para poder llamar a un ser querido o a una organización de ayuda, o para preguntar por un departamento. Hablamos rápido y procuramos no perder mucho tiempo con parloteos porque queremos terminar con nuestros asuntos antes de que la línea vuelva a cortarse.

—¿Señorita Lederman? —dice la voz difusa al otro lado de la línea telefónica.

—¡Sí! —le grito por el aparato al empleado del Comité Judío Estadounidense para la Distribución Conjunta—. ¡Aquí estoy! ¿Puede oírme?

—Espere un momento; lo que dije es que estaba a punto de revisar los archivos —desaparece y, en su ausencia, el teléfono empieza a crepitar, lo cual suele ser señal de que está a punto de cortarse. *Vuelve, vuelve,* ruego en silencio.

Suena un repiqueteo cuando el empleado vuelve a tomar el teléfono.

—¿Señorita Lederman? Aquí tengo su carta. Por desgracia no tenemos ningún registro de un Abek Lederman.

Cierro los ojos y trato de amortiguar el parloteo que llega desde la fila al otro lado de la puerta.

—¿Qué hay de Alek Federman? ¿También revisaron ese nombre?

—Tampoco aparece. Lo lamento.

—También llamé para añadir algo —digo rápido antes de que cuelgue—. Es posible que haya estado en el Kloster Indersdorf después de la liberación, sólo por unos días. ¿Puede añadir eso?

—Podemos añadir eso al expediente.

Escucho el débil sonido de una pluma, así que sé que está haciéndolo.

—Le sugerimos que lo intente de nuevo en unas semanas —dice al terminar—. Cada día tenemos noticias de más gente.

Mientras me preparo para colgar, escucho un golpe en la puerta que está a mis espaldas: es la siguiente persona que espera para usar el teléfono. *Saldré pronto*, murmuro. Pero entonces me doy cuenta de que no es cualquiera, es Miriam. Tiene la cara pálida como una sábana.

—¿Miriam?

—Mi hermana —susurra, con una mezcla de estupor y euforia—. Creo que encontré el hospital correcto.

—Encontraste… ¡Ay, Miriam, eso es maravilloso!

—¿Puedo usarlo cuando termines? —extiende la mano hacia el teléfono—. Afuera dijeron que podía saltarme la fila.

—¡Sí, sí, por supuesto! —exclamo—. ¡Colgaré ahora mismo! —tomo su mano extendida. Ella toma la mía y la sacude, emocionada.

—¡Mi hermana! —dice de nuevo, sujeta mi mano con las dos suyas, y saltamos.

—*¿Señorita Lederman?* —la voz metálica y distante del empleado en Berlín me recuerda que todavía tengo el teléfono pegado a la oreja —. ¿Sigue ahí, señorita Lederman?

—Sigo aquí, sigo aquí —le aseguro—. Intentaré llamar la próxima semana tal como dice. Gracias.

Cuelgo y le paso el teléfono a Miriam. Ella respira profundo para calmarse antes de tomar el aparato y se alisa el cabello rojo. El dedo

índice le tiembla al empezar a marcar. Pienso en quedarme, pero entonces recuerdo que cuando volví a Sosnowiec quería que mi reunión con Abek fuera privada. Miriam me dirige una última mirada de terror y felicidad mientras alguien toma el teléfono al otro lado de la línea.

—Buena suerte —susurro, y salgo por la puerta.

Salgo de la oficina de la señora Yost, pero no salgo del edificio. Decido caminar por el pasillo hasta la sala vacía que pronto será una biblioteca. Lo que de verdad me encantaría es una revista de modas, gruesa, con anuncios de tiendas de ropa para mujer, y así tener ideas para el vestido de Breine, o al menos confirmar que mis ideas no están tan pasadas de moda. Hace cinco años que no uso un vestido nuevo. Hace aún más tiempo que no pongo un pie en una tienda decente, no desde que los alemanes se apoderaron de nuestra fábrica. Me gustaría sentarme como alguna vez lo hice con mi padre, dar vuelta a las páginas despacio, aprender a predecir tendencias y qué tipos de telas necesitaríamos ordenar más.

Pero la biblioteca aún no está terminada: hay una tela en el piso y el olor acre de la pintura fresca se aferra a las paredes. Hay cajas, supongo que llenas de libros, apiladas a mitad de la sala, pero siento que no debo abrirlas.

Salgo y escucho pisadas; es Breine, que corre hacia mí.

—¡Ahí estás! —dice, y me toma de las manos. Todavía tiene tierra bajo las uñas; no se las ha lavado—. Tengo buenas noticias. El tren de mi tío no ha tenido tantos retrasos como pensábamos. Acabo de recibir un telegrama: ¡debe llegar mañana!

—¿Mañana?

—¿No es increíble? ¡Me caso en pocos días!

—Breine, tu vestido —digo, presa del pánico—. Todavía no he avanzado mucho. Apenas iba a buscar una revista para sacar ideas y me faltan horas de trabajo.

—Sé que has estado ocupada.

Y sí que he estado ocupada, pero ésa no es la única razón de mi retraso. Las pocas veces que me he sentado a trabajar con el vestido he sentido que mis manos se vuelven de madera. Creo que una parte de mí no quiere hacerlo. Coser un vestido es seguir adelante con mi vida. Coser un vestido sería sanar, por eso las enfermeras intentaron darme hilo y aguja cuando estaba en mi cama de hospital. Coser un vestido sería una traición. *¿No es así? ¿Debo permitirme seguir adelante antes de encontrar a mi hermano?*

—Empezaré de nuevo ahora mismo —le digo.

—No tienes que ir ahora. Primero come algo.

—No, no quiero postergarlo más; también quería buscar una

mejor aguja.

—Pediremos una a las otras chicas en la cena —insiste y me arrastra hacia la puerta—. No importa lo buena que seas, apuesto a que después agradeceré no haberte dejado coser con el estómago vacío.

En el comedor, nuestro rincón habitual se ve distinto; en lugar de una mesa pequeña, hay varias mesas juntas con doce o catorce personas sentadas codo con codo.

—Noche de reunión —dice Breine, a manera de disculpa—. Lo olvidé; lo siento. Tendrás que soportar que hablemos unos minutos al principio.

Reconozco un poco los rostros de algunos recién llegados: la gente rubicunda de aspecto saludable que trabaja todos los días con Breine y Chaim en los campos. Ravid, el compañero de choza de Chaim, un hombre fuerte y bronceado, está de pie al frente y golpea la mesa con su vaso de agua para llamar la atención de todos.

—No quiero abusar —le susurro a Breine cuando nos acercamos. La mesa está llena; Chaim le reservó un lugar a Breine, pero no hay uno donde yo pueda sentarme sin obligar a otros a moverse.

—De verdad, a nadie le molestará.

Breine se acomoda en el lugar que le reservó Chaim, y le da un codazo juguetón al hombre de al lado, que se recorre para hacerme espacio. Ravid levanta una ceja al ver la interrupción de Breine; el chirrido de la silla, el repiqueteo de los cubiertos cuando Breine le pasa tenedor y cuchara al hombre que acaba de moverse.

—¿Creen que pueda continuar? —pregunta Ravid con sequedad. Breine le contesta con una mueca.

—Como decía —continúa Ravid—, estamos casi listos para pasar a la siguiente fase de Aliyah Bet.

Nadie en la mesa parece tan confundido como yo por la frase que Ravid acaba de decir. *Aliyah* significa migrar a Eretz Israel. Eso lo sé, hace seis siglos que significa eso. Pero nunca he oído hablar de *Aliyah Bet*.

—Breine —susurro—. ¿Qué es Aliyah Bet?

Ravid se calla de nuevo y esta vez me mira directo.

—¿Alguna pregunta?

Me pongo roja, pero su tono no sonó enojado, sólo firme.

—No conozco esa frase —admito.

—¿Sabes de las cuotas británicas de inmigración a Palestina? —pregunta, y empieza una explicación—. Las pocas personas que pueden ir allá de manera legal forman parte de Aliyah Aleph. El Plan A. Sin embargo, Aliyah Bet no está permitido por las leyes. Es el Plan B.

—¿Entrar de forma ilegal? —pregunto.

—El Plan *B* —me corrige Breine. Me asombra que ella vaya a ser parte de esto. Antes de la guerra no sabía trabajar la tierra. Me confesó que su padre era el presidente de una compañía de seguros. Me contó que ella pasaba sus días aprendiendo a dirigir un hogar, contratar buenos sirvientes y servir una buena mesa. Un vestido diferente para cada día de la semana. Un sombrero y unos guantes diferentes para cada vestido.

—¿Qué pasa si los detienen? —pregunto—. Es ilegal; ¿qué pasa si los atrapan?

—Hemos escuchado que si detienen los barcos, llevarán a los pasajeros a un campo de refugiados —dice Ravid—. Pero de todos modos, ya estamos en un campo de refugiados.

—¿Quieres venir con nosotros, Zofia? —me tienta Breine.

—¿Ir con ustedes? Yo voy a casa.

—Todos vamos a casa —dice ella—. Sólo que es una nueva casa.

—Voy a mi casa en Polonia —digo con firmeza—. Ése era el hogar de Abek y también el mío. Cuando encuentre a mi hermano lo será de nuevo —me retiro de mi asiento—. Y ahora voy a trabajar en tu vestido.

O

Después de una hora infructuosa en nuestra choza tratando de arreglar el vestido de Breine, por fin decido que no hay una superficie plana lo bastante grande para el proyecto y termino cargando el bulto amarillo al comedor. Para entonces, la mayoría de las mesas están vacías, excepto las de los voluntarios de limpieza. Extiendo el vestido sobre una mesa limpia. Aliso la seda con la palma de la mano, tomo asiento y, una vez más, evalúo el material que tengo para trabajar.

Frente a mí: un juego de costura improvisado con todo lo que pude reunir después de preguntar por todo el campo. No fue difícil encontrar hilo, pero sí encontrarlo del color adecuado; los dos mejores candidatos son uno más naranja que la tela del vestido y uno muy blanco. También tengo una cinta métrica desgastada, una colección de agujas que necesitan afilarse, puñados de botones sueltos y algunos alfileres reunidos en un plato para mantequilla. Nada se ve nuevo, lo cual significa que todo lo que tengo delante estuvo escondido en los campos o fue rescatado poco después. Oculto en bolsillos, metido en colchones de paja. Pequeños actos de rebeldía: tener un botón inútil sin que los nazis lo supieran, sostener un carrete de hilo en mitad de una noche helada. Sin embargo, ahora las mujeres me daban todo eso de buena gana.

Por lo general, pondría un trozo de muselina detrás de la seda para que ésta no resista el corte de las tijeras. Pero no tengo nada de eso, así que he reunido un montón de periódicos. Recuerdo que mi madre usó el mismo truco algunas veces cuando probaba un diseño experimental y no quería desperdiciar materiales caros, pero yo nunca lo he hecho. Me preocupa que la tinta del periódico manche el material pálido y delicado.

Tengo las manos ásperas y partidas igual a como las he tenido durante años, pero ahora, sentada con el vestido, me sorprendo al ver que no están encallecidas. No en los lugares donde antes lo estaban.

Baba Rose nunca me dejaba usar dedales. Decía que afectaban la precisión y que no se puede lograr un bordado detallado con dedal. Bajo su supervisión, mi dedo índice se peló y se ensangrentó, y luego se fortaleció tanto que casi no sentía la punzada al empujar una aguja para atravesar la lana más gruesa. Pero ya no tengo manos de costurera; mi índice ya no está más ni menos maltrecho que cualquier otra parte de mi cuerpo.

—Breine dijo que necesitabas un par de tijeras.

Levanto la mirada. Es Josef, de pie a poca distancia.

Tiene la camisa abierta en el cuello y el hueco de su garganta atrae mi atención de una manera que no me gusta. Ahora que está de pie ante mí, me doy cuenta de que, aun si él hubiera estado aquí durante las últimas semanas, no habría sabido qué decirle. No sé por qué continúa tan alejado, pero sé que me cansa y me hace sentir avergonzada.

—¿Tijeras? —dice de nuevo, y ahora veo que tiene un par en la mano.

—Volviste —digo.

—Esta mañana.

—Espero que hayas tenido un buen viaje —digo con rigidez; no me permito decir nada más, sobre todo nada que pueda revelar lo mucho que he notado su ausencia—. Y ya tengo tijeras normales. Buscaba unas tijeras dentadas.

—¿Cómo son ésas?

—Tienen un borde dentado que evita que la seda se deshilache.

—Ah —dice—. Ella no especificó eso —veo más de cerca las tijeras que tiene en la mano, son plateadas con cuchillas estrechas y afiladas—. Éstas son para las melenas de los caballos, las uso cuando se enredan. Las lavé. Pero no creo que sean lo que buscas.

—Déjame ver —tomo las tijeras, paso un dedo por el filo y las sopeso en mi mano—. Están más afiladas que las que tengo. Las usaré si no tienes problema.

—Claro. Las traje para ti.

Pero no se va. Se sienta ante la mesa a una respetuosa distancia, pero en la silla que está junto a mí. Trato de ignorarlo mientras empiezo a trabajar. Primero uso un pequeño cuchillo de cocina para arrancar las puntadas de la bastilla. Es un movimiento delicado y tedioso, y me aterra meter la pata, así que lo hago despacio con la nariz a pocos centímetros de la tela. Por el rabillo del ojo veo que Josef se levanta, pero vuelve a los pocos minutos. Trajo una lámpara, para darme más luz.

Luego siento que me observa. No mira mi cara sino mis manos, lo cual, por alguna razón, se siente más personal.

Al principio, las tijeras que me prestó son difíciles de manejar. Las cuchillas no tienen ángulo, de modo que no puedo cortar la tela directo a lo largo de la mesa como lo haría de manera habitual; esto hace que sea más difícil hacer una línea recta. De haber sabido que Josef iba a mirarme, habría usado una regla y un lápiz para marcar el corte. Pero aun así corto alrededor de la circunferencia del vestido hasta donde marqué a la altura de las piernas de Breine. Retiro tela para hacer la faja y parchar cualquier parte del vestido que esté manchada o raída. Ahora que el vestido está más corto, es momento

de rehacer la bastilla. Josef me da un alfiler antes de que pueda buscar uno. Luego me da otro y luego otro más. Mis manos trabajan con seguridad en la seda; recuerdo lo que se siente tocar algo caro, lo que se siente hacer algo para lo que soy hábil, algo que he hecho cien veces.

Mientras trabajo, las demás mesas del comedor empiezan a llenarse de nuevo: juegos de naipes, personas que escriben cartas y gente que sólo quiere estar fuera de sus apretadas chozas un rato. El silencio de fondo se convierte en un murmullo bajo y amigable.

Cuando Josef me pasa el siguiente alfiler, nuestras manos se rozan. Le lanzo una mirada furtiva para ver si lo hizo a propósito, porque yo sí: extiendo demasiado el brazo, de modo que, en vez de cerrarse sobre el alfiler, mis dedos se cierran sobre sus nudillos angulosos. Pero en cuanto hago eso, Josef retira la mano. Después, mientras me sonrojo de vergüenza, él pone el plato a mi alcance para no tener que darme nada en la mano.

—¿Supiste lo de Miriam? —pregunta en voz baja.

Con la cara aún ardiente por su sutil rechazo, asiento.

—La vi en la oficina de la señora Yost. ¿Encontró el hospital? Es una noticia maravillosa.

Pero Josef niega con la cabeza con expresión sombría. *No*, es lo que quiere decir. No, eso no fue lo que pasó.

—Josef, ¿qué pasó con Miriam? ¿No encontró a su hermana?

Él traga saliva.

—Encontró a su hermana pero era demasiado tarde.

La tela tiembla en mi mano.

—¿Cómo que demasiado tarde? ¿Su hermana está… *muerta*?

—Se enteró esta tarde.

—Pero esta tarde fue cuando la vi. Quería hacer una llamada —me interrumpo al darme cuenta: cuando la vi estaba a punto de llamar al hospital correcto. Unos cuantos minutos la separaban de recibir la peor noticia de su vida.

La seda amarilla flota ante mis ojos, borrosa, sin sentido. Miriam y sus cartas; sus cientos y cientos de cartas. Miriam y la esperanza en su rostro cuando se asomó a la oficina de la señora Yost hace sólo unas horas. ¿Debí ofrecerme a acompañarla mientras hacía la llamada? En vez de eso tuvo que recibir la noticia sola.

—Pero su hermana seguía con vida —protesto—. Estaba viva *después* de la guerra. La llevaron a un hospital.

—Estaba muy enferma —dice Josef—. Sucedió unas semanas después de la liberación. No pudo mejorar.

—Pero aun así, Miriam pudo haber tenido unas *semanas*. Unas semanas extras con una persona representan toda una vida.

—Lo sé.

—Y la única razón por la que no pudo tener eso fue un error burocrático, le dijeron el hospital equivocado.

—Lo *sé* —repite Josef.

Estoy llena de furia y angustia. Ella sobrevivió a la guerra. La hermana de Miriam sobrevivió a la tortura, seguía con vida, la rescataron, y aun así murió. Mientras tanto, Miriam estaba sentada en nuestra choza escribiendo cientos de cartas.

—Como sea, no sabía si alguien te lo había dicho —prosigue Josef —. Y pensé que querrías saberlo. Estará fuera de tu choza durante unos días; pidió a los administradores un cuarto privado en la enfermería para poder llevar su duelo a solas.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras correctas. En vez de hablar, me concentro en pasar los alfileres y luego la aguja por la tela, puntada a puntada. Es una cosa que sé cómo arreglar, una cosa rota que puedo reparar. Diminuta, incluso gradual. Me concentro en mi trabajo y mantengo mi cerebro en su lugar; es algo que he podido mejorar durante las últimas semanas, algo que la costura me ayuda a hacer. Es fácil mantenerme en la realidad cuando estoy anclada por lo tangible de la tela.

—Eres muy buena en tu trabajo —susurra al fin Josef, y se levanta de la mesa.

—No tienes que irte.

—No quiero molestarte.

—Pero acabo de invitarte a quedarte —protesto.

—Sé que sólo tienes hasta mañana para terminar el vestido de Breine.

—Josef, ésas son estupideces —dejo mi trabajo y lo fulmino con la mirada, impulsada por la ira que sentí al enterarme de lo que sucedió con la hermana de Miriam y las injusticias que sufrimos día tras día—. Si quieres irte, debes irte. Bien. Pero no puedes decirme que *yo* necesito que te vayas cuando acabo de pedirte que te quedes. No puedes tomar mi mano en la carreta y contarme sobre tu familia y después ignorarme. No es justo. No sé si te gusto o no, o si quieres ser mi amigo, o si quieres ser algo… no sé cómo te sientes en absoluto.

Él está muy quieto.

—No es tan simple.

—Tampoco es tan complicado —me duele la nuca por estar agachada sobre la mesa. Olvidé que Baba Rose hacía que todos se pusieran de pie y se estiraran cada quince minutos. Me sobo el cuello, molesta.

—Zofia —dice, suplicante.

—Josef.

Mi voz suena tensa, pero ni siquiera sé qué pido, qué quiero de él. Si dijera ahora mismo que le gusto, ¿querría eso? ¿Y qué significaría?

¿Querría algo como lo que Breine recibió? ¿Una propuesta de matrimonio de una persona que apenas conozco?

Estoy segura de que no. No desearía un vestido de bodas, no estaría en mi mente volver a Sosnowiec con otro extraño tal como hice con Dima. Sin embargo, cuando tocaba la mano de Dima siempre sentía más gratitud que deseo. Nunca quise alzar la cara hacia Dima y quedarme así un momento con la esperanza de que se apoyara poco a poco en mí.

—¿Qué es lo que no es simple, Josef? Si no te gusto, sólo necesitas decirlo.

Josef abre la boca y noto el conflicto en su cara.

—Sería más fácil si no me gustaras; pero sí me gustas, y…

—¿De qué hablas? —empiezo a decir, pero algo me interrumpe.

Detrás de Josef se escucha un ruido. La pesada puerta del comedor está abierta y la persona responsable ha tirado algo. Parece un costal o una funda de almohada medio llena, sólo puedo ver el contorno. Algunas personas levantan la mirada durante un instante y luego vuelven a sus juegos de naipes, pero Josef se queda mirando con ostentosa preocupación. *Está actuando*. Sólo quiere una excusa para dejar la conversación.

El recién llegado vuelve a meter sus pertenencias en la bolsa, pero se queda cerca de la puerta escudriñando el comedor. Debe ser un rezagado de Feldafing que no alcanzó el último auto.

Un voluntario se le acerca y le pregunta si puede ayudarle. Ahora que el recién llegado está bien atendido pienso que Josef volverá a mirarme a la cara, pero finge un profundo interés en lo que ocurre junto a la puerta. Frustrada, intento concentrarme en el vestido de Breine. Me digo a mí misma que esa falta de respuesta es, en sí misma, una respuesta.

—Lo lamento mucho, pero sólo tenemos lugares para adultos y familiares —le dice el voluntario al recién llegado. Un niño, puedo ver que es un niño por la manera en que se cuelga la bolsa al hombro—. Por supuesto que puedes quedarte esta noche, pero mañana tendremos que buscar a la directora del campo y hallar la mejor manera de reubicarte en uno de los hogares para gente de tu edad. El más cercano está a menos de un día en carreta, además tenemos…

—Acabo de llegar de allá —lo interrumpe el niño.

—¿Dijeron que estaba lleno? —pregunta el voluntario con irritación—. Saben que no deben hacer eso.

El niño niega con la cabeza. Busca en su bolsa y saca un papel doblado.

—Ahí había una carta para mí —lleva el dedo a la parte inferior de la hoja y señala donde debe estar la firma—. Estoy aquí para encontrar a *ella*.

Me pongo de pie sin siquiera darme cuenta. Suelto los alfileres sin darme cuenta. El vestido de Breine se adhiere a mi falda por la estática; al moverme lo tiro de la mesa junto con las tijeras y la cinta métrica.

Siento que estoy en un sueño, porque resulta que nada de lo que ha sucedido en mi vida consciente me ha preparado para lo que siento en este momento.

Las tijeras caen al piso y el niño me mira a los ojos.

—¿Zofia, eres tú? —dice.

—¿Abek? —digo, y mi mundo se acomoda.

Tercera parte

Ó

Foehrenwald, octubre

Mi hermano está vivo. Está vivo y me reconoció. Dijo mi nombre en voz alta.

Otras personas también lo escucharon. Eso es lo segundo que me viene a la mente, y es un pensamiento tan extraño en un momento como éste, que al principio no entiendo por qué lo he formulado.

Porque eso significa que no es tu imaginación, respondo a mi propia pregunta. Si otras personas en el comedor también hablaron con Abek, eso significa que no estoy loca ni veo fantasmas. Los fantasmas son espíritus, mi hermano es de carne y hueso y está vivo.

Abek es más rápido que yo; atraviesa el comedor muy rápido mientras que yo apenas me muevo de la mesa, y rodea mi cintura con los brazos. Así lo hacía, pienso, cuando era demasiado pequeño para alcanzar cualquier otra parte de mí. Ahora ha crecido. Soy más alta que él, pero no por mucho; el suave cabello de su cabeza me llega a la nariz y no a las costillas.

Mis brazos todavía están en mis costados, pero ni siquiera lo noto hasta que Abek susurra algo.

—¿Qué? —pregunto; mi voz suena hueca, como si llegara desde muy lejos.

—De la A a la Z —repite—. Abek y Zofia. De la A a la Z.

Entonces lo abrazo y rompo en llanto.

Estamos de pie en medio del comedor, rodeados de gente. Alguien fue a buscar a la señora Yost; ahora está aquí, llorando. Veo a Esther y a Ravid, y al resto de personas con quienes suelo comer. Después, personas que ni siquiera conozco se acercan a tocar mi cabello, o el de Abek, como si las buenas noticias pudieran absorberse por cercanía.

Nosotros somos la posibilidad, dice su tacto. Todo es posible. Alguien coloca una taza de té en mi mano. Alguien más llega con una lata de carne para Abek, algo que sobró de la cena. Mi hermano sujeta la lata bajo el brazo porque todavía tiene su bolsa en una mano y no le suelto la otra.

Josef. Él estaba aquí. Recorro el comedor con la mirada segura de que está entre la multitud, pero cuando lo veo está parado de perfil; ya está dando la vuelta para salir por la puerta.

—Siéntate. ¿Tienes hambre? Siéntate —le digo a Abek balbuceando, demasiado emocionada como para pensar en Josef—. O quédate de pie si estuviste sentado en una carreta toda la tarde. O tal vez deberíamos ir a algún lugar. Señora Yost, ¿él puede ir conmigo a mi…?

—Por supuesto que sí.

Me ofrezco a cargar su bolsa. Abek no me lo permite y la abraza contra su pecho mientras me sigue entre los felices y envidiosos residentes del campo.

En la choza me doy cuenta de lo incompleta que ha estado mi imaginación. La parte que imaginé mil veces es la que ya terminó: los primeros minutos de nuestro reencuentro, las primeras lágrimas de felicidad.

También imaginé las partes que vendrán mucho después. Visualicé una vida futura, en la que estamos en Sosnowiec, encontramos a nuestros viejos amigos y reconstruimos nuestras vidas.

Lo que no planeé fueron estos minutos intermedios. Los minutos en los que somos extraños con lazos de sangre que no se han hablado en años. Los minutos en los que espero a que mi cerebro se actualice y comprenda que estaré bien.

Mi hermano se detiene cauteloso en la puerta de mi cuarto mientras yo parloteo sólo para llenar el silencio. Le doy información irrelevante sobre la silla que rechina y los pisos fríos; le cuento que una de mis compañeras ronca. Pienso en pedirle de nuevo que deje su bolsa, pero veo cómo se aferra a ella: es el único objeto familiar que reconoce en un mundo de extraños.

Y yo. Ahora yo soy una extraña.

—¿Tienes hambre? —pregunto de nuevo como si no se lo hubiera preguntado hace diez minutos. Él señala con la cabeza la lata que tiene en las manos, aún cerrada, para indicar que si tuviera hambre comería eso.

—Puedo traerte un tenedor —le ofrezco. Niega con la cabeza. No tiene hambre.

Induzco su nerviosismo. Induzco mi nerviosismo. Obligo a mis manos a quedarse quietas. Le indico al fin que se siente en mi cama mientras yo me acomodo frente a él en la de Breine.

Su cara. Siento que hago con su cara lo que hice con los edificios de Sosnowiec: tratar de encontrar sentido a su nuevo aspecto y conciliarlo con lo que recuerdo; sobrepongo al Abek de ahora con el que existe en mi memoria. Los ojos castaños en los que pensé tantas veces. El cabello también castaño, un poco más oscuro de lo que estaba la última vez que lo vi, como el mío que también oscureció con la edad. Y me asombra darme cuenta de que tiene vello facial, veo un

leve bigote sobre su labio superior.

La mayor diferencia, por supuesto, es que ahora es casi un hombre. Me perdí todos los momentos de transición entre el Abek que recuerdo y el que tengo ante mí. Es como si me hubieran dado la primera y última página de un libro y tuviera que inventar toda la historia a partir de eso.

¿Cuál fue su historia? ¿Qué me he perdido? ¿Qué tuvo que vivir solo?

Mientras parloteo, Abek observa el cuarto de la misma manera como yo cuando llegué por vez primera. Sus ojos recorren las camas, el escritorio, la palangana. Pero cuando se encuentra con mis ojos, su mirada es cautelosa y la aparta casi de inmediato. Es tímido conmigo. No puedo culparlo. Debe ser inquietante la voracidad con que lo miro.

Después de un rato que me parece largo, al fin me quedo sin nada que decir y callo. Sólo cuando guardo silencio comprendo por qué me esforcé tanto por llenarlo. Y sólo cuando permito esta quietud comprendo por qué antes no podía mantener la calma: hay cosas que he necesitado decir en los últimos tres años. Los monstruos que he mantenido cautivos, los pensamientos que no he querido examinar. Las disculpas que no he podido dar, y me he odiado por ello.

—Abek —comienzo a decir con incertidumbre porque todos mis discursos ensayados han huido de mi mente—, quiero que sepas que no quería dejarte. Juro que no. Un día llegaron buscando chicas que supieran coser. Pensé que sólo era un trabajo y que volvería al final del día. Pensé que quizá me darían mejor comida, o que estaría más cerca de la zona masculina —bajo de la cama de Breine y me pongo de rodillas ante Abek. La disculpa que sale de mis labios es cruda, sin elegancia. Cada frase se siente como una herida que se abre, un recordatorio de todas las formas, pequeñas y grandes, en que he fallado—. No sabía que nos enviarían a otro lado. De haber sabido que todo eso pasaría, no habría… Te dejé solo. Hice lo que prometí no hacer y te dejé solo. Te abandoné. Lo siento, lo siento, lo siento mucho.

Las lágrimas brotan de mis ojos, y mi voz suena temblorosa.

Cuando llego al final, el horrible final, me obligo a confrontar la siguiente posibilidad: que Abek no quiera perdonarme. ¿Qué tal si no sabía que *me ofrecí* para la tarea que me alejó de él? ¿Qué tal si está enojado porque no encontré la manera de llevarlo conmigo?

Abek mira sus manos y carraspea antes de hablar.

—Está bien, Zofia.

—*No* está bien. Debes haberme buscado en el campo. Debes haberte preguntado por qué no intentaba llevarte comida, o… —se quiebra mi voz—. Debes haber pensado que estaba muerta.

—Está bien —insiste—. Jamás me enteré de que no volviste a

Birkenau. Yo tampoco permanecí ahí durante mucho tiempo.

—¿*Dónde* estabas?

Traga saliva.

—En cinco lugares. No dejé de moverme, pero terminé en Buchenwald. Está aquí, en Alemania. Los estadounidenses liberaron el campo en abril.

—¿Estabas aquí en Alemania? —repito, tratando de procesar eso.

No estaba ahí. Todas esas veces que me odié por partir de Neustadt, o me pregunté si debía tratar de regresar. De todos modos él no estaba ahí. Ya se había ido. No supo que nunca volví.

—Pero ¿qué pasó con el trabajo que te conseguí con el comandante?

Abek baja la mirada.

—No funcionó. Lo transfirieron a otro campo y supongo que pensó que allá encontraría a alguien que le cayera mejor.

Esa frase —alguien que le cayera mejor— es tan infantil que me rompe el corazón. Aún de rodillas frente a él, tomo su mano casi sin poder creer que esa mano esté aquí.

—Abek. ¿Por qué no fuiste a *casa* cuando todo terminó? Estuve en el hospital varios meses, pero volví a Sosnowiec en cuanto pude. Si liberaron Buchenwald en abril, ¿trataste de tomar un tren? ¿Dónde has *estado*?

Abek se encoge un poco ante mis preguntas; las he disparado a gran velocidad sin darle tiempo para responder. No puedo evitarlo, estoy ansiosa de saber todo lo que me he perdido.

—Había una vieja viuda —dice, tratando de responder primero a mi última pregunta—. A las afueras de Buchenwald. Dijo que nos daría hospedaje a cambio de ayuda en la temporada de siembra. Trabajé para Ladna, y los fines de semana hacía el intento de viajar a diferentes campos para buscarte.

—¡Ladna! —exclamo.

Me mira con curiosidad.

—Sí. La anciana se llamaba Ladna.

—Lo sé, pero… Ladna, como en “El remolino” —explico, y espero a que entienda, que recuerde nuestro cuento de hadas favorito. La hija del rey y la reina, tan hermosa que muchos príncipes la cortejaban—. Como en “El remolino” —repito—, donde un enano rapta a la hermosa princesa Ladna el día de su boda.

Abek ríe por un momento y mi corazón se llena de una imposible felicidad al oírlo.

—No creo que *esta* Ladna haya tenido una boda —dice—. Era muy… particular. Era como la señora Schulman.

—¡No puedo creer que recuerdes a la señora Schulman!

Mis padres contrataron a la señora Schulman para que nos diera

clases a Abek y a mí cuando ya no teníamos permitido ir a la escuela. Era estricta, nos hacía repetir las tareas una y otra vez hasta que cumplieran su rigurosa definición de perfección. La odiábamos, pero mamá nos alentaba a ser amables con ella porque no tenía a nadie más.

—Pobre señora Schulman —digo.

—Pobres de *nosotros* —corrige Abek—. Nuestros pobres nudillos. ¿Cómo iba a ser perfecta nuestra caligrafía si siempre teníamos los nudillos lastimados?

—Tal vez, como Ladna en "El remolino", sólo necesitaba que su príncipe con armadura dorada la cortejara. ¿Cómo se llamaba el príncipe del cuento?

—Ay, no recuerdo —dice Abek.

—Se metió a la oreja del gigante y salió por el otro lado, y… ¿Cómo se llamaba, Abek? Oímos ese cuento cien veces. El nombre del príncipe; ¿empezaba con D? Estoy segura de que lo recuerdas.

—De verdad que *no* —dice mi hermano, y se mueve en la cama con semblante incómodo. Su cara adquiere una tonalidad roja. Noto que lo he avergonzado, que se siente mal por no poder recordar. Y no tiene por qué: ni siquiera *yo* lo recuerdo. Sólo quiero más de esa conversación en la que reíamos juntos; pero en mi intento de conseguirlo he convertido la conversación en un interrogatorio.

Abek lanza una mirada fugaz a la puerta, y me preocupa de forma irracional haberlo incomodado tanto como para que se arrepienta de haber venido y decida irse.

De manera instintiva estiro las piernas para poner una barrera en su camino hacia la puerta. *¿Qué hago?* Es un gesto extraño, desesperado, pero es que así me siento. Extraña y desesperada.

—Qué grande estás —digo después de unos minutos—. Ha pasado mucho tiempo. Voy a tener que acostumbrarme al hecho de que ya no eres el hermanito que recuerdo.

Frente a mí, Abek jala un hilo suelto de la colcha que cubre mi cama, yo hago lo mismo en la cama de Breine.

Dejo que otro momento de silencio flote en el aire antes de hablar de nuevo.

—Esto es extraño, ¿no? Es maravilloso, por supuesto, pero también es extraño.

Abek asiente antes de que termine la frase, aliviado de que yo lo haya dicho primero.

—Sí. De verdad no sabía cómo sería. Es un poco extraño.

—No tenemos que resolverlo todo ahora.

—Lo sé.

—Debes estar agotado —digo al notar sus oscuras ojeras—. Dormiré en el piso, y tomaremos prestadas unas…

—No quiero que duermas en el piso —me interrumpe nervioso—. Estoy seguro de que hay chozas para hombres.

—No —protesto—. Es tarde; tendríamos que molestar al personal y despertar gente para conseguirte un cuarto. El piso está bien, o puedo dormir con Breine, o Breine con Esther. Son mis compañeras; estoy sentada en la cama de Breine. Deben estar esperando en algún lugar para darnos privacidad.

Ya estoy parloteando otra vez como cuando entramos al cuarto. Pero ahora no es por los nervios, tampoco porque no quiera perder de vista a mi hermano. Esta noche quiero dormir con pleno conocimiento de dónde está mi familia, y mi familia somos nosotros dos.

—Abek —digo mientras pienso de pronto en algo—. ¿Cómo terminaste en Múnich? Vine aquí porque pensé que a todos los prisioneros de Birkenau los habían enviado a Dachau. Pero Buchenwald… conozco esa ciudad. Está a cientos de kilómetros de aquí. ¿Cómo terminaste aquí?

—Porque yo también oí decir que los prisioneros de Birkenau habían sido enviados a Dachau —cuando nota que sigo sin comprender, continúa explicando—: No sabía que jamás regresaste a Birkenau, así que pensé que *tú* debías haber venido a Múnich.

—¿Tú eras el niño del que me habló la hermana Therese? ¿El que robó el dinero de su cuarto?

Se pone muy rojo y asiente.

—Sé que estuvo mal —dice.

—No estuvo mal; ¡fue lo que me ayudó a encontrarte! Digo, sí estuvo *mal*, pero…

—Pero de todos modos lo hice. Porque dijiste que nos encontraríamos. Dijiste que nos encontraríamos sin importar lo que ocurriera.

Esta noche duermo con la mano colgando fuera de la cama, acostada sobre los tapetes y las mantas que pusimos para Abek. Quiero asegurarme de… No sé de qué. De que no se lo llevarán de nuevo, supongo. De que no se desvanecerá en el aire.

Todavía se siente casi como un cuento de hadas. Como los polvos mágicos de un hada madrina vertidos sobre un pueblo para hacerlo dormir. Algo demasiado bueno para ser cierto, algo que podría disolverse en cualquier momento. Pero no se disuelve. Y, por una vez, no me voy a la cama con miedo a mis pesadillas. Por una vez sé que no vendrán. Ahora es irrelevante la última vez que vi a Abek porque ahora tengo una primera vez: la primera vez que nos reencontramos.

Despierto varias veces a mitad de la noche; una porque mi brazo descubierto está frío, otra porque se entumió, y una tercera porque Abek se da la vuelta y su cabello me hace cosquillas en los dedos. Pero

él está ahí, ése es el punto. Cada vez que despierto sigue ahí.

La tercera vez veo que él también está despierto; sus ojos lanzan destellos en la oscuridad hacia mi cama.

—¿No puedes dormir? —susurro—. ¿Tienes sed?

Niega con la cabeza.

—¿Te cuento un cuento? ¿Te cuento nuestra historia?

Comienzo la historia del abecedario en voz baja y en la oscuridad. Empiezo por la letra A, por su nombre, por el tío abuelo Abek que murió pocos días antes de que él naciera. Paso a Baba Rose, luego a Chomicki & Lederman, el murmullo de las máquinas de coser, y susurro y susurro hasta que se me seca la garganta.

—O es de… —comienzo a decir, y me interrumpo, porque no recuerdo de qué es la O. Hace mucho que no avanzaba tanto en el abecedario. He perdido práctica y tengo muchas lagunas. Abajo, veo que Abek se revuelve entre sus mantas. Vuelvo a empezar—: O es de…

—O es del lago Morskie Oko —susurra Abek—. Donde estaba la cabaña.

—Oko —repito maravillada—. ¡Es cierto! Teníamos la cabaña. El agua era muy profunda y verde.

Cada verano íbamos a ese lugar, vacacionábamos ahí antes de que llegaran los alemanes. El agua clara y helada; papá paseándose en camiseta; mamá leyendo novelas en el pórtico, con una manzana a medio comer sobre el vientre mientras dejaba que pasara la hora de la cena sin poner nada en la estufa. Lo había olvidado por completo. Abek me ha dado un gran regalo al recordármelo. El regalo de la memoria, el regalo de nuestro pasado. El regalo de algo que no había podido completar por mí misma.

Continúo, pero sólo avanzo unas cuantas letras más antes de oír la respiración regular de Abek y darme cuenta de que ya está dormido.

—Buenas noches —susurro.

P

A la mañana siguiente despertamos al oír un sonido en la puerta de la choza; primero en la puerta exterior, que Judith abre, y luego en la de nuestro cuarto. Esther, con camisón de dormir, se para y se tropieza en su camino para ver quién está detrás de la puerta, mientras el resto de nosotros abre los ojos. Yo, con el brazo todavía colgando a un lado de la cama, y Abek con los ojos hinchados y una expresión de confusión al recordar dónde está.

Es el tío de Breine, un hombre diminuto llamado Świętopełk, que se parece a Breine en la parte de la mandíbula. Tiene modales corteses, a la antigua —una manera elegante de quitarse el sombrero —, que parecen fuera de lugar aquí y, a la vez, apropiados para su nombre, un nombre viejo que sólo he visto en libros de historia.

Breine baja de su cama para abrazar a su tío. Me contó que antes de la guerra sólo lo había visto dos veces en su vida; él vivía muy lejos y no tenía una relación tan cercana con su hermano. Ahora él y Breine son lo único que queda de su familia y las viejas rencillas no importan.

—Nuestra boda —anuncia ella mientras se limpia lágrimas de felicidad—. Podemos casarnos esta noche.

Al principio, me preocupa que el primer día de Abek aquí sea tan largo. Necesita tiempo para descansar, no estar inmerso en una caótica planeación de boda. Ambos merecemos tiempo para habituarnos. Observo su reacción al anuncio de Breine y me preocupa que se sienta abrumado; pero, a menos que sea mi imaginación, lo que veo en su cara es sobre todo alivio.

—No te preocupes por el vestido; usaré una bolsa de papas —me dice Breine, pero niego con la cabeza sin dejar de mirar de reojo la expresión de Abek.

—Por supuesto que lo terminaré. Nadie en mi familia permitiría jamás que una novia luciera menos que hermosa. ¿Verdad, Abek? ¿Te imaginas cómo se enojaría Baba Rose?

Abek sonríe y mueve la cabeza. Decido que será bueno tener esta distracción. Estar ocupada puede ser un antídoto para muchas cosas: duelo, incomodidad, confusión. Una boda será bien recibida.

Pronto corre la noticia de que el tío de Breine ya está aquí, y a lo largo de todo el día parece como si el campo entero ayudara a preparar la boda. Los hombres reúnen leña y forman una chuppah, y las mujeres

en la cocina intentan convertir las raciones de comida en un banquete. Una amiga de Breine, cuyos antepasados eran de España, saca una pequeña bolsa de nueces; dice que las escondió durante toda la ocupación porque estaba decidida a guardarlas para una ocasión especial. Me parece milagroso que, al borde de la muerte por inanición, haya podido guardar nueces. Pero lo hizo y ahora las muele para hacer galletas para la boda.

Mientras tanto, se mueven y reacomodan mesas a mi alrededor; otros sacan manteles mal combinados para colocarlos encima. Decido extender el vestido a medio terminar sobre la misma mesa en la que trabajé antes. Tengo los mismos alfileres y el mismo hilo, sólo que ahora, en lugar de Josef, tengo a Abek a mi lado.

—Ven a ayudarme —le digo, señalando con la cabeza el asiento de al lado.

Al principio somos formales. Tener a mi hermano —*mi hermano*— tan cerca a la luz del día es distinto de saber que duerme en un tapete junto a mi cama en la oscuridad. Nos comportamos de la misma manera atenta y distante que cuando recibíamos visitas. Cuando le pido que me pase retazos de tela, botones o hilo, me aseguro de añadir *por favor* y luego *gracias* al final. Él se asegura de decir *de nada* con la misma efusividad. Después de quince o veinte de estos intercambios, empieza a parecerme absurdo. Antes de que nos separaran habría señalado algo con la cabeza y emitido un gruñido, él me lo habría pasado sin apartar la mirada de sus autos de juguete.

—¿Estás aburrido? —le pregunto al fin—. Tal vez ya hayan terminado la nueva biblioteca. Puedes checar si está abierta, tal vez encuentres algo interesante para leer —elijo mis palabras con cuidado, no quiero sugerir nada que lo aleje por mucho tiempo—. ¿Has tenido oportunidad de leer? ¿Te gusta?

—No me molesta quedarme —dice Abek, y me entrega otro alfiler —. Me gusta leer. En uno de los campos donde estuve había un libro. Alguien lo metió a escondidas, era una traducción de Charles Dickens. Intenté leerlo, pero ahora no necesito libros.

Charles Dickens. Me resulta casi imposible asimilar la idea de que mi hermano sea lo bastante mayor para leer novelas complejas sin ayuda de nadie. Pasó por muchas cosas sin mí. Hay mucho de él que está *sin mí.*

Termino las puntadas en torno al cuello y dirijo mi atención a la bastilla; señalo una arruga en la seda. Abek sujeta la tela y la aplana sobre la mesa.

—Ahora que sé dónde has estado —digo, con un poco de timidez —, tendré que corregir mi imaginación. Nunca pensé que estarías en una granja, por ejemplo. Me doy cuenta de cuántas veces debe haberme engañado mi mente al situarte en lugares donde no podrías

haber estado.

—¿A qué te refieres? ¿Qué tipo de lugares? —pregunta y, servicial, alisa la tela en los puntos que señalo. Me tomo un tiempo para responder su pregunta porque quiero responder de una manera que no lo asuste ni preocupe.

—Yo… no estaba bien. Durante la mayor parte de la guerra mi mente no funcionaba. Me confundía cada vez más. Hay muchas lagunas que llené y cosas que temía haber inventado. Pero muchas veces creí haberte visto.

Emito una risa forzada. Ahora que Abek está a salvo frente a mí, parece más fácil actuar como si sólo hubiera estado confundida, como una tía chiflada y no como si hubiera estado muy enferma.

—Una vez me pareció verte por la ventana en Neustadt —le digo—. En otra ocasión creí verte formado para recibir sopa en Gross-Rosen, y después caminando en la barraca de hombres. Creí verte en Birkenau mientras trabajaba en un jardín. Enterré un nabo para ti, pero como no lo sacaste me di cuenta de que o no habías podido llegar a él o en realidad no te había visto. Me sentí muy decepcionada. Me costó mucho trabajo organizar lo del nabo.

Abek me observa con atención al escuchar mi historia. Me inquieta que tema por mí o que se preocupe, pero en realidad parece aliviado de saber lo mucho que pensaba en él.

Cuando llego a la parte del nabo empieza a negar con la cabeza.

—No, no. Sí lo encontré —dice—. El nabo.

—¿De verdad?

—¿Lo recuerdas? —dice, emocionado—. Enterraste el nabo en el suelo y clavaste una vara para que supiera dónde escarbar.

—¿Eso hice? —no recuerdo la vara, pero parece un detalle razonable. ¿De qué otro modo esperaría que Abek encontrara lo que enterré?

—No tenía nada que dejar a cambio, así que escribí mi inicial con el palo para que supieras que lo había encontrado.

Cierro los ojos e intento disipar mi confusión. Entiendo lo que cuenta, pero me cuesta trabajo recordarlo. Es como si la versión de Abek fuera un pedazo de tela suelta, pero si logro coserla en una colcha dejará de ser una historia y se convertirá en uno de mis recuerdos.

La última vez que vi a Abek, me digo a mí misma. *La última vez que vi a Abek comía un nabo que logré conseguir para él. Él me dejaba un dibujo en la tierra.*

—¿Ese día llovía? —le pregunto.

—Eso creo.

La última vez que vi a Abek llovía. No le hablé, pero volví al lugar donde había enterrado el nabo. En el suelo había una A. Miré la letra

dibujada en la tierra hasta que la lluvia la borró.

Sentada aquí en la mesa en Foehrenwald, una vocecita cautelosa en mi interior pregunta: *¿De verdad sucedió así?*

Estoy muy acostumbrada a esa voz, muy acostumbrada a desconfiar de mí misma. Me tomará un tiempo saber qué puedo creer ahora.

—Casi está terminado —digo, y señalo con la cabeza el vestido de Breine—. Puedes ir a asearte.

—¿No necesitas mi ayuda para terminar? No necesito asearme.

—Esta noche habrá una boda. *Sí* que lo necesitas. Y pasa por las cajas de donaciones para ver si encuentras una camisa limpia —le digo. Deseo estar tranquila con el hecho de que se alejará y no lo veré en una hora—. Pero regresa a la choza cuando termines, ¿está bien? Regresa y espérame afuera. Podemos seguir hablando después. Ahora tenemos mucho tiempo.

Una vez terminado mi trabajo, llevo el vestido al edificio comunal de lavado y lo extiendo sobre la tabla de planchar. Las planchas eran eléctricas en la fábrica de mi familia. Se enchufaban a la corriente y al girar una perilla se controlaba la temperatura. Las de aquí están hechas de un metal pesado y se calientan con carbón al rojo vivo. Casi nunca he usado este tipo de plancha; sería fácil calentarla demasiado y dejar quemaduras en el vestido. Al inicio me pregunto si será mejor dejarlo sin planchar.

Pero es su boda. Es su boda y mi labor; no puedo dejar que se case con un vestido arrugado. Tomo una toalla algo húmeda del tendedero que atraviesa la habitación, y la coloco encima del vestido para formar una barrera entre la plancha caliente y la frágil seda.

Q

Planchar el vestido con la plancha antigua toma más tiempo del que esperaba, pero cuando corro de regreso por el campo, sin aliento y preocupada de que Breine se moleste por mi retraso, descubro que llegué antes que ella. Breine aparece presurosa unos minutos después, tiene la piel rosada por su baño y los dedos arrugados, ríe y se disculpa.

La boda comenzará al atardecer porque Breine y Chaim querían trabajar su jornada completa antes de la ceremonia. Esther le dijo que eso era una locura, que deshierbar la tierra en el día de su boda era innecesario, pero Breine insistió. El punto de su relación con Chaim, dijo, era construir cosas nuevas. ¿Qué mejor modo de construir algo nuevo que cuidar brotes tiernos?

Esther llega poco después de Breine, cargada de tubos plateados y polveras. Maquillaje. Debe haber recorrido el campo para pedir prestado todo lo que pudiera juntar.

—¡No necesito todo eso! —protesta Breine—. Chaim no me reconocería. Quizá ni siquiera me reconozca así, sin mugre bajo las uñas.

—Breine —protesta Esther.

—*Esther*.

Mientras debaten sobre el rubor y el lápiz labial, desenvuelvo el vestido de la toalla y lo pongo en la cama de Breine. Contengo el aliento. Breine no ha tenido tiempo de ver mi trabajo, mucho menos de probarse el vestido. Al verlo, se interrumpe a la mitad de una frase. Me mira y queda boquiabierta.

—Ay, Zofia.

—¿Te gusta?

—¿Que si me…? Apenas puedo creer que sea el mismo vestido. *No puedo* creerlo. Es maravilloso. Es, es, es… —voltea a mirar a Esther—. Tal vez un poco de lápiz labial.

—Claro que sí —dice Esther.

—Pero sólo un poco para que el vestido no opaque mi cara por completo.

Esther señala la silla del escritorio hasta que Breine, obediente, se sienta y después levanta una serie de lápices de labios frente a la cara de la novia en busca del color más halagador.

—Creo que éste es el indicado —decide, y elige un rosa cremoso—. Abre un poco la boca. No… Más natural, así.

Después de aplicarle el lápiz labial prestado en la boca, Esther se pone un poco en la punta de un dedo, para usarlo como rubor en las mejillas de Breine.

—Solamente te pondré un poquito —promete en respuesta a la mueca de desagrado de Breine—. Seguirás viéndote igual que siempre, como tú misma; sólo será un poco de color por si te pones nerviosa y pálida de pie frente a todos al saber que te miramos.

—Bueno, *ahora* me pusiste nerviosa —dice Breine con una risa.

Mientras observo todo ese intercambio llega a mi mente un recuerdo.

—Usa tres puntos —le sugiero a Esther.

Ella tiene el dedo en el aire a punto de tocar la mejilla de Breine.

—¿Tres puntos?

—Mi tía Maja siempre decía: un punto de rubor alineado debajo de la pupila; otro, dos centímetros más abajo, alineado con la punta de la nariz, y un tercero en el pómulo. Haces un triángulo con tres puntos y luego los difuminas para lograr el mejor aspecto —río—. No puedo creer que haya recordado eso de pronto.

—¡Haremos tres puntos!

Esther termina el maquillaje de Breine y pasa a su cabello; comienza con una trenza, igual a la que Breine usa siempre, pero luego la sujeta en la base de su cuello. Cuando termina, levanta un espejo y todas examinamos su trabajo.

Breine levanta los dedos y toca con cuidado su rostro y el elegante peinado.

—No es demasiado, ¿o sí? —dice Esther—. Te dije que no sería demasiado. ¿Breine? Dime que no lo odias.

—No es demasiado —dice Breine en voz baja—. Así es como me veía siempre. Mi madre decía que una mujer nunca debe salir de casa sin los labios pintados y siempre se aseguraba de que me arreglara el cabello —ahora sonríe con tristeza, sus ojos lucen un poco distantes—. Ella habría querido una boda muy distinta para mí. Habría querido una vida muy distinta.

Esther y yo nos miramos. Breine suele ser muy optimista, no sé cómo responder. Esther le pone una mano en el hombro.

—Creo que ella estaría feliz por ti de todos modos. Chaim es un hombre maravilloso.

Breine toma aliento y devuelve el contacto de Esther con una rápida palmada en la mano.

—Vamos a vestirme —dice.

Le damos una toalla para que la detenga sobre su rostro y evite que se le corra el maquillaje. Luego Esther sujeta el cabello de Breine mientras yo le paso el vestido sobre la cabeza y le abotono la espalda.

Cuando termino de cerrar el vestido, Breine extiende las palmas

de las manos con cara de perplejidad.

—¿Y bien?

Esther se lleva las manos al corazón.

—Breine, luces perfecta.

La cara de Breine se ilumina. Le indica a Esther que le acerque la silla para poder mirarse de cuerpo entero en el espejo de la pared.

Todavía no digo nada; camino en círculo alrededor de Breine, aliso el vestido y examino mi labor con ojo crítico.

La nueva faja le da a Breine una forma más curvilínea, el nuevo escote en corazón atrae la mirada hacia su lindo cuello y clavícula. Reacomodé todas esas docenas de diminutas e infernales cuentas, las coloqué a lo largo de los bordes ondulados. Agrupadas de ese modo, en vez de estar dispersas por todo el vestido, reflejan la luz y brillan como si Breine llevara consigo un sol propio.

He hecho un buen trabajo. Tal vez no cumpla por completo los estándares de Chomicki & Lederman, pero es muy buen trabajo, sobre todo dados mis limitados recursos y tiempo. No me avergonzaría que mi padre o Baba Rose vieran el vestido.

Esta tarde, antes de llevar el vestido a planchar, hice un último ajuste porque la prenda no parecía completa. A lo largo del escote, en la parte más baja, cerca del corazón de Breine, deshice unas cuantas puntadas de la costura y, antes de repararla, metí un pequeño cuadrado de seda:

Elige amar, escribí. Es lo que Breine dijo la primera vez que me habló de Chaim: elegía amar a la persona que tenía frente a ella.

Elige amar.

R

Le damos a Breine un pañuelo para que lo guarde en su manga. Cuando está lista —tan lista como es posible dadas las circunstancias —, Esther y yo nos ponemos nuestros vestidos donados: el suyo es rosa con holanes, el mío es del color de una ciruela madura, un poco corto de bastilla, pero, por lo demás, me queda a la perfección. Ambos desprenden un ligero olor a alcanfor hasta que Breine nos baña en perfume.

Apenas hemos terminado cuando el tío de Breine, vestido con un traje prestado y un peinado impecable, toca a la puerta. Esther y yo salimos para dar a la pequeña familia un rato de privacidad antes de la ceremonia.

Abek espera afuera de la choza, está recién bañado y tiene el cabello húmedo. Encontró una camisa nueva, pero le queda un pequeño hueco a la altura del cuello.

—¿Esto está bien? —pregunta.

—Supongo que debo preguntar si te lavaste detrás de las orejas —le digo de broma mientras finjo inspeccionarlo—. Está bien. Me alegra mucho que estés aquí.

De camino al patio, veo a Josef frente a nosotros. También tiene puesta una camisa nueva, donada. La suya es de color avellana, un poco más clara que sus ojos. Hasta ahora, sólo lo he visto con la camisa gris que tenía puesta cuando lo conocí. Esta otra le queda mejor: más ajustada en el pecho y el abdomen. Las mangas son un poco cortas, pero dejan ver sus muñecas. Tiene lindas muñecas.

—Hola —digo con voz suave.

—Hola —responde, y me alegra haber elegido el vestido que resalta la calidez de mi piel.

—No te presenté a mi hermano —digo, y miro con orgullo cómo Abek le ofrece la mano con actitud de adulto—. Mi hermano, Abek. Y él es Josef Mueller.

Josef devuelve el saludo, pero mantiene los ojos fijos en mí. Muchas cosas pasan por su mirada. ¿Una disculpa? ¿Arrepentimiento? Algo duro y agudo que provoca una punzada en mi pecho. Sigo tratando de interpretar su expresión cuando nos separan los felices invitados de la boda, gente que quiere celebrar, y la multitud nos arrastra.

Todo el campo guardó sus raciones de queroseno para esta boda. El patio está iluminado por linternas, y, mientras Abek y yo nos

acercamos, Ravid y su prometida, Rebekah, pasan velas.

El patio es feo, lleno de tierra y polvo. Si alguna vez hubo flores, las arrancaron para dejar espacio al huerto y alimentar a la gente, pero no es tan visible en el crepúsculo.

A mitad del patio se alza la chuppah, una simple sábana blanca montada sobre madera burda. Chaim espera debajo con un traje demasiado grande y un corte de cabello un poco tosco.

A mis espaldas, el parloteo cesa porque Breine camina hacia nosotros. Su cabello castaño rojizo brilla bajo el sol poniente.

Esta boda es hermosa, muy hermosa entre la intensa Breine y el tímido Chaim. En un mundo diferente, la sábana habría sido una tela fina bordada; en un mundo perfecto, Breine estaría acompañada por sus padres. Pero ya no tiene padres, así que baja por el sendero caminando entre su tío, que luce radiante, y una señora a la que he escuchado llaman señora Van Houten.

—En las fotos se verá que luce de blanco, tal como ella quería —dice la señora Yost, que aparece a mi lado, y señala con la cabeza el vestido de Breine.

—Creo que no importaría si el vestido fuera del color del agua sucia —susurro—. Mire su cara.

Y es verdad. Cuando Breine se acerca, puedo verla diferente a la imagen de hace unos instantes en la choza —de pie como maniquí para un proyecto de costura—, ahora luce de verdad como una novia. Está radiante; es mucho más hermosa que dentro de cualquier vestido que hubiera podido confeccionar la mejor costurera.

—Pero en la foto se verá blanco —insiste la señora Yost—. Si dentro de cincuenta años les muestran una fotografía de este día a sus nietos, nadie sabrá que fue tomada en un campo de refugiados.

El tío de Breine y la señora Van Houten la acompañan hasta la chuppah y entran al círculo que rodea a Chaim quien, de cara a la multitud, sigue a Breine con la mirada.

Un hombre húngaro está casando a un polaco y una checa, que es escoltada por una holandesa, quien a su vez sustituye a la madre de la futura esposa, además hay un tío que sustituye al padre de la novia. Todos saben qué hacer porque su fe es un mismo lenguaje.

Hace años que no asisto a una boda, la última vez era niña. Desde antes de la invasión alemana. Sin embargo, cuando el rabino llega a las Siete Bendiciones, asiento al oír las palabras en hebreo que no sabía que recordaba.

Bendito eres, Señor, que alegras al novio y a la novia.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos y fluyen, saladas, por mi rostro. La señora Yost, por lo general impaciente y exasperada, se saca un pañuelo de la manga. A Esther casi se le caen los anteojos porque está tan concentrada en la ceremonia que se olvida de acomodarlos en

el puente de la nariz.

Veo a Josef en la zona de los hombres. Luce anguloso a la luz de las velas; su cabello sigue desordenado, pero su cara se ve suave, recién afeitada de modo que casi parece desnuda. Mientras lo miro, sus ojos se apartan de la pareja y, entre las sombras, se fijan en los míos. Debe haber sentido mi mirada.

Debería avergonzarme, pero no aparto los ojos. No sé si es la alegría del momento, mi vestido o la felicidad de los últimos días lo que me da valor, pero quiero que me vea. En este día que tengo los labios pintados y el cabello recién lavado, quiero que me vea como si fuera bonita.

Decido sostenerle la mirada hasta que él aparte la suya. Pero no lo hace. Nos miramos con firmeza por los postes de la chuppah improvisada mientras la cera de la vela escurre por mis dedos y la ceremonia continúa en el fondo. Sólo el sonido del vidrio al romperse, seguido de una ovación, interrumpe nuestro contacto visual.

Sobresaltada, aparto la mirada de Josef. Bajo el pie de Chaim hay un envoltorio de tela que debe contener vidrios rotos. La copa de cristal rota es la última parte de la ceremonia. Se supone que simboliza muchas cosas; mi padre dijo alguna vez que le recordaba la fragilidad de la vida. Ahora sabemos por experiencia propia que la vida es frágil y no necesitamos ese recordatorio, pero Breine quería una boda de verdad, así que aplaudo con todos los demás hasta que me duelen las palmas de las manos.

S

Después de la ceremonia regresamos al comedor, en donde unos cuantos hombres han reunido instrumentos y tocan una música alegre para acompañar la cena. Las mesas, acomodadas en las orillas, están repletas de platos con comida de los países de Breine, Chaim y de todos los demás países representados en el campo.

Le digo a Abek que se forme delante de mí en la fila de la comida y que tome doble porción de sus platos favoritos. Después lo llevo a nuestra mesa habitual donde Esther ya está sentada con sus amigos. Está todo nuestro grupo, sólo que el lugar donde suele sentarse Miriam está ocupado por el tío de Breine. Agradezco que al menos la enfermería esté lejos del comedor y el ruido de la fiesta no llegue hasta allá. Miriam siempre parecía disfrutar viendo cómo Breine planeaba su boda, pero obligarla a escuchar las festividades justo el día en que se enteró de la muerte de su hermana me parece una crueldad excesiva.

Siento una punzada de culpa al ver a Abek sentarse con su plato: esta celebración nupcial llegó en el momento más horrible para Miriam y el más maravilloso para mí.

—¿La pasaste bien? —le pregunto a Abek después de presentarle a toda la gente que no conoce.

—Sí —dice, pero las mejillas se le ponen de color rosa salmón.

—¿*Sí*? —lo interrogo—. ¿Estás seguro?

—Estuvo bien —insiste—. Es sólo…

—¿Qué? ¿Por qué te sonrojas?

—El tío Świętopełk —murmura al fin y dirige la mirada hacia donde el quisquilloso tío de Breine corta su comida en porciones diminutas y se limpia la boca con una servilleta entre mordida y mordida.

—¿El tío Świętopełk? —repito, confundida—. ¿Qué tiene?

—Estuve detrás de él en la ceremonia —susurra Abek—. Y estaba… —estalla en risitas antes de poder terminar la frase.

—¿Qué? ¿Qué hacía?

—Estaba *pedorreándose* —Abek apenas logra decir la palabra antes de deshacerse de risa—. Toda la ceremonia. *Apestaba. Todo el tiempo*.

—No.

—Y-y-y a veces eran silenciosos, pero…

—*No*.

—Pero hubo un momento en que sonó como, como…

—¿Como una corneta? —sugiero.

—¡Como un *piccolo*! ¡Sonaba *piii, piii, piii*!

Abek hunde la cara en su servilleta para disimular su risa y yo lanzo una mirada furtiva al tío ´Swi¿etopełk, quien se lleva otro trozo de comida a la boca.

—Abek. *Abek* —le doy un codazo a mi hermano en las costillas, y él baja la servilleta apenas lo suficiente para descubrirse un ojo lagrimoso—. Mira su plato. Sólo come *col*. Todo su plato es un montón de col.

Sigo con el chiste porque es gracioso, porque el ambiente es muy alegre y todo parece más gracioso esta noche; pero también porque es el tipo de chiste que Abek y yo compartíamos antes. Cuando él tenía ocho años, nada lo hacía reír más que cuando me ponía las manos en la boca y soplaba para hacer un ruido como de pedo.

—Col —repite Abek con horror fingido—. Oh, no. ¿Dónde dormirá esta noche? Alguien tiene que advertir…

—¿A todos?

—Alguien tiene que advertir a todos en el campo, de inmediato —se lleva las manos a la boca, como formando un megáfono—. Atención. Tenemos un anuncio importante sobre el tío Pedorro.

—*Shhhhh*. Te oirá.

—El tío Pedorro será el encargado de la música esta noche.

Lo pateo bajo la mesa; es un gesto tan familiar que casi grito, y Abek empieza a morderse la mejilla para sofocar su risa.

—*Abek*.

—Lo intento —contesta sin aliento.

—¿Por qué no caminas por ahí? —sugiero—. Ve por más comida y busca otra botella de vino para la mesa. Mientras tanto ambos recuperaremos la compostura.

Abek, obediente, echa su silla hacia atrás y veo cómo se aleja hacia la mesa de la comida; todavía sacude los hombros de vez en cuando. Esther me mira con ojos sabios.

—Se ríen igual —dice.

—¿Ah, sí? —respondo con una sonrisa de orgullo.

—Debes estar muy muy feliz —dice, y extiendo la mano sobre la mesa, para tomar la suya.

Cuando Abek regresa creo que ya es seguro: el tío Swietopełk se ha ido de nuestra mesa para ir con otros señores que conversan en voz baja en un rincón.

Abek no llenó su plato de comida, pero sí pone una botella de vino en la mesa. Me sirve una copa y luego, a pesar de mi ceja alzada, también se sirve una.

—¿Sabes en quién estoy pensando? —le digo—. En papá. Ver esa

boda me lo recordó.

—¿Por su boda con mamá?

—No, no del todo. Aunque supongo que también pensaba en ellos por eso. Pero pensaba sobre todo en que papá era un buen hombre. Cuando se casó con mamá tal vez quería mudarse a su propia casa, no con los padres y la hermana menor de su esposa. Pero de todos modos lo hizo; casi en teoría crio a la tía Maja, ¿no? Siempre trataba de hacer lo correcto. Incluso ese día en el estadio, cuando defendió al viejo de la farmacia, aun consciente de que eso… —me interrumpo—. Como sea, cuando el tío de Breine la entregó a Chaim en el altar, pensé en papá.

—¿Porque papá llevó a la tía Maja a la chuppah?

—Porque… No, Abek. La tía Maja nunca se casó. ¿No recuerdas?

—Mmm-jmm. ¿Quieres otra copa? —pregunta, y levanta la botella.

Agito la mano para indicar que no.

—¿Recuerdas lo que ella decía siempre sobre lo que un hombre tendría que hacer para casarse con ella?

—*Sí.* Dije sí.

Ahora me doy cuenta de que mi hermano tiene la cara un poco roja y los ojos algo vidriosos, también que su vaso está vacío mientras que el mío está casi lleno. Recuerdo que la botella ya estaba abierta cuando la trajo a la mesa y sospecho que esta copa no es la primera que bebe. Así que, cuando vuelve a tomar la botella, tomo la jarra de agua que está a la mitad de la mesa y lleno de agua la copa de Abek.

—Es una boda, Zofia —protesta él—. ¡Una ocasión especial!

—Y parece que ya celebraste bastante. Tienes doce años.

—¡Me dijiste que trajera más vino!

—No dije que lo *bebieras* —contesto riendo.

—No tienes por qué sermonearme así —estalla.

Al otro lado de la mesa, un par de personas notan nuestra conversación y se esfuerzan sin éxito por no mirar. Abek se reclina en su silla con los brazos cruzados sobre el pecho. Noto que está avergonzado de que revele su corta edad. Todos los demás en la mesa beben vino, yo misma bebí unas copas. De pronto, me pregunto si habría hecho algún daño que le sirviera sólo un trago más en lugar de avergonzarlo frente a un grupo de gente que acaba de conocer.

—Tal vez si lo diluyes —sugiero, tratando de encontrar un punto medio.

—¿*Diluirlo*?

—O en unas horas podrías…

—No es ése el punto.

Pero no sé cuál es el punto. No puedo creer que se moleste tanto por una copa de vino, pero no se me ocurre qué otra cosa puede

haberlo molestado tanto y ponerlo a la defensiva.

Esther levanta una ceja en señal de empatía porque observó todo. Decide algo, deja su servilleta sobre la mesa y se acerca a nosotros.

—Abek, me preguntaba si te gustaría bailar conmigo. No soy muy buena —se disculpa—, pero si no te molesta una compañera torpe, podemos intentarlo.

La miro con gratitud mientras extiende la mano y Abek la toma. Los dos zigzaguean y se bambolean con torpeza al ritmo de la música.

Muchas otras personas también tienen pareja de baile; ahora soy la única que queda en esta mesa llena de copas desiguales y servilletas arrugadas. Termino el contenido de mi copa mientras miro la pista de baile.

Había botellas de buen vino que ahora están vacías; había botellas de licor malo y ya están casi vacías. He bebido tanto esta noche que permanecer sentada me marea, así que junto todos los platos sucios y los llevo a la cocina.

Josef está de pie ante al gran fregadero blanco con los brazos hundidos hasta los codos.

—¿No estás bailando? —pregunto mientras pongo los platos sobre la barra.

Josef señala el agua jabonosa.

—Se nos acabaron los platos.

Para ilustrar aún más el punto, toma un plato sucio del montón que acabo de traer y empieza a lavarlo.

Pero al otro lado del fregadero hay un montón de platos limpios casi igual de alto.

—¿No crees que eso basta por ahora? —pregunto—. La mayoría de la gente ya comió. ¿Por qué no vuelves a la fiesta y llevamos los que ya lavaste?

Niega con la cabeza y toma otro plato.

—De todos modos no bailo mucho.

—Tampoco Esther, pero deberías verla tratando de enseñarle a Abek.

—Más vale que termine. Alguien va a tener que hacerlo en algún momento.

Está claro que no voy a convencerlo, así que me recojo las mangas y tomo una toalla limpia.

—No tienes que hacerlo —protesta mientras me pongo un delantal sobre el vestido—. Sobre todo no ahora que tu hermano está aquí.

—Procuro no sobreprotegerlo. Creo que ya lo avergoncé una vez esta noche. Tú lava y yo seco. Entre los dos será más rápido.

Avanzamos con rapidez, pero noto, por la manera en que toma aliento de cuando en cuando, que quiere decir algo. No suelta el

siguiente plato que saca del agua cuando intento agarrarlo. El agua gotea al piso desde el plato suspendido entre nuestras manos.

—Nunca te felicité por encontrarlo —dice—. Ni me disculpé por decir que no lo encontrarías.

—Sólo fuiste racional —contesto magnánima. Por supuesto, es fácil ser magnánima ahora que mi hermano está a menos de cincuenta metros—. La mayoría de las personas habrían estado de acuerdo en que era una tonta.

Josef sujeta el plato con más fuerza.

—Pero ¿y si me hubieras hecho caso? Si me hubieras escuchado y no hubieras enviado todas esas cartas, o…

—Josef, estamos en una boda —digo con un suspiro—. Tengo puesto el vestido más bonito que he usado en años y estoy lavando platos en la cocina. Ahora apresúrate, terminemos para que pueda quitarme el delantal y puedas decirme que me veo hermosa con mi vestido —sin duda el alcohol impulsa un poco las palabras que salen de mi boca, pero no tanto como para no poder controlarlas, si quisiera —. Y *eso*, por cierto, es lo que quiere oír una persona con vestido nuevo cuando entra a un lugar. *Te ves hermosa.* No *se nos acabaron los platos.*

He logrado que Josef suelte el plato húmedo, que choca contra el frente del vestido que acabo de presumir. Al principio creo sujetarlo con bastante fuerza, pero se resbala entre mis manos —y también a Josef, que trata de detener su caída— y se rompe en pedazos al estrellarse contra el piso.

—Oh —digo demasiado tarde cuando los pedazos se asientan alrededor de mis pies.

—Voy por una escoba —dice.

Maldición.

Barremos los pedazos del plato. Tiramos los más grandes en un bote de basura y envolvemos los pequeños en una tela; sólo nos decimos cosas prácticas: *¿Ves ese pedazo bajo el fregadero?*

He arruinado el momento, si es que lo hubo. A gatas, paso una toalla húmeda por el piso para recoger los fragmentos más diminutos. Ahora el borde de mi vestido está empapado y empolvado, y siento las axilas resbalosas de sudor. Me pongo de pie y me limpio la frente con el antebrazo. Josef barre con cuidado, tiene la cabeza agachada mientras las cerdas de la escoba rascan el piso.

—Creo que eso fue lo último —digo—. ¿Crees que podamos salvar esta toalla con pedazos de plato, o tiramos todo? ¿Josef?

Él deja de barrer y me mira a los ojos.

—Te ves hermosa con tu vestido.

Me sobresalto.

—No necesitas decirlo *ahora.*

—Te veías hermosa con tu vestido durante la boda y luces aún más hermosa ahora que recoges pedazos de plato roto con tu delantal. Tienes que saberlo.

Extiende la mano y me sonrojo, hasta que me doy cuenta de que no pide mi mano sino la toalla para tirarla a la basura.

—La tiramos.

—Josef.

—Terminaré de limpiar solo —dice, y vuelve a hundir los brazos en el agua jabonosa.

—No.

—Está bien.

—*No* —digo, tomando una decisión—. Vamos a bailar —empieza a protestar de nuevo, pero ya estoy desatando el delantal—. Basta, Josef. Basta.

Quiero decir que basta de lavar platos, pero también quiero decir "basta de retractarte". Basta de que tú decidas cuándo terminamos de hablar, cuándo me dices que prefieres estar solo y cuándo me dices que soy hermosa. Basta de eso. No voy a soportarlo más. Extiendo la mano con firmeza.

—Ésta es tu última oportunidad de venir a bailar conmigo. Si bajo la mano, no volveré a pedírtelo. Jamás. No volveré a pedirte nada.

Tiene que pensarlo; lo veo calcular el costo de ambas acciones. Sólo cuando retiro mi mano un centímetro saca la suya del fregadero llena de jabón y acepta.

El agua escurre de su mano hasta mis nudillos y más allá de mi muñeca, pero no creo que sea eso lo que me hace temblar.

De vuelta en la sala principal, los músicos ya guardaron sus instrumentos y alguien ha encendido un fonógrafo. Ya no suena música tradicional de boda, sino música de banda alegre con trompetas de metal. No sé cómo bailarla, pero parece que mucha gente tampoco sabe. Dos trabajadores canadienses hacen una demostración a mitad de la sala, algunas personas los imitan con torpeza, pero hacen lo mejor que pueden. Josef parece aliviado, no será el único novato en la pista de baile.

Toma mi cintura con un brazo tal como hacen los canadienses. Eso electriza mi piel, pero también se siente raro tratar de averiguar cómo deben acoplarse nuestros cuerpos entre un mar de gente mientras la música resuena en el fondo. A los pocos minutos de bailar, se hace evidente que Josef tiene un pésimo ritmo. Los pasos son simples, pero parece que no puede empezar en el compás correcto. Intento no reírme de él, pero no puedo contenerme. En vez de molestarse, él también ríe, alza las manos y exagera sus pasos torpes.

¿Así sería una cita? ¿Así habría sido si hubiera conocido a Josef en la escuela o en un club social? ¿Así sería si pudiéramos tener una

relación que no estuviera marcada por mi dolor o el suyo?

—Ven —lo llevo a un rincón de la sala, detrás de un perchero en el que algunas personas colgaron sus chaquetas, un lugar en donde no molestaremos a nadie—. Mira mis pies —digo—. El tercer paso y el cuarto son más rápidos. Lento, lento, rápido, rápido.

Él baja la mirada para ver mis pies, nuestras frentes hacen contacto.

Y de pronto nos besamos.

Ś

En cuanto nuestros labios se tocan, mi corazón se sacude y mi cabeza da vueltas.

Entonces, Josef retira la cabeza con brusquedad. Por un momento me pregunto si habré cometido un terrible error. *¿No quiere esto?* Pero entonces siento su corazón contra mi pecho, me doy cuenta de que él también sintió la sacudida y ambos estamos sobrecogidos. Cuando vuelve a acercarse lo hace con intención. Coloca sus manos detrás de mi cabeza, acaricia mi mejilla con el pulgar y me inclino hacia adelante. Esta vez nuestros labios se tocan con más suavidad, con menos torpeza, y tan despacio que el tiempo se detiene.

Ya he besado a alguien antes. La primera vez fue en una fiesta de cumpleaños cuando tenía trece años. A un chico llamado Lev y a mí nos retaron a meternos detrás de la cortina del comedor. Lev y yo pasamos los siguientes dos meses escapando de vez en cuando, él me esperaba después de clases con ramos de flores marchitas que había recogido. Pero esto es distinto. No se siente como se sentía besar a Lev —como una pantomima o un ensayo para los besos de verdad—. Siento que el beso recorre todo mi cuerpo.

—¡Ups! —el perchero se mueve; un hombre busca su sombrero y Josef y yo nos apartamos de un salto—. ¡Ups! ¡Todos están divirtiéndose esta noche! —exclama el hombre, borracho y alegre.

El borracho busca entre el perchero, lo que me da tiempo para despejarme y pensar en lo que hago. Ahora es cuando debería sugerir que volvamos a la pista de baile o bebamos un poco de agua. Josef me mira en espera de que sugiera eso; él también sabe que es lo que debería suceder. En vez de eso, le pregunto:

—¿Quieres irte? ¿Buscar otro lugar donde no haya tanto ruido?

Sólo duda un segundo.

—Sí.

—¿A dónde quieres ir?

—¿A dónde quieres ir tú, Zofia?

—Vamos a tu choza.

Esta frase implica muchas cosas. Podría haber dicho: *Vamos a ver la nueva biblioteca en el edificio administrativo*. Podría haber dicho: *Vamos a mi choza, a la que Abek volverá en algún momento de la noche, y también Esther, alegre por el vino y con los zapatos en la mano.* Pero sé que Josef sólo comparte cuarto con Chaim, y que esta tarde Chaim

hizo lo mismo que Breine: mudar sus pertenencias a un cuarto marital que habitarán juntos. El cuarto de Josef estará vacío toda la noche.

Escudriño el comedor. Esther y Abek ya no bailan, pero alguien sacó una baraja y están sentados a la mesa con Ravid y otros. Cruzo la mirada con Esther y asiento en dirección a Abek. Ella también asiente. *Está bien; todo está bien. Lo vigilaré un rato*.

Vacilo de nuevo, por si acaso, paralizada un instante por la idea de perder de vista a mi hermano. Pero Abek ríe, parece divertirse.

La timidez nos vence de pronto afuera del comedor. Josef y yo caminamos lado a lado como extraños. Él se disculpa por chocar con mi cadera y yo digo cosas sin sentido sobre las estrellas.

—Las estrellas brillan mucho esta noche —digo, aunque se ven igual que siempre. Cuando entramos a la choza de Josef, cuando atravesamos el cuarto delantero de Ravid y entramos al de Josef, ubicado atrás, y veo su cama tendida con pulcritud, de pronto estoy aún más consciente de lo que he hecho.

—Ésa es la cama de Chaim —explica por decir algo y señala el colchón que no tiene sábanas—. Puedo sentarme ahí o puedo buscar una silla si así estarás más cómoda.

—No.

—¿Te ofrezco un poco de agua?

—No.

—No he estado en una choza de chicas. ¿Se parecen…?

Lo interrumpo antes de que pueda decir más, rodeo su cintura con mis brazos y aprieto mis labios contra los suyos. Nos besamos de nuevo, pero ahora respiro con más fuerza; siento que su cuerpo empieza a responder al mío; siento cómo mis manos tiemblan al principio pero luego se vuelven más firmes y luego más firmes de lo que han estado jamás. Meto las manos bajo su camisa y recorro la piel de su pecho, donde su corazón late contra mi palma. Él toma aire contra mis labios y luego busca los botones de mi vestido; se detiene en el de arriba, cerca de mi nuca.

—¿Puedo…?

—Sí —contesto, y luego tengo que hacerlo yo misma porque él no puede sacar el botón del ojal. Cuando termino, Josef levanta un poco mi barbilla con las puntas de sus dedos y toca el hueco de mi cuello, ahora descubierto, con la lengua.

Todo mi cuerpo se estremece mientras Josef logra abrir el siguiente botón y luego el siguiente.

Había olvidado que el placer podía ser así de intenso. Después de años sin sentir nada más que un dolor perpetuo e insistente, mi cuerpo se sentía como un instrumento de ese dolor. Como si estuviera hecho para soportar cosas, no para experimentarlas. Después, cuando terminó la guerra, cuando estuve a salvo en el hospital, lo que más

sentí fue un adormecimiento, una anestesia contra mis propios sentimientos. Olvidé que podía desear algo sólo por desearlo y no por hambre o frío.

—Zofia —susurra Josef, y su voz me devuelve a este momento, a la cruda realidad del momento y de mi cuerpo. La puerta es delgada y no tiene llave; alguien podría abrirla en cualquier instante. La tía Maja me contó lo que pasa en las noches de bodas, pero siempre lo decía así, *lo que pasa en las noches de bodas*, y no lo que pasa con un chico que apenas conociste hace unas semanas.

Cierro los ojos, trato de bloquear la cara de la tía Maja que está en mi cabeza, pero ahora mi cuerpo está en guerra contra sí mismo.

—Espera.

—¿Qué sucede? —dice Josef entre besos a mi cuello, besos lentos y suaves que me derriten.

—Josef, espera.

Esta vez mis brazos se mueven antes de que mi cerebro pueda pensar y aparto a Josef de un empujón. Él me mira, confundido, y levanta las manos.

—Lo siento. Pensé que estaba bien si… Debo haber entendido mal.

—Sólo tengo ocho dedos en los pies —digo de golpe.

—¿Qué?

—Ocho. En el hospital amputaron dos dedos porque estaban demasiado congelados para salvarlos. Si me quito los zapatos… No quisiera que sintieras repugnancia al ver mis pies.

Josef retrocede, me observa y se da la vuelta. Pienso que eso debe significar que está asqueado, pero levanta el cabello de la parte trasera de su cabeza.

—¿Lo ves? —pregunta. Y lo veo. Es difícil de ignorar: un círculo calvo del tamaño de un durazno—. Enfermé durante un invierno, empecé a perder el cabello y no volvió a crecer en esta parte —continúa—. Y no creo que vuelva a crecer. Estaré calvo en esa parte para siempre hasta que se pierda el resto de cabello.

—¿Por eso nunca te peinas bien? —pregunto, y empiezo a reír.

—Ésa es la razón exacta. Si me peinara bien, todos verían cuán poco cabello me queda.

Enrollo una de las mangas del vestido para mostrarle una delgada cicatriz que recorre mi antebrazo y llega un poco más arriba del codo.

—En el segundo campo en el que viví, una lanzadera salió volando del telar cuando trabajaba —explico—. La herida no sanó bien. Pensé que si la reportaba me enviarían a la barraca de las enfermas y nunca saldría.

—Me faltan las muelas del lado derecho —abre su boca con los dedos y me indica que mire; hay dos agujeros negros donde antes

había muelas—. Un soldado me golpeó con la culata de su rifle y salieron volando de mi boca.

—Tengo cicatrices de picaduras de pulgas —le digo.

—¿Crees que tú tienes picaduras de pulgas? Yo me las rasqué hasta que sangraron, no podía dejarlas en paz. Tengo cicatrices por todas las piernas.

Levanta una parte de sus pantalones. En la penumbra apenas diviso las supuestas cicatrices, pero río de todos modos; río y lloro mientras continuamos el recorrido de las cosas secretas en nuestros cuerpos, todo lo que está roto. Josef también ríe mientras suelta su pantalón y pone la mano en la manga de su camisa.

—Se me dislocó el hombro y no se arregló bien —dice—. Ya no puedo hacer ni una flexión de brazos. Cuando estoy en cierta posición, me cuesta trabajo sostenerme con ellos. Si estuviera…

Su voz se apaga. Ya no ríe. Bajo la luz de la lámpara veo que se ruboriza, y entonces siento que yo también me sonrojo porque sé lo que iba a decir: si yo estuviera recostada de espaldas y él estuviera encima, tal vez no funcionaría, no podría sostenerse.

—No me importa —digo.

Josef duda.

—¿Necesito…? ¿Debería ir por…?

No termina, pero sé lo que iba a decir. *¿Debería ir a conseguir protección? ¿Esto podría tener consecuencias?*

—No —una oleada de ternura se apodera de mí y después una última oleada de nerviosismo—. No he… No he sangrado en mucho tiempo. Josef, cuando estoy desnuda mis costillas son muy visibles. Aún después de esos meses en el hospital, no me veo muy… femenina —*ya no tengo pechos*, es lo que quiero decirle. Mi ciclo se ha secado. Estoy marchita, soy una chica-fantasma.

—No me importa —dice, y extiende la mano para apagar la lámpara.

Mi última confesión junto con esta oscuridad final me han liberado. Ya sabe todos los detalles vergonzosos de mi cuerpo.

Afuera, a lo lejos, todavía se escucha la música de la boda.

Pienso en Breine, recién casada para demostrar que está viva, para recordarse a sí misma que nunca debe esperar para hacer las cosas que la hacen feliz. Pienso en la tía Maja y sus consejos para noches de bodas. Pero la tía Maja ya no está aquí para darme consejos; ya nadie está.

Bajo la mano hacia el botón de los pantalones de Josef, pero antes de que pueda abrirlo sujeta mi mano.

—No lo hagas —dice—. Hay algo más —su voz suena débil y ronca.

—Ya son suficientes males.

—No es algo que esté mal. Es otra cosa sobre mí. No he podido pensar en una manera de…

—Por favor, deja de hablar —le ordeno. Y eso hace. Se sienta en la orilla de la cama y pone sus manos en mi cintura mientras termino de abrir los botones de mi vestido morado y lo dejo caer al piso. Tomo sus manos y las pongo en mi pecho plano. Por la forma en que inhala con fuerza, sé que no soy tan plana para él.

Posa los labios en mi estómago y paso mis manos por su cabello. Le beso la coronilla y recordamos que estamos vivos.

Aquí hay un pedazo de mi memoria, mi memoria fantasma que vuelve flotando a mí. Siento que debería tener un recuerdo más feliz, como si hacer algo feliz debiera traer recuerdos felices. Pero parece que así no es como funciona este rompecabezas. Las piezas no están en orden. Cada una flota entre los desechos de mi mente hasta que al azar se adhieren a algo oscuro.

Cuando llegamos a Birkenau no enviaron a mi padre a la izquierda. Mi padre ya estaba muerto. Mi padre estaba muerto porque, cuando vio a los soldados alemanes patear al viejo farmacéutico, decidió ayudarlo y le dispararon. Primero, un soldado golpeó la garganta de mi padre con saña, lo dejó sin aire, y luego le dispararon con indiferencia, como si sus armas fueran matamoscas. Cayó al suelo. Su brazo se dobló como el de un muñeco de trapo; recuerdo haber pensado que se le dislocaría el hombro.

No fue la única persona que murió ese día de lluvia en el campo de futbol. Los soldados les dispararon a otros que desobedecieron órdenes; gente que intentó escabullirse de una fila a otra. Una mujer empezó a gritar que su hijo estaba en el trabajo, que tenía una exención; de haber sabido que no iban a permitirle volver a su casa, se habría despedido de él. Trató de irse; le dispararon.

Hubo mucha muerte y sangre ese día, todo al mismo tiempo. Perdí al resto de la familia cuando llegamos a Birkenau; tal vez fue más fácil creer que también había perdido a mi padre de ese modo: a la izquierda, todos a la vez. Recordar que lo perdí unos días antes significaría tener que soportar dos embestidas de dolor en vez de una.

Al final, ¿importa de verdad? De cualquier modo está muerto.

T

Cuando despierto, Josef sigue dormido boca abajo con el cabello revuelto como la hierba que crece cerca de la playa. Ésa es la posición en la que se quedó dormido; ambos lo hicimos. Boca abajo, lado a lado con las manos recogidas bajo la barbilla, de súbito conscientes del espacio personal del otro y que sería grosero invadirlo. Lo último que recuerdo antes de dormir es que le pregunté si le dolía el hombro. Él me preguntó si tenía mucho frío, y le contesté que no tenía frío pero sí estaba casi desnuda, así que iba a dejar mis brazos donde estaban para proteger mi desnudez. Él rio.

Quería cerrar los ojos durante sólo un minuto y luego volver con Abek. Pero está claro que dormí más tiempo. Afuera todavía está oscuro, pero el cielo tiene el color de un moretón en lugar de ser negro como la tinta. El alba está más cerca que la medianoche. Busco a tientas la lámpara junto a la cama de Josef y la enciendo; apenas ilumina lo suficiente para ver la habitación y orientarme. Estoy a medio vestir. Hace un rato, Josef se enredó una manta en la cintura mientras buscaba nuestra ropa interior en la oscuridad, y me pasó la mía antes de darse la vuelta para ponerse la suya con una modestia tardía que me divirtió. Debe haberse levantado de nuevo mientras yo dormía: hay una silla apoyada bajo el pomo de la puerta, como protección contra cualquiera que trate de entrar. Además, cuando me acosté para dormir, mi vestido estaba tirado en el piso. Ahora está doblado en su mesita de noche y mis zapatos están debajo. Fácil de encontrar si quiero irme en la oscuridad.

La ropa de Josef está en el armario abierto, colgada en una barra de madera con un pedazo de cordel atado a la mitad, supongo que sirve para separar la mitad de Josef de la de Chaim, que ya está vacía. La parte de Josef sólo tiene una camisa dentro: es la misma que usaba el día que lo conocí, la que ha usado todas las demás veces que lo he visto. Aun cuando llegan las cajas de donaciones, rebosantes de lino y naftalina, parece ser que él nunca toma nada, excepto su camisa nueva para la boda.

Camino de puntitas para sacar la camisa del armario y me encojo cuando los ganchos suenan, pero Josef no despierta. La camisa es de color gris deslucido que alguna vez podría haber sido blanca o azul; ahora está como almidonada por el sol, pero lleva el peso y las lavadas de otros cien días sobre la piel de Josef. Huele a limpio, como a hierba y al sol que la secó, y por debajo de eso huele a Josef, a la dulzura

ahumada de su piel. De cerca confirmo lo que noté antes sobre la labor de Josef con los botones: están cosidos con firmeza, pero sin sentido estético alguno. El bolsillo sigue desgarrado. No es tan necesario, supongo.

En silencio, agarro mi vestido y busco a tientas en el bolsillo. Ahí guardé hilo y aguja por si algo salía mal en el último minuto con el vestido de Breine. No creo que a Josef le moleste que el color del hilo no combine.

Me siento en la cama vacía de Chaim, pongo la lámpara junto a mí y arreglo primero los botones, arranco los que están desalineados y los emparejo con sus ojales. Para el bolsillo uso una puntada básica, la primera que aprendí cuando Baba Rose guiaba mi mano con delicadeza mientras pasaba la aguja por dos retazos de tela para practicar. No es la costura elegante que reservaba para la ropa de nuestra fábrica; es la costura privada, familiar, que usaba para hacer el dobladillo a los pantalones de mi papá o parchar una manga de Baba Rose.

—¿Qué haces?

Josef sigue medio dormido; su voz suena quebrada y tiene una arruga de la almohada marcada en la mejilla.

—Vuelve a dormir —le digo.

—¿Arreglas mi camisa?

—¿Por qué no tienes más de una?

—Tengo dos —balbucea.

—Bueno, *ahora* tienes dos, porque conseguiste una nueva para la boda. ¿Por qué nunca conseguiste otra antes?

—Otras personas las necesitan más.

—Josef. Tenías *una sola camisa*.

—Me gusta verte trabajar. Eres muy buena.

—¿Cómo puedes saberlo? A juzgar por el estado de los botones antes de que los arreglara, tú eres muy malo.

—Me gusta verte trabajar —se queda dormido de nuevo; arrastra las palabras.

—Vuelve a dormir, Josef.

Espero hasta que su respiración se estabiliza y entonces hago un pliegue extra en la tela del bolsillo. Corto un poco de tela de donde Josef no lo notará y comienzo a bordar con rapidez.

Z de Zofia, 1945, quien arregló una de tus camisas y te arrancó otra.

Enrollo la tela entre mis dedos —formo el rollo más pequeño que puedo—, la meto en el espacio adicional que hice en el bolsillo y lo cierro. Me sentiría mortificada y complacida a la vez si alguna vez Josef encontrara el bordado. A mi familia le parecía lindo que pusiera mensajes en la ropa, pero nunca confesé las pocas veces que lo hice para mis amigos. Nunca supe si les parecería lindo o extraño. Tal vez

sea extraño. Apenas conozco a Josef.

Hoy elijo amar a la persona que está frente a mí, dijo Breine cuando me contó que planeaba casarse con un hombre que conocía desde hacía menos de dos meses. No digo que quiera casarme. No digo que lo ame.

Pero anoche estuvimos juntos, e incluso si Josef nunca encuentra el mensaje me gusta la idea de que mi nombre esté tan cerca de su piel. Me gusta aún más la idea de que exista un registro de lo que sucedió anoche; podría pasarme algo a mí, o a Josef, pero ese registro existirá porque yo lo escribí.

A punto de regresar a mi choza, veo una figura que sale a toda velocidad por la puerta: es Breine, aún vestida de novia, que sujeta algo contra su pecho. Se sobresalta al oír mis pisadas, pero ríe al darse cuenta de que soy yo.

—¿Por qué regresas tan tarde? —dice, alzando una ceja—. *Alguien* la ha pasado bien.

—¿Qué haces tú aquí? —le respondo—. ¿No se supone que ahora vives con Chaim?

Me muestra el objeto que lleva en la mano.

—Cepillo dental. Lo olvidé. Chaim dijo que no me preocupara, pero ¿quién quiere despertar sin cepillo dental la primera mañana con su marido? —se sonroja al decir la última palabra—. ¡Marido! ¿Puedes creerlo?

—Fue una hermosa boda, Breine.

—¿Verdad que sí? Ya lo creo.

—Sí que lo fue. Y ahora debo dejar que vuelvas con tu *marido*. Si te ausentas por mucho tiempo pensará que te arrepentiste.

—Sí —dice, y hace una ridícula reverencia a la par que sujeta las orillas de su vestido—. Pero me alegra haberte visto porque de todos modos tenía planeado buscarte mañana. Quería decirte algo: Ravid no vendrá.

—¿A la cama contigo y con Chaim? Espero que no.

Breine ríe.

—A Eretz Israel. Ravid conoce a alguien que tiene un barco. Puede zarpar de Italia. Pero él y Rebekah no irán con nosotros. Nos lo dijeron después de la boda.

—¿Por qué no? Él los organizó a todos, ¿no?

—Por eso. Ravid se quedará a organizar más viajes; piensa que así es más útil.

—Debe ser difícil para ti despedirte de un amigo.

Todavía no sé por qué abordamos esta conversación. No conozco a Ravid lo suficiente para tener una opinión sobre si debería acompañar al resto del grupo.

Sin embargo, los ojos de Breine reflejan astucia; me dirige una mirada entreverada mientras me toma las manos.

—De eso quería hablarte. Zofia, me pregunto si querrías venir con nosotros —levanta un dedo antes de que pueda protestar—. Sé que antes dijiste que tienes tus propios planes, pero ahora la invitación es real. Hay dos lugares desocupados. No tienen que tomarlos, pero escucha: estoy agradecida porque hiciste mi vestido y feliz de que hayas encontrado a tu hermano. Además, soy un poco mayor que tú y no quiero sonar mandona pero… ha sido muy reconfortante para mí seguir adelante con la vida, no ir hacia atrás. Si le dijéramos a Ravid primero, antes que al resto, estoy segura de que les daría los lugares. A ti y a Abek.

—No puedo… irme y ya.

—¿Por qué no? Viniste aquí para buscar a Abek y ya lo encontraste. Hiciste lo que querías hacer. Piensa en lo que sigue, ¿está bien? Es sólo una sugerencia.

Aparto mis manos de las de Breine. Finjo tener frío. Meto las manos bajo las axilas y miro al piso.

—Aún no estoy lista para decidir nada. Abek *acaba* de llegar. *Acabo* de encontrarlo. Sólo han pasado unos días.

—¿Esto tiene algo que ver con Josef?

Siento la cara ardiente al escuchar esa pregunta, y también al ver que ella da por hecho que yo podría planear una decisión tan importante priorizando a un chico que conozco desde hace pocas semanas.

—Perdón —dice como reacción a mi silencio—. Los vi bailando juntos y ahora regresas a la choza a las cuatro de la mañana.

—No se trata de Josef. Ya tengo un plan: encontrar a Abek y volver a casa. Ése es el plan.

—Zofia —dice Breine con gentileza. No intenta volver a tomarme las manos, pero de algún modo se agacha para poder mirarme a los ojos desde abajo—. ¿Qué hay allá para ustedes ahora? Dime, Zofia. ¿Qué les espera allá, en su casa?

—Mi amiga Gosia —digo, pero sé que ésa no es una respuesta. Gosia me diría que sea feliz, dondequiera que esté la felicidad, y que le envíe postales durante mi trayecto. ¿Qué más? ¿El departamento de mi familia? Podría dejárselo a Gosia. Siento que ese departamento es parte de mi historia, pero también fue nuevo en algún momento. En algún momento, Baba Rose y su esposo fueron jóvenes y recién casados, se mudaron a un departamento vacío para empezar a llenarlo de muebles y hacer una nueva vida.

¿Qué tenía de especial ese departamento antes de que se mudaran? Nada. Todo lo especial de ese departamento era la familia que construyeron en él. ¿Acaso no podría haber sido cualquier

departamento?

Pienso en la última vez que salí del hogar de mi familia. A mitad de la noche, mientras el dulce Dima dormía, el mismo día que vi una bandera nazi en el florero de mi vecina, y la misma noche que un grupo de hombres me amenazó. Mi hogar ya estaba saqueado, destruido; era una sombra de sí mismo. Me dije que el lugar en el que había crecido no se sentía bien porque mi familia no estaba ahí conmigo. ¿Y si ese sentimiento provenía de que ya no era un lugar indicado para vivir? Abek no ha dicho que quiere volver a Sosnowiec. Sólo dijo que quiere ir a casa.

—Sólo creo que es mejor para todos seguir en movimiento —dice Breine—. Eso es todo.

—Lo pensaré —digo—. Hablaré con Abek.

—Piensa rápido —responde—. Si le digo a Ravid que están interesados, tal vez pueda mantener a raya a otras personas durante una semana. Así que piénsalo bien, pero piensa rápido.

U

De regreso en mi cama —mientras Esther dormita al otro lado del cuarto, y Abek se acurruca en el viejo lugar de Breine—, me agito, me revuelvo y trato de conciliar el sueño mientras cuento ovejas; luego multiplico la tabla del dos e intento recitar países del mundo. Mi almohada se siente caliente e incómoda y no puedo dejar de pensar que hace una hora mi mejilla descansaba en la almohada de Josef. El sol está a medio camino de levantarse por completo, llena la habitación de un tono violeta y luego anaranjado. Entonces me reconcilio con la idea de que ya no dormiré esta noche.

Escucho un murmullo al otro lado de la habitación. Abek. Me paralizo, temerosa de haberlo despertado con mis movimientos, pero entonces el ruido aumenta. Abek se revuelve entre sus sábanas. Sigue dormido. Es una pesadilla: los ruidos que emite no son palabras, sino quejidos de miedo y desesperación. De inmediato bajo de la cama y me acerco a mi hermano. Primero le acaricio la frente y hago sonidos para tranquilizarlo, pero como eso no funciona sacudo su hombro con fuerza.

—Abek. Despierta. Despierta ya —él abre los ojos, al principio sin enfocar, mientras busca a tientas en el cuarto oscuro y se aferra a mi muñeca—. Estás soñando. Sólo es eso.

Se incorpora de golpe y respira.

—¿Te molesté? ¿Dije algo?

—Casi no noté que hacías ruido —miento, y se me rompe un poco el corazón por el recuerdo de sus débiles gemidos—. De hecho ya estaba despierta. Y Esther… —asiento hacia donde Esther duerme como suele hacerlo, con una almohada sobre la cabeza.

—Oh.

—Y… ahora que despertaste, vamos a caminar un rato.

—¿A caminar? —repite, con un poco de sueño en la voz—. ¿Ahora?

—Sí, de todos modos quería hacerlo —improviso mientras vuelvo a la cama en busca de mis zapatos. En realidad no quiero que regrese a dormir y escuchar de nuevo esos ruidos—. Vamos, también tengo tus zapatos.

Estoy al tanto, de manera vaga, de que Foehrenwald está ubicado en las afueras de un pueblo llamado Wolfratshausen. Esther me habló de él; me contó que hay algunas tiendas abiertas, lugares donde se pueden comprar bollos o un plato de sopa. Nunca he tenido ocasión

de recorrerlo, y hoy parece un buen día para intentarlo. No tenemos que prepararnos para una boda. No tengo que coser ningún vestido. No tengo que encontrar a ningún hermano. Si no planeo una actividad para Abek y para mí, el día se alargará ante nosotros.

Cuando salimos de la choza, el sol no ha terminado de salir. Abek camina detrás de mí frotándose los ojos con el puño.

—¿Verdad que esto es lindo? —digo mientras pasamos por los establos y el estanque—. ¿Estar afuera los dos solos? Pensé que en vez de ir a desayunar a la cafetería, podíamos ir a un restaurante y tomar una taza de café. Y creo que hay un castillo en ruinas. Podríamos ir allá primero.

Sin embargo, cuando llegamos a las ruinas que Esther mencionó, veo que sus descripciones fueron generosas. Una placa nos informa que el castillo fue demolido hace doscientos años cuando un relámpago cayó en una torre donde había pólvora almacenada. Ya no quedan más que unas cuantas rocas.

—Café —digo con tenacidad—. Veamos si podemos encontrar café de verdad. Es una ocasión especial; esta vez tengo dinero. ¿Y tal vez un pastelillo?

Pero esta idea tampoco funciona; es demasiado temprano para que los cafés estén abiertos. Casi no hay nadie en la calle. Además, después del clima frío de anoche, he decidido usar un suéter, pero ahora, de forma inesperada, el día se convierte en un último suspiro de verano. Aunque es temprano, el sudor se acumula en mis axilas mientras regresamos desanimados al campo. El vestido se me adhiere al cuerpo y me hace sentir incómoda.

—Me pregunto cómo estará el tío Pedorro —digo con falsa alegría a las espaldas de Abek, que avanza por el sendero de grava delante de mí.

—¿Qué? Ah, sí. Ja.

Pero no es tan gracioso a la luz del día. Hasta yo lo sé. Esperaba recrear un poco de la diversión de anoche.

—Zofia —dice, y se detiene en seco. Mete sus manos en los bolsillos—. Lamento lo de anoche con el vino. Lamento haberme enojado.

—No tienes que disculparte —digo, y le indico que sigamos adelante—. Fue la conclusión de un largo día y esta semana pasaron muchas cosas.

—Aun así no debí hacerlo.

—Está bien —insisto—. Te desperté temprano para nada y ahora hace mucho calor. Pero ya casi llegamos al campo; podemos buscar trapos húmedos para refrescarnos.

—O… —dice, despacio—. O pensaba que podemos ir a otro lado.

—¿Como a dónde?

—Podríamos dar un paseo en bicicleta.

—Ja —contesto; es mi turno de ser burlona—. ¿Había una bicicleta en la caja de donaciones?

—No. ¿No las viste cuando pasamos? Había algunas afuera de los establos.

Ya estamos en las afueras del campo. Abek señala hacia los establos encalados donde hay dos bicicletas oxidadas apoyadas en la pared.

Ahora me doy cuenta de que no era broma. Abek está emocionado, lo más entusiasmado que lo he visto desde que llegó.

—Pero ni siquiera sabemos andar en bicicleta —protesto entre risas. Tenía planeado aprender el mismo verano que llegaron los alemanes, pero decretaron una ley que prohibía a los judíos poseer bicicletas.

—*Yo* sí.

—¿Sabes andar en bicicleta? ¿Cuándo aprendiste?

—En casa de Ladna —dice—. La granja donde me hospedé. Ella tenía una, puedo enseñarte.

Mi primer impulso es decirle que se equivoca. Que no sabe andar en bicicleta. Me siento como cuando me contó que había tratado de leer a Charles Dickens: herida y escandalizada por la idea de una vida sobre la cual no sé nada.

—Hace demasiado calor para eso.

—Hace calor, pero el viento nos haría sentir más frescos. ¿Por favor? —dice, y de pronto parece tímido—. Hagámoslo juntos. Sería divertido. Hacer algo nuevo los dos juntos. Algo que nunca antes hemos hecho juntos.

—¿Como un nuevo recuerdo? —pregunto.

Su cara se ilumina.

—Sí. Algo nuevo.

—Supongo que sí.

Las bicicletas junto al establo están oxidadas; el caucho de las llantas se ve agrietado y frágil, y los frenos chillan. Abek hace un espectáculo de su inspección —pienso que es para mí: un gesto dulce y caballeroso— y declara que son seguras “mientras no nos alejemos demasiado”.

—Sube la pierna —me dice a la par que sostiene el asiento con firmeza.

—Voy a caerme.

—No.

Ya hizo la demostración para mí, pedalea con sus piernas delgadas y torpes. Me explicó que sólo caes si te detienes. Mientras más rápido vayas, más a salvo estás, dijo.

—¿Entiendes, Zofia? No vas a caerte —me asegura de nuevo—.

Vas a empezar con un pedal arriba y otro abajo, en las once y las cinco del reloj. Luego empujas el pedal de arriba hacia adelante, al mismo tiempo que te impulsas desde el piso y subes el otro pie al pedal más bajo. ¿Eso tiene sentido?

—¿No podemos empezar sobre el pasto?

Abek niega con la cabeza.

—Es mejor en suelo duro. Parece que da más miedo, pero ahí puedes adquirir velocidad más pronto, así que hay *menos* posibilidades de que te caigas. ¿Estás lista? Te prometo que no te dejaré caer.

El manubrio tiembla en mis manos; entiendo que sólo tengo que mantenerlo recto, pero parece tener mente propia mientras me impulso desde el suelo en mi mejor imitación de Abek. Puedo sentir que tiene razón: si pudiera pedalear más rápido me sentiría más equilibrada. Pero no logro que mis piernas se muevan así; las llantas viejas y desinfladas parecen aferrarse a cada guijarro del suelo.

Lo intentamos una y otra vez en tramos cortos. Cinco metros, luego quince, luego veinte. Abek me ayuda a detener la bicicleta en cada intento, reacomoda la cadena rebelde y habla de lo que debo hacer la próxima vez: debo sentarme un poco más atrás en el asiento, debo intentar empezar con el pedal derecho arriba en vez del izquierdo. Con agridulce orgullo, me doy cuenta de que es buen maestro, incluso para ser tan joven. Es paciente y minucioso e insiste en enseñarme aun cuando digo que me conformaría con sentarme y verlo en bicicleta sólo a él.

Es un buen chico, es la idea que estoy tratando de formular. Se ha convertido en un chico decente y bueno.

Debemos llevar una hora practicando. A mi lado, Abek tiene una mano en el asiento de la bicicleta y la otra en el manubrio para impedir que me caiga hacia un lado o salga del camino. Veo que los músculos de su brazo delgado están tan tensos que tiemblan. Sus nudillos se han puesto blancos; jadea más que yo, y le cuesta cada vez más trabajo seguir el paso.

—Podemos parar —digo.

—No; lo tengo; no voy a dejar que te caigas.

—Te estás cansan…

—Zofia, mira el camino.

Pero es demasiado tarde. Cuando volteo a ver a Abek, mi cuerpo olvida que está conectado al manubrio, y que si giro, la bicicleta también lo hará. Abek intenta enderezarla, pero no lo logra. Por un peligroso instante, la bicicleta queda suspendida, como si decidiera hacia qué lado caer; entonces Abek agarra mi cintura y me atrae hacia él, de modo que caemos sobre el terreno más alto, en vez de caer a una zanja.

Mis rodillas derrapan sobre el pasto, pero para Abek es peor.

Caigo encima de él y el tacón de mi zapato se clava en su espinilla.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras me pongo de rodillas, aterrada de haberlo lastimado.

—No quería que eso pasara —se disculpa y se pone de pie—. Dije que no te dejaría caer, lo prometí.

—No lo hiciste a propósito —le aseguro, aliviada de que no se haya lastimado—. A menos que *sí* lo hayas hecho a propósito porque te levanté temprano.

Avergonzado, niega con la cabeza.

—Te juro que no.

—Abek, es broma. Por supuesto que no lo hiciste a propósito. Me divertí.

—¿De verdad?

—De verdad me divertí. Eres buen maestro.

Me ofrece la mano con amabilidad, ayuda a que me levante y luego ambos oímos que alguien se acerca desde los establos.

—Al menos los caballos ponen cara de culpa cuando te tiran —dice una voz. Giro la cabeza y veo a Josef, con las manos en los bolsillos—. A esa bicicleta no le importa en lo más mínimo.

Tiene puesta la camisa que reparé hace unas horas y eso me hace sentir una tibieza en el estómago. Me pregunto si debí hacer algo al salir, dejarle una nota o despertarlo de nuevo. No conozco el protocolo para salir de la cama de un hombre a mitad de la noche.

—Esos caballos nunca se ven culpables —digo, mientras busco briznas de pasto que me hayan quedado en el cabello.

—El problema es que todavía eres su amiga.

Abek nos mira a uno y a otro. Me alegra haberlos presentado ayer; hoy no sabría qué decir. ¿Mi amigo Josef? ¿Mi novio? Debe habernos visto alejarnos juntos anoche.

—Los frenos chillan, ¿verdad? —dice Josef, volteando hacia Abek—. Eso dijo alguien ayer.

—Chillan. Y esta cadena no se queda en su lugar.

Josef se agacha y Abek se pone de rodillas a su lado; examinan pegados la cadena y sus manos se ensucian de grasa.

—En realidad no sé nada sobre bicicletas —le dice Josef a Abek—. Pero ¿qué tal si limpiamos la cadena? La grasa está solidificada.

—Debí intentar eso antes de que las usáramos —dice Abek.

—Estoy seguro de que no habría importado. Las bicicletas son un desastre.

Se ven muy cómodos uno con el otro. Me gusta cómo Josef le habla a Abek, cómo le asegura que el desperfecto de las bicicletas no fue su culpa. Me gusta cómo Abek lo escucha.

¿Familia? Mi corazón hace esa pregunta antes de que mi cerebro pueda detenerlo. ¿Así podría verse mi futuro o alguna versión de mi

futuro?

—Hay unos trapos limpios apilados en los establos —le dice Josef a Abek—. Puedo trabajar en la cadena y después, si nos interesa hacer algo con los frenos, tal vez en el edificio de la escuela de oficios tengan algún tipo de aceite que funcione. ¿Quieres ir a ver? Es el edificio con forma de A detrás del comedor.

Abek se limpia las manos grasientas en el pasto antes de desaparecer en los establos y, un momento después, vuelve con un par de trozos de franela limpia.

—¿Son éstos? —pregunta, los lanza en nuestra dirección y se aleja hacia el edificio que Josef describió mientras me dirige una mirada rápida para cerciorarse de que todo esté bien.

Mientras Abek desaparece de mi vista, Josef se acomoda en el pasto y trata de sacar la cadena.

—Prueba ahí —sugiero y señalo el lugar.

—¿Ahora sabes de bicicletas? —dice en tono juguetón—. ¿Quieres hacerlo tú?

—Puedo averiguar el funcionamiento de las máquinas cuando se descomponen. He ensamblado máquinas de coser; he reparado telares.

Josef se sonroja. Le dije eso anoche. Le conté que la cicatriz de mi brazo la causó la lanzadera de un telar. Se lo dije cuando estaba a punto de desnudarme en su cuarto.

Josef sigue mis instrucciones, quita la cadena de la bicicleta y la extiende frente a él sobre el pasto limpio.

—Yo, eh… tenía planeado buscarte más tarde —dice mientras toma uno de los trapos limpios y comienza a quitarle la mugre a la cadena, eslabón por eslabón. Si no lo conociera, pensaría que Josef está tan incómodo como yo en su intento por saber cómo hablar conmigo hoy—. Anoche dejaste algo en mi choza.

Repaso en mi cabeza lo que podría haber dejado; lo único que tenía conmigo era mi ropa y mis zapatos, y sé que no volví desnuda a mi choza.

—¿Qué dejé?

—Busca en mi bolsillo —dice, mostrando sus manos sucias.

Es la nota que dejé en su camisa, pienso, mortificada. *Ya la encontró y ahora se burlará de mí por eso*. Josef se percata de mi expresión, pero es evidente que no comprende qué significa.

—Es un poco de hilo —explica—. Lo dejaste cuando arreglaste los botones.

—Hilo —repito aliviada; meto la mano al bolsillo de Josef, y palpo su pecho hasta que mis dedos se enredan en la maraña de hilo de seda en el fondo. Aunque todavía es emocionante tocarlo de una manera tan íntima, me doy cuenta, algo avergonzada, de que mi mano lleva ahí más tiempo del necesario. Saco rápido el hilo y lo extiendo

sobre mi regazo para deshacer los nudos formados en el bolsillo de Josef.

Es inútil tomarse la molestia. No quedaron más de cuatro o cinco centímetros de hilo. Puedo encontrarle un uso a casi cualquier cosa: un tramo de hilo más largo podría servir para poner un botón, o como hilo dental, o para hacer un moño en el cabello a una muñeca; pero este pedazo es tan corto que ni siquiera a mí se me ocurre un uso. Lo tiré a la basura en el cuarto de Josef. Con placer, me doy cuenta de que eso significa que lo sacó a propósito y así podía tener la excusa para hablar conmigo.

—Lamento haber salido tan temprano —digo mientras extiendo la maraña de hilo en mi regazo—. Pensé que debía volver con Abek, no quería que él o Esther se preocuparan, y…

Y no tenía idea de cómo actuar, termino la frase en mi cabeza. Porque nunca había estado en esa situación ni había pensado que lo estaría.

Josef interrumpe mi disculpa.

—Claro, claro. Supuse que querías regresar. Quería dejarte en paz esta mañana porque supuse que querrías pasarla con Abek —dice mientras limpia otro eslabón de la cadena que ya empieza a brillar—. ¿Cómo está Abek? ¿Cómo es estar con él?

—Está… —me detengo porque iba a decir *está bien*, lo cual sería una respuesta incompleta para esta situación. Josef me mira y deja la cadena en el pasto. De verdad le interesa mi respuesta; no espera algo superficial—. Estuvimos aquí afuera una hora, me enseñó a usar esta estúpida bicicleta a pesar de que soy pésima y la bicicleta es pésima. Y es extraño, porque…

Hago una pausa porque intento formular en voz alta algo que ni siquiera he tenido oportunidad de formular en mi mente.

—Porque desde que volvió todo ha sido casi como un sueño. Su presencia en la boda y la noche que pasó en nuestra choza. Pero de alguna manera, esta mañana es cuando más siento que tengo un hermano; no sólo es un recuerdo. Si eso tiene sentido.

Josef se muerde el labio y asiente.

—Creo que sí. Con mi hermana… hay una diferencia entre amar a una persona y amar el recuerdo de esa persona. O entre amar lo que alguien es y lo que quieres que sea.

—Esther dice que incluso nos reímos igual.

—No es así.

Su respuesta me toma por sorpresa; hago una bola con el hilo y se la lanzo.

—Gracias.

Él levanta la mano como si se defendiera.

—No quise ofenderte; sólo digo que no creo que tengan la misma

risa. La tuya es más pícara. Lo he visto; a veces resoplas.

—*Gracias*.

—Lo digo como algo bueno. Te ríes como si todo fuera un secreto —me mira y tuerce la boca, me parece, con un poco de vergüenza—. Te ríes y nunca sé qué saldrá de tu boca después.

Casi ha terminado de limpiar la cadena de la bicicleta, así que voy a donde está la segunda bicicleta, todavía apoyada en la pared del establo, y la traigo. Ésta tiene la cadena en un estado aún peor que la primera; por eso Abek y yo no la elegimos. La pongo sobre el pasto, me protejo las manos con un trapo limpio y le quito la cadena.

—Breine intenta convencerme de que vaya con ellos —digo. La mano de Josef vacila—. Están en contacto con alguien que tiene un barco. Zarpará de Italia y todavía tiene lugares. Se irán pronto.

—Nunca hablaste de… Siempre pensé que ibas a… —recobra la compostura y vuelve a empezar—. ¿Quieres ir?

—No estoy segura. Casi no he tenido tiempo de pensarlo. ¿*Tú* quieres ir?

Aprieta los labios.

—No soy parte de ese grupo.

—Yo tampoco. Breine sólo dijo que tenían unas vacantes inesperadas.

Se queda callado un largo rato y empiezo a pensar que no responderá.

—No voy a ir —dice al fin.

—¿Por qué no?

—Porque no. No es el lugar al que pertenezco. No quiero quitarle el lugar a alguien que de verdad lo quiere.

—Bueno —digo—. Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—¿A qué te refieres?

Sé que estoy entrando a un terreno personal, pero aun así insisto. He estado en la cama de este hombre; no está fuera de lugar que pregunte.

—Bueno, Breine y Chaim están aquí porque quieren aprender a dirigir una granja. Esther está tomando clases de taquigrafía. Yo estoy aquí porque buscaba a mi hermano. Pero cuando estábamos en la carreta, de camino al Kloster Indersdorf, dijiste que querías irte lo más pronto posible. Sólo que no he visto que quieras irte.

Se pone tenso.

—Cuido los caballos.

—No digo que no seas útil. Sólo digo que lo que dijiste daba a entender que querías recuperarte y seguir tu camino, pero nunca he escuchado que menciones lo que quieres hacer después. Ni siquiera sé qué hacías *antes*.

—Antes vivía con mi familia y aprendía a cuidar los caballos.

—*Durante*, entonces. No tengo idea de qué te pasó durante la guerra.

Aprieta los dientes.

—Durante la guerra perdí los dientes y se me cayó una parte del cabello.

—Josef. Sabes que eso no es lo que…

—Sería triste que te fueras —me interrumpe.

—¿Qué dijiste?

Termina con la cadena y se limpia las manos con el trapo.

—Quiero que vayas con Breine y Chaim si eso deseas. Sé que acabo de conocerte y no puedo pedirte nada. Pero si una parte de ti habló sobre la invitación de Breine porque querías ver mi reacción… Mi reacción es que me pondría triste.

Me muerdo la mejilla para no sonreír por lo que Josef acaba de decir.

—Creo que yo también estaría triste.

—Así que, tal vez, puedes dejar trocitos de hilo en mi cuarto hasta que tomes una decisión, así podré tener excusas para volver a ti.

Levanto el hilo del pasto donde cayó cuando se lo lancé.

—¿Quieres llevarte esto para que puedas traérmelo mañana?

—Sí —dice, y recibe el hilo con actitud solemne—. ¿Puedo besarte ahora?

—Puedes.

V

Al cabo de unos días, Abek y yo ya tenemos una rutina. Desayuno por la mañana. Una o dos horas de clases de bicicleta, una actividad para la cual soy una inútil sin remedio. Y después de eso… Mis alteraciones al vestido de Breine han tenido un resultado inesperado. La tarde después de la boda, una mujer que nunca había visto llegó a la choza con una falda en la mano y me preguntó si podía hacerle la bastilla. Al día siguiente, su amiga me trajo una chaqueta que necesitaba un ajuste en la cintura; algunos hombres trajeron camisas con botones sueltos, pantalones con las piernas demasiado largas y trajes que necesitaban parches en los codos.

No es trabajo difícil ni inspirador, pero es trabajo. Es útil, una actividad que me hace sentir útil y normal. La gente casi no tiene dinero para pagar, así que me dan otras cosas: zapatos con suelas nuevas para Abek, velas, queroseno, una caja de madera tallada para guardar cosas.

Una tarde estoy sentada en mi cuarto, termino el delicado bordado de un pañuelo para una reunión de despedida planeada esa noche. Miriam. Un par de noches después de la boda regresó a nuestra choza, pero pronto se dio cuenta de que su razón para estar en Foehrenwald ya no existía. Ahora que sabe que su hermana nunca vendrá, ha decidido volver a Holanda. Cree que todavía tiene amigos allá. Breine y Chaim organizaron la reunión y me pidieron que hiciera un regalo. Bordé flores en las orillas del pañuelo y las iniciales de todas en el centro.

Es una fiesta muy triste, una fiesta que pretende lograr muchas cosas. Se siente extraño pedirle a Miriam que recuerde su tiempo en Foehrenwald cuando gran parte de ese tiempo está definido por cosas que preferiría olvidar. Pero de todos modos le doy el pañuelo y lo dobla con cuidado para guardarlo en su bolsillo.

—¿Sabes que mi hermana se llama Rose? —dice mientras toca con tristeza las flores bordadas—. Pensaré que ella sabe que hiciste esto para mí.

Al terminar la cena, vuelvo a la choza con Abek y pienso en el regreso de Miriam a Holanda, en comienzos y finales.

No hay una razón estricta por la que necesite estar en Foehrenwald. Podría dedicarme a la costura en cualquier lugar. Podría

hacerlo en Sosnowiec y eso dejaría dos camas libres para los refugiados que llegan todos los días. Este lugar no es permanente.

—¿Quieres tratar de andar en bicicleta antes de que oscurezca por completo? —pregunta Abek—. Creo que también unas personas van a jugar cartas más tarde.

Estamos a medio camino de la choza, recorremos el sendero de tierra. Es una noche fría —las temperaturas otoñales normales volvieron— y cruzo los brazos sobre el pecho.

—De hecho, pensaba que deberíamos hablar sobre el futuro.

—¿El futuro?

—Sobre qué hacer ahora. Has estado aquí un tiempo y ahora que estamos juntos deberíamos tener un plan.

—Está bien. ¿Cuáles son las opciones?

—Podríamos volver a Sosnowiec ahora mismo —digo despacio—. Ésa es la primera opción. Es lo que siempre pensé que haríamos. Podríamos vivir en nuestro viejo departamento y buscar a nuestros viejos amigos. ¿Recuerdas tu viejo cuarto? Sé que a Gosia le daría gusto verte, y…

—¿Qué más? —me interrumpe—. También dijiste que podíamos ir con Breine y Chaim en su barco.

—Podríamos ir con ellos en su barco —continúo algo desconcertada por lo rápido que desechó la opción de ir a casa—. Supongo que también hay barcos que pueden ir a cualquier lugar del mundo. Podríamos ir a… a Suecia, Argentina o Estados Unidos.

—Yo quería ir a Noruega —dice Abek de pronto.

—¿A Noruega? ¿Desde cuándo? —pregunto riendo—. ¿Por qué?

Él baja la mirada.

—Conocí a un hombre que fue amable conmigo. Era noruego. Me contó que hay… no son ríos, pero algo así. Y montañas.

—Fiordos —digo—. Son entradas de mar, creo. Está bien, podemos añadir Noruega a nuestra lista. ¿Algún otro lugar?

¿Josef quiere ir a Noruega?, se pregunta una parte de mi cerebro, pero aparto ese pensamiento de inmediato. Esta conversación es sobre Abek y yo. No es sobre Josef.

—Lo más importante es que necesitas volver a la escuela —digo, y él hace una mueca—. *Sí.* Estoy casi segura de que no has recibido clases de ningún tipo desde la señora Schulman, cuando tenías ocho, y no has estado en una escuela de verdad.

—¿Tú puedes enseñarme?

—Ésa no es una solución permanente. Necesito pensar en cómo ganar dinero para mantenernos.

—Yo también podría trabajar.

—No quiero que trabajes. Eres muy joven. Quiero que tengas una niñez normal. La escuela era importante para papá y mamá,

¿recuerdas?

Abek pone los ojos en blanco.

—No soy un niño —hay un dejo de irritación en su voz similar al que oí cuando no lo dejé beber más vino en la boda.

—Bueno, quiero que tengas una *vida* normal —corrijo—. Los chicos de doce años normales van a la escuela.

—Los chicos de doce años normales no sobreviven a Birkenau escondidos en las letrinas cuando el comandante hace su lista de selección. Ya es muy tarde para que sea un chico de doce años normal.

—A mí no me importan los chicos de doce años *normales* —contesto exasperada—. Me importa mi herm… Espera. Abek, ¿qué acabas de decir?

Repito en mi mente lo que dijo y trato de descifrar por qué me suena extraño.

—Nada. No importa.

—Pero tú debías trabajar *para* el comandante. Ése fue el arreglo que hice para ti. ¿Por qué tendrías que esconderte de él en letrinas?

—Dije que no importa. Sólo me equivoqué. ¿Puedo equivocarme?

—Claro que sí, sólo…

—No me gusta hablar del pasado —insiste, enojado—. Y tú siempre quieres hablar de eso.

—No es verdad.

—Siempre hablas sobre cómo papá se adueñó del negocio, o lo que decía mamá sobre alguna cosa cuando íbamos a algún lugar en algún momento, o por qué la tía Maja seguía soltera, o a qué viejos amigos les gustaría verme.

Una pareja parlanchina se aproxima, pero ambos callan al pasar. Hemos alzado la voz sin querer. La mujer nos mira hasta que nota que me doy cuenta y entonces retoma su conversación de inmediato en un tono más alto de lo normal.

—No es mi intención —digo bajando la voz.

—Siempre me pones a prueba para ver qué recuerdo y qué no. Como si pensaras que algo anda mal conmigo.

—No es así.

—Así se *siente* —Abek se da la vuelta, se encoge de hombros en un gesto defensivo—. ¿Por qué importa si recuerdo qué mentiras contaste?

—Porque es nuestra *historia*. Porque es *importante*.

—Porque es importante para *ti*. Te importa más que yo.

—¡Abek! —las palabras que salen de su boca me toman por sorpresa, así como la repentina vehemencia con que las dice—. Eso no es verdad.

Mi primera reacción a la agitación de Abek es decirle que sólo imagina cosas; por supuesto que no hago lo que él dice. Pero aunque

quiero decirle eso, no puedo evitar sentirme confundida y alarmada.

¿Cómo fue que esta conversación salió de control tan rápido? No puedo determinar qué hizo enojar a Abek tan pronto, y no puedo evitar preocuparme de que ese enojo cubra algo más. No me gusta cómo me hace sentir esta conversación. No me gusta lo que está empezando a sacar de mi cerebro.

¿Por qué Abek no recordaría el trato que hice para que trabajara bajo las órdenes del comandante? Parece algo muy básico, una parte básica de nuestra historia. ¿Hay algo que evita decirme? ¿Algo tan terrible que cree que no podría soportarlo? ¿O algo que no recuerda? ¿Cómo podría no recordar un detalle tan importante de nuestro pasado?

—Volvamos —digo, agotada por la conversación—. Sólo volvamos a la choza.

—Te pierdes en tus pensamientos.

Una mano toca mi hombro con suavidad y salto. Es Josef. Levanta las manos en señal de disculpa.

—Llevo unos minutos diciendo tu nombre. No quería asustarte.

—No me asustaste… Es decir, tienes razón. Estaba perdida en mis pensamientos.

Acabo de dejar a Abek en la choza. Como el momento incómodo entre nosotros no se disipaba, le dije que necesitaba salir a caminar. Mis pies me llevaron de inmediato a los establos, a donde me han llevado varias veces en los últimos días. Estoy de pie en la puerta, demasiado distraída para entrar.

Josef vuelve a su taburete de tres patas para limpiar cepillos y peines. Cada vez que llego, Josef está ocupado en algo —limpia una caseta, repara alguna herramienta—, y siempre me saluda como si estuviera sorprendido de verme y a la vez no. Al principio lo interpreté como indiferencia, pero pronto me di cuenta de que sólo está tratando de no esperanzarse demasiado. No lo vi en la cena. Nunca lo veo en la cena.

Lo veo *después* de la cena. Lo veo durante nuestras caminatas a medianoche, cuando se detiene y me besa contra la áspera pared de los establos. Lo veo en la penumbra de su habitación, donde sus manos ya no tienen problemas con los botones de mi vestido. Pero después vuelvo a mi choza. Y ceno con Breine, Esther y Chaim. Lo que tenemos Josef y yo parece indefinido e importante a la vez, pero suele alejarse de todos excepto de mí.

Hoy, mientras Josef trabaja, saco una manzana de la bolsa y la sostengo bajo la nariz de Pluma. Siento su hocico cálido y peludo en la palma de mi mano cuando toma la fruta y me da un empujoncito para que le dé otra.

—¿Algo te molesta? —pregunta Josef.

—No, estoy bien —respondo.

Pero supongo que esperé un momento antes de responder porque en vez de asentir y seguir con la conversación, Josef me mira con una ceja alzada.

—¿Hay algo en particular de lo que quieras hablar? —noto inquietud en su voz. Me doy cuenta de que le preocupa que el posible problema tenga algo que ver con él.

—Tuve una conversación extraña con Abek. Dijo algunas cosas que no entiendo.

Josef parece aliviado y preocupado al mismo tiempo.

—¿Qué tipo de cosas?

—Se enojó conmigo porque dijo que me enfoco demasiado en el pasado. Pero me pregunto si evita hablar del pasado porque no recuerda cosas que creo que *debería* recordar, que son importantes para mi familia.

Comprendo que no sólo era la historia del comandante. Durante nuestra primera noche de reencuentro no pudo llenar los huecos en una historia que conté. Después, en la boda, preguntó si papá había acompañado a la tía Maja a su chuppah, como si no recordara que ella era soltera. Supuse que sólo era por el vino, pero ¿podría ser algo más? ¿Debió extrañarme que se confundiera? Eso es también un detalle esencial sobre nuestra familia.

Por otro lado, él sólo tenía nueve años cuando nos separaron. ¿Cuántos recuerdos vívidos tengo de la época que precedió a mis nueve años? La tía Maja no era mi única tía. Mi padre también tenía una hermana. Se mudó a Londres cuando yo tenía seis años, se casó con un inglés, se convirtió al cristianismo por él y perdimos el contacto. Ni siquiera sé su apellido de casada. Pero antes de que ocurriera todo eso guardo vagos recuerdos de que cenaba con nosotros. ¿Salía con el inglés en ese entonces? ¿Ya estaban casados? ¿Iba ella sola a nuestra casa? La verdad no recuerdo.

—¿Como qué, Zofia? —Josef me da un empujón en el pie con el suyo. Llevo un minuto entero contemplando el vacío sin terminar mi idea. La segunda manzana ya desapareció de mi mano y ni siquiera noté cuando Pluma la comió—. Dijiste que Abek no recuerda las cosas.

—*Algunas* cosas —lo corrijo—. Tiene recuerdos específicos de algunas cosas… pero no de otras.

No sé por qué soy tan evasiva, tan renuente. Cuando menciono los ejemplos a Josef suenan incompletos y ridículos.

—… Y se ha molestado conmigo un par veces, de la nada, por razones que no entiendo. Y como no entiendo por qué está molesto, no sé si debería disculparme. Es… confuso.

Mientras me escucha, Josef recoge la herramienta que acaba de terminar de limpiar: un instrumento con mango de madera y dientes

de madera. Si lo hubiera visto en una mesa, habría pensado que era un arma o un instrumento de tortura. No obstante, Josef lo pasa sobre el flanco de Franklin Delano Roosevelt para retirar cardos y grumos de tierra, sigue el trayecto del peine con la mano para cerciorarse de no omitir nada.

—¿Y bien? —pregunto cuando termino de explicar mis inquietudes—. ¿Suena como algo que debería preocuparme?

Josef se muerde el labio con semblante pensativo.

—No sé si escuchas lo que dices.

—¿A qué te refieres?

—Te preocupa que Abek no recuerde cosas. Pero ¿no es eso una de las primeras cosas que me dijiste aquella primera vez que hablamos? Tu memoria tiene agujeros. No recuerdas algunas cosas que deberías recordar. A veces te confundes con lo que sucedió en realidad y no estás segura de saber qué es real y qué no. Tal vez él sólo esté un poco confundido como lo estabas tú.

—¿Crees que sea eso?

—No lo sé. ¿Te parece que podría ser? Los cerebros de las personas no funcionan igual. Que los fallos de su memoria no sean iguales a los tuyos no significa que no sean reales.

La teoría de Josef podría explicar lo que pasa con Abek y también por qué me preocupa de manera tan visceral. ¿Es víctima de las mismas lagunas mentales que yo? ¿Están en nuestra sangre? ¿Todos nuestros olvidos viajan por nuestras venas? ¿Acaso ambos estamos enfermos, rotos?

Mi memoria tiene agujeros. ¿Por qué la suya tendría que ser perfecta?

—Zofia, Buchenwald es un lugar horrible —dice Josef.

—Todos estuvimos en lugares horribles.

—Lo sé. Pero Buchenwald… He oído que ahí había una sección del bosque llamada "el bosque cantarín". Se llamaba así porque ahí torturaban a hombres. Ataban las manos a la espalda de los prisioneros, los colgaban por las muñecas y los dejaban ahí. Desde el campo se oían sus gritos. El bosque cantarín.

Se me revuelve el estómago. ¿Eso es lo que mi hermano tuvo que presenciar? ¿Ésos eran los sonidos que lo acompañaban todas las noches? ¿Los gritos de hombres torturados que suplicaban morir?

De pronto me avergüenzo. He pasado toda esta conversación preocupada por saber si Abek recuerda las cosas correctas previas a la guerra y he ignorado todo lo que podría haber pasado durante la guerra. Todo lo que podría haberlo destrozado.

—Creo que tienes razón —digo con calma—. Gracias.

—¿Hay algo más de lo que quieras hablar?

—No. Quiero ver a Abek de nuevo. Te dejo con tu trabajo y tal

vez nos veamos después.

—Espera. Yo también me preguntaba algo —Josef ha dejado de trabajar. Tiene las manos en los costados y noto que su cuello se sonroja.

—¿Sí?

—Me preguntaba… si puedo cenar con ustedes mañana. Si prefieres que no lo haga, está bien, por supuesto, pero si hay lugar me preguntaba si puedo cenar con ustedes.

Su timidez me parece incongruente, de la misma manera que me lo han parecido el resto de mis interacciones con él, y por un breve instante pienso en decirle que no porque no quiero arriesgarme a perturbar lo que tenemos. Pero, de todos modos, lo que tengo siempre cambia. ¿Qué más queda por perturbar?

—Nos reunimos a las cinco y media —le digo—. Y nadie esperará si se te hace tarde.

Abek no está en la choza. Lo encuentro en el patio ubicado detrás del edificio administrativo. Contempla a un grupo de hombres que juegan futbol a la luz del crepúsculo. Está sentado con las rodillas recogidas contra el pecho y la barbilla apoyada en ellas. Me acerco despacio, lista para abrir la boca y disculparme, pero él habla primero.

—Dobrotek.

Abek no me mira; debe haberme visto por el rabillo del ojo. Esa palabra sale de su boca como un ladrido, de mala gana.

—¿Qué?

Ahora voltea a mirarme.

—En el cuento que me contabas. El de la princesa Ladna. El príncipe se llamaba Dobrotek.

Todavía tardo un momento en comprender de qué habla: la conversación que tuvimos en su primera noche aquí, cuando me contó que se había hospedado con una anciana llamada Ladna y le recordé que ése también era el nombre de la princesa del cuento que nos gustaba.

—Es verdad —digo—. El rey le dijo al príncipe que, si no encontraba a su hija raptada, lo sentenciaría a muerte.

—Pero el príncipe Dobrotek la encontró —añade Abek—. Y heredaron el reino y vivieron felices para siempre. Lo recordé.

Levanta las cejas como para decir: *¿Ahora estás contenta?*

Y sí estoy contenta. Me siento aliviada de un modo que ni siquiera tiene sentido. *Problema resuelto*, dice mi cerebro. *Ya cálmate: te preocupaste por nada*.

—Abek, discúlpame —con cautela tomo asiento en la banca junto a él, pero me aseguro de dejar varios centímetros entre nosotros para que no se sienta abrumado—. De verdad me esfuerzo. Discúlpame si

doy la impresión de querer forzar algo. Es sólo que quería encontrarte desde hace mucho tiempo, y en mi mente permanecías igual que antes. Debí darme cuenta de que serías distinto. Porque yo también soy distinta.

Abek juguetea con el dobladillo de sus pantalones. Puedo escuchar el ruido del balón a veinte metros de distancia, también las ovaciones de un equipo que anota un gol.

—Sé que quisieras volver a como éramos antes —dice Abek—. Sé que es decepcionante.

—No —comienzo a extender la mano hacia su brazo, pero lo pienso mejor—. Claro, por supuesto que eso quisiera. Quiero que el mundo vuelva a ser como antes. Pero no por ti. Estoy muy feliz de que estés aquí. ¿Y tú? ¿Estás feliz de haber venido?

Abek hace una pausa tan larga que no sé qué saldrá de su boca. Me preocupa que diga que *no* está feliz, que piensa irse, o que está decepcionado de mí. Pero por fin encoge el cuello y dice:

—Lo estoy. Creo que sí.

Te preocupas por nada, me repito a mí misma. *¿Ves? Todo está bien.*

W

A la mañana siguiente, un trabajador de la oficina de Foehrenwald me entrega una nota: *¿Podría pasar al edificio administrativo en la tarde para hablar de algo importante?*

Ya puedo anticipar la conversación. Miriam ya no habita el cuarto delantero de la choza, pero casi de inmediato la reemplazaron dos chicas, y ahora el espacio está tan lleno de catres que es casi imposible pasar entre ellas. Sé que todo el campo está saturado. Gracias a la presencia de Abek, a Esther y a mí nos reubicaron en un alojamiento casi lujoso. Esther ha sido muy amable en no quejarse de compartir su espacio con un chico, aunque ninguna otra mujer había pasado por esa situación. Quizá la administración quiere saber cuáles son nuestros planes, si deberían reasignarnos a las habitaciones familiares o hacer algún arreglo distinto.

Antes de que pueda entrar al edificio administrativo, veo a Breine a la orilla del patio; está arreglando algunas plantas del huerto. Lleva puesto con orgullo su nuevo anillo a pesar de que tiene las uñas y las manos cubiertas de tierra. Chaim está muy cerca de ella, trabajan en sincronía; ya parecen una pareja. Breine me saluda al verme.

Le debo una respuesta sobre si Abek y yo iremos con ellos. Me dijo que tengo que pensar rápido porque no hay tiempo ilimitado.

La idea de que el tiempo es limitado me parece una locura. Durante años sentí que no había nada más que tiempo, que se extendía como una pesadilla: días que se sentían como años mientras todos rezábamos para que llegara el fin y nos reuniéramos con nuestros seres queridos. No sucedía nada en absoluto y ahora parece que todo sucede a la vez.

Le debo una respuesta a Breine, pero todavía no puedo dársela, así que en lugar de detenerme a hablar con ella le devuelvo el saludo a distancia y le digo: *Te prometo que pronto hablaremos.*

En el interior del edificio administrativo paso por la oficina de la señora Yost y veo la puerta entreabierta. Escucho un roce de papeles y entro a saludar, pero ella no está en su escritorio. El ruido proviene del señor Ohrmann, el hombre con cejas de oruga que trabaja en la organización de ayuda. El escritorio que tiene frente a él está cubierto una vez más de libros y cuadernos.

—¡Señor Ohrmann! Lamento molestarlo, pero tengo una cita con

alguien más y pensé que era buena idea pasar a saludar a la señora Yost.

—Me dijo que lleva unos minutos de retraso; tiene un pequeño incendio que sofocar.

—Vendré a verla en otro momento —digo con la intención de retirarme—. No quise interrumpir su trabajo.

—Señorita Lederman, ése es su nombre, ¿cierto? Espere un momento. La señora Yost me comenta que ya se reunió usted con su hermano.

Aunque no hay ningún tono acusador en su declaración, aun así me siento culpable. El señor Ohrmann trató de ayudarme en mi búsqueda y no puedo imaginar cuántos casos está llevando a la vez. Se ve exhausto, ojeroso. Debí haber buscado la manera de hacerle saber que ya podía retirarme de su lista.

—Lo sé. Necesito contactar organizaciones, sobre todo a la de usted, para decirles que ya pueden cerrar mi expediente —me disculpo—. Es sólo que… pasó muy rápido, hace apenas una semana.

Hace un ademán con la mano. No está molesto.

—No escucho tantas historias felices como quisiera y mucho menos en persona —dice—. Me alegra que la suya sea una de ellas. ¿Ya decidieron qué harán?

—Estamos pensando. En parte por eso estoy aquí.

—Les deseo lo mejor. Le diré a la señora Yost que vino a verla.

Salgo por la puerta cuando escucho que el señor Ohrmann vuelve a llamarme. Cuando entro de nuevo a la oficina, tiene en la mano una hoja de papel con un par de párrafos escritos a máquina.

—¿Señorita Lederman? Si voy a cerrar su expediente, supongo que cualquier noticia relacionada con Alek Federman no es relevante, ¿cierto?

—¿Alek Federman? Supongo que no. Gracias por revisar.

Estoy a punto de salir una vez más, pero ahora me detengo por mi cuenta:

—¿Por qué lo pregunta?

El señor Ohrmann guarda la carta en una carpeta.

—Encontramos algunas noticias sobre él, pero es evidente que no tienen nada que ver con usted. El parecido de los nombres debe ser una simple coincidencia.

—Por pura curiosidad, ¿cuál es la noticia? ¿Está… vivo?

—Creo que sí —afirma el señor Ohrmann—. Resulta que no estaba en los registros de muerte, transferencia ni liberación porque escapó unos meses antes de que liberaran el campo. Él y otro chico.

—¿Entonces habló con Alek?

—Mi colega habló con el otro chico. No siguieron juntos después del escape porque no fue planeado y tampoco se conocían de antes.

Ambos trabajaban fuera del campo y el camión los dejó. Pensaron que tendrían más posibilidades de sobrevivir si se separaban. El otro chico no sabe dónde está Alek ahora, pero eso resuelve la cuestión de por qué no estaba en ningún registro.

—No sabía que algunas personas habían escapado —digo.

El señor Ohrmann asiente.

—Es muy poco frecuente.

—¿Cómo se enteró?

—Estaba hablando con un colega sobre la búsqueda que usted hacía y él recordó una entrevista que hizo hace unos meses. Las notas seguían en un expediente. El joven, el compañero de escape de Alek, mencionó el nombre. Él también lo buscaba.

—Pero de verdad se llamaba Alek —digo para confirmar—. No fue un error. ¿De verdad se llamaba Alek y no Abek?

El señor Ohrmann parece afligido.

—Eso creemos. Es un poco complicado. La entrevista se hizo con un intérprete. El chico era rumano y ninguno de nosotros habla su lengua. Los nombres extranjeros lo confundían. En fin, esto ya no le concierne a usted —concluye animado—. Ya puedo cerrar su expediente.

—Pero parece que tendrá que abrir el de Alek Federman. ¿Lo encontrarán? ¿Alguien está buscándolo?

—No puede involucrarse en las búsquedas de todos los demás —me advierte el señor Ohrmann.

—Lo sé. Sólo me preguntaba si alguien descubrirá dónde está ese chico.

—Créame, ésta es una lección que yo mismo tengo que aprender —el señor Ohrmann mueve más papeles, una pila que nunca parece ordenarse a pesar de sus esfuerzos—. Sólo tiene que decirse a sí misma: *Ya puedo cerrar tu expediente.*

X

La oficina de vivienda está vacía cuando entro a preguntar por mi nota. Tengo tiempo de volver a la choza antes de la cena, pero no quiero. Me cuesta trabajo concentrarme después de mi conversación con el señor Ohrmann; me siento inquieta.

Delante de mí, dos chicas salen de la biblioteca cargando libros; ya debe estar abierta. Parece un buen lugar para una mente inquieta: una habitación tranquila, sin más ruido que el de las páginas al dar vuelta.

Incluso ahora que todo está desempacado es evidente que "biblioteca" es una designación optimista. A lo largo de dos de las paredes hay algunos estantes con volúmenes de tapa dura que desprenden un leve olor a moho. Alguien se ha tomado la molestia de ordenarlos por idioma, pero por lo demás, están revueltos: una guía de observación de aves está colocada entre una biografía histórica y el tomo *N* de una enciclopedia. Hay sillas, todas diferentes, en torno a una mesa solitaria. Soy la única persona en el lugar.

Saco una de las sillas para sentarme mientras reviso la sección de libros en polaco llena de títulos en su mayoría aburridos; sospecho que los libros estuvieron guardados mucho tiempo en desvanes, sin que nadie los leyera, antes de terminar en este campo.

Pero tengo que encontrar algo. A veces me gustaba leer; mi madre me prestaba sus novelas de fantasía. Ya no recuerdo la última vez que leí un libro completo. En el hospital, las palabras parecían nadar frente a mis ojos. Las otras chicas y yo a veces nos acostábamos boca arriba y escuchábamos los poemas que las enfermeras nos leían en las horas de descanso.

Tal vez ahora pueda leer algo básico. Hojeo los únicos dos libros que parecen prometedores: una novela romántica que resulta demasiado formal y seca, y lo que parece ser el segundo tomo de una serie de aventuras. Sin embargo, sin el primer tomo la trama es demasiado confusa, y no logro seguir el hilo de los personajes. Después de todo, tal vez aún no estoy lista para leer.

Mientras pongo la silla en su lugar, veo otro libro en polaco que ya está sobre la mesa: *El buen barquero y otros cuentos clásicos*. Es un libro para niños; las páginas, con ilustraciones que ocupan la mitad del espacio, tienen las esquinas dobladas. Quizá sea la donación de una familia cuyos niños crecieron y ya no necesitaban cuentos de hadas. Lo abro en el índice.

"La princesa de la Montaña de Bronce." "El oso en la cabaña del bosque."

Paso ilustraciones de dragones y niños que se transforman en aves. Al principio de la siguiente historia hay una imagen de un hombre cuya barba se arremolina hasta convertirse en un gran ciclón. Empiezo a leer.

En un país lejano, más allá del mar y las montañas, vivían un rey y una reina con su hermosa hija. Muchos príncipes llegaban a cortejarla, pero a ella sólo le gustaba uno.

Mis ojos recorren unas cuantas frases más antes de que asimile lo que leo. Es "El remolino".

Me tomó unos cuantos párrafos comprender qué leía porque nunca lo había visto escrito. Cuando era niña, mis padres siempre lo recitaban como cuento para dormir, así fue como lo aprendí de ellos. Los detalles cambiaban un poco según quién los contaba: mamá ponía énfasis en las aventuras fantásticas, papá en la victoria del bien sobre el mal; la historia se transformaba un poco cada vez que mi familia creaba una versión sólo nuestra.

Pero aquí está la versión oficial. Impresa. En una biblioteca a pocos cientos de metros de la choza donde mi hermano debe estar preparándose para la cena.

El príncipe se llamaba Dobrotek, me dijo Abek.

Abek no recordaba el nombre del príncipe. Hasta que sí pudo. Hasta que, de la nada, dijo que había recordado de pronto: el príncipe se llamaba Dobrotek. Y yo estaba muy feliz. Tomé ese recuerdo como una señal. Pensé que significaba algo importante.

Mis dedos están fríos. Sigo dando vuelta a las páginas, pero apenas pongo atención.

¿De verdad Abek recordó el nombre? ¿Lo recordó de la nada?

¿Es coincidencia que el libro esté aquí en la mesa y no en un estante, como si alguien lo hubiera leído apenas?

Bajo mis manos, el libro se cierra.

¿Qué es lo que quiero preguntar en realidad? ¿Cuál es la teoría que intento demostrar? ¿Qué es lo que no deja en paz a mi cerebro?

Si el libro está en la mesa porque Abek vino ayer y lo leyó, ¿por qué no me dijo que lo había hecho? Podría haber dicho: *Adivina qué. Fui a la biblioteca y encontré un libro de cuentos que decía el nombre del personaje que no recordábamos. Interesante, ¿no?*

A menos que lo importante no fuera recordar el nombre del príncipe, sino *mostrarme* que lo recordaba. Mostrarme que tenía recuerdos de cuando escuchábamos el cuento los dos juntos; que tenía recuerdos de mí antes de la guerra. Demostrar algo.

¿Demostrar qué?

Esto no significa nada, me digo a mí misma. Es pura conjetura

inútil. Ni siquiera sé si Abek vio el libro, y de todos modos no importa porque para eso está aquí el libro. Abek es mi hermano y está aquí, eso es lo que significa algo, y esta sospecha no significa nada porque es pura conjetura inútil; ni siquiera sé si Abek fue quien vio el libro y de todos modos no importa porque para eso está aquí el libro. Abek es mi hermano y está…

Brrrrrrr. Brrrrrrr.

Un fuerte ruido, metálico y penetrante, interrumpe mis pensamientos. Mis rodillas ceden. Mi cerebro está en llamas.

Antes de que pueda entender qué es el ruido, mi cuerpo reacciona. Estoy en el piso. Estoy bajo la mesa, a gatas, temblando, sin poder controlarme.

Estás en la biblioteca de Foehrenwald, me digo a mí misma, pero también me digo, con más fuerza, *corre*.

Respira, me digo. Hace más de una semana que mi mente no se atascaba en un círculo de ese modo. No desde que Abek llegó. Tenía la esperanza de haberlo superado. Tenía la esperanza de estar mejor. Escurro sudor.

No hay nada que temer, repito.

Desde debajo de la mesa veo un par de zapatos masculinos color café que aparecen en la puerta. Se detienen y retrocedo ahogando mis gritos.

Entonces el cuerpo se agacha.

La cara que aparece es amable. Un joven que nunca he visto me mira temblando bajo la mesa. *Estás a salvo en Foehrenwald.*

—¿Estás bien? —pregunta el joven.

Niego con la cabeza.

—Quédate ahí. Voy por ayuda.

Vuelvo a negar con la cabeza y un gemido sale de mi boca. *No te vayas.*

—¿Te caíste? ¿Necesitas ayuda para levantarte? —extiende los brazos y yo los míos. Pone sus manos bajo mis codos y me ayuda a levantarme—. ¿Segura que estás bien? Te ves un poco pálida.

—Un ruido —mi voz suena rasposa y trémula. Carraspeo para empezar de nuevo. No he soltado los brazos de este hombre. Sigo aferrada a él y sé que parece extraño, pero también temo que, si lo suelto, no podré ponerme de pie yo sola—. Escuché un ruido. Me asustó.

La comprensión surge en su cara; saca una cadena de plata que lleva colgada al cuello.

—Fui yo. Este silbato. Lo probaba para usarlo con los trabajadores de los campos a la hora de la comida.

—Con los trabajadores —repito.

—Para llamarlos a comer. Lamento haberte asustado. No debí

probarlo adentro.

Un silbato para los trabajadores de los campos.

Pero eso no fue lo que oí. Oí el silbato de los guardias con cascos cuando el tren llegaba a Birkenau. Escuché mil gritos que eran un mismo grito; oí mis propios susurros: *Todo estará bien*, cuando en realidad gritaba por dentro.

—Está bien —digo—. Sólo me asusté.

—¿Crees que deberíamos revisarte? —sugiere el hombre—. ¿Quieres que te lleve con la enfermera?

—¡No! Quiero decir, gracias. Creo que iré a acostarme.

Es una tontería, pero quiero alejarme de su silbato. El silbato es parte de la puerta que quiero dejar cerrada, parte del camino que no quiero que mi cerebro recorra.

—Es una tontería —le digo en voz alta—. No sé por qué fui tan tonta.

Cuando suelto los brazos del hombre, me aseguro de apoyarme en la mesa por si mis piernas no me soportan. La mesa rechina un poco bajo mi peso, pero logro mantenerme de pie. Con cautela, agito una mano para mostrarle que estoy bien, estoy bien, sólo fue una reacción exagerada, tonta de mí, y por fin se va no sin antes lanzar una mirada por encima de su hombro.

Me tomo mi tiempo para recoger el libro de cuentos de la mesa y lo coloco en el estante. Después me quedo de pie frente al librero, enderezo los lomos de los libros y ordeno las hileras. Es una tarea inútil. Estoy segura de que, después de la comida, cuando la biblioteca esté llena, los estantes volverán a quedar en desorden. Sé que lo que busco en realidad es una tarea mecánica que me calme y distraiga. En el hospital, a veces poníamos madejas de estambre entre nuestros brazos para enrollarlas en una bola. Era mejor concentrarse en eso que en todo lo que atormentaba nuestros cerebros.

No quiero pensar en el silbato del tren.

No quiero pensar en un libro de cuentos polacos.

No quiero pensar en por qué mi hermano no recordaba uno de esos cuentos, ni en por qué sintió la necesidad de fingir que lo recordaba.

No quiero pensar en lo que he temido decir en voz alta, lo que he temido pensar siquiera.

No quiero pensar que tal vez él no sea mi hermano.

Y

Estoy afuera del edificio administrativo, ni siquiera sé cómo llegué aquí. Parpadeo a la luz del sol, apenas consciente de escuchar voces y el roce de telas mientras las personas pasan junto a mí para ir a cenar. Camino con ellos porque es más fácil que luchar contra la multitud para avanzar en sentido contrario, y también porque de todos modos no sé a dónde iría.

¿Por qué me permitiría a mí misma pensar eso sobre Abek? ¿Acaso no puedo controlar mi imaginación? Mientras me repito estas preguntas, se transforman poco a poco en la misma pregunta que me he hecho desde que la guerra terminó: No *¿estoy loca?*, sino *¿qué tan loca estoy?*

Veo rostros familiares cerca de las puertas cerradas del comedor. Breine y Chaim. Mientras espera a que las puertas se abran, Esther se pone los lentes después de limpiarlos con su falda y me hace señas para que me forme con ella. Y Josef también está ahí porque hoy es la noche que me pidió cenar con todos nosotros. Levanta la mano y sonríe. Espera que esté feliz, pero apenas asiento. Se pone serio, pero no tengo tiempo para preocuparme por sus sentimientos.

Abek también está en el grupo, escondido detrás de Chaim; no lo veo hasta que casi estoy ahí. Él y la joven a su lado están jugando algún juego de palabras en una hoja de papel que se pasan entre ellos. Abek levanta la mirada y, al verme, se dibuja una sonrisa en su rostro.

Revuélvele el cabello, me dice una voz en mi interior, y eso hago. Le revuelvo el cabello y digo:

—¿Todavía sabes peinarte? —porque es el tipo de frase de hermana que le diría a Abek.

Él ríe y vuelve a su juego.

¿Es mi hermano o no? Cuando llegó, cuando apareció en este preciso lugar, noté cosas que se veían distintas en él. Era más alto, pero eso era obvio. Tenía el cabello más oscuro, pero eso también era obvio.

Pero ¿podría usar esa misma información para llegar a conclusiones distintas?

Por centésima vez quisiera tener una fotografía. Algo que pudiera analizar para hacer comparaciones. Una fotografía, o los mechones que mamá guardaba de nuestros primeros cortes de cabello, atados con listón y guardados en su armario. Quisiera que mi madre estuviera aquí; ella podría hablar de esto conmigo, ella podría mirarlo y decir

con certeza si es su hijo o no.

Pero no hay nada. Nos quitaron todo, así que no queda nada para comparar el presente con el pasado. Nada que pueda ayudarme a medir qué tan loca estoy. *¿Es más disparatado creer que alguien es tu hermano cuando en realidad no lo es, o encontrar a una persona que has buscado durante años sólo para convencerte de que no es la persona correcta? ¿Tirar a la basura tu oportunidad de ser feliz?*

Las puertas del comedor se abren. Un suspiro mundano de alivio se alza desde la multitud. *Qué hambre*, murmura la gente. *Espero que la col esté mejor hoy.* Camino con todos los demás, me formo ante las bandejas gigantes, acepto la comida que me sirven en el plato y me siento a la mesa, en el lugar que de alguna manera se ha vuelto mío. Pongo la servilleta en mi regazo.

Ni siquiera se me ocurrió hacer arreglos para poder sentarme junto a Josef. Está en la esquina opuesta, me lanza una mirada de cuando en cuando, seguro de que algo anda mal pero sin saber qué es.

Si este niño no es Abek, ¿qué será lo que quiere? ¿Dinero? No tengo. Si espera que lo lleve a una casa llena de muebles finos y cómodas alfombras llega unos cinco años tarde.

¿Qué otra cosa podría querer? ¿Pasaje a algún lugar? ¿Un boleto de primera clase hacia alguna parte? Tampoco tengo eso. Tengo la oferta de Breine, la opción de un barco desvencijado, pero ni siquiera tenía eso cuando Abek llegó.

¿Sólo quiere atormentarme? Porque ésa es la única explicación que se me ocurre en estos momentos. Es un embaucador que se deleita ante cómo una chica loca y crédula lo pasea por todos lados, idiota y feliz de haberlo encontrado.

—¿Cómo estuvo tu día, Zofia? —pregunta con amabilidad Esther, sentada a mi derecha, mientras me pasa un vaso de agua.

—Fui a la biblioteca —miro a Abek para ver si reacciona a esto, pero él está concentrado en su plato cortando su papa.

—Yo quería ir más tarde —dice un chico al otro lado de la mesa —. Quería ver si tenían un…

—Fui a la biblioteca y encontré un libro polaco de cuentos de hadas —continúo en voz muy alta.

—Oh, ¿de verdad? Eso suena…

—El libro tenía muchos cuentos que mi familia contaba cuando éramos pequeños —digo en voz aún más alta.

A mi alrededor, la conversación que era alegre se convierte en un incómodo silencio; las personas intercambian miradas, se preguntan si me sucede algo.

A mi lado, Esther también luce preocupada, pero responde con cautela.

—Eso está muy bien —dice—. ¿Quieres hablarnos de esos

cuentos? Me pregunto si hay alguno que todos reconozcamos.

—Parecía que alguien más leyó el libro —continúo sin tomar en cuenta el intento de Esther por encauzar mi frenesí—. Estaba ahí abierto, como si alguien más lo hubiera leído antes que yo.

—Bueno, así funcionan las bibliotecas —dice Breine. Ríe, pero le cuesta trabajo lograr que suene como si algo le hiciera gracia y no como si fuera un manojo de nervios—. A menos que las bibliotecas en tu tierra sean diferentes. ¿Cierto?

Dirige esa pregunta a toda la mesa y casi todos toman la oportunidad para mirarla y reír.

Ahora creo notar algo. Abek levanta la vista, me mira y luego vuelve a su plato.

¿Es porque le preocupa mi comportamiento extraño, o porque él fue quien leyó el libro?

Junto a mí, Esther mantiene la cabeza agachada y la voz baja, se inclina hacia mí.

—¿Te sientes bien?

—Estoy bien —digo con rapidez, pues no quiero entrar en una conversación que me obligue a quitar la vista de Abek. Pero él no vuelve a mirarme. Quiero golpear la mesa con el puño, hacer algún ruido que lo obligue a alzar la vista. Pero, además de alarmar a todos los demás en la mesa, ¿qué lograría con eso?

¿Qué logro con mi comportamiento? Siento el estómago lleno de angustia. Lleno de una angustia indefinida, aterradora.

—Por favor, discúlpenme —digo mientras me levanto de pronto y dejo caer mi servilleta a la mesa—. Voy a acostarme.

—¿Necesitas ayuda? —dice Esther, y deja su servilleta—. Puedo acompañarte.

—Es sólo un dolor de cabeza —improviso con la idea de sonar tranquila—. Una migraña.

—Oh, *oh*. A mi madre le pasaba eso. Son terribles.

Esther y el resto de la mesa chasquean la lengua en señal de comprensión, pero también, creo, de alivio por tener una explicación para mi extraña conducta.

—Sin duda voy a acompañarte.

—No, creo que sólo necesito quedarme quieta —levanto las manos para impedir que me acompañe—. En una habitación muy callada —añado con el deseo de que eso sea suficiente para que me dejen sola, para que ni ella ni Abek vayan a verme—. Me acostaré unas horas y luego espero sentirme mejor.

—No te duele la cabeza, ¿verdad?

Doy un salto al sentir la mano en mi hombro. Josef me siguió desde el comedor; evalúa mi comportamiento.

—Creo que algo anda mal en mi cabeza —es lo más veraz que puedo decir.

Josef analiza lo que acabo de decir.

—¿Quieres hablar de eso?

—Ahora no.

—¿Se trata de…?

—No se trata de ti —lo interrumpo—. Se trata de algo que necesito averiguar —continúo antes de que pueda ofrecerme ayuda, porque sé que está a punto de hacerlo—: no puedes ayudarme a averiguarlo, ni siquiera sé si hay modo de hacerlo. Sólo sé que necesito hacerlo sola.

Retira la mano de mi brazo.

—No sé cómo hacer esto —dice.

—¿Hacer qué?

—No sé si se supone que debo dejarte ir, o si se supone que debo insistir en ayudarte porque hemos… porque somos…

—Se supone que esta vez debes dejarme en paz, Josef —digo, mirando ansiosa el camino hacia la choza—. Tal vez no siempre, pero ahora debes dejarme en paz.

Da un paso atrás, renuente. Puedo ver que lucha consigo mismo, que quiere obedecer pero aun así está seguro de que algo anda mal. Al fin esboza una sonrisa forzada.

—Está bien. ¿Pero me dirás si necesitas algo? Creo que ya demostré que estoy dispuesto a ser violento por ti. Y eso fue antes de que me gustaras. Ahora puedo ser aún más brutal. Estoy dispuesto a golpear todas las letrinas.

Se me acerca y me besa. Por un momento también lo beso; por un momento considero que esto es lo que podría hacer. Podría quedarme aquí parada y besarlo, con sus dedos enredados en mi cabello y sus labios ardientes contra los míos. Podríamos volver al comedor y podría comportarme normal frente a Abek. Y esta noche podría volver a besar a Josef y la vida podría continuar. Hacia adelante, como sugirió Breine. Por un momento, esa versión parece una posibilidad. Por un momento, mi vida va en dos direcciones distintas.

Pero entonces me aparto. Pongo una mano en el corazón de Josef y doy un paso atrás. No creo que esa versión sea posible. Sin importar cuánto lo deseo, no creo que haya sido jamás una posibilidad para mí.

Z

La choza está ordenada y vacía. Nuestras tres camas están tendidas con pulcritud. El libro de taquigrafía de Esther reposa sobre su mesita de noche, está abierto en la parte que repasaba para un examen; sobre la mía está mi material de costura. En la de Abek no hay nada. No ha conseguido ninguna posesión personal desde que llegó.

¿Qué trajo consigo? Intento recordar. Cuando apareció en el comedor por primera vez, tenía una bolsa. Al principio pensé que era una funda de almohada, pero al ver de cerca noté que era un saco de lona, sucio, pero bien hecho. Lo protegía mucho. No me dejó cargarlo cuando me ofrecí.

Ahí está al otro lado de su cama, apoyado contra la pared.

Después de dudar sólo un poco, la abro y vacío su contenido: la camisa que tenía puesta cuando llegó. Dos juegos de ropa interior. Un par de calcetines. Un papel arrugado con instrucciones para llegar a Foehrenwald, escritas a mano con minuciosa caligrafía.

Otra hoja de papel que desdoblo. La letra tampoco me resulta conocida, pero las palabras sí: es el anuncio sobre Abek que redacté para la hermana Therese en el Kloster Indersdorf. No sé si la letra es de ella, o si es alguna de las copias que prometió dictar al personal de las otras instalaciones para niños.

¿Alguna vez le pregunté a Abek de dónde vino, dónde vio el anuncio? Creo que no. Creo que no quería hacer muchas preguntas. Recuerdo cómo obstruí la puerta con los pies porque tenía mucho miedo de que se fuera. Necesitaba que esta historia terminara como yo quería.

La bolsa está vacía. No hay nada más adentro. La volteo para asegurarme, la sacudo y la sacudo, barro el fondo con la mano para estar segura.

El forro. ¿Podría haber algo oculto en el forro?

Corro hacia mi mesita de noche y abro el cajón; tiro todas mis pertenencias al piso hasta encontrar mis tijeras y dejo el cajón abierto antes de volver a la bolsa. Sostengo las tijeras en alto. Estoy a punto de clavarlas en la tela cuando me detengo y pienso en cómo debo lucir. Despeinada. Jadeante. Con las tijeras en el aire.

¿Qué espero encontrar? ¿Qué evidencia podría dar una respuesta a mis preguntas? ¿Una confesión detallada por escrito? ¿Un diario? Nada de eso estaría oculto en el forro de una bolsa. No hay nada. *¿Qué hago?*

¿Qué hago?

¿En qué recaigo? De pronto, todo mi cuerpo se siente como se sentía hace meses, en el hospital. Me pesa el corazón, cargado de nada. Me duele el cerebro por la nada. No tengo nada, no peso nada, no soy nada más que el peso y el dolor que he cargado conmigo durante una eternidad.

Me dejo caer contra la pared y me deslizo hasta el piso; mi cabeza raspa el recubrimiento de la pared.

Entonces lo veo: un triángulo sucio. Un pedazo de tela que asoma entre el colchón y la base de la cama de Abek. Gateo hasta allá y tomo la tela entre mis dedos.

Muselina. Reconozco el material de inmediato: muselina. Pero es vieja, y está raída y sucia. Alguna vez fue blanca, pero ahora es del color del óxido y está manchada. Al sacarla, veo que es un trozo de tela mucho más grande de lo que creí. El bulto parecía pequeño porque estaba enrollado. Lo pongo sobre el piso y comienzo a desenrollarlo.

¡Feliz cumpleaños, caracolito! Que nunca olvides quién eres; que siempre encuentres el camino a casa.

A es de Abek, el más joven de los Lederman, el hijo consentido de Helena y Elie, y hermano menor de Zofia, quien hace este magnífico regalo…

B es de Baba Rose, la abuela de dedos ágiles y mente aún más ágil, que mantiene unida a la familia con paciencia y amor en el hermoso departamento donde todos vivimos. Es la mejor costurera de la ciudad y también la más exigente…

C es de Chomicki & Lederman, la compañía que algún día será tuya, que fabrica la ropa más hermosa de Polonia. La fundó Zayde Lazer y su mejor empleado era un joven llamado Elie, a quien invitó a cenar una noche. Ésa fue la noche en que Elie conoció a…

La lista sigue hasta la Z. Es toda la historia de mi familia. Más detallada de lo que recordaba. Todo lo que una persona necesita saber sobre mi familia. Había olvidado lo pequeña y bonita que podía ser mi letra, y cómo logré escribir todo eso en un solo pedazo de tela.

No sé muy bien cómo terminó bajo su colchón.

Sólo sé esto: la mañana antes de que fuéramos al estadio tomé esta tela de la pared donde estaba colgada y la cosí muy rápido en el forro de la chamarra de Abek.

La cosí en su chamarra. Horas después fuimos al estadio, y unos días después de eso los nazis nos obligaron a quitarnos toda la ropa y ponernos otras prendas, sin forma, que no nos quedaban bien. Y apilaron en un montón toda nuestra ropa vieja, la revisaron en busca de dinero u objetos de valor, y luego la vendieron o reutilizaron.

El punto es que Abek no podría haberse quedado con el pedazo de

tela. Por eso no tengo nada de mi ropa vieja, ni fotografías, ni recuerdos porque después de ese día no nos permitieron guardar nada.

El punto es que la persona con más posibilidades de haber descubierto esta carta es el prisionero encargado de revisar la ropa y deshacer nuestras vidas, puntada a puntada.

Ź

—Te traje té.

Ahogo un grito al oír la puerta y, sin pensar, arrugo la tela en mi puño. Pero no es Abek; es Josef, de pie en la puerta, con los nudillos todavía en el marco.

—Te dije que no necesitabas venir conmigo —logro decir, tras enfocar con la mirada su cabello rizado, sus ojos penetrantes, su cuerpo esbelto.

—Y prometo que no me acostumbraré a pensar que sé lo que necesitas mejor que tú misma —dice, y pone la taza de té en la mesita de noche—. Pero en esta ocasión, de verdad quería asegurarme de que estuvieras bien.

—¿Estoy… bien? —ni siquiera puedo empezar a pensar cómo responder a eso. Un sonido sale de mi boca, algo a medias entre un grito y la risa más vacía del mundo.

—¿Zofia?

Ahora percibe que algo anda muy mal. Atraviesa la habitación y se pone de rodillas en el piso, junto a mí. Siento su calor a pocos centímetros de distancia y me alegro de que esté aquí. Lo quiero aquí, quiero la realidad de otro cuerpo.

—Sujétame —digo. No lo digo de manera romántica. Quiero decir: *Sujétame para que no me desmorone.* Quiero decir: *¿Soy real? ¿Esto sucede de verdad?* Josef tampoco lo toma como algo romántico. Cuando subimos a la cama y me abraza, lo hace con la urgencia de quien calienta a alguien que sufre hipotermia. O alguien que ha sufrido una gran conmoción. Es el tipo de abrazo que das cuando quieres mantener a una persona con vida.

Sus brazos me aprietan con tanta fuerza que casi me cuesta trabajo respirar, y esta incomodidad es reconfortante de una manera que no puedo explicar. Me recuerda que estoy aquí, anclada a esta tierra. La dificultad con que respiro me recuerda que tengo cuerpo.

—Algo sucedió y no estás lista para hablar de ello —dice. Asiento en silencio—. Dejaré de hablar. Me quedaré aquí contigo hasta que quieras que me vaya, pero me quedaré callado.

Posa su barbilla en mi cabeza, con firmeza e intención. Siento como si estuviera preparándose para una tormenta conmigo, ambos a punto de resistir el viento. Intento mantenerme firme contra los latidos del corazón de Josef. Intento sentirme anclada por su

reconfortante presencia y su peso.

Intento sentirme anclada, pero la sensación de los brazos de Josef compite contra seis años de miseria que dan vueltas en mi cabeza sin nada que los sofoque porque Josef ha prometido guardar silencio.

Guardar silencio.

A es de Abek. B es de Baba Rose. Se irán pronto, dijo Baba Rose sobre los nazis y sus tanques, pero no se fueron, no se fueron, se quedaron por años. Guardar silencio. Los perros de mi vecina, la señora Wójcik, ladraban en su departamento, y los perros de los nazis ladraban en Birkenau. Descargué las pastillas de Zyklon B y Bissel cayó por la ventana, y cosí el vestido de novia de Breine, y cosí los uniformes nazis, y me dolía el brazo por la lanzadera, y trabajaba todos los días porque todas trabajábamos todos los días porque no queríamos morir, sólo que algunos días sí quería morir. Algunos días sí quería.

Caminé hasta el estadio de futbol porque no nos permitían tener autos. Caminé de Neustadt a Gross-Rosen en un invierno helado cuando no podía comprender cómo un pie seguía avanzando delante del otro. Y un médico vestido de blanco me amputó los dedos del pie, y mi padre corrió a ayudar al farmacéutico en el lodo. Y el soldado le rompió la tráquea a mi padre con la mano. Guardar silencio. Comí una ciruela con Josef, y tomé un vestido de color ciruela de la caja de las donaciones, y enterré un nabo en el suelo, pero tal vez no lo hice, tal vez nunca hice eso.

Esperé en filas. Esperé formada a que me dieran de alta del hospital. Esperé formada para recibir cáscaras de papa con moho. Esperé formada por pan. Esperé formada para subir al tren a Foehrenwald. Esperé formada con todos los demás judíos de Sosnowiec para saber cuál sería nuestro destino el 12 de agosto de 1942, y mi padre corrió a ayudar al farmacéutico en el lodo, y Josef le golpeó la tráquea a Rudolf en el patio. Y el soldado le golpeó la tráquea a mi padre en el estadio de futbol, sólo que ninguno de ésos fue un golpe, fueron tajadas en la garganta con una mano en L. Guardar silencio.

Vuelvo a enfocar la mirada. Vuelvo a enfocar el cuarto. Vuelvo a enfocar a Josef que sigue abrazándome.

—Matar en silencio —susurro.

—¿Qué? —pregunta Josef, pero contiene el aliento. Estoy lo bastante cerca para notarlo.

Mi voz tiene un timbre tranquilo, algo extraño dadas las circunstancias.

—Así llamaban los soldados alemanes a su entrenamiento de combate. Matar en silencio.

Stilles toten. El ejército alemán tenía su propio estilo de combate cuerpo a cuerpo. Sólo lo básico, lo más básico y sucio: rodillazos en la entrepierna. Piquetes en los ojos. O, con la mano plana como un cuchillo, un golpe feroz en la garganta, antes de que el enemigo

pusiera atención, antes de que supiera que estaba en una pelea. Eso fue lo que puso a mi padre de rodillas en el estadio. Cuando trató de ayudar al farmacéutico, un soldado le dio un golpe en el cuello y luego le dispararon.

Nunca había visto a nadie pelear a muerte hasta que el ejército alemán llegó a Sosnowiec.

Y no lo observé en ningún otro lado hasta que llegué a Foehrenwald y vi a Josef hacerle eso al hombre del patio, la mañana misma de mi llegada.

—No estuviste en un campo —susurro.

—Zofia.

Mi piel empieza a hormiguear. Me aparto de sus brazos despacio.

—Por eso no te gusta hablar de dónde estuviste durante la guerra.

—Zof…

—No eres judío; no estuviste en un campo, estabas en el ejército alemán.

Me alejo poco a poco sobre la cama; él extiende la mano para acercarme y me aparto más.

—¿Estuviste en el ejército alemán? Sólo responde mi pregunta.

Mis palabras son una orden, pero mi voz suena como una súplica. Espero que me diga que no es verdad, que sólo estoy confundida. No lo hace.

—Dilo, Josef.

—Zofia.

Dice mi nombre por tercera vez, un nombre que antes amé oír de sus labios, en susurros, en la oscuridad. Pero ahora mi nombre sólo suena a que Josef no quiere decirme la verdad.

Y ya sé la verdad.

Retrocedo, ahora con mayor rapidez; tropiezo con la silla del escritorio y casi me caigo. Josef se levanta para ayudarme, pero antes de que pueda dar un paso al frente una oleada de náuseas sacude mi estómago. Avanzo con esfuerzo hacia la palangana y vomito.

—No te atrevas a acercarte a mí, enfermo, *enfermo*… —vuelvo a vomitar y sujeto con fuerza la palangana. Josef por fin se detiene—. ¿Por qué no me dijiste? ¿Querías torturarme un poco más? ¿Pensabas que no había sufrido bastante?

—Juro que no fue eso —dice afligido—. Zofia, te juro que no fue eso.

—¿Sólo buscabas con quién acostarte? ¿Pensabas lo mismo que dijo Rudolf cuando llegué, que tal vez cogería por un pedazo de pan?

—Traté de mantenerme *alejado* de ti. Tenía planeado decirte, *intenté* decirte esa noche en mi cuarto. Debí haberlo hecho. Debí haberte dicho.

Me enderezo.

—Lo que *debiste* haber hecho es entregarte.

Un amargo ladrido de risa brota de la boca de Josef. Extiende los brazos y mira a su alrededor.

—¿Entregarme *dónde*? No cometí ningún crimen, Zofia. Era un chico de dieciocho años reclutado para el combate.

—Y ahora eres un hombre de veintidós.

—Y soy *distinto* de lo que era entonces.

Escucho risas afuera: un grupo que regresa de la cena. El ruido me espabila lo suficiente para darme cuenta de que quiero salir de aquí. Consigo incorporarme y lo aparto de un empujón para llegar a la puerta.

—Les diré a todos. Les diré a todos y cada uno quién eres.

—Diles.

Con la mano en el pomo de la puerta me doy la vuelta para ver si eso último fue un reto, si no cree que lo haré.

—Diles —repite—. Por favor.

El Josef que está detrás de mí es un Josef que nunca he visto antes; desesperado, con los ojos desorbitados.

—Por favor, diles. Yo no he sabido cómo hacerlo en meses. Diles, haz lo que quieras hacer. Pero ¿podrías escucharme primero, sólo un minuto?

Se precipita a hablar sin darme oportunidad de negárselo.

—*Sí* estuve en el ejército. Pero al poco tiempo supe que no quería estar ahí. Soy un desertor, ¿entiendes? Hui a mitad de la noche, hui sólo con la ropa que llevaba puesta. Dormí en establos vacíos, en desvanes de ancianas. La SS me habría fusilado de haber sabido quién era; era un desertor, enemigo de ellos.

Todo se aclara de una manera horrible. Josef no es judío. Cuando no quiso bailar en la boda fue porque no conocía los bailes. Cuando dijo que su lugar no era en el barco con Breine y Chaim no fue porque hubiera perdido la fe, sino porque nunca la tuvo.

Me tambaleo en el umbral de la puerta, y me alegra que mi mano ya esté en el pomo porque lo necesito para sostenerme. *¿Hay alguna manera de que esto no sea real? Eso es lo que preferiría. Que esta conversación no sucediera. Estar sentada en una habitación, en algún otro lugar, mientras mi cerebro experimenta esta ilusión. Preferiría que mi cerebro diera vueltas. Estar rota. Estar rota; preferiría eso.*

—¡Pero me mostraste! —le grito, y se me quiebra la voz entre lágrimas—. Tus heridas. Me mostraste cómo se te cayeron los dientes porque el soldado te golpeó.

—Las heridas… son todas de verdad —dice de inmediato—. El soldado sí me golpeó. Lo vi hostigando a una chica y traté de detenerlo. Me dio un culatazo con su rifle y mis muelas salieron volando. Sí sucedió, sólo que no fue en un campo. Y sí me picaron las

pulgas. Y se me cayó el cabello. Se me dislocó el hombro porque unos hombres me golpearon por no entregarles mi comida. Sufrí igual que tú.

—*No*, Josef. No sufriste como yo. Estuve a punto de morir. Todas las personas que conocía sufrieron torturas, hambre y golpes a diario durante años. *Años* —mi voz tiembla por el descaro de su comparación —. No puedes imaginar un sufrimiento así. ¿Te arrebataron a toda tu familia para llevarla al matadero como a la mía? ¿Toda tu familia está muerta?

—Estén muertos o no, yo estoy muerto para ellos —dice—. Ellos apoyaban al Reich; creían en él.

Klara. Josef me contó que, después de la muerte de su hermana, su familia se convirtió en algo que él ya no reconocía. ¿A eso se refería?

—Deben haber estado muy orgullosos —digo—. Muy orgullosos de su hijo soldado.

Josef da un paso hacia mí con cautela.

—Zofia, te juro que he pensado y pensado en lo que podría haber hecho de manera distinta, pero hice lo único que podía hacer: me fui para no ser parte de eso. No intenté rechazar mi reclutamiento y tienes razón: fue por mis padres. Pero empecé a pensar con claridad casi de inmediato y me fui para no ser parte de aquello.

Me mira con sus ojos profundos, hermosos, y con su expresión ansiosa; me suplica que entienda.

¿Puedo entender? ¿Haberse ido es suficiente? ¿Haber desertado es suficiente? ¿Qué me parecería suficiente? ¿Le habría pedido que matara a sus superiores antes de desertar? ¿Que se escondiera desde el principio en vez de enrolarse? ¿Que tratara de convertirse en espía para los Aliados? ¿Cuál es mi mínima expectativa de decencia humana en una guerra brutal e inhumana?

Me gustaría dar vuelta atrás al reloj por un instante. Quisiera regresar el tiempo una hora, cuando Josef me siguió desde el comedor y me besó. Quisiera volver a sentir eso. O quisiera encontrar una realidad distinta: una en la que acepto la explicación de Josef, que hizo lo mejor que se le ocurrió en circunstancias imposibles. Quisiera perdonarlo.

Por un minuto, siento que mi mano se afloja sobre el pomo de la puerta. Josef inhala una vez con esperanza.

Pero nunca me lo dijo. Vuelvo una y otra vez a eso.

Hemos estado acostados boca abajo en su cuarto a oscuras casi sin ropa, hemos conversado y reído, y nunca me dijo: *No soy quien te he hecho creer que era*. El recuerdo de esas noches me provoca una nueva oleada de náuseas, le da más profundidad a mi horror. Este hombre me ha besado. Este hombre ha estado *dentro* de mí.

—Zofia —extiende una mano para tocarme, y yo retrocedo más resuelta que antes.

—No.

—*Por favor*.

—No te permito que me toques de nuevo —digo furiosa—. Nos mentiste a todos, a cada uno de nosotros porque sabías que eso te haría las cosas más fáciles. Y eso era más importante para ti que… —mi voz empieza a quebrarse por la emoción—. Hacer tu vida más fácil era más importante para ti que entender el infierno de nuestras vidas.

—Tienes razón. Tienes razón —dice en voz baja—. Fui un cobarde.

Siento que ya no veo a Josef. Observo a alguien que se parece un poco a una persona que conocía, y me doy cuenta de que todo era un disfraz.

—Vete —digo al fin. Aparto la mano del pomo de la puerta mientras me doy cuenta de algo—. Tú eres el que tiene que irse; es mi choza.

—Zofia.

—*Vete*. No me pidas que te perdone.

—No pido que me perdones —dice con amargura—. Quizá ni siquiera debería perdonarme a mí mismo.

—No deberías —digo. Sostengo la puerta abierta y, cuando se va, por fin lloro.

Ż

La última vez que vi a mi madre fue triste de una manera imposible de describir.

La última vez que vi a mi padre fue triste de una manera imposible de describir.

La última vez que vi a Baba Rose y a la vivaz tía Maja fue triste de una manera imposible de describir.

La última vez que veo a Josef es triste de una manera imposible de describir. Creo que es la última vez. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Estoy agotada por la tristeza indescriptible, por llevarla siempre como una capa.

La primera vez que vi a Abek pesaba tres kilos y veintiocho gramos. Mi padre y yo caminábamos de un lado a otro por la calle afuera de nuestra casa. Dijo que podíamos ir a comprar helado, pero nunca llegamos a la heladería. Cada vez que llegábamos al final de la calle, él decidía que debíamos volver rápido por si había noticias. Regresábamos a nuestro edificio y la tía Maja o Baba Rose se asomaban por la ventana y negaban con la cabeza. *Todavía no.*

¿Estabas así de nervioso cuando yo nací?, le pregunté a papá. *Era demasiado joven para estar nervioso*, dijo. *Contigo sólo estaba emocionado. No podía esperar a conocerte.*

La tercera o cuarta vez que volvimos de nuestra misión fallida para conseguir helado, la tía Maja se asomó por la ventana y dijo: *No vuelvan a irse; creemos que llegará pronto.* Luego volvió a salir y dijo: *Es niño*, y entonces ambos entramos rápido y subimos las escaleras hasta donde estaba Abek, más rojo y pequeño de lo que imaginé que sería, envuelto en telas blancas y llorando como un gatito. Mi madre se lo entregó a mi padre, que le dio su dedo meñique para que chupara. Yo lo observé para saber qué hacer cuando llegara mi turno.

Forma una cuna con los brazos, me dijo mamá mientras papá ponía el pequeño bulto tibio en mis torpes manos extendidas. *Es tu hermano*, dijo mientras miraba sus dedos arrugados y el fino mechón de cabello que cubría su cabeza. *Tu trabajo es protegerlo*, dijo. Eso hacen las hermanas mayores: protegen a sus hermanos y hermanas menores desde el principio hasta el final.

Lo intenté, mamá. Lo intenté, papá y tía Maja y Baba Rose. Lamento mucho haber fracasado.

La última vez que vi a Abek no fue cuando abandoné Auschwitz-Birkenau, cuando me aferré a sus dedos por la cerca de alambre de púas. No fue cuando caminamos hacia las duchas y le dije que no se preocupara al quitarse la ropa porque le darían otra nueva. No fue cuando le dejé un nabo y me dejó a cambio un dibujo en la tierra. Esas cosas no sucedieron. Nunca sucedieron.

Cuando llegamos a Birkenau, los viejos y enfermos habían muerto en el viaje. Baba Rose había muerto en el viaje. Estaba en el vagón con Abek y conmigo; mi madre y la tía Maja viajaban en el siguiente, y no sabía si seguían vivas o muertas.

Abek me pedía agua. No tengo, decía yo. Ojalá tuviera, ojalá tuviera. La tos que le había contagiado mamá, y que era muy leve cuando estábamos en el estadio, había empeorado mucho. Hacía estragos en su cuerpo; era una tos violenta. Tosía bilis, y luego tosía nada. Lloraba por el dolor en sus costillas y yo sabía que debían estar rotas.

Después, cuando ya no pedía agua con la voz sólo lo hacía con los ojos. Ya estaba demasiado débil para hablar.

Al fin metieron una cubeta de agua, pero cuando llegó al fondo del vagón ya estaba vacía.

Y él ya no pedía nada.

Apenas podía levantar la cabeza. Dije su nombre y parpadeó, despacio. Ni siquiera sé si notó que yo estaba ahí. Desapareció muy rápido; se volvió irreconocible muy rápido.

Por fin metieron una segunda cubeta, pero cuando le puse algo de agua en la boca, le escurrió por la barbilla. Ya no podía tragar.

Pasaron cien años en ese momento, en darme cuenta de que mi hermano estaba demasiado débil para tragar, y yo no sabía cómo lograr que lo hiciera. Yo misma debo haber tenido sed; debo haber sentido dolor, pero lo único que puedo recordar es que mi hermano no podía tragar y yo viví un siglo en ese momento.

Había rendijas en lo alto del vagón. Por esas rendijas pude ver lo que ocurría. Vi a un guardia alinear a tres personas, una detrás de la otra, y dispararles así, para usar sólo una bala. Pude ver, en mi mente, el recuerdo de mi padre que recibe un balazo en la cabeza y la forma en que cayó inerte al suelo. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que nos dispararan a nosotros?

Pude ver el futuro. Por fin abrirían la puerta de nuestro vagón. Nos bajarían y tendría que cargar a Abek porque ya no podía caminar. Lo cargaría hacia su muerte. Lo dejaría a los pies de los guardias nazis que lo apartarían de mí y lo matarían a solas.

Sabía que era su final; en ese punto era inevitable. Estaba demasiado débil. Su muerte era la última puntada de una prenda casi completa. El único control que yo tenía sobre eso era elegir qué tipo de puntada se usaría.

Le había quitado la chamarra para ponérsela como almohada; después la convertí en un bulto que cargué en mis manos. Empecé a contarle sus cuentos favoritos. Le puse la chamarra sobre la nariz y la boca. No luchó. Había perdido el conocimiento. Ni siquiera sé si seguía vivo. Tal vez ya había muerto; estaba tan inmóvil que ya no veía que su pecho se alzara.

Aun así, cada segundo me arrancó un pedazo del alma. Aun así creo que fue misericordia.

Eso fue lo que me dije, lo que tuve que creer que era cierto. Fue misericordia. Fue protección. Fue una cosa imposible, más horrible que cualquier otra decisión en el universo, excepto la decisión de dejar que los guardias lo hicieran. Al menos, de ese modo no estaría solo.

Cuando todo terminó, hice espacio para él en el piso del vagón. Besé sus mejillas. Lo cubrí con su mejor chamarra, porque todos llevábamos puesta nuestra mejor ropa y yo había cosido mi mejor mensaje en esa chamarra. Era la historia de Abek, escrita con mi letra más pequeña y limpia: mi nombre, y los nombres de nuestros padres, y las canciones que cantábamos y las historias que contábamos.

Y claro que no le permitieron tener un sepulcro en paz. Por supuesto que no iban a permitirle entrar a la tierra envuelto en una chamarra de aspecto costoso que los nazis podrían haber vendido, o robado, o registrado. Alguien tuvo que desvestirlo y separar su ropa. Otro prisionero.

Un prisionero que también era un niño pequeño. Mi hermano desapareció, pero al final su historia siguió viva.

Dejé pedazos de mí misma en ese vagón. Dejé pedazos que nunca recuperaré. Los dejé sin querer, mientras mi mente se obligaba a sí misma a bloquear esos imposibles, imposibles minutos. Los dejé por voluntad propia para protegerme porque recordar esa historia habría destruido todas mis razones para sobrevivir.

Y más allá de toda razón, más allá de toda explicación posible, aún quería sobrevivir.

Está en la biblioteca. Me preguntaba si iría ahí. Es el lugar a donde yo habría ido si fuera él después de lo que pasó en la cena. El libro de cuentos ya no está afuera. Pero Abek está sentado ahí, en la sillita junto a la pequeña mesa, con las manos recogidas bajo las piernas. Es una postura de niño pequeño. Su cara podría ser otras cien.

—Abek —digo, y de inmediato rectifico en mi mente. El niño que no he dejado de llamar Abek. El niño que no puede ser Abek. No tengo otra forma de llamarlo.

Eso debería preguntarle: *¿Cómo debo llamarte? ¿De dónde viniste? ¿Cuál es tu verdadero nombre?*

Me mira con ojos apagados.

—Pensé en irme —dice—. Después de que dijiste que habías

venido aquí y habías encontrado el libro, pensé que tal vez sería mejor irme de inmediato.

—¿Por qué no te fuiste?

—No sé. Pero debería, ¿verdad? ¿Debería irme y ya?

Ahora es cuando debería decir que sí. Debería irse. El niño debería irse y dejarme. Pero estoy exhausta por tanta tristeza indescriptible. Así que, cuando abro la boca, lo que sale es:

—Cuéntame una historia.

Me mira confundido.

—¿Del libro de cuentos?

—No.

—¿Entonces cuál?

Saco la otra silla, me siento y me acerco a la mesa. Mi primer impulso es cruzarme de brazos para que no me tiemblen las manos, pero me preocupa que eso parezca muy impersonal. En vez de eso, pongo las manos sobre la mesa, con las palmas hacia arriba. No tengo nada que ocultar.

—Cuéntame una historia que tú inventes —digo—. Una que no conozca, un nuevo cuento de hadas. Cuéntame… cuéntame una historia sobre un niño con final feliz.

Nos miramos con firmeza. Creo que entiende lo que pido, pero no estoy segura. Creo que yo sé lo que pido, pero tampoco estoy segura de eso.

—Había una vez —comienza, pero su voz suena débil y vacilante, así que carraspea y vuelve a empezar—. Había una vez un niño que perdió a todos.

Me mira. *¿Esto es lo que querías?*, preguntan sus ojos y asiento. *Continúa.*

—El niño vio morir frente a él a todas las personas que quería. Una madre y un abuelo que murieron en cuanto llegaron a Birkenau. Un tío que un día no pudo levantarse para trabajar y al día siguiente no se levantó. Un padre que gritó de dolor varios días hasta que por fin cerró los ojos. Y el niño se preguntaba si llevarle agua a su padre enfermo había sido lo correcto, o si sólo sirvió para mantenerlo con vida más tiempo, si sólo prolongó su sufrimiento.

”Y al final… Y al final, el niño perdió a su hermana.

Intenta contener las lágrimas, su voz se quiebra, y luego deja de contenerlas, sólo las deja correr.

—Perdió una hermana mayor. Antes de morir, ella logró enviarle notas desde el otro lado del campo. Trataba de guardarle raciones a su hermano menor aun cuando podría haberse salvado quedándose con ellas. Vivió mucho más tiempo del que parecía posible, tanto que parecía que podía sobrevivir. Pero no pudo. Al final no pudo. La última nota que el niño recibió era de la compañera de cama de su

hermana; decía que había muerto.

Me arden los ojos porque aunque no es mi historia, sí es mi historia. Me resulta conocida y desconocida a la vez. Continúa:

—Una vez, ese niño que estaba solo en el mundo se enteró de otra hermana, y se preguntó si dos personas podían volver a formar una familia. Leyó una historia sobre la familia Lederman. La leyó y le pareció que sonaba como su propia familia. Y mientras estuvo en los campos siempre pensaba en los Lederman. Sacaba su historia y la leía una y otra vez. Imaginaba que tal vez habían sobrevivido y que podía ser parte de ellos. Tal vez lo que comprendió fue que todas las familias que se aman se parecen mucho. Pensó que la hermana Lederman, la responsable de esa historia, debía amar mucho a su hermano.

”Así que una vez, cuando toda su familia había muerto, ese niño decidió que, si sobrevivía a la guerra, trataría de encontrar a esa familia.

—Y la encontró —susurro.

—Y la encontró.

Se limpia una lágrima del ojo a hurtadillas.

—Si esa hermana hubiera encontrado a su hermano, la habría dejado en paz —continúa—. Si la familia Lederman ya hubiera tenido otro niño no los habría molestado. Ni siquiera esperaba que funcionara. Sólo era una misión, una razón para seguir adelante.

”Y entonces, en cuanto lo logró, empezó a darse cuenta del error que había cometido. De lo peligroso y estúpido que había sido eso y… y lo injusto que había sido. Pero ya no sabía cómo decir la verdad sin empeorar todo, porque durante mucho tiempo pensar en encontrar una nueva familia lo había ayudado a seguir adelante. Y pensaba que quizá la hermana se sentía igual. Que tal vez estaba tan sola como él.

El niño no intentaba atormentarme. No quería sacarme dinero. No quería conseguir un pasaporte. Quería conseguir una familia. Trataba de aferrarse a algo pequeño que pudiera hacer sus días un poco más tolerables.

Miro al niño derrotado sentado en su silla en la biblioteca, y veo opciones que se despliegan ante mí.

El pedazo de muselina de la chamarra de Abek está guardado en mi bolsillo. Podría sacarlo ahora. Podría agitarlo ante él, furiosa, o lanzárselo a la cara. Podría levantarme y largarme, o pedirle que se vaya.

Sin embargo, sentados aquí en la mesa, dos personas tan solas, no dejo de pensar que esto es una especie de milagro. Que el niño que encontró hace años mi carta de muselina haya logrado guardarla por tanto tiempo. Y que haya venido a buscarme después de la guerra. Que luego se haya enterado de la otra carta que escribí, tres años después a cientos de kilómetros de distancia; una carta que clavé en

un tablero de anuncios en un campo donde todos los niños buscaban algo.

Que yo haya conocido a la monja a cargo del convento ese día, y que por casualidad recordaba a un niño cuya historia sonaba parecida a la de mi hermano. Que haya conocido a un comandante ruso que me habló de la existencia de Foehrenwald. Que haya invitado a esa cena a una vieja amiga de la familia que hablaba ruso y podía traducir.

Para llegar a este momento tuvieron que suceder cien cosas en orden, y todas sucedieron.

Ninguna de esas cosas es el milagro que yo buscaba, pero aun así son milagros.

El niño que está frente a mí me mira con ojos desesperados, ávidos.

Trago saliva.

—¿Cómo se llamaba? En tu historia, ¿cómo se llamaba el niño?

Su boca se aprieta en una línea; apenas vacila un poco antes de responder.

—Se llama Abek.

—Antes de eso. ¿Cómo se llamaba antes de eso?

—Se llamaba Łukasz. Pero sólo al principio de la historia. Al final se llama Abek.

—En realidad no es una historia feliz —le digo.

—No dijiste que tenía que ser una historia feliz. Sólo dijiste que tenía que tener final feliz.

—Final feliz —repito.

El niño que está frente a mí sigue esperando una respuesta y esto es lo que pienso:

Pienso que lo he logrado sin proponérmelo siquiera. Pensaba que, cuando terminara la guerra, encontraría a mi hermano, que encontraríamos un nuevo hogar, que sólo entonces, después de todo eso, comenzaríamos a construir nuestra familia de nuevo y completaríamos nuestro abecedario.

Pero terminé por construirlo en el proceso. Completé la mayoría en el camino.

A de Abek.

B de Baba Rose. *No*. La B ya no es de Baba Rose. Baba Rose ya no está. La B es de… La B puede ser de Breine, llena de energía y esperanza, una mujer que planeó su hermosa boda en un campo de refugiados. Y la C es de Chaim, su tímido novio húngaro.

D de Dima, que me salvó al llevarme al hospital y luego a Sosnowiec.

E de Esther, bondadosa y firme, que aplicó rubor en las mejillas de su quejumbrosa amiga.

F de Foehrenwald, donde Esther y Breine y todos los demás

estaban obligados a vivir, un lugar donde ninguno de ellos había estado antes, y donde todos trataron de formar un hogar de todos modos.

G de Gosia, la amiga de la tía Maja que sobrevivió y que siempre me conectará con mi pasado.

La H puede ser de Hannelore, la niña amada por la pareja a la que llama padrastro y madrastra; la I puede ser de Inge, la madre a la que nunca dejará de buscar.

J de Josef.

La K es del comandante Kuznetsov, que trajo una botella de vodka y me envió a Foehrenwald.

L por la familia Lederman, los Chomicki y los Lederman, y todos los miembros de la familia porque, aunque ya no estén, llevaré su nombre y su historia por siempre: mi madre, mi padre, la hermosa tía Maja, Baba Rose.

Ł de Łukasz. Un niño que no era parte de la familia Lederman y llegó a desear serlo.

M de Miriam, a quien apenas conocí, pero que también buscaba a su hermana y escribió una carta tras otra.

N de las chicas-nulas, que trataban de volver a ser algo.

O del señor Ohrmann, que viajaba por el continente para volver a unir familias lo mejor que podía.

P de Palestina, Eretz Israel, que podría ser nuestro futuro.

R de Ravid, quien trata de organizar a la gente para ir a su destino, aunque parezca imposible.

S de Sosnowiec. La S siempre será de Sosnowiec porque no puedes borrar tu lugar de origen, y nadie más puede borrarlo aunque le cambien el nombre y quiten los letreros de las calles.

Ś del tío Świętopełk, un anciano que puede cargar recuerdos del pasado, de mucho antes de que nos sucedieran todas estas cosas terribles, y todavía puede decir que está vivo después de que las cosas terribles terminaron.

T de la hermana Therese, la monja que me dio esperanza.

U de la enfermera Urbaniak, que me dio pan.

V de la señora Van Houten, una anciana que se ofreció a acompañar a una joven que apenas conocía hacia el altar en la noche de su boda, y que representa los pequeños y tiernos actos de bondad que hemos procurado darnos. Después la V, aunque no existe en el abecedario polaco, y tampoco la Q ni la X, pero ahora conozco gente que existe fuera de mi abecedario; mi abecedario es nuevo.

W de la familia Wölflin, que representa los actos de bondad más grandes y heroicos. La gente que recibió niños arriesgando su propia vida.

La X es para tachar las cosas que olvidaré a propósito. Algunas

cosas está bien olvidarlas a propósito.

Y de la señora Yost, que trata de dirigir Foehrenwald. Y de todas las demás personas que tratan de dirigir todos los demás lugares en esta terrible tierra después de la guerra.

Z de Zofia.

Esto es lo que pienso sentada en esta biblioteca improvisada frente a un niño cuya vida ha sido tan dura como la mía.

Pienso que debemos encontrar los milagros donde podamos. Debemos amar a la gente que está frente a nosotros. Debemos perdonarnos a nosotros mismos por las cosas que hicimos para sobrevivir. Las cosas que rompimos. Las cosas que nos rompieron.

Elijo mis siguientes palabras con mucho mucho cuidado.

—Tal vez un día pueda conocer a Łukasz —digo—. No ahora, si él no quiere. Pero algún día. Tal vez un día pueda contarme más de su historia —me pongo de pie y extiendo la mano.

Su cara se llena de una frágil esperanza.

—¿Eso significa…?

—Sí, Abek —ahora el nombre de mi hermano, pronunciado en voz alta, entraña muchas más cosas. Es una ofrenda, es una aceptación, es una mentira, es un adiós. Me aclaro la garganta y vuelvo a hablar—: Sí. Significa que, por ahora, debemos ir a casa.

Epílogo

Londres, 1946

Ya casi es hora. Abek y yo nos hemos dicho eso tantas veces que casi se ha vuelto un chiste. *No te preocupes, ya casi llegamos*, me dijo aquel día en que viajábamos en la parte trasera del camión y yo estaba desesperada por ir al baño. Al final pasamos tres horas más en el camión, primero cruzando Alemania y luego Francia, pasando por puntos de control y ciudades demolidas. *No te preocupes, ya casi estamos al frente de la fila*, le dije para consolarlo mientras esperábamos horas a que procesaran nuestros papeles, pero luego los empleados cambiaron de turno y tuvimos que seguir esperando. Ahora *casi* se ha vuelto un chiste para decir "nunca", y lo decimos todo el tiempo. La llanta está casi arreglada. Casi me comería un pulpo vivo.

Pero ahora de verdad creo que estamos a punto de llegar. Porque mientras estamos de pie cerca del muelle, respirando el aire marino, con los labios partidos por la sal, el barco comienza a sonar la bocina. Las personas que nos rodean —cientos de personas que se aferran a sus maletas— también la oyen y comienzan a parlotear.

Ottawa. Así se llama el lugar a donde vamos, el lugar donde la federación judía local nos ha patrocinado junto a las otras familias que tuvieron la fortuna de ser elegidas en la lotería. Sacamos un mapa, recorrimos la frontera sur de Canadá con los dedos y encontramos la ciudad en el este, al borde de una provincia llamada Ontario.

—¿Cómo están tus pies? —le pregunto a Abek porque resulta que sus zapatos son demasiado grandes para tanta caminata, además no se puso un par de calcetines extra a tiempo para impedir que se le ampollaran los pies.

—Casi bien —dice.

—¿De verdad, casi? —pregunto, preocupada.

—Están bien, en serio —me asegura.

Quisiera haber tomado algunas cosas del armario del departamento de mi familia cuando me fui de Sosnowiec: los recuerdos cosidos de una vida anterior. Lo habría hecho de haber sabido que me iba de ahí para siempre. Ahora, en mi valija llevo cambios de ropa, hilos y agujas, y un nuevo par de tijeras de costura que alguien, de manera increíble, envió en una caja de donaciones.

Son aún mejores que las que alguna vez había en la fábrica de mi familia; tienen cuchillas de acero pulido. Viajamos ligeros. Todos llevamos apenas la energía suficiente para empezar de nuevo.

Tal vez un día pueda escribirle a Gosia y pedirle que me envíe los recuerdos. Tal vez un día pueda tener una nueva vida que me permita hacer espacio para la anterior.

En mi valija llevo también un cuadrado de tela gris cortado de una camisa que encontré en la puerta de mi choza en Foehrenwald aquella mañana después de mi conversación con Josef. Había pasado la noche anterior tratando de decidir qué hacer. ¿Cómo se mide el perdón, quién lo merece y quién puede concederlo? ¿Cómo se mide si alguien ya está castigándose a sí mismo lo suficiente? Me debatía para decidir si iba a decírselo a la señora Yost, o si era posible que ella ya lo supiera. Se lo diría al menos a Breine y a Esther.

Pero esa mañana desperté y la camisa estaba en mi puerta, pero Josef ya no. Se había ido. Así que no tuve que decidir si lo perdonaría. Sólo pude decidir que su absolución no era mi trabajo. Me sentí aliviada y me siento triste.

Pienso en él más de lo que quisiera. Me pregunto dónde está y si existe un mundo en el que pueda volver a verlo.

Varias semanas después de eso, les di besos de despedida a Breine, a Esther y a Chaim, que partían para buscar un nuevo comienzo en su barco. Ya les había explicado que no iría con ellos. Abek y yo queríamos algo nuevo, algo que eligiéramos por nuestra cuenta. Una nueva decisión para una nueva familia.

En cierto modo, encontramos el mayor consuelo en elegir lo más desconocido. Un lugar sobre el que no sabíamos casi nada, donde no habría recordatorios del dolor ni expectativas que cumplir o defraudar. Leímos un libro sobre el hockey sobre hielo. Le pedimos a uno de los voluntarios canadienses de Foehrenwald que nos cantara su himno nacional.

El barco es un transatlántico con tres chimeneas, es casi del tamaño de un pueblo flotante. La plancha de abordaje es larga y zigzaguea por el costado del barco y, al inicio, los pasajeros se detienen y entregan papeles en espera de que los busquen en un manifiesto.

Abek sube a la pasarela delante de mí, pero se da la vuelta cuando nota que no lo he seguido.

—¿Vienes?

—Ya casi —digo, y luego añado con prontitud—: Es decir, sí.

Tomo su mano extendida y avanzo. Las tablas se mecen un poco bajo mis pies, pero sigo avanzando.

Nota sobre historia e investigación

Escribí esta novela, la tercera ambientada en la era de la Segunda Guerra Mundial, porque después de cinco años de investigar sobre esa época horrible, me di cuenta de que la mayoría de los libros que había leído y los documentales que había visto terminaban en el mismo punto: el fin de la guerra. Terminaban con la liberación de un campo de concentración. La disolución de una unidad militar. Una celebración en las calles. Había muy poco sobre lo que pasó durante las semanas y meses posteriores a la guerra, cuando un continente entero tuvo que encontrar la manera de recuperarse del sufrimiento experimentado y las atrocidades cometidas.

Varios años antes, en unas sombrías vacaciones, tomé un largo y sinuoso viaje en tren por Alemania, República Checa y Polonia. El viaje comenzó en Múnich, donde visité el sitio del campo de concentración de Dachau, y terminó en Cracovia, donde visité Auschwitz-Birkenau: el campo de muerte nazi más famoso del Holocausto, el sitio donde fueron asesinadas más de un millón de personas.

Una noche me di cuenta, con horror, de que mi cómodo tren de pasajeros seguía la misma ruta que habría seguido, en 1941 o 1942, un tren distinto, repleto de personas aterrorizadas en camino a su muerte. Mi tren hizo una breve parada en una ciudad llamada Sosnowiec y el nombre se grabó en mi mente. Al volver a casa leí un poco sobre Sosnowiec y, cuando empecé a escribir el libro, traté de recrear, lo mejor que pude, lo que le habría sucedido a una joven arrancada de ese lugar al principio de la guerra y que tuviera que volver ahí.

Alemania invadió Sosnowiec en 1939, y la vida cambió de inmediato para la gente judía del lugar. Se les prohibió trabajar y asistir a la escuela, se les obligó a vivir en un gueto. Se les usó en trabajos forzados para el régimen nazi. Primero, trabajos forzados en las calles —palear nieve, limpiar calles—, y luego en fábricas, porque Sosnowiec, por ser una ciudad industrial, tenía muchas fábricas que los alemanes confiscaron para su propia producción.

Al final, los judíos fueron usados para trabajos forzados en campos de concentración. En agosto de 1942, miles de familias judías recibieron la orden de reportarse en el campo de futbol donde se les dijo que recibirían identificaciones nuevas, pero en vez de eso, los

nazis los separaron en filas y los deportaron a los campos de concentración.

Leí en algún lugar que una de las razones por las que escribir ficción sobre el Holocausto resulta tan complicado es que las atrocidades fueron tan vastas y espeluznantes que describir cosas reales puede sonar como ficción. Nuestras mentes se niegan a procesar que esas cosas ocurrieron de verdad; suponemos que el autor debe estar exagerando. Sólo diré que los detalles que incluí sobre los campos son verdaderos, incluido el "bosque cantarín" de Buchenwald, donde los nazis abandonaban a los prisioneros torturados para que gritaran y murieran. También las caóticas escenas de llegada en las que los prisioneros sobrevivientes describieron cómo les arrancaban a sus bebés para matarlos con las manos. A mitad de la guerra, un grupo de mujeres jóvenes con habilidades para la costura fueron llevadas a Birkenau, donde hicieron trabajos forzados en una fábrica textil llamada Neustadt, y luego las obligaron a marchar, en invierno, al campo de concentración de Gross-Rosen para evadir a los Aliados que ya se acercaban. El cautiverio de Zofia está basado en ese viaje.

Antes de la guerra, la población judía de Sosnowiec era de 29 mil personas. Después de la guerra, sólo regresaron 700.

En muchos casos, regresaron a una persecución menos sistemática de lo que había sido bajo la ocupación nazi, pero no menos llena de odio. El antisemitismo era rampante; la guerra no había acabado con el prejuicio de la gente.

Varios incidentes del retorno de Zofia a Sosnowiec están inspirados en relatos de sobrevivientes polacos: Sala Garncarz escribió sobre su intento de abordar un tren para volver al hogar de su familia en Sosnowiec, sólo para que el conductor le dijera que los judíos no eran bienvenidos en su tren ni en su país. Cuando por fin llegó al departamento de su familia, estaba ocupado por extraños que no le mostraron simpatía alguna. Michael Bornstein relató cómo, en su niñez, lo despertó el ruido de unos hombres ebrios que tocaban a su puerta porque supieron que una familia judía había regresado. La familia se salvó porque una prima de Bornstein había pasado la guerra oculta en un convento católico, y pudo recitar suficientes plegarias para convencer a los hombres de que la familia era cristiana.

La Europa de la posguerra era un lugar aterrador para los judíos. En 1946 —un año después del fin de la guerra—, en el pueblo de Kielce, Polonia, 42 judíos fueron asesinados por una turba enfurecida de policías y civiles. Masacres como ésa no fueron acontecimientos aislados y todas tuvieron la misma intención: dejar claro que los judíos no eran bienvenidos de regreso. Así, después de soportar años en campos de concentración y de muerte, los sobrevivientes descubrieron que sus pesadillas no habían terminado. Polonia ya no

les parecía un lugar seguro y muchos buscaron una vida nueva en otros países. En los meses y años posteriores a la guerra, una red de campos para personas desplazadas surgió por toda Alemania. Algunas de las que acudieron a esos campos no tuvieron opción: sus casas habían sido demolidas u ocupadas por otras personas. Sus familias habían muerto. Sus países se habían convertido en lugares extraños. En busca de seguridad, llegaron a estos campos de refugiados ubicados en conventos, edificios de oficinas y, en algunos casos, en los mismos campos de concentración recién liberados.

Foehrenwald fue un lugar real, ubicado en las instalaciones reutilizadas de la fábrica farmacéutica I. G. Farben, famosa por elaborar el Zyklon B. Fue uno de los campos más prominentes; en su momento cumbre alojó a miles de personas e incorporó escuelas de idiomas y oficios. El Kloster Indersdorf también fue un campo real, ubicado en un convento y poblado por niños a los que fue necesario enseñarles a comer y dormir en paz. Se estima que en el Holocausto murieron un millón y medio de niños.

Aunque usé Foehrenwald y el Kloster Indersdorf como escenarios para *Se fueron a la izquierda*, cambié algunos detalles y también incorporé detalles de otros campos. Por ejemplo, había varios que funcionaban como granjas de entrenamiento para judíos que planeaban emigrar a Israel y querían aprender a trabajar la tierra. Uno de los más famosos fue Kibbutz Buchenwald: un grupo de prisioneros tomó el terreno pensado para su destrucción y lo convirtió en su salvación. Muchos de ellos terminaron por abordar barcos, algunos legales y otros clandestinos —Aliyah Bet— a partir del otoño de 1945.

El primer libro que leí sobre campos para personas desplazadas fue *The Rage to Live: The International D. P. Children's Center Kloster Indersdorf*, de Anna Andlauer, un conmovedor testimonio de la vida de los niños en la posguerra. Para otros relatos de la vida de la posguerra, recomiendo *The Hidden Children: The Secret Survivors of the Holocaust*, de Jane Marks; *We Are Here: New Approaches to Jewish Displaced Persons in Postwar Germany*, de Avinoam Patt; *Life Between Memory and Hope: The Survivors of the Holocaust in Occupied Germany*, de Zeev Mankowitz; *Kibbutz Buchenwald: Survivors and Pioneers*, de Judith Tydor Baumel, y el documental *The Long Way Home*, dirigido por Mark Jonathan Harris.

Una vez más, estoy en deuda con el Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto (USHMM) en Washington, D C, sobre todo por su invaluable colección de historias orales. Para nombrar algunas, Bella Tovey, Sonia Chomicki y Zelda Piekarska Brodecki dieron detalladas descripciones de cómo fue crecer en Sosnowiec durante la ocupación. Hana Mueller Bruml describió la liberación de Gross-Rosen. Regina Spiegel relató cómo aprendió corte y confección

en Foehrenwald. Los escritos de Henry Cohen, director de Foehrenwald en 1946, describen la vida en el campo; por ejemplo, el hecho de que había biblioteca, una fuerza de policía judía, y que a los residentes se les daban 85 gramos de carne enlatada al día. También escribió sobre los mercados negros, las tensiones en el campo, y otros aspectos de la época y el lugar que no pude incluir en mi libro.

Por último, una historia sobre la que pensé muchas veces al escribir el libro: Alice Cahana habló de su hermana Edith. Habló de cómo las dos, en su adolescencia, sobrevivieron a la selección en Auschwitz-Birkenau cuando el resto de su familia fue enviada a las cámaras de gas. Relató cómo ella y Edith lograron mantenerse juntas a lo largo de toda la guerra, cuando las transfirieron a Gross-Rosen y al final a Bergen-Belsen. Celebraron juntas la liberación. Luego una ambulancia se llevó a Edith, enferma y débil, para que se recuperara. Alice vio cómo la ambulancia se llevaba a su hermana y nunca volvió a verla. Nunca volvió a verla, pero nunca dejó de buscarla.

El USHMM tiene una base de datos en línea que permite a los investigadores buscar víctimas del Holocausto con base en varios criterios: nombre, edad, campo en el que estuvieron, o la ciudad en que nacieron. Todos los nombres de pila de mis personajes salieron de esos registros, de las listas de personas reales que nacieron en Sosnowiec o que estuvieron cautivas en Dachau y en Auschwitz, o que, como Zofia, tenían 18 años en 1945, y trataron de empezar una nueva vida con corazones devastados, en un continente devastado, en un periodo devastado en el que el mundo entero parecía haber enloquecido.

Además de esos relatos, debo haber leído unas cien memorias del Holocausto en mi vida, y sé que llevé partes de cada una de ellas al libro. Sé, por ejemplo, que la idea de una codiciada botella de Coca-Cola viene del relato de Thomas Buergenthal sobre su primer sorbo de la extraña bebida extranjera después de sobrevivir a Auschwitz durante su niñez. Sé que Gerda Weissmann describió lo absurdo de la petición de una vecina que necesitaba un listón para poder coser una esvástica a una bandera. Tengo una deuda de gratitud con todos los sobrevivientes que encontraron maneras de contar sus historias, y con los periodistas e historiadores que facilitaron el proceso de contarlas.

Llené el libro de tristeza porque hubo mucha tristeza. Terminé el libro con esperanza porque, contra toda posibilidad, también hubo mucho de eso en los campos para personas desplazadas: romances, bebés, nuevos comienzos, nueva vida. Algunas de mis fotos favoritas, que miré mientras investigaba para terminar *Se fueron a la izquierda*, son las fotos de bodas celebradas en campos para personas desplazadas. Miré una imagen tras otra de novias y novios optimistas enfundados en la ropa que pudieron confeccionar o tomar prestada,

rodeados de los nuevos amigos que se habían convertido en su familia, preparándose para encarar el futuro en pareja.

No sé qué me resulta más insondable: si la maldad y la crueldad fundamentales del Holocausto, o la esperanza imperecedera que los sobrevivientes lograron sacar de ahí. No sé cuál es más insondable, pero sí sé a cuál debemos aspirar.

Agradecimientos

Este libro, como muchos de mis proyectos creativos, llegó a existir gracias a mi agente, Ginger Clark. A lo largo de una sola tarde, esbocé en un correo electrónico el concepto más vago de la trama. Ella no dejó de escribirme —*¿Y luego qué? ¿Qué hay de esto?*— hasta que los personajes se convirtieron en personas y el vago esbozo se convirtió en la historia que yo estaba ansiosa de contar.

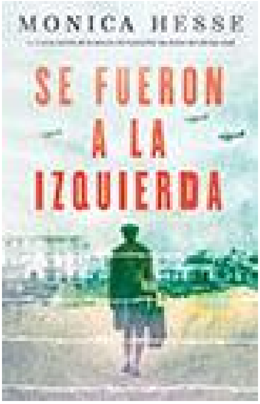
Lisa Yoskowitz ha sido mi editora en tres libros; a estas alturas ya debería citarla como coautora. Sus incisivas notas mejoran cada párrafo; todos los días me siento afortunada de trabajar con ella y con el resto del equipo de Little, Brown Books for Young Readers.

Magdalena Cabajewska respondió con paciencia muchas de mis preguntas sobre las complejidades de la lengua polaca.

Mi madre costurera y jinete, Dawn Dannenbring-Carlson, revisó mis descripciones de costura y de caballos.

Mi querida amiga Rachel Dry me proporcionó amable retroalimentación sobre un primer borrador.

Mi esposo, Robert Cox, me dio amor, risas y todo lo demás.



Todos tenemos un abecedario que llenar.

Alemania, 1945.

Aunque el campo de concentración de Gross-Rosen fue liberado, para

Zofia Lederman las heridas que le dejó la guerra (tanto en su cuerpo como en su mente) no han sanado. Tres años antes, ella y su hermano menor, Abek, fueron los únicos integrantes de su familia a los que enviaron a la derecha; es decir, lejos de las cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau. Todos los demás, sus padres, su abuela, su radiante tía, se fueron a la izquierda.

Antes de que los nazis los separaran, los hermanos alcanzaron a hacerse una promesa:

—De Abek a Zofia.

—De la A a la Z.

—Cuando vuelva a verte encontraremos nuestro abecedario. Estaremos completos, y todo estará bien. Te prometo que te encontraré.

Pero hallar a un niño en un mar de desaparecidos no es tarea fácil, y las pesquisas llevarán a Zofia a un campamento de sobrevivientes donde todos intentan dejar atrás un pasado doloroso y labrarse un nuevo futuro.

Entre los escombros de un continente roto, Zofia debe profundizar en un misterio cuyas respuestas podrían romperla o ayudarla a reconstruir su mundo.

Monica Hesse es la autora de los *bestsellers La chica del abrigo azul* (Nube de tinta), *American Fire* y *The War Outside*, y columnista del *Washington Post*. Vive en las afueras de Washington, D C, con su esposo y su perro. Monica te invita a visitarla en línea en monicahesse.com y en Twitter, @MonicaHesse.

Se fueron a la izquierda

Título original: *They Went Left* Publicado bajo acuerdo con International Editors' Co. y Curtis Brown, Ltd.

Edición en formato digital: febrero, 2021

D. R. © 2020, Monica Hesse

D. R. © 2021, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,

colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,

Ciudad de México

penguinlibros.com

D. R. © 2020, Darío Zárate Figueroa, por la traducción Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-319-914-8

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

Se fueron a la izquierda

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos